

3^{2c1}



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

FUNDAMENTOS POLITICOS DE UNA TEORIA DEL ESTADO MEXICANO

TRABAJO PROFESIONAL QUE PARA OBTENER EL TITULO DE: LICENCIADO EN CIENCIAS POLITICAS PRESENTA: MANUEL AGUILAR MORA



MEXICO, D. F.

1998

262942

TESIS CON FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

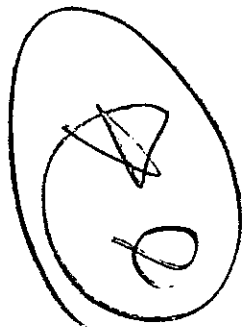
Agradecimientos	p. 5
Introducción: aventuras del pensamiento crítico	p. 7
I. Revolución y contrarrevolución: la peculiaridad mexicana	p. 33
Dinámica de la revolución-contrarrevolución	p. 33
El caso mexicano	p. 37
Orígenes y desarrollo de la teoría del estado mexicano	p. 39
El impacto de 1968	p. 42
Importancia del estudio del estado	p. 46
Explosión teórica	p. 51
II. La idolatría del estado y la crítica del poder	p. 55
De Hegel a Marx: de lo sagrado a lo profano	p. 55
La profanación del estado	p. 60
¿Quién gobierna? ¿Cómo se gobierna?	p. 65
Democracia y dictadura	p. 69
Estado y sociedad civil	p. 73
La teoría política de Marx	p. 75
Periodización y sistematización: la difícil síntesis	p. 82
La primacía de lo político	p. 95
III. La otra ciencia: el debate de Marx en la academia	p. 103
Filosofía y ciencia política	p. 103
¿Ninguna o tres teorías del estado en Marx?	p. 106
El concepto de ciencia en Marx	p. 109
Las leyes históricas en Marx	p. 113
Science, Kritik, Wissenschaft	p. 116
El trueno inaudible	p. 123
Virtudes y miserias de la ciencia política	p. 126
Determinaciones del estado	p. 130
Autonomía estatal y comunidad ilusoria	p. 135
Estado y capitalistas	p. 139
El personal del estado	p. 146
Funciones del estado	p. 152
El orden caótico	p. 162
Hacia la emancipación humana	p. 171
Historia y esperanza	p. 176

IV El escándalo del estado: capital y bonapartismo	p. 181
Las contradicciones de la burguesía	p. 181
La democracia de la burguesía	p. 184
El egoísmo clasista de la burguesía	p. 187
Historia y política del bonapartismo	p. 189
El despliegue de la teoría	p. 194
El bonapartismo in extremis	p. 197
Campesinado y bonapartismo	p. 200
El bonapartismo prusiano	p. 203
Elementos del bonapartismo	p. 209
El bonapartismo “progresivo”	p. 211
La orgía bonapartista	p. 213
V. Trotsky y el bonapartismo mexicano	p. 221
Actualización del bonapartismo	p. 221
Trotsky y México	p. 222
Trotsky y Cárdenas	p. 226
El bonapartismo sui generis	p. 228
Momento histórico mundial excepcional	p. 232
Rebelión de los de abajo	p. 236
Ejército y política	p. 241
El campesino, raíz del bonapartismo	p. 246
La dinámica de la integración nacional	p. 248
Violencia, negociación y bonapartismo	p. 252
Preludio carrancista	p. 259
Los tres largos lustros sonorenses	p. 264
La primera gran crisis	p. 268
El proletariado sin cabeza	p. 273
VI. Una interpretación del cardenismo	p. 293
Interpretaciones del cardenismo	p. 293
La profunda raíz de la historia	p. 298
Dinámica del bonapartismo populista	p. 303
La imposición bonapartista institucional	p. 312
Ausencia de alternativa	p. 317
Cárdenas, “el hombre del destino”	p. 323
Una conclusión que no es tal	p. 333
VII. Conclusiones	p. 345

VIII. Apéndice. Implicaciones políticas del debate teórico sobre la autonomía del estado	p. 353
Un caso ejemplar	p. 354
La apología del estado	p. 357
La teoría del capitalismo monopolista de estado	p. 364
Bibliografía	p. 371

FALTA PAGINA

No. 4



AGRADECIMIENTOS

Entre los múltiples afluentes del presente texto está uno crucial que es el de las conversaciones e incluso polémicas con muchos amigos con quienes hemos discutido sus principales tesis e ideas a lo largo de más de 25 años. No puedo mencionar a todos pues la lista es larga. Sin embargo, si es necesario hacer una excepción con tres de ellos. El primero es nuestro querido y lamentablemente ya fallecido camarada y maestro Ernest Mandel, quien en nuestra última correspondencia me convocaba a realizar una empresa de síntesis que pusiera al día nuestra interpretación del bonapartismo mexicano. Con las páginas siguientes comienzo, así lo espero, a realizar esa tarea que terminaré en el próximo futuro.

Los otros casos son los de Emilio Brodziak Amaya y Alejandro Gálvez Cancino, ambos compañeros entrañables con quienes hemos discutido y forjado concretamente el presente texto. Su ayuda y comprensión constituyen uno de esos momentos estelares de las relaciones amistosas de lujo que dan contenido a la vida inteligente y solidaria.

Para la redacción del presente texto hemos sido lo suficientemente afortunados de contar con el apoyo de Ignacio Cepeda, Robert Briggs y Danny Laird, cuyo gesto ha añadido un eslabón más a nuestra amistad de varias décadas en que hemos compartido ideales y empeños inolvidables.

En especial también quiero agradecer la solidaridad que me ofrecieron los camaradas de la Liga de Unidad Socialista de la ciudad de México, Ecatepec, Poza Rica, Irapuato, León, San Francisco del Rincón, Guadalajara y Hermosillo cuyo apoyo e interés permitirán la primera edición de este trabajo.

La composición del texto se hizo en gran medida en la ciudad de Hermosillo en donde conté con la inapreciable colaboración del personal de la biblioteca de El Colegio de Sonora que encabeza mi estimado amigo Raúl Osuna. A todos ellos mi reconocimiento.

Igualmente debo mencionar el apoyo moral de Bertha Mora Salas, cuya paciencia y lealtad puse por enésima vez a prueba y que en esta ocasión se impusieron a las molestias que el autor seguramente le trajo durante gran parte de la redacción hecha en su casa, que también fue la de la juventud de éste.

A Elia Córdova Duarte por todo lo que sólo ella y yo sabemos nos une tan profunda y estrechamente. Su impulso y colaboración están presentes en cada una de las hojas del texto.

Por último dedico el presente texto a mi hija Alejandra cuyos futuros diecisiete años cumplidos cuando se inicie el siglo XXI representan, repetimos, la flor más bella de nuestra esperanza.

INTRODUCCIÓN: AVENTURAS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO

¡*Ya* basta! El eco del grito del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) repercutió y cimbró a todo el tejido social nacional y conmovió al mundo. Entonces, a partir del 1° de enero de 1994, una cascada turbulenta de acontecimientos se dejó caer sobre un país que había entrado en una etapa de crisis política abierta desde 1988 y que sólo las equivocaciones de la oposición democrática y revolucionaria hábil y astutamente aprovechadas por Salinas de Gortari permitieron a su gobierno capotear transitoriamente el durísimo temporal durante cinco años.

La decisión y la acción revolucionaria de la avanzada organizada de las masas campesinas e indígenas de Chiapas hizo saltar en mil pedazos esa ficticia estabilidad salinista prendida con alfileres. 1994 se irguió así como el año del estallido de la crisis política que, después de la acumulación de innumerables conflictos, se abatía sobre todo el *establishment* gobernante. Se desplegó así de modo acelerado en jalones espectaculares en que hubo de todo: drama con los combatientes del EZLN que provocaron el más amplio y numeroso despliegue de tropas del ejército mexicano desde la época revolucionaria; farsa, con las pugnas interpriístas en la que todos “se hacían bolas”, el candidato presidencial Colosio, el comisionado para la paz y el diálogo con el EZLN, Camacho, y un presidente Salinas a la deriva, buscando, sin poderlo realizar, el cambio de caballo en la misma carrera hacia las elecciones; tragedia, cuando las tensiones en la cúpula del Zócalo-Los Pinos llevaron a la toma de decisión en la misma camarilla en el poder para eliminar a Colosio que cayó asesinado violentamente en Tijuana víctima de un complot armado y ejecutado por su propia guardia personal; tragicomedia, con las elecciones presidenciales del miedo de agosto; y finalmente caos en una economía desquiciada por los “errores de diciembre” de la impericia y novatez del presidente Zedillo y su gabinete que derrumbaron el castillo económico de naipes que Salinas había intentado costosamente construir en estrecha colaboración con Washington.

Casi cinco años después del inicio del estallamiento de la crisis, los ecos del “¡ya basta!” aún retumban en una situación socioeconómica que en 1998 se degrada más y más sin aparentar tocar todavía fondo. Carlos Abascal, ex presidente de la Confederación Patronal de México (Coparmex) declaró elocuentemente el sentimiento de zozobra e irracionalidad prevaleciente en el seno de importantes grupos de empresarios privados. Dijo él “¡ basta ya de presiones desestabilizadoras!”¹

Desde los extremos opuestos del abanico social, los más marginados y pobres entre las masas populares mexicanas, por un lado, hasta los grupos cupulares de los sectores capitalistas, por otro, las opiniones coinciden exactamente: prevalece en el país una situación intolerable, desquiciada que converge lenta pero inexorablemente hacia un punto límite en la crisis que atraviesa México y que en los próximos tiempos todos los indicadores señalan hacia una ruptura social y política en la que todo es posible que suceda, desde un real golpe de estado hasta una nueva revolución social o una combinación inédita de diversos acontecimientos entre estos dos polos contrarios. Una cosa es evidente, la inestabilidad la incertidumbre y la volatilidad actual no puede durar un periodo muy largo. Y en el centro del panorama cada vez más caótico de México está el proceso crucial de la declinación del sistema político tradicional. Esta crisis irradia sus efectos a todo el cuerpo de la formación nacional mexicana.

Sin embargo, la pregunta se desprende lógica: ¿cuánto tiempo es un periodo muy largo? ¿Años, lustros, décadas? Por supuesto es imposible prever con precisión los momentos de conflicto globales en que se dan las crisis terminales de los procesos como el que presenciamos actualmente en el país. Pero lo que si se puede decir ya con base en la experiencia de las últimas dos penosas décadas es que la presente situación es la culminación de una no breve trayectoria en que se han venido arrastrando y acumulando contradicciones cada vez más complicadas y difíciles de controlar y neutralizar. En otras palabras la crisis mexicana ya se ha extendido bastante. Todos los analistas coinciden en que lleva ya varios años. Los que datan su origen más

¹ *El Financiero*, 6.11.95.

lejanamente –entre los que me incluyo– van hasta 1968 para fijarlo –coincidiendo con el inicio de la fase de tonalidad recesiva de la onda larga que se inició a fines de los años sesenta y principios de los setenta²– y los que la consideran más reciente llegan sólo a 1988, con todo tipo de variaciones que se despliegan entre estas dos fechas. Así, teniendo en cuenta el enfoque que fecha más recientemente su inicio, la crisis mexicana lleva por lo menos una década desplegándose sin que se vislumbre una solución de tipo “normalizadora” a corto plazo como factible.

La explicación de la razón de la larga y lenta trayectoria de la crisis y después de cuáles son sus perspectivas en función de las fuerzas que la determinan y definen surgen de inmediato con evidencia como cuestiones fundamentales del acontecer político y social cotidiano.

La explicación de la compleja situación actual tiende a concentrarse, como se mencionó, en la candente realidad central de la crisis terminal del sistema político vigente, heredero lejano, pero inconfundible del sistema instaurado como consecuencia fundamental de la revolución mexicana. Un sistema cuya definición ha sido objeto de una de las polémicas políticas y también académicas más caudalosas, sino es que la más caudalosa, de la vida intelectual y política nacional. Democracia fuerte o imperfecta; dictadura perfecta o blanda; sistema unipartidario de facto o con funcionamiento pluripartidista con hegemonía del partido de estado; presidencialismo constitucional o metaconstitucional; despotismo populista o bárbaramente policiaco;

² A estas conclusiones han llegado, motivados por objetivos diferentes, otros personajes muy distintos de quienes sostienen posiciones marxistas revolucionarias. Por ejemplo, citemos a los voceros ya mencionados antes que otra vez marcan claramente la complejidad del momento: “Los últimos veinticinco años han sido para México de permanente crisis, de desempleo, pobreza, ignorancia y de un rezago creciente que ha cancelado las posibilidades de mejores niveles de vida para millones de personas”, aseveró el documento base de la discusión de la 68 Asamblea de la Confederación Patronal de la República Mexicana, el organismo más antiguo de los capitalistas mexicanos. *La Jornada*, 8.3.96. Para ellos, sin embargo, todavía comprensiblemente suspendidos en el pensamiento burgués del siglo pasado y haciéndose eco de los conceptos hegelianos “la situación de miseria económica actual tiene su origen en la miseria moral y política que vive el país”. No serán los patrones mexicanos quienes digan y acepten que es el sistema capitalista el que hace agua y hunde en la miseria y el desempleo al pueblo de México.

sistema corporativo o (neo)liberal y se pueden seguir agregando otras definiciones incluidas en la vastísima literatura al respecto. Un sistema político que ya es el más viejo de América Latina y uno de los que ha disfrutado de más estabilidad entre todos los sistemas políticos del mundo en el presente siglo. Si consideramos que su nacimiento se dio con el triunfo constitucionalista de 1916-17 son más de ocho décadas las que lleva vigente “el régimen de la revolución mexicana”. Y aun si lo adelantamos con más precisión política a 1920, año en que se dio el último golpe de estado militar en el país, efectuado por el grupo sonoreño encabezado por Álvaro Obregón, son ya 78 años los que ha durado su trayectoria que definitivamente la hace la más larga en este siglo entre los regímenes surgidos de una revolución. El régimen soviético, exacto contemporáneo del mexicano, se desplomó en 1989, aunque fue hasta 1991 cuando fue desmantelada la Unión Soviética. La conclusión es obvia, a una trayectoria política de tan larga estabilidad ha correspondido una secuela de crisis de decadencia y declinación igualmente lenta y complicada. Esta es para nosotros una de las principales peculiaridades de lo que hemos definido como “el sistema bonapartista mexicano”. Así lo dijimos desde 1988 en uno de los picos sobresalientes de esa curva febril en oscilaciones críticas que se inició en 1968:

La crisis mexicana debería corresponder a esta trayectoria de gran estabilidad social y ante todo política que ha definido al bonapartismo mexicano. Comenzó con el relámpago de 1968 que aparentemente se daba en una sociedad por completo estabilizada. Pero 1968 sólo abrió un largo proceso.

Basta hacer una simple comparación entre la historia política de México y la de cualquier otro país de América Latina para que resalte esa peculiaridad nacional con fuerza.

La lentitud del desarrollo político mexicano es muy evidente cuando se le compara con los países latinoamericanos cuya estructura y desarrollo económico son parecidos a los suyos. Brasil, Argentina, Perú, Colombia, todos estos países han experimentado diversos, profundos e importantes cambios políticos en los últimos cincuenta años. Gobiernos de los más

diversos tipos y características han surgido y caído en todos ellos. Liberales, oligárquicos, populistas, dictatoriales, militares, casi fascistas, son sólo algunas de las facetas que han tomado los innumerables gobiernos en que ha encarnado el Estado burgués en la región latinoamericana. Sin embargo, ni la dictadura militar sudamericana más férrea ha logrado la estabilidad, la eficacia en la imposición de sus políticas de austeridad y represión y el enraizamiento social de la muy peculiar mexicana dictadura priista.³

La concentración de los numerosos rasgos de la crisis del sistema político incide y obliga a una profundización del tema crucial. De un adecuado y certero tratamiento de este problema dependen muchas respuestas políticas y sus consecuentes estrategias y tácticas a seguir en la propia crisis.

Este caudaloso torrente de literatura política se ha desbordado especialmente en los últimos años como una enorme catarata de textos de todo tipo. Incluye obras de numerosos enfoques de calidad muy diversa que van desde los panfletos amarillistas hasta los tratados de historia y teoría política académicos. Nada menos neutral o indiferente que el contenido de este enorme cuerpo literario. Sesudos y superficiales, propagandísticos o analíticos, todo texto político a fin de cuentas es la expresión de un grupo, sector o clase social, de una interpretación o solución particulares de la crisis en la cual surgen y a la cual se remiten con sus definiciones y propuestas. La literatura política es el arma privilegiada, junto con la oratoria, de la intervención concreta

³ Manuel Aguilar Mora, *Huellas del porvenir, 1968-1988*, Juan Pablos Editor, 1989, pp. 59-60. Fernando Henrique Cardoso, el actual presidente de Brasil, en un texto escrito hace más de tres lustros consideraba igualmente que el autoritarismo del sistema mexicano era mucho más rígido que muchas dictaduras militares sudamericanas. "Hay una importante diferencia entre tal forma de gobierno [la del autoritarismo burocrático en su forma militar, por ejemplo, como las dictaduras del Cono Sur de los años sesenta y setenta] y el tipo de autoritarismo civil dominante en México, en donde el presidente tiene quizá más poder que ningún general-presidente de un gobierno militar de los países del Cono Sur". De la misma manera David Collier planteaba que "México puede estar a punto de entrar a una fase más dura de autoritarismo". Ambos textos se encuentran en David Collier, compilador, *El nuevo autoritarismo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 48 y 389 respectivamente.

de los animales políticos, sean profesionales de la actividad o simples ciudadanos. Octavio Paz se equivoca cuando afirma exactamente lo contrario:

La literatura política es lo contrario de la literatura al servicio de una causa. Brota casi siempre del libre examen de las realidades políticas de una sociedad y de una época: el poder y sus mecanismo de dominación, las clases y los intereses, los grupos y los jefes, las ideas y las creencias. A veces la literatura política se limita a la crítica del presente. Otras nos ofrece un proyecto de futuro. Va del panfleto al tratado, del cahier des doléances al manifiesto, de la apología al libelo, de La República al Français encore un effort si vous voulez être republicains, de La Città del Sole a El 18 brumario de Luis Napoleón Bonaparte [sic]. La literatura mexicana, desde Fray Servando Teresa de Mier y Lorenzo de Zavala hasta Luis Cabrera y Daniel Cosío Villegas, ha sido particularmente rica en textos de crítica política. A esta tradición mexicana pertenece El ogro filantrópico.⁴

¿Cómo se puede conciliar la primera frase de este pasaje con los conceptos que la siguen? ¿Acaso Platón, Campanella, los diputados de los estados generales portadores de las quejas de sus electores o Marx eran escritores y políticos puros, “por arriba de una causa”? Sólo plantear la pregunta equivale a mostrar lo ridículo de la afirmación de Paz. Pero cuando éste cita a los escritores mexicanos, tal ridículo desborda sus límites para convertirse en un disparate inaudito. ¿Literatura política “sin causa” la del teórico y político insurgente Fray Servando Teresa de Mier, la del liberal ultramontano tan proyanqui que acabó texano como Lorenzo de Zavala, la del declarado anticardenista Luis Cabrera o la del crítico incisivo del presidente Echeverría y del priísmo en su conjunto, Daniel Cosío Villegas? Ciertamente la literatura política responde a calidades diversas, pero su abierto apoyo y reivindicación de una causa no necesariamente desmerece el rigor de su contenido y la trascendencia del impacto en la actividad concreta de sus

⁴ *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*, Joaquín Mortiz, tercera edición, 1979, pp. 8-9. Cursivas en el original.

destinatarios como lo demuestra el manifiesto político más famoso salido de las plumas de los jóvenes revolucionarios Marx y Engels.

Por tanto, un texto político de cualquier tipo que sea, no puede ser neutro; por definición sería una contradicción en los términos. Y menos aun cuando se refiere a la cuestión clave del estado. La literatura política no puede evadir, por otra parte, una toma de posición con respecto al estado, en especial en este siglo XX que agoniza, el cual ha sido marcado por las nefastas consecuencias del impacto de experiencias estatistas desenfrenadas (¡fascismo, stalinismo!). Su realidad apabullante, nefasta y trágica, ha sido aceptada por tirios y troyanos, lo dice Paz con su acendrado subjetivismo arbitrario, "la gran realidad del siglo XX es el Estado".⁵ Lo cual ratifica el marxista crítico Ernest Mandel en la vasta obra de toda su vida, que incluye un detallado análisis del fenómeno de la hipertrofia burocrática del estado, con especial énfasis en la experiencia soviética, culminándolo en uno de sus últimos libros *El poder y el dinero*.⁶ Y entre los dos se encuentran numerosos autores que abundan en esta verdad fundamental.

La experiencia mexicana es una confirmación contundente de esta peste estatista que cundió durante el siglo. No obstante la revolución mexicana, la política nacional siguió teniendo su centro de gestación e irradiación nacionales en el *leviatán* peculiarísimo que extendiendo sus tentáculos desde la megalópolis del Distrito Federal aplastó todo intento democrático y federalista en el país. El surgimiento de un aparato abrumador y apabullante que sin eliminar las desigualdades sociales y desequilibrios regionales se basaba en ellos para erigir un centralismo asfixiante que llevó a niveles mucho mayores el centralismo porfirista.

En la búsqueda de explicaciones de este complicado proceso político mexicano las diferentes escuelas y posiciones han recurrido a diversos modelos. En la vertiente marxista surgió naturalmente la relación con el fenómeno bonapartista estudiado por Marx y Engels en el siglo pasado. Desde un primer momento tanto opositores al marxismo como incluso algunos partidarios de esta corriente

⁵ "La gran realidad del siglo XX es el Estado... La pregunta sobre la naturaleza del Estado es la pregunta central de nuestra época". *Ibid.*, pp. 9-10.

⁶ Siglo XXI Editores, 1994.

contradijeron la operatividad y adecuación de esta categoría considerándola “obsoleta”, “inapropiada”, etcétera. Estas reticencias a la aplicación del concepto del bonapartismo en la explicación del sistema político mexicano no sólo se dieron en la academia sino en los medios políticos activos tanto democráticos como revolucionarios. Para comprender lo que pasó en México, en especial a partir de los años cincuenta y sesenta, debemos apreciar aunque sea brevemente el destino, ciertamente con algo de trágico, del marxismo en el presente siglo.

El marxismo, después de la muerte de sus dos fundadores fue rápidamente convertido en la ideología oficial de los partidos socialdemócratas de masas cada vez más comprometidos con la preservación del establishment capitalista y después de los partidos comunistas stalinizados autodesignados en partidos únicos de los estados del “socialismo realmente inexistente” y en los solos depositarios de la consciencia de clase del proletariado. Este hecho no podía dejar de tener repercusiones enormes en los demás espacios de la política e incluso de la cultura. Veámoslo en lo que concierne a la academia y en especial a lo que sucedió allí con la vertiente más conocida de la teoría de Marx, la económica. A excepción de las décadas de los sesenta y setenta cuando la radicalización estudiantil logró expresarse incluso en la propia academia con la difusión y enseñanza de la teoría marxista, en general en las universidades ésta fue considerada como un “dogma”, una “ideología no científica”. Estas críticas de los economistas burgueses a la teoría expuesta y desarrollada en *El capital* se basaban en el hecho de que su modelo había sido un capitalismo inglés victoriano que se había ido con el siglo XIX. Sin embargo, la pormenorizada investigación económica marxista de Ernest Mandel, entre las más destacadas de esos años, demostró abundante y contundentemente la vigencia de las categorías económicas de Karl Marx. De hecho, decía Mandel, la expansión *mundial* capitalista se realizó a cabalidad en el siglo XX y no en el siglo XIX, haciendo que las categorías económicas marxistas fueran más vigentes en la actualidad que cuando Marx las concibió.⁷ Vigencia ratificada con la

⁷ “*El capital* explica por qué las contradicciones cada vez más agudas del sistema eran tan inevitables como su impetuoso crecimiento. En ese sentido, contrariamente a una creencia

caída de la URSS y de su "campo" europeo oriental cuyos países experimentan un proceso, ciertamente complejísimo, de restauración capitalista. El capital se presenta en el fin del siglo XX como el aparente gran triunfador de la historia contemporánea.

Hasta 1800 la industria capitalista ocupaba un pequeño claro de Manchester a Basilea y de París a Amberes. Actualmente se presenta en toda la OCDE europea, estadounidense y japonesa y despunta en nuevas zonas, al sur de Asia y de América. En el próximo siglo abarcará a todo el planeta y el PIB mundial aumentará en la misma medida.⁸

Por eso, salvo para los prisioneros enclaustrados en la ideología dominante a tambor batiente, "la derrota del marxismo" expresa una de las ironías más feroces de un siglo caracterizado por su abundancia de sinrazones y contrasentidos patéticos y sangrientos. Ciertamente el "marxismo-leninismo" como una religión de estado de las burocracias agrupadas a la soviética ha muerto como factor de *real politick* aunque nunca existió como pensamiento libre, crítico.

Pero esta imagen distorsionada del marxismo como "religión de estado" fue identificada como la cara verdadera del marxismo, no sólo por los propagandistas anticomunistas vulgares, sino por ciertos críticos inteligentes. Muchos de estos últimos se sorprendían del impacto del marxismo en amplios sectores de intelectuales (lo cual era, por supuesto, producto de la fuerza del movimiento democrático y revolucionario que llegó a puntos culminantes después de la Segunda Guerra Mundial), cuando que para dichos críticos la teoría de Marx era "una doctrina que ha adquirido tan evidentemente la condición de

generalmente aceptada, Marx es mucho más un economista del siglo XX que uno del siglo XIX. El mundo occidental de hoy se aproxima mucho más al modelo "puro" de *El capital* que aquel en el que fue escrito". *El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, Siglo XXI Editores, 1985, pp. 9-10. Ernest Mandel trató de demostrar pormenorizadamente sus afirmaciones anteriores además en otros libros importantes como *Tratado de economía marxista*, Ediciones Era, 1969, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, 1979; y, *Las ondas largas del capitalismo*, España, Siglo XXI Editores, 1986, entre otros. Una edición corregida y aumentada de esta última obra fue publicada en inglés poco antes de la muerte de su autor en 1995.

⁸ Robert Fossaert, *El mundo en el siglo XXI. Una teoría de los sistemas mundiales*, México, Siglo XXI Editores, 1994, p. 296.

dogma”, como lo dijo John Kenneth Gailbraith en plena guerra fría en 1958.⁹

Pero la debacle de las burocracias “marxistas ortodoxas” representa, en cambio, un momento privilegiado para la recuperación y desarrollo de un marxismo abierto, creador. Una oportunidad histórica después de casi un siglo de dominio ininterrumpido de la visión distorsionada y fraudulenta del marxismo sobre amplísimos sectores del movimiento obrero y revolucionario mundial.

Liberado de los dogmatismos burocráticos que lo aprisionaban como una ideología inerte y de manual, el marxismo puede surgir hoy más vivo, nutriéndose de sus diversas interpretaciones independientes y libres del dogmatismo, decididamente cargadas del lado de la crítica, la rebeldía para realizar lo que Marx señaló como el propósito original de su “doctrina”, desde la redacción de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*: emancipar al ser humano de toda atadura y vínculo explotador opresivo y enajenante. “La caída de los regímenes burocráticos ofrece la oportunidad de releer a Marx derrumbando el muro de ese ‘marxismo’ endurecido como ideología, cuya ortodoxia se constituyó en una buena parte por la ignorancia de su pensamiento”.¹⁰ Se despliega la oportunidad de encontrar nuevamente en el “movimiento real” como afirmaban sus fundadores en *La ideología alemana*, la verdadera clave al “enigma”, la razón misma del comunismo (del socialismo) y la solución final (como contrapuesta a la solución capitalista) a la búsqueda de redención y salvación humanas. La caída de las burocracias usurpadoras (aunque todavía no caen todas: ¡masacre de Tienanmen de 1989 en China!) restituye a las bases sociales su razón de ser como los fundamentos mismos de la acción liberadora, de la realización gozosa y colectiva de los ideales más nobles jamás concebidos por la humanidad. Queda el marxismo, nuevamente, como al principio de su trayectoria, colocado frente a frente ante todos los fetiches, pero en especial frente al último y más

⁹ En *La sociedad opulenta*, versión castellana, Barcelona, Planeta-Agostini, 1992, p. 87.

¹⁰ Daniel Bensaïd, *Marx l'intempestif. Grandeur et misère d'une aventure critique (XIX^e - XX^e siècles)*, París, Fayard, 1995, p. 20.

poderoso de ellos en la historia: el Kapital. En uno de sus últimos artículos Mandel percibió claramente lo anterior cuando afirmaba:

Un millar de libros y revistas, así como un número incalculable de artículos periodísticos proclaman la muerte de Marx y el marxismo. Ni siquiera se necesita ser partidario del pensamiento dialéctico para entender que esta campaña demuestra exactamente lo contrario de lo que busca establecer... En realidad, si este asalto ininterrumpido tiende a demostrar algo es que Marx y el marxismo están vivos y siguen dando guerra.¹¹

El cierre del siglo estremecedor que ha sido el actual es también el de una nueva apertura histórica para el despliegue de la utopía. La utopía socialista y revolucionaria que parecía haber sido enterrada en los gulags stalinianos y los campos hitlerianos, en el terrorismo estatista y en la represión burocrática, comienza a despuntar nuevamente como los retoños primaverales. Con el derrumbe del muro de Berlín también se derrumbó la visión negativa del “socialismo realmente existente”. Esta ironía histórica es comprendida y descifrada por el pensamiento revolucionario tanto en su vertiente política como teórica. Hemos citado ya a Mandel, uno de los representantes más destacados de la corriente política internacionalista fundada por León Trotsky. Pero a parecidas conclusiones llegan grupos y personas de las más diferentes posiciones. Bolívar Echeverría en un discurso sobre la modernidad de un rigor teórico tan escrupuloso que linda en el teoricismo capta este proceso con palabras ciertamente inequívocas.

El derrumbe del “socialismo real” ha borrado del mapa de la historia viva a las entidades socio-políticas que de manera tan defectuosa ocupaban el “lugar histórico” del socialismo. Lo que no ha podido borrar es ese *lugar* en cuanto tal. Por el contrario, al expulsar de él a sus ocupantes inadecuados —que ofrecían la comprobación empírica de lo impracticable de una sociedad verdaderamente emancipada, e indirectamente de lo

¹¹ “Crisis socialista y renovación del marxismo” en *Imprecor para América Latina*, México, núm. 52, abril de 1996.

incuestionable del *establishment* capitalista— le ha devuelto su calidad de terreno fértil para la utopía.¹²

La actualidad de la crítica todavía insuperada de *El capital* y su cortejo impresionante de escritos preparatorios y complementarios está allí para cualquiera que se acerque a ellos de buena fe. En este fin de siglo de un mundo globalizado avasalladoramente por la vertiginosa carrera del Kapital ¿cómo no realizar la operación natural de aplicarle a esta realidad los criterios inaugurados por su crítico más sistemático y consecuente? Así, no obstante la ofensiva propagandística abrumadora que se despliega en todas partes contra el marxismo, tanto el rigor científico como la vocación humanista conducen obligadamente a abreviar en esas fuentes, las de la crítica más profunda del capitalismo. ¿Qué palabras pueden superar a éstas escritas por el gran Karl en las *Teorías de la plusvalía* hace más de cien años: “La total cosificación, inversión y el absurdo [es] el capital como capital [...], que rinde interés compuesto y aparece como un Moloch reclamando el *mundo entero* como víctima ofrecida en sacrificio en sus altares?”¹³

Por esto en la academia contra viento y marea penetra a pesar de todo el filo crítico del marxismo. Historiadores, economistas, sociólogos, antropólogos y diversos otros científicos sociales de primera línea en numerosos países admiten la actualidad y relevancia del marxismo y usan sus determinaciones y categorías de una y otra forma. Mencionemos sólo dos ejemplos de célebres *scholars* cuya obra es reconocida como fundamental en las ciencias sociales contemporáneas. Eric Hobsbawm es el historiador inglés especializado en el siglo XIX que se lanzó recientemente a escribir la historia del que llama “el corto siglo XX”. En este nuevo libro anota que el proceso más importante de la “más grande revolución social” de la historia de la humanidad, la destrucción del campesinado y la consecuente urbanización globalizadora son procesos que han dado la razón por completo a Marx.¹⁴

¹² *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/El Equilibrista, México, 1995, p. 197.

¹³ *Teorías de la plusvalía*, México, FCE, t. III, 1980, p. 406.

¹⁴ *A History of the World 1914-1991*, Nueva York, Pantheon Books, 1994, pp. 290ss. Ciertamente que sólo unas páginas adelante Hobsbawm afirma que, por el contrario, la

Para Eric Wolf también Marx representa el “interlocutor oculto” fundamental de las ciencias sociales, pues es dentro de su discurso que se plantean explícitamente las preguntas clave de ellas: ¿Cómo debe entenderse y analizarse la producción?, ¿cuáles son las consecuencias de la división de clases en lo que respeta a la asignación de recursos y al ejercicio del poder?, ¿cuál es la naturaleza del estado? Pero como Marx concentró su energía e inteligencia en la comprensión de la historia y el funcionamiento del capitalismo y lo hizo no para defender a éste sino para lograr su transformación revolucionaria “es comprensible que este fantasmagórico interrogador haya sido malquisto en los salones de la academia, acostumbrados más bien a la especialización y a la producción de antidotos de la revolución y el desorden”.¹⁵

Pero la necesidad política misma lleva ineludiblemente a la utilización y actualización del marxismo. La realidad abyecta en donde contrastan por un lado la opulencia corruptora e insolente con la miseria masificada y cotidiana, es la forma y el contenido de la vida en nuestros países latinoamericanos, pero también el fundamento permanente para el surgimiento del pensamiento crítico y su consecuente despliegue en creaciones prácticas y teóricas, políticas y sociales, con neto carácter rebelde y contestatario. Por ello, en América Latina podríamos, de hecho, estar en los inicios de otro auge del pensamiento revolucionario, en particular del marxismo como su expresión más acabada. Con la ventaja de que en esta ocasión el potencial auge se beneficiaría de los acervos del todavía muy reciente esplendor de la crítica revolucionaria de los años sesenta y setenta. Esta es, por ejemplo, la opinión de Enrique Dussel: “La posteridad de Marx está aún muy lejos de haberse agotado; es posible que en América Latina esté apenas comenzando”.¹⁶

evolución de la clase obrera mundial no confirma la tesis de la proletarización creciente promovida por el capitalismo. Pero aquí el historiador parece ignorar un fenómeno económico apuntado por Marx: la proletarización no sólo se da en las ramas industriales, sino también en los demás sectores de la economía: servicios, agricultura, etcétera. La expansión de los asalariados en todos los niveles de la actividad económica en el siglo XX es una contundente afirmación de esa otra tendencia del capitalismo descubierta por Marx.

¹⁵ Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 36-7.

¹⁶ *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, Siglo XXI Editores, 1990, p.9. Dussel de hecho desborda un optimismo que a veces no está fundamentado, por

Dussel ha emprendido una profunda investigación de los abundantes escritos preparatorios y complementarios de *El capital* y de la misma obra cumbre.¹⁷ Su actitud optimista ante el futuro del marxismo en América Latina se vincula a los hallazgos que ha hecho en esa investigación y en el convencimiento de la vigencia que tienen para nuestra realidad. Esta actitud ante el futuro se asemeja, guardando las proporciones debido a que sus posturas políticas son distintas, a la de Ernest Mandel, quien murió en julio de 1995 en plena actividad política y teórica convencido de que la respuesta del marxismo era, más que nunca, vigente en el mundo de hoy, tal y como se expresa en el programa y la estrategia de León Trotsky, representante conspicuo de la corriente inaugurada por Marx y Lenin y pionero y combatiente

ejemplo, cuando en el libro se refiere a la que supone “la cuarta época del socialismo en América Latina, presente en la actualidad, liderada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional”. *Ibid.*, p. 275. La realidad ha demostrado ser más cruel de lo que hubiera pensado Dussel. La descomposición del FSLN y la paralela desintegración del FMLN salvadoreño no constituyen de ningún modo fundamentos que puedan permitirnos pensar que a través de ellos se podrá realizar la consolidación de esa nueva etapa del marxismo en América Latina. Del sandinismo y farabundismo sólo se salvarán las tendencias auténticamente revolucionarias que rompan con las dirigencias claudicantes representadas por un Tomás Borge y un Joaquín Villalobos, ambos conectados estrechamente con las burguesías de sus países y con el estado mexicano, con el cual siguen manteniendo una relación privilegiada. Borge fue el biógrafo apologetico del ex presidente Carlos Salinas de Gortari (*Los dilemas de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 1992) y Villalobos le entregó personalmente su ametralladora al mismo corrupto y criminal personaje mencionado. Sin embargo, no está por completo equivocado Dussel cuando en otro pasaje señala que el duro golpe “moral” que representó la obra de Marx para la burguesía, en especial *El capital*, anuncia su muerte real. Ha transcurrido ya el primer siglo desde la redacción y publicación de esa obra magna. Dice Dussel refiriéndose al año en que Marx le escribiera una famosa carta a Engels en la que predecía que la burguesía no se olvidaría de sus furúnculos adquiridos durante la larga gestación del célebre libro: “No creo que llegue a cumplirse un segundo siglo [antes de que el capitalismo experimente otra nueva y definitiva crisis]; el año 2064 está aún muy lejano”, p. 30.

¹⁷ Dussel ha plasmado y desplegado sus estudios y hallazgos de la obra de Marx principalmente en cuatro libros publicados a lo largo de diez años que son además del citado en la nota anterior, los siguientes: *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, México, Siglo XXI Editores, 1985; *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI Editores, 1988; y, *Las metáforas teológicas de Marx*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1993.

ejemplar de la lucha contra la degeneración stalinista de la URSS hasta su asesinato en México, por órdenes de Stalin, en 1940.¹⁸

Ciertamente las actitudes de Mandel y Dussel no son las únicas pero sí son las más características de los marxistas que se mantuvieron críticos y opuestos al stalinismo. El ya mencionado Eric Hobsbawm, tiene otra lectura de nuestra época. Pero él, en cambio, si fue miembro durante décadas del partido comunista británico y ha reaccionado de modo muy distinto ante la situación creada por la caída del “socialismo realmente existente”. Para él “la alternativa para una sociedad transformada es la oscuridad”.¹⁹ Con esto no queremos sugerir que una anterior posición ideológica favorable al stalinismo determine en todos los casos una actitud sombríamente pesimista sobre el futuro. Sin embargo, no se puede rechazar tajantemente la posibilidad de tal relación en algunos casos. El contraste entre el optimismo de Mandel y Dussel con el pesimismo del historiador inglés es elocuente por sí mismo.

En México, igualmente, se mantiene vivo un pensamiento marxista libre de ataduras burocráticas mezquinas. La crítica a las corrientes marxistas burocráticas se ha hecho en México por partidos políticos y por tendencias de pensamiento en la propia academia. Por ejemplo, así se expresó Jorge Veraza, un marxista independiente, en plena crisis de la caída del muro de Berlín: “Si preguntamos ¿el marxismo está en crisis? Respondo que no está. [...] Están en crisis los «marxismos» ligados a la URSS o al conjunto de naciones presuntamente socialistas porque circunscribieron su pensar general, universal, a condiciones sumamente *limitadas* y mezquinas de desarrollo histórico. Antes de que hubiera presuntamente países socialistas había marxismo --por ejemplo, el de la socialdemocracia-- que estaba ligado a diversos intereses, por ejemplo, al parlamentarismo.

¹⁸ Uno de los últimos libros de Mandel, publicado por primera vez en alemán en 1993, lleva el siguiente título: *Trotsky como alternativa*, sin signos de interrogación. Véase nuestro artículo dedicado a Ernest Mandel en la revista mensual *Memoria*, correspondiente a diciembre de 1995.

¹⁹ Con esta frase termina el último tomo ya citado de la historia del siglo XIX y del siglo XX que el autor inició hace treinta años con su libro *The Age of Revolution*.

[...] Así pues, subrayo que están en crisis todos esos «marxismos», no así el pensamiento de Marx”.²⁰

El marxismo, como concepción totalizadora de las sociedades y sus transformaciones incide, por supuesto, profunda y obligadamente en el nivel político. Ya en su propia época Marx y Engels apreciaron muy pronto que el fenómeno bonapartista claramente surgido y desarrollado en el país en donde la política burguesa se había impuesto triunfalmente en forma apabullante, o sea, la Francia posterior a la transformación social inaugurada por la gran revolución, tendía a expandirse a otros países en la medida en que el capitalismo se desarrollaba en ellos. Fue Engels quien se encargó de analizar detalladamente el surgimiento y desarrollo de la expresión bonapartista prusiana que encabezó Bismarck. Precisamente en esta investigación del proceso político bismarckiano en su país natal Engels acuñó la célebre frase según la cual “quiéranlo o no el bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía”.

En el siglo XX también ha culminado mundialmente este proceso político iniciado en el siglo XIX. La capacidad visionaria de Marx y Engels igualmente se ha demostrado por tanto vigente en su apreciación de los fenómenos políticos capitalistas. Casi ciento cincuenta años después que Marx acuñó y desarrolló el concepto del bonapartismo, perfeccionándolo él en sus sucesivos análisis sobre Francia y Engels en los de la Prusia bismarckiana, los cuales se expanden por más de dos décadas, la experiencia de la hipertrofia estatal universalmente extendida en el siglo XX hace de una actualidad sorprendente a su teorización de esa peculiar hipertrofia estatista que representa el bonapartismo.

El capitalismo desbordado hacia todos los rincones del planeta proletariza la población más que proporcionalmente al desarrollo de la industria. Hoy existe un proletariado mucho más numeroso que nunca: a nivel mundial se calcula que hay más de mil millones de trabajadores asalariados en el planeta, de los cuales la mitad son obreros y obreras

²⁰“El capital disfrazado. Crítica a la visión heideggeriana de la modernidad”, *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, nueva época, núm. 140, abril-junio de 1990, p. 91. Cursivas originales.

industriales, otros tantos mil millones se encuentran desempleados o subempleados.²¹ Las desigualdades sociales y los desequilibrios regionales, nacionales, hemisféricos y mundiales son mayores que nunca. El dinamismo febril y globalizador del capitalismo se expresa en la actualidad ante todo en la industria digital que ha permitido la especulación financiera desenfrenada. El capitalismo mundial no tiene límites ni fronteras.

La “transnacionalización” capitalista se desarrolla a un ritmo vertiginoso. De 1980 a 1995 el poder de las empresas transnacionales en la estructura económica mundial se incrementó fuertemente: 1) su número se elevó de 7 mil a 35 mil; 2) si se ponen en una lista única las economías nacionales y las mencionadas empresas y se ordenan por su valor agregado, 50 de los 100 primeros lugares los ocupan las últimas; 3) las 50 mayores transnacionales dominan el 70 por ciento del comercio internacional; y, 4) el uno por ciento de las empresas transnacionales controla el 50 por ciento de la inversión extranjera mundial.²² Esta nueva realidad transforma también la relación entre el estado y el capital. El estado “libre y soberano” es hoy más que nunca un súbdito del último. Los síntomas del bonapartismo como forma más común de la hipertrofia estatal en el sistema capitalista, pero no solamente ellos sino también del fascismo y militarismo, aparecen como los medios más adecuados para el reino universal del capital al cerrarse el siglo XX.

El desarrollo del capitalismo mundial en nuestra época confirma con creces la certeza de Marx y Engels sobre la incapacidad política inherente de la burguesía como clase gobernante al mismo tiempo que su influencia económica se expande en vertiginosa espiral logarítmica. El dinamismo económico capitalista supera ampliamente sus estructuras políticas, culturales e ideológicas. Por eso la burguesía a nivel internacional es tributaria de algunos pocos centros imperialistas que le dictan su orientación política e ideológica. Nueva York-Washington, Tokio, París-Bonn y Londres son los puntos neurálgicos claves para la

²¹ Robert Fossaert, *El mundo del siglo XXI, op. cit.*, pp. 297-298.

²² Datos tomados del documento “Desmantelando al gobierno corporativo” del Foro Internacional sobre Globalización, efectuado en febrero de 1996 en la ciudad de México, *La Jornada*, 1.3.96.

dominación del planeta con una población de seis mil millones de personas. La ideología democrática propagada por todos los medios de comunicación como la forma de gobierno más adecuada en la época actual no es sino un simple velo que difícilmente esconde una realidad brutal de represión, antidemocracia, explotación y opresión no sólo en el tercer mundo y en la ex Unión Soviética, en los países de Europa oriental y en la República Popular de China, sino en el propio bloque de países metropolitanos. Decenas de gobiernos de estados apenas surgidos no cuentan más que con el siempre condicionado apoyo político y financiero de los imperialistas, tal es el caso de los países balcánicos, de muchos africanos, asiáticos y algunos latinoamericanos.

El doble lenguaje, hipócrita y traicionero, de la democracia "neoliberal" rápidamente se convierte en la cínica justificación de los estados civiles fuertes que imponen políticas inhumanas de austeridad y represión a la población. Y todo para la mayor gloria del capital internacional, actualmente bajo la hegemonía de su poderosísimo sector financiero inescrupuloso y venal. En estas condiciones nuestro mundo es hoy el escenario de una humanidad proletarizada, impotente y sojuzgada por un núcleo aposentado ante todo en agencias financieras que controlan a los gobiernos incluidos los imperialistas y que dictan la línea económica que determina la vida del planeta. Este potente núcleo financiero por supuesto es parte de la burguesía internacional. Pero por primera vez en la sociedad capitalista es un núcleo que no tiene una patria en particular. Su "nación" es el mundo y aunque sus sectores integrantes no han roto por completo su vinculación con su países natales, en realidad no se pueden considerar como integrantes de las respectivas clases sociales burguesas nacionales. Sin embargo, son las fracciones hegemónicas en las relaciones de poder interburguesas, incluidas las relaciones interestatales.

La fórmula sorprendente que captó Marx como la esencia misma del fenómeno bonapartista, a saber, la frase en la que hablaba de un gobierno surgido de la impotencia de dominio de las clases fundamentales de la sociedad moderna, se muestra más que nunca vigente. "La burguesía ya no puede gobernar, pero el proletariado no puede todavía sustituirla", oración acuñada en su análisis de *La guerra*

civil en Francia de 1871, es la expresión dialéctica viva actual de la situación política de decenas de países: “ya no, pero todavía no”.

La revolución mexicana, a pesar de todo el vigor y sacrificio populares culminó en la clásica situación de impotencia clasista que conduce al bonapartismo. Y en efecto el bonapartismo mexicano tenía garantizada su larga y estable trayectoria por ese enorme despliegue de potencia y fuerza efectuado por las masas populares, en especial campesinas, durante 1910-1920. El régimen surgido de ese proceso pareció borrar las clases en el crisol de una nación joven que pasaba lista de presente dentro del conjunto de países que empezaron a surgir después a la lucha anticolonial y antimperialista. La burguesía mexicana había sido demasiado débil y temerosa para apoyar los proyectos democratizadores emprendidos por su dirigente audaz y radical, aunque inconsecuente, que fue Madero. Por su parte el proletariado, apenas surgía como una clase independiente y de inmediato fue subordinado a la tutela populista pluriclasista de los grupos gobernantes. El estado nacional revolucionario aparecía como el protagonista no sólo fundamental sino único del desarrollo social, económico y político del país. No sólo los apologistas lo decían. También ciertos críticos cayeron abrumados ante el mito del nuevo estado. Otra vez es interesante citar las apabullantes aunque no sistemáticas intuiciones de Octavio Paz cuando afirma:

Por todo esto, cualquiera que sea nuestra definición de la burocracia moderna, la pregunta sobre la naturaleza del Estado es la pregunta central de nuestra época. Por desgracia sólo hasta hace poco ha renacido entre los estudiosos este tema. Para colmo de males, ninguna de las dos ideologías dominantes –la liberal y la marxista– contiene elementos suficientes que permitan articular una respuesta coherente. La tradición anarquista es un precedente valioso, pero hay que renovarla y extender sus análisis: el Estado que conocieron Proudhon y Bakunin no es el Estado totalitario de Hitler, Stalin y Mao. *Así, la pregunta acerca de la naturaleza del Estado del siglo XX sigue sin respuesta.* Autor de los prodigios, crímenes, maravillas y calamidades de los últimos

setenta años, el Estado —no el proletariado ni la burguesía— ha sido y es el personaje de nuestro siglo. Su realidad es enorme. Lo es tanto que parece irreal: está en todas partes y no tiene rostro. No sabemos qué es, ni quién es. Como los budistas de los primeros siglos, que sólo podían representar al Iluminado por sus atributos, nosotros conocemos al Estado sólo por la inmensidad de las devastaciones. Es el Desencarnado: no una presencia, sino una dominación. Es la Impersona.²³

¿Realmente no se ha respondido “la pregunta acerca de la naturaleza del Estado del siglo XX”? En su impotencia para dar la respuesta a esta pregunta Paz se presenta parcialmente subsidiario de las teorías de declarados derechistas o pseudoizquierdistas —como su amigo Castoriadis— que forjaron el concepto del “totalitarismo”, de “la burocracia: una nueva clase” y otros por el estilo que circularon como moneda de buena ley en numerosos círculos intelectuales y políticos hasta estos últimos años del siglo XX. Los acontecimientos a partir de la caída del muro de Berlín en 1989 seguida por la secuencia de dominó que fue derrumbando los demás muros stalinistas de toda Europa y de la ex Unión Soviética han dejado sin contenido estos conceptos sobre el “totalitarismo soviético” que supuestamente se extendería por todo el mundo.²⁴ Obviamente Paz no se atrevió a ir tan lejos como para hacer una autocritica. En cambio, habla a tontas y a locas de un precapitalismo oriental y nos receta una fórmula budista que presenta una supuesta dominación “desencarnada y sin personalidad”. Ante el derrumbe del muro de Berlín, Paz sólo intentó dar una explicación consistente en constatar lo inevitable.²⁵ Pero la decadencia de la burocracia soviética era ya evidente desde hacía tres décadas por lo menos.

¿Acaso ignora Paz el análisis marxista revolucionario que había previsto desde los años treinta (*La revolución traicionada* fue publicada

²³ Octavio Paz, *ibid*, p. 10. (Cursivas nuestras).

²⁴ Ernest Mandel polemiza e ironiza con los teóricos que como Castoriadis sostenían estas posiciones en sus dos últimas magnas obras sobre la cuestión: *¿A dónde va la URSS de Gorbachov?* (México, Ediciones Fontamara, 1991) y *El poder y el dinero* (México, Siglo XXI Editores, 1994).

²⁵ Ver *Pequeña crónica de grandes acontecimientos*, Fondo de Cultura Económica, 1989.

en 1936 y ya en ella manejaba Trotsky con soltura conceptos que venía trabajando desde hacía por lo menos tres años en donde se planteaba que el stalinismo triunfante representaba una fuerza restauracionista del capitalismo) esa decadencia? Igualmente, el análisis marxista crítico señalaba mucho antes de la caída del muro de Berlín que las burocracias gobernantes en los falsamente llamados “países socialistas” convergían cada vez más con el imperialismo política e ideológicamente, preparando la restauración capitalista. Paz pretende desconocer todo esto y su simplismo analítico no lo conduce sino a rumiar con las ideas dominantes del discurso antimarxista, antileninista y antisocialista masivamente dosificado por los medios de comunicación. Para él, como para todos los ideólogos y propagandistas del “mercado libre”, léase capitalismo, el derrumbe de la URSS era inevitable, estaba fatalmente predeterminado desde octubre de 1917 como un desastre que va implícito en toda empresa revolucionaria.

Hoy la apariencia burocrática, consistente en esconderse tras las masas populares y aparecer fraudulentamente como la depositaria de un afán emancipatorio en realidad traicionado, ha sido rota y se ha demostrado ser lo que siempre fue: una gran mentira, la más grande del siglo. Los ideólogos reaccionarios como a los que al final de su vida ha terminado uniéndoseles Paz, mantienen su terquedad, se niegan a reconocer lo evidente: un grupo de burócratas criminales como los que representó Stalin en su conquista del poder no tenían nada en común con el impulso liberador y emancipatorio del socialismo internacionalista de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Eran su negación. De los revolucionarios socialistas los dividía un río de sangre derramada por los miles de mártires que se opusieron a la marcha arrolladora de la burocracia soviética.

Esta identificación del marxismo con el stalinismo es la equivocación fatal de cualquier interpretación del siglo XX. De hecho el marxismo, entendido como ejercicio crítico y no como dogma de estado, es el único que explica “el carácter del Estado del siglo XX”, o mejor, de los dos tipos generales de estado de clase del siglo XX. En primer lugar, un estado que sirve al capital con una autonomía muy grande en momentos clave pero que no es absoluta, sino relativa. En

segundo lugar, un conjunto de estados no capitalistas, pero que tampoco eran socialistas, porque se enraizaban en sociedades en transición del capitalismo al socialismo, todavía profundamente marcadas por las relaciones mercantiles, la desigualdad social y el desequilibrio regional.

Por eso el método marxista es el que aporta los acervos más útiles e importantes para la caracterización del estado en el siglo XX. Y con los anarquistas, esta caracterización comparte una visión antiestatista, favorable a la extinción final del estado, aunque difiera de ellos sobre los métodos para realizarla. Es esta perspectiva histórica de una evolución estatal en que hay un origen, desarrollo, auge, caída y muerte de la estructura burocrática que encarna el estado, la que permite realmente apreciar en toda su complejidad la tragedia de los despotismos dictatoriales capitalistas y no capitalistas del siglo XX.

BIOGRAFÍA LITERARIA DE UNA PREOCUPACIÓN POLÍTICA

Pero la historia universal y nacional no es un ente sobrenatural ni un destino impuesto por fuerzas divinas ajenas al ser humano. Es la historia de los hombres y las mujeres, de sus empresas, sus luchas, sus triunfos y fracasos, sus decepciones y alegrías. Así, la historia trágica del socialismo y del movimiento obrero, democrático y revolucionario del siglo XX es también la nuestra, primero como los herederos lógicos de las hazañas y tragedias de nuestros padres y abuelos de la primera mitad del siglo y después como protagonistas del combate socialista a partir de los años sesenta en México y en el mundo. No hablamos de memoria. Hemos sido testigos y en algunos casos concretos hemos participado como parte de una generación internacional en su lucha que desde los años sesenta levantó por primera vez a escala planetaria el estandarte de la oposición no sólo contra el capitalismo y el imperialismo sino también contra las burocracias usurpadoras de los mal llamados países socialistas, combatiendo por tanto decididamente al stalinismo. Desde entonces nos mantenemos, a trancas y barrancas, en la trinchera de la batalla de la esperanza, de la utopía de una nueva humanidad, de un nuevo planeta que logre superar las nuevas cabalgaduras apocalípticas que amenazan su misma sobrevivencia. El afán de comprensión teórica y política que subyace en las líneas que

siguen a continuación tiene su base, pues, en un compromiso libremente aceptado que aspira a hacerse realidad, ¡ahora sí!, en el siglo XXI. Esta posibilidad de un nuevo mundo que el siglo XX atisbó relampagueantemente en varias ocasiones pero que la miseria y la mezquindad humanas todavía poderosísimas impidieron surgir con plenitud puede ser que esté llegando a su última oportunidad.

Así pues, las conclusiones generales anteriores se desprenden entonces no sólo de un interés de reflexión puramente teórica, sino también de una actividad política que se ha desplegado ya casi por cuatro décadas. Nuestro interés siempre fue buscar el mejor equilibrio entre la teoría y la práctica, intentando dar a toda iniciativa política una fundamentación lo más rigurosa posible. Nuestro compromiso político revolucionario, iniciado en 1959, en favor del socialismo y por la construcción de una organización militante revolucionaria, desde un principio lo entendimos también como un compromiso intelectual. Nuestro objetivo intentó siempre combinar en la práctica revolucionaria la reflexión marxista más amplia y profunda para enriquecer verdaderamente la acción de las fuerzas sociales revolucionarias y democráticas con las que participábamos.

Desde un primer momento, la caracterización del estado mexicano fue una de las cuestiones clave que naturalmente concentraron nuestra atención. Fue en 1962, con motivo de la aparición del libro notable de José Revueltas *Ensayo de un proletariado sin cabeza*, que redactamos una amplia crítica en la cual debatíamos con el viejo luchador comunista y proponíamos rescatar la caracterización bonapartista del estado mexicano (esta polémica fue publicada en la revista *El obrero militante*, número 3, octubre de 1962). Desde entonces, hemos ahondado a través de una investigación que ya tiene varias cristalizaciones literarias. En primer lugar está nuestro ensayo sobre *La crisis de la izquierda en México. Orígenes y desarrollo*, escrito en 1971-72 y publicado en forma de libro en 1978 (Juan Pablos Editor). Después vinieron los dos tomos de *El bonapartismo mexicano* (Juan Pablos Editor, 1982), que sintetizaron el estado de nuestros planteamientos después de más de quince años de enfocar el problema. El pico elevado de la crisis en 1982 impulsó lo que podemos considerar

la segunda etapa de nuestras elaboraciones sobre el bonapartismo mexicano que han encarnado en varios libros como *Crisis y esperanza. México más allá de 1984* (Juan Pablos Editor, 1984), *Huellas del porvenir. 1968-1988* (Juan Pablos Editor, 1989) y *La revolución mexicana contra el PRI* compilado junto con Mauricio Schoijet (Ediciones Fontamara, 1991), así como numerosos ensayos publicados en revistas y artículos de diarios nacionales y regionales.²⁶

En los próximos años aspiro a culminar una segunda etapa de esas investigaciones en un momento caracterizado por la extrema agudeza de la crisis del sistema. El presente texto representa el primer paso en esa tarea. Su objetivo es redondear la concepción teórica que ha sido la guía de esta empresa a lo largo de tres décadas y profundizar sobre su aplicación histórica concreta, la cual aquí realizamos al surgimiento y esplendor del bonapartismo mexicano durante el cardenismo. Nuestra intención es continuar este proyecto de profundización del análisis concreto hasta llegar al actual gobierno de Ernesto Zedillo.

Para realizar este proyecto contamos también con el acervo de una riquísima y amarga experiencia como dirigente del desaparecido Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) desde su fundación en 1976 hasta su división y práctica disolución veinte años después, en la que pudimos directamente confrontar los mecanismos burocráticos corruptos y manipuladores que, además de los represivos, utiliza el régimen para impedir el surgimiento de alternativas independientes y democráticas. Las siguientes páginas están pues signadas tanto por un esfuerzo de reflexión teórica consecuente y sin tapujos como por una complicada, pero a su vez enriquecedora experiencia práctica que nos ha permitido apreciar los abismos tenebrosos y los oscuros laberintos

²⁶ Algunas de las revistas en que se incluyeron los ensayos mencionados han sido *La internacional* y *La batalla*, órganos teóricos del Partido Revolucionario de los Trabajadores, *Críticas de economía política*, *Inprecor* editada en París, *Against the Current* editada en Detroit, entre otras. En lo que se refiere a artículos periodísticos se han publicado principalmente en *Bandera roja*, órgano del Grupo Comunista Internacionalista (1972-76), *Bandera Socialista*, órgano del PRT (1976-1992), y en diarios como *Unomásuno* (entre 1983-1989), *El Financiero* en su edición nacional y en la del noroeste a partir de 1989 y *El Independiente* de Hermosillo Sonora entre 1994-95

que impone el régimen a la práctica política, especialmente democrática y revolucionaria, de los mexicanos.

EL GUIÓN DE LA TESIS

La tesis está compuesta por seis capítulos:

El primero hace hincapié en el contexto histórico, político y teórico del surgimiento y desarrollo de la teoría del bonapartismo mexicano.

El segundo y cuarto capítulos elaboran la síntesis de la teoría marxista del estado, enfatizando en su aspecto clave de su autonomía relativa con respecto a la estructura económica y a la(s) clase(s) dominante(s) e intentando también la definición de una teoría particular del estado, la del bonapartismo.

El tercer capítulo es un ajuste de cuentas histórico y teórico sobre el debate del marxismo en su calidad de “otra ciencia” con la ciencia oficial. Este intermedio teórico intenta colocar en su justo lugar la peculiar contribución científica de Marx que, necesariamente al convocar a una transformación del mundo provocó también una “revolución teórica” que ha sido resistida y atacada por sectores clave de los establishments científico y académico.

El quinto capítulo es la explicación y relación de la adecuación de la teoría del bonapartismo al caso mexicano realizada por León Trotsky en la etapa cardenista.

Al final, en el capítulo sexto, planteamos unas conclusiones provisionales de esta investigación sobre los fundamentos de una teoría del estado mexicano que se extenderá, esperamos, próximamente hasta incluir un análisis de la situación actual de crisis prevaleciente en la estructura política institucional de México.

I. REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN:
LA PECULIARIDAD MEXICANA

*La próxima revolución mexicana
necesita terminar
la obra de Emiliano Zapata y
no imponer los métodos de José Stalin.*
León Trotsky*

*El pueblo mexicano tiene
vocación de r
evolución permanente.*
Patrocinio González Garrido **

DINÁMICA REVOLUCIÓN-CONTRARREVOLUCIÓN

Innumerables barruntos anuncian que la agonía y muerte del sistema de dominación política surgido de la revolución mexicana de 1910-1919 será uno de los acontecimientos centrales del periodo actual. Se agregará a la serie de transformaciones colosales que se están dando a nivel mundial en este convulsivo fin de siglo y de milenio, contribuyendo a ellas con su especificidad "muy mexicana".

Esta especificidad del proceso actual de la crisis mexicana se agregará al caudal de fenómenos políticos internacionales que incluyen los acontecimientos de por sí extraordinariamente peculiares que se desarrollan en los países que constituyeron la ex Unión Soviética y su esfera de influencia directa en Europa oriental. Pero mientras que en la descomposición del sistema burocrático que usurpó las conquistas de

* Leon Trotsky, *Writings (1938-39)*, Nueva York, Pathfinder Press, 1978, p. 225.

** En una conversación sostenida con el pintor Vlady, citada por éste último en una entrevista publicada en la revista *Proceso*, 10 de octubre de 1994.

los movimientos revolucionarios surgidos a partir de la victoria de la primera república de trabajadores en Rusia en octubre de 1917, se trata de un proceso de restauración capitalista de estados que habían avanzado en la senda de la transición hacia el socialismo, en el caso mexicano estamos frente a la decadencia de uno de los regímenes fundamentales del bloque geopolítico directamente encabezado en el hemisferio occidental por el país imperialista más poderoso del mundo.

El origen del régimen mexicano tiene también elementos de usurpación política. Aunque aquí se efectuaron de un modo "más natural", como la culminación de un proceso contradictorio en el que la dialéctica social de la revolución-contrarrevolución burguesas se impuso con el rigor característico de toda transformación social integral. Esa concepción de la usurpación de los ideales, objetivos, métodos y diligencias revolucionarias es una cuestión clave de la interpretación global de una revolución y su correspondiente contrarrevolución que intentaremos elaborar en este texto, cuyo origen, por supuesto, está en el método de análisis social inaugurado por Marx y enriquecido por muchos de sus seguidores.¹

¹ El análisis de Marx sobre la gran revolución francesa del siglo XVIII está desparramado en diversos pasajes de sus obras pues nunca logró escribir el libro que quiso hacer en su juventud sobre esta gran épica y matriz popular, —rasgo que se convertiría en una constante de su estilo de trabajo dadas las atribuladas condiciones de su existencia que le impidieron dar término e incluso iniciar muchos de sus planes. Constantemente aparece en sus obras la fascinación que ejercía la gran revolución en todos los revolucionarios del siglo XIX. En sus escritos sobre las revoluciones francesas de 1848 y de 1871, que constituyen un filón clave de sus concepciones sobre el estado, los partidos, las clases, en suma, sobre la política en general y la revolucionaria en particular, esta influencia se encuentra en la misma superficie. Mas no sólo en estos escritos se constata dicha presencia. El enfoque de Marx tiene algunas similitudes con el de otros pensadores contemporáneos suyos. Se ha resaltado, por ejemplo, la similitud de las interpretaciones de Marx y Tocqueville sobre la evolución del estado post-revolucionario como continuación del desarrollo del estado absolutista anterior a la revolución, especialmente en la expresión que adquiere con el bonapartismo. (Por ejemplo, François Furet dice: "así pues, para Marx, como para Tocqueville, la Revolución Francesa ha continuado la obra de la monarquía. No tiende sólo al advenimiento político de la burguesía, sino también a la culminación del Estado administrativo o centralizado cuyos cimientos habían sido echados por los reyes de Francia". *Marx y la Revolución francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 84). En donde reside la gran diferencia de Marx con los filósofos políticos y sociales de su época es en la interpretación global del proceso de 1789-1794 o incluso hasta el imperio napoleónico, el primer bonapartismo. Para

Las revoluciones son seguidas de contrarrevoluciones. Esa ha sido hasta hoy la norma jamás violada desde el inicio de las revoluciones burguesas en el siglo XVII —e incluso antes— hasta el siglo de “la era de

Marx, la revolución francesa, de neto carácter burgués, históricamente sería seguida por otra oleada revolucionaria en que el carácter social prevalecería sobre el político. El análisis de la revolución francesa es uno de los afluentes históricos más importantes de la justificación política, moral e ideológica de la revolución proletaria. Michael Löwy, "The Poetry of the Past: Marx and the French Revolution," en Michael Löwy, *On Changing the World. Essays in Political Philosophy, From Karl Marx to Walter Benjamin*, Nueva Jersey, Londres, Humanities Press, New Jersey, London, 1993. También Maximilien Rubel, "Marx et la Révolution française", *Economies et sociétés*, París, núm. 27, sept. 1989, pp. 7-59. Daniel Bensaïd polemiza viva y gozosamente con Furet y con todo el *establishment* político e intelectual dominante durante el bicentenario de la gran revolución en *Moi, la révolution*, París, Gallimard, 1989 y nosotros comentamos estos temas en Manuel Aguilar Mora, "Revolución francesa, el amanecer de nuestra contemporaneidad", *La Batalla*, México, núm. 22, julio-agosto de 1989.

Daniel Guérin, partiendo de conceptos e interpretaciones marxistas clave como los de clase, partido y dirección y sus respectivas conexiones con los de conciencia e ideología, realizó una impresionante interpretación de la revolución francesa en la que despliega una visión crítica concreta de la revolución utilizando el concepto de la revolución permanente, característico de los sectores comunistas radicales del siglo XX, al desarrollo de las luchas políticas y de las ideas de los actores revolucionarios del siglo XVIII. Su libro, *La lutte de classes pendant la première république (La lucha de clases durante la primera república)* fue publicado a fines de los años cuarenta y una segunda edición corregida y aumentada fue publicada en 1968 (por Ediciones Gallimard de París). En español se conoce sólo una pequeña síntesis publicada en 1982 en la colección de libros de bolsillo de Alianza Editorial.

En el siglo XX esta veta de la crítica revolucionaria, de la incorporación del análisis subjetivo en el proceso revolucionario ha sido abundantemente desarrollada por los marxistas revolucionarios, contraponiendo su interpretación dialéctica a la de los marxistas mecánicos y "objetivistas". Esta última es la que prevaleció en los partidos socialdemócratas y stalinistas. En el plano filosófico desatacaron como representantes de este marxismo humanista, no economicista y antiesquemático el joven Lukács (el de *Historia y conciencia de clase*), toda la obra, pero en especial su magna investigación plasmada en *El principio esperanza* de Ernst Bloch, el joven Karl Korsch, Antonio Gramsci, Walter Benjamin y otros más. En el plano político destacaron Rosa Luxemburgo, de nuevo Gramsci y, ante todo, León Trotsky. Este último, en especial con su libro fundamental *La revolución traicionada* —análisis de la naturaleza y las tendencias de desarrollo de la Unión Soviética, escrito en 1936 y en el cual ya preveía como una de las posibilidades de la evolución soviética la restauración del capitalismo— ha marcado indeleblemente el pensamiento revolucionario marxista del siglo con su enfoque globalizador de la experiencia revolucionaria y contrarrevolucionaria soviética.

la revolución permanente” como bautizó Isaac Deutscher al siglo XX², tal vez en forma precipitada pues una definición más acertada de él debería ser la era de la revolución y la contrarrevolución permanentes. Los años de la transición tumultuosa de un modo de producción en decadencia hacia otro nuevo del que sólo se han atisbado embrionarios y dramáticos destellos. El siglo de Lenin y Trotsky, dirigentes de la primera revolución socialista, pero también de Hitler y Stalin, encarnaciones de las contrarrevoluciones más sangrientas de la historia; el siglo de Gramsci al igual que de Mussolini; el de Sandino y el Che Guevara con sus antipodas Somoza, Batista y los gorilas sudamericanos; el de Nelson Mandela y el apartheid; el del holocausto y el de los sionistas convertidos en verdugos de los combatientes palestinos y el de Mao Zedong y Deng Tsiaping iniciando su carrera como combatientes revolucionarios y finalizando como déspotas burocráticos opresores de su pueblo y así podríamos continuar incluyendo a otros importantes personajes cuyo balance final histórico todavía está por hacerse como el de Fidel Castro, sin duda uno de los revolucionarios clave del periodo, forjador de la patria cubana y precursor de la unidad latinoamericana que, sin embargo, con su protagonismo aún de primera plana cotidiana tiene todavía que pasar la prueba de la democratización socialista de su pueblo. Un pueblo que en este siglo realizó una revolución anticapitalista en uno de los países más cercanos a Estados Unidos, con un costo altísimo (¡un bloqueo económico imperialista de casi cuarenta años!) con las repercusiones

² En su introducción a la antología de escritos de León Trotsky, preparada por George Novack, titulada precisamente *La era de la revolución permanente*, México, Juan Pablos Editor, 1977.

Los historiadores de la revolución mexicana no suelen integrarla dentro el contexto mundial en que se dio. Por eso destaca el análisis global y detallado de la revolución hecho por John Mason Hart en su libro *El México revolucionario*, (México, Alianza Editorial, 1980), en donde dedica un capítulo completo para situar el proceso mexicano junto a los procesos revolucionarios contemporáneos ocurridos en Rusia (1905), en China (1911) y en Persia (1906). También Adolfo Gilly intenta una contextualización mundial de la revolución en *La revolución de la madrugada* (México, Editorial Transición, 1977). Arnaldo Córdova menciona de pasada, sin profundizar mayormente en la idea, "la nueva época [...] de la internacionalización de la revolución" en la que se sitúa la mexicana. *La formación del poder político en México*, México, Serie Popular Era, 1972, p. 29.

políticas consabidas, principalmente la hipertrofia burocrática de un liderazgo encabezado por Fidel Castro, que sin dejar de ser el jefe de un gobierno revolucionario, sin embargo, da señales evidentes del surgimiento de un nuevo tipo de bonapartismo post-revolucionario. Fidel Castro de haber sido uno de los dirigentes revolucionarios más jóvenes de la historia se ha convertido en un patriarca despótico que se acerca peligrosamente a una confrontación popular.

EL CASO MEXICANO

En el caso mexicano tampoco el siglo XX es sólo el de Zapata y Villa sino también el de Porfirio Díaz y Victoriano Huerta. El de Carranza, Obregón, Calles y el PRI, por un lado y el de los innumerables combatientes por un México democrático e independiente, por otro, cuya progenie incluye a los anarquistas herederos de Flores Magón, a los trabajadores que forjaron el sindicalismo en los años treinta, a los trabajadores que empujaron y consolidaron la expropiación de las compañías extranjeras, a los obreros y campesinos de la oleada de insurgencia sindical y lucha por la tierra cuyo combate fue encarnado en los personajes de Demetrio Vallejo y Rubén Jaramillo en los años cincuenta y sesenta, a los heroicos estudiantes de las jornadas históricas de 1968, hasta llegar a la actualidad con la aparición de los combatientes del EZLN y de otros grupos revolucionarios. Un México con un desarrollo político extraordinariamente peculiar, escenario de una formidable rebelión de las masas trabajadoras efectuada en el patio trasero directo del imperialismo más poderoso del siglo y en el cual se dio el surgimiento de personajes tan controvertidos como Lázaro Cárdenas, quien avanzó como ningún otro presidente mexicano en este siglo por el camino de una transformación social con profundas raíces populares, pero que al mismo tiempo fue uno de los forjadores y constructores fundamentales del estado post-revolucionario que se convirtió en el fetiche priista, represor y despótico, opresor y corruptor, que a partir de los años cuarenta ha constituido el principal obstáculo del pueblo mexicano en su marcha por la instauración de un país libre, democrático y soberano.

La extraordinaria longevidad, ella misma fundamento y cima de una envidiable estabilidad no sólo para los patrones latinoamericanos sino mundiales, y que lo define como la dictadura más larga del siglo, destacó al sistema de dominación política mexicano desde los años cuarenta, convirtiéndolo en uno de los preferidos del análisis de escritores e investigadores de las ciencias sociales. La querrela sobre la definición de la naturaleza y la dinámica del sistema (régimen político) mexicano es caudalosisima y en ella han intervenido con vigor y talento, así como también con dolo e interés apologetico, teóricos y políticos de todas las nacionalidades, personajes de la academia y fuera de ella, escritores especialistas y legos, de izquierda y de derecha, favorables y opositores al régimen del Zócalo-Los Pinos.

La misma vastedad del caudal de literatura a que ha dado motivo el régimen mexicano es el testimonio elocuente de su enigmática naturaleza que ha marcado con su sello a toda la historia de México en el presente siglo. Este es un destino que comparte con todos los regimenes post-revolucionarios y sus matrices gestadoras, como se puede comprobar fácilmente con los diluvios de tinta y las toneladas de papel gastados en la edición de la literatura sobre la revoluciones francesa, rusa, china y cubana y sus resultados, para hablar sólo de las experiencias más conidas en la escena mexicana. El fenómeno revolucionario y sus consecuencias son de particular predilección para las inquisiciones del pensamiento humano y de ello son testimonio las miles de bibliotecas dedicadas a analizarlo, alabarlo o impugnarlo. El interés por la revolución es una expresión más de ese anhelo nunca extinto de los seres humanos, en especial de los más oprimidos y explotados, por transformar el mundo y conseguir su redención.

En México, del mismo modo que sucedió en los otros casos de las revoluciones mencionadas, el debate sobre el carácter del régimen post-revolucionario, su dinámica y perspectivas se dio, en primer lugar, naturalmente entre los actores afectados de manera directa por su desarrollo. En especial, fueron sus opositores de izquierda quienes avanzaron con más audacia y decisión las teorías y explicaciones que se convertirían en la fuente de posteriores elaboraciones. Ciertamente se trataba de concepciones forjadas en la coyuntura política cotidiana que a

veces carecían de sistematización. Pasó todo un periodo de algunos lustros antes que la discusión llegara a la academia para encontrar allí una sistematización y una reflexión ordenadoras, las cuales por supuesto estaban cargadas con los prejuicios no sólo políticos naturales sino también con los característicos de ese medio. De nuevo el búho de la sabiduría emprendió su vuelo ya al anochecer.

ORÍGENES Y DESARROLLO DE LA TEORÍA DEL ESTADO MEXICANO

Los primeros enfoques más o menos elaborados sobre la naturaleza del régimen de la revolución mexicana se dieron en los años veinte y correspondieron a los grupos intelectuales comunistas. Allí se avanzó por primera vez en la concepción del bonapartismo mexicano, que, sin embargo, no prosperó mucho.³ Habría que esperar a los años cardenistas para que nuevamente el interés por una claridad teórica de los grupos revolucionarios coincidiera con el afán de avanzar en una caracterización adecuada ("científica") del régimen mexicano. Aquí la aportación de León Trotsky fue clave. El viejo bolchevique, perseguido por la represión stalinista, sólo encontró asilo político en México, el cual le fue concedido por el gobierno de Cárdenas a partir de enero de 1937. Con motivo de esa coincidencia extraordinaria, el auge de masas experimentado en nuestro país durante ese sexenio clave tuvo un testigo excepcional en el teórico de la revolución permanente. Trotsky retomó el concepto de bonapartismo para aplicarlo a la experiencia cardenista y abrió una veta de análisis y elaboraciones políticas extremadamente ricas que, sin embargo, permaneció ignorada por el trágico destino de su autor, quien tuvo que esperar más de dos décadas después de su muerte para que la crisis del stalinismo y el nuevo auge revolucionario mundial experimentado a fines de los años sesenta, lo sacaran del olvido al que lo había relegado el piolet criminal y permitieran la revaluación de su obra y su rol histórico.⁴

³ Raquel Tibol en el prólogo a una recopilación de los escritos del célebre pintor Diego Rivera menciona el hecho que éste escribió varios artículos en los años veinte en que consideraba al bonapartismo como una de las causas determinantes de la "deformación del movimiento obrero". *Diego Rivera, arte y política*, (Editorial Grijalbo, México, 1979, pág. 26).

⁴ A la concepción del bonapartismo "sui generis" desarrollada por Trotsky, dedicamos todo el capítulo V del presente ensayo para exponer una amplia relación de la misma.

El involucramiento de la academia en esta polémica sobre el sistema político de dominación post-revolucionario, como ya se dijo, ocurrió mucho después de que había hecho furor en las filas del movimiento democrático y revolucionario. Ciertamente cuando eso sucedió la discusión adquirió otra relevancia lográndose una mejor apreciación, más sistemática y crítica. Pero la causa de este interés por la teoría y la política del estado mexicano del siglo XX no fue estrictamente académica. Se debió ante todo al sacudimiento social y político del movimiento estudiantil de 1968.

Desde antes del año histórico central de los años sesenta la polémica sobre el régimen estaba profundamente enraizada en las tradiciones intelectuales. Pero los cambios ocurridos durante esos años hicieron más actuales y evidentes en el mundo de los escritores el tema de la revolución y sus consecuencias. A partir de entonces se colocó como uno de los temas fundamentales en la reflexión y la obra de Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Jorge Aguilar Mora, René Avilés Fabila sólo para mencionar a unos cuantos entre tantos otros. Por supuesto el tema había sido materia de discusión clave de varios de los destacados precursores de las ciencias sociales, que son ya maestros clásicos de las actuales jóvenes generaciones de historiadores, politólogos, sociólogos y economistas. Entre ellos destacaron Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog y Pablo González Casanova.⁵

⁵ Carlos Fuentes enfoca en numerosos pasajes de sus escritos la cuestión del estado mexicano destacando su libro *Tiempo mexicano*, cuya primera edición fue publicada en 1971, en plena "apertura democrática" echeverrista y en el cual denomina a los presidentes mexicanos como "napoleones sexenales". Octavio Paz ha producido una abundantísima literatura sobre la política en México en la que incluye un tratamiento del estado postrevolucionario. Destacan sus libros *Postdata*, (Siglo XXI Editores, 1970) sobre el movimiento estudiantil-popular de 1968 y *El ogro filantrópico* (Joaquín Mortiz, 1978), recopilación de sus artículos escritos durante la década de los años setenta. Por su parte Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco tratan en forma constante los temas políticos e históricos en sus libros y artículos. Jorge Aguilar Mora escribió un voluminoso libro sobre la revolución en el que trata ampliamente temas políticos contemporáneos. Su título es *Una muerte sencilla, justa, eterna*; (Ediciones Era, 1990), y fue uno de los libros abandonados por el subcomandante Marcos en su cabaña que el ejército encontró en su cacería tras la dirección del EZLN realizada en febrero de 1995. Avilés Fabila escribió una novela cuyo escenario y protagonistas están en México en el año histórico de 1968 y que lleva el

El tema ha desbordado las fronteras nacionales y algunos de los mejores textos sobre el sistema político mexicano se han escrito en el extranjero. Es en Estados Unidos, principalmente donde abundan las contribuciones meritorias de los numerosos especialistas sobre asuntos políticos mexicanos que se encuentran en sus universidades. También en Francia, en Inglaterra, en Alemania e incluso en la ex Unión Soviética e Italia se produjeron valiosas aportaciones sobre la historia y el funcionamiento del peculiar sistema político mexicano. En los últimos veinte años las aportaciones de los estudiosos del México revolucionario y su principal resultado, el estado moderno mexicano, provenientes del extranjero han sido valiosísimas destacando entre otros más las de Friedrich Katz, Alan Knight, John Mason Hart, Francois-Xavier Guerra, Thomas Benjamin, John Tutino y Mark Wasserman. En la Unión Soviética destacó la obra de Anatol Shulgovsky y en Italia la de Livio Maitán.⁶

significativo título de *El solitario de palacio* publicada por primera vez en Argentina en 1970. Las obras de Cosío Villegas y Silva Herzog son ampliamente conocidas. Del primero destacan *El sistema político mexicano* y *El estilo personal de gobernar*, ambos editados por Joaquín Mortiz, entre muchos otros libros. De Silva Herzog destaca su popular *Breve historia de la revolución mexicana* publicada por el Fondo de Cultura Económica en su colección popular. Pablo González Casanova inauguró el análisis sistemático sociológico de la cuestión del poder en su célebre obra *La democracia en México*, México, Ediciones Era, 1964.

⁶ Algunos de los libros de estos autores son: Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, dos tomos, México, Ediciones Era, 1982; Alan Knight, *The Mexican Revolution*, dos vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Thomas Benjamin y Mark Wasserman (compiladores), *Provinces of Revolution. Essays on Regional Mexican History 1910-1929*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990; Francois-Xavier Guerra, *México, el antiguo régimen y la revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1989; John Mason Hart, *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990; John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986; Anatol Shulgovsky, *México en la encrucijada de su historia*, Fondo de Cultura Popular, 1968; Livio Maitán escribió un libro sobre México que permanece inédito, a excepción de su último capítulo, "México, su revolución, su régimen político y su ubicación en el capitalismo mundial", publicado en la revista *Criticas de la economía política, edición latinoamericana*, núms 24-25, Ediciones El Caballito, 1985.

EL IMPACTO DE 1968

La explosión del pensamiento rebelde e independiente que dio lugar al movimiento estudiantil de 1968 cambió muchas cosas. En la academia misma, venciendo su conservadurismo, se sintieron los nuevos impulsos propalados por las movilizaciones democráticas en las universidades. El marxismo, considerado por el pensamiento dominante en ellas como una mera ideología política sin estatuto teórico propio dentro de las jerarquías académicas, se fue imponiendo como lo que es: una *Weltanschauung*, un método científico y una rica doctrina del pensamiento social, económico y política que es clave para la comprensión de las profundas y trágicas transformaciones revolucionarias (y necesariamente contrarrevolucionarias) del siglo XX y del capitalismo en general.

Surgió por primera vez una cultura del marxismo mexicano alimentada en las universidades y en los círculos intelectuales, pero con alcances nacionales. Un cronista cultural, Christopher Domínguez Michael, lo describe así: “[fue hasta] los años setenta [que] contamos con algo parecido... a una corriente [de marxismo mexicano] de alcance nacional, autónoma, con libros y escritores, instituciones y partidos, tradiciones revividas, interés por lo universal, búsqueda de la realidad nacional y hecho en su nombre dentro de los vaivenes de la lucha de clases”.⁷

El renovado interés crítico en la historia y en la política de México tuvo que enfocar su lente necesariamente en la historia de la revolución mexicana y en sus consecuencias, prioritariamente en el estado surgido de ella.

⁷ Christopher Domínguez Michael, “Los marxismos mexicanos: batallas por la tierra baldía”, *Nexos*, núm. 70, octubre de 1983, p. 25. Arnaldo Córdova constató este cambio del modo siguiente: “El 68 hizo estallar en mil pedazos la religión empirista en las ciencias sociales. Las preguntas que se plantearon eran: ¿qué clase de Leviatán nos gobierna?, ¿qué es la política y, en especial, nuestra política? [...] ¿de dónde venimos y qué fuerzas nos han gobernado hasta ahora? [...] ¿cómo fue que el gobierno metido en el callejón sin salida, por su estupidez y obstinada intolerancia, recuperó casi instantáneamente su consenso con el pueblo?” *La revolución y el estado en México*, Ediciones Era, 1988, p. 85.

Este enorme esfuerzo colectivo de investigación y elaboración teóricas e históricas fue cristalizando poco a poco en algunas categorías y definiciones generales. A pesar de la enorme diversidad política de los autores que trataban y elaboraban sobre el tema del estado mexicano, su excepcionalidad era lenta y firmemente sacada a luz, descubierta ante la filosa acción de la crítica histórica y literaria desplegada por tantos esfuerzos. Sistema pluripartidista de fachada pero de características autoritarias, incluso totalitarias, presidencialista en grado extremo, antidemocrático, dictatorial, venalmente corrupto, represor selectivo y otros atributos parecidos salían con más frecuencia a la superficie, delineando un rostro muy diverso al que la gigantesca publicidad emanada del Zócalo-Los Pinos difundía no sólo en México sino en todo el mundo.

Uno de los filones críticos que fue apareciendo entre el conjunto de estas teorías e interpretaciones fue precisamente la que se definiría como la del bonapartismo mexicano.

La teoría del bonapartismo mexicano se abocó a descifrar el enigma del régimen instaurado en el Zócalo en tanto resultado y negación, al mismo tiempo, de la revolución mexicana. Ello implicaba el despliegue de un enfoque globalizador, o si se quiere, multidisciplinario, para usar el término preferido en la academia. El florecimiento y expansión del concepto del bonapartismo mexicano, florón por antonomasia de la interpretación marxista del estado post-revolucionario, se dio a partir de mediados de la década revolucionaria de los años sesenta y se desplegó con fuerza y amplitud durante las siguientes dos décadas. Fue una de las vetas más ricas e importantes para la interpretación y explicación de la revolución mexicana que a su vez permitía el desarrollo y fortalecimiento de la creciente actividad teórica y política marxista revolucionaria en el seno de un movimiento de izquierda cuya influencia principal se desarrollaba en las universidades y centros de educación superior, pero que iniciaba su proyección más allá de los linderos de los *campus* hacia las luchas de las clases populares. Los portavoces de esta interpretación política buscaban encontrar una explicación y fundamentación al mismo tiempo a la tarea de emprender una estrategia política revolucionaria de ruptura

e independencia con respecto la burguesía nacional, su estado y su ideología.⁸ Aunque rebasa los límites de nuestro estudio, cabe señalar de paso que en otros países se sintió también la necesidad de utilizar el arsenal conceptual del marxismo en su tratamiento del bonapartismo. Aproximadamente en los mismos años en Argentina, Brasil, Bolivia y en otros países de América Latina se dieron ensayos de interpretación de sus experiencias políticas partiendo de la mencionada concepción marxista. El acercamiento era desigual y confuso al principio, pero se expresaba irremediamente en la academia. En México fue el libro de Pablo González Casanova *La democracia en México*, publicado en 1965, el que ya sin dudas abrió la discusión en su seno. Aunque ecléctico y a veces muy titubeante, este libro y las polémicas que despertó fueron el hito definitorio de la sociología política académica de los años sesenta. Sus conceptos marxistas provenían del arsenal stalino-lombardista y, por tanto, no profundizaba sobre el carácter del estado mexicano. Además su enfoque, ecléctico como decíamos, según el cual su análisis se hacía en forma dualista usando el método "pluralista" dominante en la sociología estadounidense y el marxista, dejaba mucho que desear. Pablo González Casanova en posteriores trabajos fue precisando su enfoque y dejando atrás estos titubeos. Pero paralelo a este debate se daba entre sus alumnos más radicales (como el que esto escribe) un proceso de clarificación que avanzaba rápidamente a posiciones marxistas revolucionarias.⁹

⁸ Para un recuento académico de las interpretaciones marxistas, en especial las que parten del concepto del bonapartismo véase Juan Manuel Horcacas, "Escuelas de interpretación del sistema político mexicano", *Revista mexicana de sociología*, UNAM, año LV, núm. 2, abril-junio de 1993.

⁹ Desarrollé brevemente este itinerario intelectual así como el argumento de la revolución como el origen del bonapartismo, y su impacto en las condiciones del desarrollo de la teoría marxista del estado en la introducción y el primer capítulo de mi libro *El bonapartismo mexicano. I. Ascenso y decadencia*, México, Juan Pablos Editor, 1982. También expuse una síntesis de estas ideas en "Estado y revolución en el proceso mexicano", incluido en Adolfo Gilly et al, *Interpretaciones de la revolución mexicana*, Nueva Imagen, 1979.

Mi primer acercamiento teórico al tema del estado bonapartista mexicano data de mediados de los años sesenta con motivo primero, de una polémica con José Revueltas a raíz de la publicación de su importante libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, publicado en 1962 en la revista *El obrero militante* (octubre de 1962) y después en un estudio de la agricultura mexicana publicado en una revista estudiantil titulada *Economía*

Esta necesidad de la crítica política revolucionaria se hacia evidente con mayor razón en un país como México:

Si el Estado, el poder propiamente dicho, es la preocupación desgarradora del marxismo contemporáneo, más aún lo es para los marxistas mexicanos. La inevitable atracción por el Estado se renueva por oleadas entre los marxistas mexicanos, produciendo generaciones de ciegos[...]Una crítica radical del Estado mexicano habrá de ser una crítica política alternativa, no una declaración higiénica de independencia. Además, sólo una crítica seria y creativa del poder estatal tal como actualmente se manifiesta, sentará las bases para evitar su reaparición con nuevas etiquetas y la misma carga de opresión y autoritarismo.¹⁰

A mitad de los años setenta era muy evidente que la corriente marxista avanzaba más rápido que la vertiente académica pura. Cuando la polémica entre los marxistas se daba ya con claridad alrededor de diversos "modelos interpretativos", en la academia todavía se discutían las contradicciones y limitaciones de *La democracia en México* y de

editada por alumnos de las entonces todavía "escuelas", Nacional de Economía y Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. El artículo se publicó en el número dos, correspondiente a marzo-abril de 1964.

El esfuerzo sistemático por elaborar una teoría del estado capitalista en México, lo que era igual a desarrollar una teoría del bonapartismo mexicano, comenzó en mi caso en 1971 con motivo de la investigación que emprendí sobre la crisis de la izquierda en México y que se publicó en varios números de la revista marxista revolucionaria (*La Internacional*, órgano del Grupo Comunista Internacionalista) durante 1971-72, ensayos que posteriormente se reunieron y ampliaron para ser publicados en forma de libro con el título de *La crisis de la izquierda en México. Orígenes y desarrollo*. (México, Ed. Juan Pablos, primera edición, 1978). Posteriormente, profundizando en el tema tanto por las necesidades cotidianas de la política revolucionaria que obligaban a una certera y concreta caracterización de la evolución del estado mexicano, como por la voluntad de contribuir en el debate teórico y político tan rico e importante que se dio en el medio intelectual marxista en el periodo bisagra entre la década de los años setenta y la de los ochenta, publiqué en 1982 los dos tomos en los que abordo ampliamente la cuestión, *El bonapartismo mexicano, op. cit.* Después he seguido elaborando en diversos trabajos publicados e inéditos el desarrollo y la teoría del bonapartismo mexicano. En el presente ensayo intento hacer un balance de la cuestión.

¹⁰ Christopher Domínguez Michael, *op. cit.*, p. 30.

otros trabajos publicados años atrás, como las primeras obras de Arnaldo Córdova. Tres politólogos decían en 1975:

La inexistencia de un modelo interpretativo apropiado, donde se manejen mínimamente las más elementales categorías de la teoría del Estado como ciencia de la realidad, ha hecho que los esfuerzos en este sentido se resuelvan en forma trivial y vanal [sic]. Esto es así porque mientras las energías se consumen relacionando *a posteriori* las perspectivas de indagación y análisis opuestos y aislados, los logros invariables que se obtienen se acercan más a un pastiche, a una ensalada de palabras dispares, a un coctel de enfoques diferentes, que a una reconstitución consistente de todos los momentos que componen la realidad histórica como totalidad en devenir.¹¹

Desde entonces, a pesar de un esfuerzo que ha incluido el uso de categorías marxistas, ha sido difícil descifrar en la academia la “realidad histórica en devenir” que es el bonapartismo mexicano.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DEL ESTADO

Como sucedió con el desarrollo del marxismo a lo largo del siglo XX en todo el mundo, también en México cuando la investigación teórica se profundizó como consecuencia de una mayor inserción política de las corrientes marxistas en la lucha de clases, fue en la definición del estado y las cuestiones estratégicas de ella derivadas como se expresó con más fuerza su florecimiento.

Después de 1968 cientos, miles de activistas estudiantiles combinaron su actividad escolar, si no es que de plano la abandonaron, con la intervención política en su entorno social. Grupos y organizaciones de estudiantes radicales coordinaron una acción de penetración e influencia en colonias populares, comunidades campesinas, diversas expresiones ciudadanas e incluso en los sindicatos de trabajadores, los más férreamente controlados por las fuerzas sindicales oficiales directamente vinculadas con el estado. Esta

¹¹Patricio Marcos; Jacqueline Peschard y Carmén Vázquez, “El presidencialismo mexicano como fábula política”, *Estudios políticos*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, núms. 3-4, septiembre-diciembre, 1975, p. 43.

oposición rebelde, con su profundo aliento democrático e impulso revolucionario necesariamente conduciría hacia la integración de una visión de izquierda, clasista y socialista. El concepto de estado fue central para conformar esta ideología de independencia y de autorganización de la que fueron cruzados los estudiantes en los años setenta y hasta parte de los ochenta. Una reciente investigación, amplia y detallada de los movimientos sociales que se iniciaron en 1968 evidencia concretamente este papel clave que desempeñó la ideología y la práctica del conjunto de grupos políticos, radicales y socialistas que salieron de las universidades en el Distrito Federal, en Monterrey, en Guadalajara, en Oaxaca, en Hermosillo, en Chihuahua, en Chilpancingo, en Puebla, en Culiacán y en prácticamente todas las entidades que contaban con centros de educación superior más o menos importantes.¹²

La radicalización se sintió en primer lugar en el surgimiento de grupos rebeldes de todo tipo: embriones partidarios y hasta guerrilleros, entre los que destacó un numeroso grupo a nivel nacional de jóvenes pertenecientes al partido comunista que constituyeron la Liga Comunista "23 de Septiembre". Su impacto inauguró movimientos de los colonos urbanos por mejoras materiales y de vida en general. Penetró en las vastas masas campesinas para organizarlas en su combate por la dotación de tierras y después para forjar grupos de cooperativas y de diversos tipos para incrementar y dinamizar la producción en el campo. Y como lo demuestra el caso del EZLN, se dieron incluso experiencias innovadoras en que se combinaban proyectos de lucha por la tierra con la organización de milicias armadas. En los sindicatos obreros se produjeron tendencias y corrientes democráticas que los estudiantes auspiciaban o se volvían sus mejores aliados. Su influencia llegó incluso a nivel institucional modificándose grandemente la vida política del país, expresándose en las presiones cada vez mayores por

¹² "Todo el periodo de Echeverría fue definido en estos términos, básicamente debido a la deslegitimización del sistema dominante. Ser de oposición significaba ser de izquierda. Así, la izquierda en el movimiento desarrolló un concepto del estado burgués como evidencia de sus contradicciones políticas". Sergio Tamayo, *The 20 Mexican Octobers. A Study of Citizenship and Social Movements*. Tesis de doctorado presentada en la Universidad de Texas, Austin, 1994. pp. 293-94 *passim*.

una reforma política que el gobierno trató siempre de encausar por una reforma electoral. El viejo Partido Comunista Mexicano (PCM) renovó sus filas y experimentó un breve giro a la izquierda a principios de los años setenta, como producto del ingreso a sus filas de una importante fracción del estudiantado radicalizado de esos años. Fundados y contruidos por camadas aun más radicales de estos estudiantes surgieron otros partidos que en su momento lograron el registro oficial electoral que les permitió irradiar su influencia a nivel nacional. El Partido Socialista de los Trabajadores, el Partido Mexicano de los Trabajadores y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, pero que sólo eran los que más destacaban entre numerosos otros grupos que pululaban por todo el país.¹³

Así pues, la sistemática elaboración de una teoría marxista del estado mexicano que surgía del rico proceso polémico mencionado, tuvo un afluente especialmente fructífero, el de la nacionalización y enraizamiento de la concepción del bonapartismo. El debate lo protagonizaron un conjunto de autores mexicanos y extranjeros que elaboraron sobre la teoría y la política del estado en México, enfatizando cuestiones económicas, sociales, electorales, partidarias e ideológicas.

Ya se han comenzado también a publicar estudios detallados que muestran la diversidad y riqueza de estos aportes mexicanos a la teoría marxista y en especial sobre la naturaleza del estado mexicano. El ensayo de Domínguez Michael citado arriba es acompañado con una cronología que va de 1968 a 1982, inclusive, abarcando las efemérides más destacadas ocurridas durante el período, así como una lista de algunos de los más importantes libros publicados.

¹³ La bibliografía sobre estos temas es amplísima, entre otros podemos mencionar sobre los partidos a Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos políticos*, Siglo XXI Editores, 1978; sobre los campesinos a Armando Bartra, *Los hijos de Zapata*, Ediciones Era, 1986; sobre los colonos véase la investigación mencionada en la nota anterior de Sergio Tamayo. Sobre el desarrollo de las corrientes políticas radicales a Manuel Aguilar Mora, *Huellas del porvenir, 1968-1988*, Juan Pablos Editor, 1989. Dirigida por Pablo González Casanova, Siglo XXI Editores publicó a partir de 1976 una historia del movimiento obrero en el siglo XX que llega hasta los años setenta.

En forma exhaustiva y especializada Andrés Barreda Marín emprende un proyecto aún más ambicioso en su investigación de la explosión de literatura marxista en las escuelas y facultades de la UNAM, poniendo especial atención a lo ocurrido en la Facultad de Economía, durante las décadas de los años setenta y ochenta, enfatizando en las obras de crítica económica, pero sin descuidar las investigaciones históricas y políticas. Él también llega a la conclusión de la gran trascendencia del estudio del estado:

El debate sobre el estado y lo político es el lugar donde se vuelven evidentes las consecuencias prácticas de las diferentes estrategias teóricas de interpretación e investigación.

El debate sobre el estado y la política es entonces el punto de referencia donde cada postura muestra sus límites y a partir del cual los demás interlocutores logran trascenderlos [sic]; pero también donde mejor se desarrolla el mercado intelectual de las modas teóricas, más aptas para la subordinación del pensamiento al alpinismo burocrático que para la producción de la verdad.¹⁴

En las condiciones mexicanas este debate necesariamente se daría con una fuerza particular por las peculiaridades tan pronunciadas de la evolución de la máquina estatal. La estadolatría cundió en los medios intelectuales. “Si además se tiene en cuenta que el estado de la revolución mexicana es así el único promotor de cultura y de ciencia en el país, se entenderá más fácilmente la excepcional estadolatría entre los intelectuales mexicanos”.¹⁵

Esta pronunciada tendencia post-revolucionaria de la gran mayoría de la intelectualidad hacia concepciones ideológicas estatistas se vio reforzada por la poderosa influencia del stalinismo en la izquierda y la amplia periferia intelectual dominada por ella. Tradicionalmente la

¹⁴ Andrés Barreda Marín, *Aportes de la crítica de la economía política a la investigación económica en México 1970-1990*, Tesis de maestría en sociología. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1993, pp. 47-48. La lista total de autores nacionales que cita Barreda en su estudio incluye a casi tres centenares de ellos y los títulos de sus obras hacen una bibliografía con cerca de 600 entradas de libros, artículos y tesis.

¹⁵ *Ibidem*, p. 51.

influencia de los intelectuales de vanguardia ha sido muy poderosa en el país desde el siglo XIX, la cual se refrendó durante la revolución y después de ella a partir de la década de los años veinte. Un sector importante de la intelectualidad revolucionaria se adhirió o simpatizó con el joven Partido Comunista Mexicano y también giró alrededor de la figura de Vicente Lombardo Tolerado, quien, sin integrarse al primero, experimentó junto con él el proceso de stalinización al que la burocracia soviética sometió a todos los partidos comunistas y a su presencia en el movimiento obrero en el mundo entero.

Lombardo Toledano fundó en 1948 el Partido Popular, apellidado socialista a partir de 1961, que desde su surgimiento se convirtió en un competidor stalinista del PCM. El auge de la corriente stalinista entre la intelectualidad se dio a partir de los años treinta y continuó durante unos veinte años teniendo un impacto considerable.

El auge y crisis del stalinismo mexicano fue paralelo al del proceso del stalinismo soviético. Ambos se desarrollaron en un largo proceso que duró más de seis décadas y su interinfluencia determinó en gran medida las dimensiones de su impronta nacional durante esos años hasta que la desaparición organizativa de la corriente del PCM en 1989, dos años antes del colapso de la Unión Soviética, puso punto final a su presencia explícita, abierta en el país. Para esas fechas el antiguo PCM había culminado una década de reunificaciones que, sin embargo no significaron una transformación cualitativa a pesar de los nuevos nombres que asumió y así el Partido Socialista Unificado de México –PSUM– y después el Partido Mexicano Socialista –PMS– en 1989 se habían constituido en los verdaderos herederos del partido más antiguo del país –el PCM se fundó en 1919.¹⁶

Con la desaparición orgánica del PCM-PSUM-PMS dejó de existir igualmente uno de los principales polos de orientación política de una amplia gama de la *intelligentsia* mexicana de izquierda. Uno de los factores más importantes de la confusión ideológica actual es la desorientación y, en muchos casos, la abierta capitulación, en la que

¹⁶ Para un análisis de la influencia del stalinismo en la izquierda mexicana consúltese nuestro libro citado, *La crisis de la izquierda en México*.

cayeron un gran número de intelectuales que tradicionalmente habían sido influidos por el stalinismo.¹⁷

EXPLOSIÓN TEÓRICA

El debate teórico dentro de la academia y fuera de ella da lugar a dos grandes interpretaciones del rol del estado en la lucha de clases, en primer lugar la concepción estatista (o, como se dice ahora, la estatolatría o estatalismo) y, en segundo lugar, la que enfatiza los vicios y obstáculos estatales en la liberación social y política de los trabajadores y del pueblo en general. Brevemente, se despliegan los dos grandes brazos de las concepciones: la reformista, por un lado y, por el otro, la independentista, autonomista y libertaria.

En su investigación, Barreda hace un recuento de algunos de los numerosos autores que con sus respectivas obras participaron en el florecimiento extraordinario de la teoría política marxista ocurrido en el periodo de veinte años que va de 1970 a 1990. El resultado no deja de ser impresionante. Los politólogos, sociólogos, historiadores, economistas y filósofos mencionados cuyas obras contribuyeron a dilucidar los enigmas del estado mexicano (su génesis, sus formas de control, mecanismos y grupos internos de poder), su ideología, sus relaciones con la economía y la sociedad civil (clases, partidos, organizaciones civiles y revolucionarias, etc.) y a realizar una reflexión teórica general sobre él son—por estricto orden de aparición en el texto de Barreda—José María Calderón, Héctor Aguilar Camín, Arnaldo Córdova, Juan Felipe Leal, Adolfo Gilly, Arturo Anguiano, Guadalupe Pacheco, Rogelio Vizcaino, Manuel Aguilar Mora, Julio Moguel, Octavio Rodríguez Araujo, Paulina Fernández Christlieb, Pablo González Casanova, Enrique Semo, Sergio de la Peña, Raúl González Soriano, Alonso Aguilar, José Carrión, Rolando Cordera, José Ayala, José Blanco, Francisco Baez, Roberto Cabral, Fernando Calzada, Rafael Cordera, Gustavo Gordillo, Fernando Rello, Clemente Ruiz Durán, Carlos Tello, Armando Labra, Armando Bartra, Saúl Escobar, Héctor

¹⁷ Para una reflexión sobre la disolución del PCM-PSUM-PMS véanse varios artículos en el libro compilado por Manuel Aguilar Mora y Mauricio Schoijet, *La revolución mexicana contra el PRI*, México, Ediciones Fontamara, 1991. Por ejemplo el ensayo "La tragedia del PCM-PSUM-PMS", etc.

Guillén Romo, Miguel Ángel Rivera Ríos, Pedro Gómez Sánchez, Jorge Basave, Alejandro Toledo, Benito Rey Romay, Enrique de la Garza, Luis Arizmendi, Enrique Montalvo, Carlos Pereyra, Bolívar Echeverría Andrade, Jorge Juanes, Martha Singer Sochet, Norbert Lechner, Juan Enrique Vega, Julio Labastida Martín del Campo, Dora Kanoussi, Javier Mena, Ana Esther Ceceña Martorella, Enrique Rajchenberg Sznajer y René Zavaleta Mercado.¹⁸

Como se aprecia, es una lista sorprendente por lo variado y abigarrado del conjunto de personas nombradas. En ella hay obvias ausencias —por ejemplo, las de Lorenzo Meyer y Roger Bartra— y algunos de los autores incluidos hoy no nos dicen ya nada. Igualmente, como veremos en las páginas siguientes, no pocos de los arriba mencionados tuvieron una evolución completamente diferente a los objetivos que hace veinte años decían defender.

Para abordar las cuestiones fundamentales que plantea la polémica sobre la naturaleza y la dinámica del estado mexicano es necesario enfocar las implicaciones teóricas y políticas de la concepción de la estructura estatal, fundamento teórico de la teoría del bonapartismo. Así pues, procederemos a plantearnos esta concepción, lo que nos llevará necesariamente a la discusión sobre la existencia o no de una teoría marxista del estado. Y, después, de aceptar su existencia, plantear sus fundamentos teóricos más generales. Finalmente expondremos la pionera aproximación sistemática marxista del estado mexicano post-revolucionario elaborada por León Trotsky, para así recuperar enriquecido el tema de la discusión teórica y política sobre la historia

¹⁸ Andrés Barreda Marín, *op. cit.*, pp. 47 y ss. Este recuento de autores de Andrés Barreda incluye la referencia a un número especial de la revista *Críticas de la economía política*, edición latinoamericana, núms 24-25, *op. cit.*, dedicada a "Los bonapartismos". En efecto la cita es pertinente por la importancia que tienen los materiales incluidos en ella. En primer lugar las aportaciones teóricas e históricas a la teoría marxista del bonapartismo elaboradas por Maximilien Rubel, Hal Draper, Mauro Volpi y Denis Berger; en segundo lugar, por las contribuciones de otros autores sobre las experiencias bonapartistas en diversos países de América Latina que se hacían paralelamente a la investigación realizada en nuestro país. Incluyen los estudios del mexicano Alejandro Gálvez Cancino sobre "La era de los bonapartismos en Brasil", el de la colombiana Rafaela Vos Obeso sobre "El bonapartismo de Perón", el del paraguayo Roberto L. Céspedes sobre "Surgimiento y consolidación de una dictadura política en Paraguay", así como el del italiano Livio Maitan ya mencionado.

concreta de su surgimiento y apogeo que es el objetivo particular de la investigación.

II. LA IDOLATRÍA DEL ESTADO Y LA CRÍTICA DEL PODER

Después de cada revolución
que marca un progreso de la lucha de clases,
el carácter puramente represivo del poder del estado
aparece de manera cada vez más destacada.

Carlos Marx

DE HEGEL A MARX: DE LO SAGRADO A LO PROFANO

Como el capital surgido después de él y como la religión, cristalizada en institución comunitaria, existente antes que él, el estado es también una relación social. Y como el primero, es al mismo tiempo la intercomunicación de individuos concretos (subjetiva) y la objetivación independiente y relativamente autónoma de una institución de dominación. Su origen directo es la complejidad de los trabajos sociales que condujo a la división de éstos entre intelectuales y materiales, directamente productivos y administrativos y coordinadores.

El estado capitalista es la combinación de esta institución milenaria con un modo de producción cuyos orígenes se remontan cuando mucho a quinientos años, o sea, diez veces más reciente que la trayectoria histórica del estado.¹ La articulación específica de estas dos entidades sociales constituye una de las empresas intelectuales y científicas más ricas y plenas de contenido. Sin embargo, sólo hasta el siglo pasado se puso en evidencia el mecanismo de la misma y en esta clarificación la contribución de Marx y Engels fue fundamental.

¹ "Hoy en día el Estado se encuentra en casi todas partes del mundo habitado, mientras que al inicio de su historia, hace más o menos cinco mil años, se encontraba solamente en unos pocos lugares". Lawrence Krader, "El Estado en la teoría y en la historia", *Críticas de la economía política. Edición latinoamericana*, número 16-17, julio-diciembre, 1980, México, p. 4. "El Estado es más antiguo que el capital. Sus funciones no pueden ser directamente derivadas de la producción y circulación mercantiles". Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, 1979, p. 353.

Desde el principio mismo del despliegue de su temprana actividad política se le planteó al joven Marx la cuestión de la naturaleza del estado con toda su fuerza e importancia. Ante él se erguía un enorme acervo teórico que se remontaba a más de dos mil años, hasta la época de la Grecia clásica. El célebre libro de Aristóteles sobre la *Política*, era la fuente inagotable de doctrinas y planteamientos sobre el quehacer gubernamental y sus múltiples derivaciones. Sin embargo, al enfrentarse directamente al cuestionamiento de la filosofía del estado y del derecho de Hegel, el joven filósofo convertido en periodista democrático radical, comienza en 1842 a forjar sus propias armas en un debate soberbio con el viejo maestro que todavía hoy crispera la piel cuando lo leemos.

En la confrontación con la concepción del estado de Hegel, Marx realizó una operación dialéctica típica de negación y superación que tuvo consecuencias colosales para la historia política. El concepto de estado en Hegel no se restringía solamente a las situaciones políticas y jurídicas de la sociedad, sino a todo el conjunto de acciones y tendencias existentes en la vida pública. "Abarca la totalidad o la colectividad de preocupaciones comunitarias de la humanidad. Para Hegel el estado es la institucionalización de la comunidad en la sociedad, no de la organización política en nuestro sentido más limitado. El 'estado político' es sólo un aspecto de esto".²

La teoría política, por consecuencia la del estado, en Hegel está subordinada a su teoría filosófica general, pero es también su expresión culminante. El estado es un momento o representación de la Idea Absoluta o Saber Absoluto. Es decir, viene a representar en un momento dado la aparición de la perfección y superación de la experiencia humana en el proceso histórico. Es "la divinización del estado".³

² Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution, Vol. I State and Bureaucracy*, Nueva York-Londres, Monthly Review Press, 1977, p. 32.

³ "El Estado es la idea divina tal como se da en la tierra" dice Hegel, citado por Jorge Juanes, *Hegel o la divinización del Estado*, Querétaro, Qro., Joan Boldó i Climent Editores, 1989, p. 383. Este libro representa una de las pocas interpretaciones exhaustivas de la filosofía del estado hegeliana escrita originalmente en español. Sin embargo,

El pensamiento hegeliano está permeado por todos los poros de la política. Piensa la historia en cuanto pensador del estado, el cual es para él el “alfa y el omega de la política”. Su filosofía deriva así a una concepción que es esencialmente política. “La filosofía de Hegel pone a la filosofía como verdad de la política”.⁴ Se sabe el impacto de la gran revolución francesa en Hegel. Pero menos conocida es su visión crítica de la misma revolución hasta y después de Napoleón. El seguimiento fascinado y después preocupado-sobre los acontecimientos iniciados en 1789 hacen de Hegel un intérprete genial del mismo proceso revolucionario que lo vuelven actual, por completo vigente como precursor de la modernidad, de la operación dual de reflexión y participación políticas tal y como se expresa en la razón vital del proceso humano con sus dramas, ironías y “astucias”. La carnalidad corpórea de su relación con la historia hace decir a Bourgeois que Hegel es “el pensador shakespeariano de Napoleón”.

Hegel es muy crítico del extremismo jacobino y los radicalismo del terror. Para él los acontecimientos de 1794 son la prueba de que para llegar a la completa madurez un pueblo, una nación, deben pasar por la Reforma tal y como sucedió en Alemania. No olvidemos que Hegel, como sus amigos y compañeros Hölderlin y Schelling, estuvo en un seminario teológico y pensaba ser pastor luterano. Finalmente se dirigió hacia la universidad pero fue grandemente marcado por esos primeros años. Para él la religión, concretamente el cristianismo en su expresión no católica, es un momento necesario para culminar el ascenso de una nación en la evolución de la historia. Francia, país católico y sede de la razón ilustrada y romántica, fanático y ateo al mismo tiempo, debería, como sucedió, desgarrarse entre los extremos.

poderosamente influido por la “maraña hegeliana”, como llama él mismo a la verborrea del filósofo alemán, su texto también frecuentemente se enreda en ella y se cae de las manos. Otros filósofos que han producido interpretaciones de la política de Hegel en español son Juan Garzón Bates con su prólogo y anotaciones a la edición de la *Filosofía del derecho*, publicada por la UNAM en 1975. También Fernando Prieto es autor de un legible libro sobre *El pensamiento político de Hegel*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, 1983.

⁴ Bernard Bourgeois, *El pensamiento político de Hegel*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1969, p. 11. Y añade un poco más adelante: “Es significativo que la primera y última obras publicadas por Hegel hayan sido escritos políticos de actualidad”, p. 26.

La Reforma, así, sería la edad histórica que llevaba al umbral de la plena culminación al “Estado-racional”, expresión más alta de la sociedad moderna. Alemania en este respecto resultó ser a la postre, la nación favorecida por excelencia.⁵ Pero antes de que se beneficie de su atributo de heredera privilegiada del cristianismo bien temperado, Alemania debía superar su situación de una nación que “no es Estado”, como decía Hegel en 1801. Para resolver esta cuestión, Hegel planteará en su larga reflexión sobre el estado desde una postura fascinada ante Napoleón Bonaparte que éste mismo sería quien a la postre se convertiría en el forjador potencial de la unidad y el relanzamiento de Alemania. Este será uno de los hilos conductores del tema político clave, el impulso del espíritu humano hacia su perfeccionamiento total en la Idea Absoluta, que va desde la *Fenomenología del espíritu* hasta la *Filosofía del Derecho*.

La importancia de la Reforma como antecedente fundamental en la forja de un estado moderno es un factor que se presenta tanto implícita como explícitamente en el discurso político de la filosofía clásica alemana. Es muy explícito en Hegel ante el rigor de una situación en la que tanto el Termidor como después el primer bonapartismo francés aparecían ante la todavía muy atrasada Alemania como francamente amorales, faltos de ética. Además en una Alemania fraccionada por innumerables principados que parecía desaparecer del concierto de las naciones, la religión para el filósofo representaba un factor clave de unión nacional. El acervo de la Reforma debía ser reivindicado. Esta integración de la religión cristiana en el concepto de estado, tanto en su época juvenil republicana como en su adhesión final a la forma de gobierno monárquico constitucional, hacen de Hegel un temperamento político burgués moderado y descarta como absurdas las

⁵ Gramsci, quien recuperaría explícitamente este tema hegeliano enfatizará la importancia de la Reforma en su polémica con Croce y en su argumentación de la necesidad de entender a la “filosofía de la praxis” como la culminación “de todo este movimiento de reforma intelectual y moral, en su dialéctica cultura popular-alta cultura”. La formulación explícita que da Gramsci de esta genealogía del materialismo histórico es la siguiente: “Renacimiento-Reforma-Filosofía Alemana-Revolución francesa-laicismo (liberalismo)-filosofía moderna-materialismo histórico”. Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 2, Edición crítica del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratama, México, Ediciones Era, 1981, p.137.

opiniones de Popper y otros que consideran a su teoría como el origen y fundamento políticos del totalitarismo del siglo XX ya sea en su vertiente fascista como stalinista.⁶

Ernst Cassirer, por ejemplo, señaló:

Ningún sistema filosófico ha ejercido una influencia tan poderosa y duradera sobre la vida política como la metafísica de Hegel.[...] Pero ésta ha sido sin duda una victoria pírrica. El bolchevismo, el fascismo y el nacionalsocialismo han desintegrado y despedazado el sistema hegeliano. Los tres están disputándose los restos del botín.⁷

Como hemos visto, esa noción de Hegel lo interpreta retrospectiva e injustamente a la luz de los terribles acontecimientos del siglo XX, los cuales él ni remotamente imaginó. En la base de esta interpretación de Hegel como precursor teórico del totalitarismo político contemporáneo hay, entre otras más, una idea que lo vincula directamente al extremo racionalismo, a la idea de la razón operativa o instrumental muy alejada o incluso opuesta a los hombres. Juanes, por ejemplo, le reprocha a Hegel una “intersubjetividad absoluta” que lo aleja y de hecho contrapone con “cualquier existencia que pise tierra”.⁸ Hegel se transforma en el filósofo de la “razón de estado”, de la realidad política como racionalidad inapelable en su “objetividad”. Sin embargo, es erróneo apreciar de esta manera al filósofo alemán. Aquí Dilthey se

⁶ Juanes, para nada simpatizante del filósofo alemán lo reconoce: “¡Cuidado! Hegel no defiende la idea de un Estado totalitario”, *op. cit.*, p. 24. “El Estado como representante de la universalidad, la ley, la libertad y la plenitud”, p. 269. “El Estado es la libertad racional... por encima de cualquier instancia social, Hegel le otorga al Estado-racional la posibilidad de prever y totalizar, reconciliar y proyectar. Un Estado dentro del que cualquier individuo tendría que reconocerse al grado de afirmar: ¡el Estado soy yo! Hay que educar a los hombres en el respeto al Estado. Primero a las élites. Después a las masas”, *loc. cit.* Revirtiendo por completo el concepto del despotismo real sublimado en la frase célebre de Luis XIV. el impulso rebelde de los tiempos se deja sentir incluso en el lenguaje nebuloso y enmarañado de Hegel: “cada individuo lleva en sí el todo del Estado”. ¿No es abusivo acaso y por completo falta de rigor intelectual atribuir a Hegel una visión del estado monstruosamente hipertrofiado del siglo XX, para no hablar de considerarlo como una fuente directa de las barbaries fascista y stalinista?

⁷ *El mito del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1968, pp. 293-4.

⁸ *Hegel o la divinización*, *op. cit.*, p. 10.

acerca según nuestra opinión más a la realidad cuando lo califica de “romántico templado”. La filosofía idealista clásica alemana buscaba “elear a conciencia filosófica –validez universal– el ‘conocimiento’ aportado por los poetas, su nueva idea del mundo”.⁹ Esta es una importante diferencia de “la ciencia alemana” con respecto de la positivista sobre la cual trataremos ampliamente en el capítulo siguiente.

LA PROFANACIÓN DEL ESTADO

Para la generación de jóvenes hegelianos a la que Marx pertenecía, la obra del célebre filósofo alemán resumía en forma enciclopédica el saber político cristalizado en las teorías y concepciones de sus predecesores, en especial los grandes filósofos políticos de la doctrina iusnaturalista, Jean Bodino, Hobbes, Montesquieu y Rousseau. De cierta manera enfrentarse y superar a Hegel significaba enfrentar y superar una tradición milenaria que concebía al estado como la culminación civilizadora por antonomasia.

La herencia del gran maestro era una imponente realidad ante la cual los jóvenes radicales hegelianos no podían menos que inclinarse. Marx inicia su polémica con Hegel con escritos políticos vibrantes y actuales, aunque todavía saturados de concepciones filosóficas. Pero fue la aportación de Feuerbach la que permitió avanzar a grandes pasos en el trabajo de minado de la formidable construcción que apabullaba a su generación.¹⁰

Marx y Engels fueron quienes mejor aprovecharon el curso abierto por Feuerbach. En esta operación es palpable el proceso de crítica y recuperación juzgado imprescindible en las polémicas y

⁹ Así dice Eugenio Imaz en su epílogo a Wilhelm Dilthey, *Hegel y el idealismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 2a. reimpresión, p. 366. “Hegel, como Schopenhauer, Schelling y el primer Schleiermacher es partidario del desprecio romántico por el entendimiento”, reafirma Dilthey, *ibid.*, p. 283.

¹⁰ Maximilien Rubel rastrea paso a paso las huellas de Marx en su camino hacia la forja de su concepción propia del estado en “El Estado visto por Karl Marx”, *Críticas de la Economía Política. Edición Latinoamericana*, núm. 16-17, julio-diciembre de 1980. Los textos más destacados del primer periodo de confrontación con la teoría política de Hegel de los años 1842-44 son: *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* y en menor medida *La cuestión judía*.

argumentaciones filosóficas y teóricas del medio intelectual alemán profundamente marcadas por la influencia de la dialéctica. De 1842 a 1844 los dos jóvenes demócratas ya se encuentran plenamente involucrados en la actividad política, no solo alemana sino también europea. En el último año Engels reside en Inglaterra e inicia su estudio sobre las condiciones de la clase obrera en ese país que culminará un año más tarde en la publicación de su primer célebre libro y, en el mismo año, Marx en París redactará uno de los textos clave de su evolución intelectual general, los *Manuscritos económico-filosóficos*, en donde se da por primera ocasión una visión madura de los conceptos revolucionarios que determinarían la nueva *Weltanschauung*. El momento concreto que permitió y precipitó la ruptura-superación de Hegel que se venía preparando desde años atrás fue sin duda la asimilación del materialismo feuerbachiano. Esta superación se aprecia con toda claridad en las famosas *Tesis sobre Feuerbach* redactadas en 1845-46 en el momento mismo en que ambos amigos escribían *La ideología alemana*, obra en la cual se plasma por primera ocasión en forma concreta el fresco impresionante de la nueva teoría de la sociedad y sus transformaciones. Engels relata que su viaje a Manchester le abrió los ojos sobre la importancia de la “potencia histórica decisiva” de los fenómenos económicos y cómo “Marx no sólo había llegado a la misma concepción sino que ya para entonces (...) la había generalizado en el sentido de que, en términos generales, no es el Estado el que condiciona y regula la sociedad civil, sino ésta la que condiciona y regula al Estado; de que por tanto, la política y su historia deben explicarse partiendo de las relaciones económicas y su desarrollo y no a la inversa”.¹¹

El aspecto que destaca a primera vista en esta investigación sobre la evolución del concepto de estado en el marxismo es la impresionante conjunción en una sola unidad que es al mismo tiempo filosófica, histórica y política de la revolución teórica producida también al unísono en los tres niveles. La nueva visión del mundo se integró y fue gestada al mismo tiempo que el descubrimiento de que “el Estado debe explicarse partiendo de las relaciones económicas y de su desarrollo y no a la inversa”. “En su juventud, Marx revivió toda esta experiencia:

¹¹ Federico Engels, “Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas”, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, t. III, Moscú, Ediciones Progreso, 1973, p. 83.

hegeliana, materialista, feuerbachiana, marxista. Ya en las tesis de Feuerbach aparecen nítidamente esta su nueva constitución, esta su nueva construcción, esta su nueva filosofía".¹² Esta unidad de propósitos y objetivos deberá ser tomada en cuenta en la posterior evolución de los descubrimientos y avances de Marx y Engels sobre el estado. Pero se constata desde aquí cómo el sujeto del estado se incorpora desde el inicio de la nueva concepción en su centro mismo, como había sido el caso con Hegel, aunque interpretada su situación en forma completamente diferente.

En el capítulo siguiente ampliaremos la explicación sobre los acervos que toman Marx y Engels de Hegel para realizar el desarrollo de sus nuevas concepciones de la sociedad. Allí también se insistirá en la importancia que tienen las transformaciones teóricas de 1844 para el parto de la nueva filosofía-práctica, tal y como hemos visto señala Gramsci. Pero aquí no podemos dejar de comentar brevemente el asunto crucial de la relación de Marx con Hegel como una de las premisas de la transformación teórica más significativa de las ciencias sociales en el siglo XIX de cuyas consecuencias históricas portentosas hemos sido testigos en el presente siglo. Ciertamente nos sumergimos en una de las más vastas polémicas en el marxismo y en general en las ciencias sociales. Dieter Henrich señala que ni los que consideran que el joven Marx era un simple epígono de Hegel ni los que afirman que "la ruptura" del Marx maduro con Hegel fue total, están en lo correcto.¹³ Para él considerar que Marx fue un "discípulo" de Hegel no significa identificarlo como "sucesor o adepto". Marx inició la trayectoria para la constitución de su teoría objetando en especial la filosofía del estado hegeliana que le parecía la clave del secreto de su visión de la sociedad.

Pero Henrich asienta correctamente que a lo largo de toda su vida Marx mantuvo una relación fructífera con su gran precursor que se estrechaba en momentos clave en que las ideas hegelianas se vinculaban a momentos de ruptura y superación del pensamiento de

¹² Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, op. cit., p. 136.

¹³ *Hegel en su contexto*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990. Véase el capítulo "Karl Marx como discípulo de Hegel", pp. 223-238.

Marx. Desde su juventud hasta su madurez Hegel acompañó a Marx en un diálogo en que las afirmaciones, las negaciones y las superaciones eran un proceso permanente de profundización de los conocimientos del discípulo, quien, en el proceso mismo, se convirtió en gran maestro por derecho propio.

Recién doctorado Marx dejó Treveris en 1841, para unirse con Bruno Bauer en Bonn y comenzar su carrera de maestro en filosofía. Pero el destino de su amigo, un joven hegeliano como él que había sido denunciado como blasfemo por sus colegas de la facultad, decidió también el suyo: Marx tampoco ingresaría a la academia. Con Bauer decide lanzar una revista filosófica, los "Archivos del ateísmo". En su primera colaboración conjunta con su colega destinada a inaugurar su carrera como publicista y polemista político, los dos jóvenes radicales se disfrazaron de pietistas defensores intransigentes de la fe que atacaban vehementemente la "filosofía de la religión" de Hegel. Este panfleto que circuló y deleitó a la intelectualidad radical alemana del momento llevaba el pomposo título de *La trompeta del juicio final sobre Hegel, el ateo y el anticristo. Un ultimátum*. En este escrito hay ciertos pasajes donde se adivina la pluma de Marx. Véase éste por ejemplo:

La turba de los jóvenes hegelianos quisiera persuadirnos de que Hegel se había sumergido en la mera contemplación de la teoría y que nunca pensó en hacer avanzar la teoría a la práctica. Como si Hegel no hubiera atacado la religión con una rabia diabólica, como si no se hubiera fijado por objetivo la destrucción del orden mundial. Su teoría era en sí misma y por esta misma razón, la práctica más peligrosa, la más total y la más destructiva. Era la revolución misma [...] Hay que decirlo alto y fuerte: Hegel fue un revolucionario más grande que todos sus discípulos reunidos. ¡Es a él a quien el hacha debe abatir! ¡Es a él al que es necesario derribar!¹⁴

Esta radical interpretación joven-hegeliana que hacía de Hegel el doctor en filosofía era algo exagerada pues realmente el viejo maestro

¹⁴ Citado por Maximilien Rubel, "Marx penseur de la Révolution française", *Economies et Sociétés, Études de Marxologie*, París, núm. 27, septiembre de 1989, p. 10.

nunca desbordó el límite que le imponía la política liberal en Alemania. Sin embargo, Marx y sus amigos, a principios de los años cuarenta del siglo XIX, sintiendo las palpitaciones del movimiento revolucionario que se veía venir le daban a los coqueteos filosóficos de su maestro con la revolución francesa una conclusión política que nunca había sido la suya. Pero si Hegel escribía sobre la revolución francesa considerándola el “Mesías de los pueblos, su redención final”, sus jóvenes y radicales discípulos no solamente lo creían sino que actuarían en consecuencia convencidos de ello.

La radicalidad democrática de Marx y sus amigos tenía también un tono marcadamente antirreligioso. Pero la tradición hegeliana y la ideología burguesa alemana vinculada estrechamente al protestantismo no podía dejarlos en una postura meramente jacobina la cual, en efecto, superaron rápidamente. Hegel, sin ser propiamente antirreligioso, con su teoría de la evolución del Espíritu Absoluto daba las premisas para una interpretación deísta, la cual en manos de sus radicales discípulos no necesitaba más que un estirón para convertirse sin dificultad en una interpretación panteísta e incluso ateísta.¹⁵ La dialéctica misma imponía una concepción de la religión superior a la meramente jacobina. Así fue que la mayoría de los jóvenes hegelianos no se quedaron en una postura meramente “atea”. Todos ellos evolucionaron, ya sea a las posiciones socialistas como Marx o se convirtieron en germanófilos y apoyadores de Bismarck, como Ruge y Bauer. En la revolución de 1848 no hubo la base social burguesa o pequeño burguesa alemana para sustentar una ideología que pudiera considerarse como una especie de “jacobinismo prusiano”.

Los encuentros y enfrentamientos con Hegel continuaron a lo largo de la vida de Marx. Su crítica a la religión lo llevó de manera casi natural a la crítica devastadora de la filosofía del estado de Hegel, la

¹⁵ David McClellan, *Marx y los jóvenes hegelianos*, Barcelona, Grijalbo, 1976. También León Poliakov describe el ambiente furibundamente antirreligioso de los “doctores” filósofos de Berlín, considerando a Marx el primer representante del llamado “antisemitismo judío”. *La emancipación y la reacción racista. Historia del antisemitismo*. IV, Buenos Aires, Proyectos editoriales, 1989, pp. 188-206. Su interpretación del “antisemitismo” de Marx es de matriz sionista. En el siguiente capítulo se explica la postura final de Marx y Engels con respecto a la religión. Véase el apartado “Hacia la emancipación humana”, pp. 160-166.

cual, a su vez, lo condujo al que sería su camino definitivo: el de la crítica de la economía política. En plena madurez, habiendo arreglado completamente las cuentas con su herencia hegeliana, Marx de nuevo se topa con el viejo maestro en 1857-58, cuando estaba en medio del proceso del descubrimiento de la plusvalía y de otras categorías de *El capital*. En una carta a Engels le comunica: “Por lo demás, he conseguido buenos resultados, por ejemplo, he echado abajo toda la doctrina de la ganancia en su anterior aspecto. Para el método de la elaboración del material me prestó una gran servicio el hecho de que, por casualidad, relejese de nuevo la *Lógica* de Hegel.”¹⁶

¿QUIÉN GOBIERNA? ¿CÓMO SE GOBIERNA?

Dentro del océano literario que se ha producido con respecto a la obra sobre el estado de Marx destacan dos críticas: la supuesta ausencia de una exposición de Marx sobre el estado parecida a la que dejó sobre el capital y, en segundo lugar, una (mal) interpretación del método, la *Weltanschauung* y los objetivos del fundador del socialismo científico. Debemos concentrarnos en estos puntos para precisar lo mejor posible nuestra opinión al respecto.

Las preguntas que encabezan este apartado se habían planteado tradicionalmente en la teoría política. Marx, en cambio, no va a enfocar la cuestión de esa forma. Ciertamente no descuidará ninguna de las respuestas a las dos preguntas. Pero de lejos para él lo más importante será descubrir la realidad de ese fetiche milenario, el estado, no conformándose con la simple descripción de sus expresiones más directas e inmediatas.

¹⁶ Carta a Engels del 14 de enero de 1858 en *Correspondence 1846-1895. A selection with commentary and notes*, Nueva York, International Publishers, 1935, p. 100. La cuestión de la importancia de las ideas hegelianas en la formación teórica de Marx es remarcada por Enrique Dussel. En sus cuatro libros ya citados consagrados al estudio de los materiales preparatorios de *El capital* Dussel se refiere varias veces a la fructífera relación de Marx con Hegel. Véase, por ejemplo, el capítulo 9 titulado “Marx contra Hegel” en *El último Marx*, *op. cit.*, pp. 334-384. Michael Löwy escribió un libro para explicar la interconexión de la dialéctica hegeliana en el pensamiento de Marx y algunos de sus sucesores más célebres, como Lenin, Rosa Luxemburgo, Lukács. Véase *Dialectique et révolution*, Paris, Anthropos, 1973. Hay traducción al español publicada por Siglo XXI Editores.

Precisamente hacia esa supuesta carencia de descripción de las formas de gobierno en Marx se orientan las críticas liberales más frecuentes en los últimos años, como la de Norberto Bobbio quien se hizo la pregunta ¿existe una teoría marxista del estado? y la contestó negativamente. El reproche de esta crítica que se aprovecha de la austeridad de Marx en lo que se refería a sus proyecciones sobre la sociedad socialista y comunista del futuro, se dirige más al pasado que al presente y por tanto no aquilata debidamente la perspectiva histórica del estado en el siglo XX tanto en su vertiente capitalista como en los nuevos problemas surgidos en los estados en transición del capitalismo al socialismo. Reprochar a Marx por no haber analizado las constituciones de su tiempo, como lo hizo Aristóteles en su época o de no haber escrito por lo menos un manual para gobernar como *El príncipe*, expresa una incomprensión del problema fundamental que se planteó en su crítica a la teoría liberal burguesa y también cierta ignorancia de los intereses universales marxistas que ciertamente también se ocuparon de los problemas constitucionales. Por ejemplo está el texto inédito de Marx comentando *La Constitution de la République Française adoptée le 4 novembre 1848*, así como sus numerosos estudios sobre la gran revolución francesa que lo llevaron a profundizar de tal manera sobre su desarrollo que en 1843-44 planeó una historia de la misma centrada precisamente en el desarrollo histórico y político de la Convención republicana,¹⁷ que quedó en proyecto debido a la poderosa influencia de la economía política que precisamente en esos años Marx experimentó, cambiando radicalmente para toda su vida el interés primordial de sus estudios.

¹⁷ Maximilien Rubel publicó este texto inédito en *Economies et Sociétés. Études de Marxologie*, París, núm. 27, septiembre de 1989, pp. 60-73. Igualmente en el texto ya citado sobre "Marx penseur de la Révolution française", Rubel señala la enorme importancia que Marx le daba a sus estudios políticos, incluidos los constitucionales, lo cual se revela en su biblioteca personal del periodo de 1843 a 1849, en la cual de los más de 400 títulos que la componían la mitad eran sobre la historia y la política francesa e incluían textos como el siguiente *Collection des constitutions, chartes et lois fondamentales des peuples de l'Europe et des deux Amériques*, París, 1821. Igualmente Rubel nos recuerda como en *La cuestión judía* es notorio un concienzudo análisis de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* tanto en su versión de 1791 como en la de 1793, estudio que amplió inmediatamente con el de las constituciones de Pennsylvania y New Hampshire. Rubel, *ibidem*, pp. 45-46.

Para Bobbio “no hay duda sobre el hecho de que de los dos problemas, el más importante ha sido siempre el segundo (cómo se gobierna) y no el primero (quién gobierna).”¹⁸ No para Marx que concibió su tarea al respecto como la del desvelamiento del carácter de clase e histórico del estado para así desfetichizarlo y compensar el enorme déficit de ignorancia sobre su origen y desarrollo.

Como resultado de sus profundos estudios sobre la historia y la política francesa, como hemos visto, Marx estaba perfectamente al tanto de las diversas formas que adopta el estado a lo largo de su historia. No existe estado alguno sin gobierno o forma administrativa gubernamental, sin el conjunto de instituciones que cualquier estudiante universitario conoce en sus clases sobre teoría del estado desde hace siglos. A Marx no le interesaba aparentemente abordar por enésima ocasión este apartado sobre las formas gubernamentales. Cuando emprende la crítica de la teoría del estado de Hegel su instrumental ya estaba muy afilado después de haberlo pulido en su confrontación crítica con la religión y la filosofía. De hecho para Marx la crítica de la política y forzosamente del estado era derivación lógica de sus anteriores elaboraciones sobre las enajenaciones filosóficas y religiosas. Influido poderosamente por la crítica humanista de Feuerbach como se encontraba toda la izquierda hegeliana, Marx en su crítica del estado no podía restringirse con repetir los simples comentarios sobre la división de poderes, la diferencias entre república y monarquía, la comparación entre las formas de democracia, etcétera.

La perspectiva radical del joven Marx lo lleva a plantearse a fondo los problemas de la enajenación humana, o sea, de la escisión, el desgarramiento del ser humano en los diferentes espacios, religioso, filosófico, político y finalmente económico. Su impulso hacia la constitución de una nueva concepción del hombre que lo emancipara de

¹⁸ “¿Existe una teoría marxista del Estado?”, en Jordi Solé et al, *El marxismo y el Estado*, Editorial Avance, Barcelona, 1977, pp. 43-44. Antonio Negri se plantea la misma pregunta de Bobbio y responde por supuesto en forma afirmativa. Aunque su respuesta tiende a irse excesivamente hacia el lado contrario, considerando que la teoría marxista del estado se encuentra prácticamente implícita en *El capital*, al cual sólo le faltaría añadirle el capítulo respectivo sobre el estado que Marx no logró escribir. “¿Existe una teoría marxista del Estado?” en *Palos de la crítica*, núm. 2-3, México, julio 1980, enero 1981.

sus ataduras antiguas y modernas, de sus diversas enajenaciones, lo llevó a la forja del “marxismo”, de la “ciencia de la revolución”. En este proceso, obvia y nuevamente debemos repetirlo, la crítica del estado fue clave.

Es la incompreensión liberal tradicional de la dinámica y el entramado profundos de la crítica radical del marxismo la que conduce a Bobbio a lamentarse de la ausencia de una teoría de Marx sobre las formas gubernamentales a lo largo de la historia. Aquí otro crítico de Marx, el inteligente jesuita Jean-Yves Calvez había comprendido mejor que Bobbio el significado de ese procedimiento. En su todavía muy legible exposición del pensamiento de Marx escrita en los ya lejanos años cincuenta, decía él: “Marx no ataca a una forma particular de constitución política, sino a cualquier forma de existencia política, al Estado hegeliano, al estado burgués, a cualquier forma de Estado anterior a la aparición del socialismo científico”.¹⁹ E incidiendo con una nueva fuerza analítica por completo ausente en Bobbio agrega:

El carácter de esta crítica que apunta a la propia naturaleza de cualquier sociedad *política* explica el que Marx, habiendo denunciado la concepción del Príncipe soberano en Hegel, no se adhiera a las posiciones liberales clásicas. Su análisis y su crítica no se sitúan en el terreno de la elección entre las diversas formas de gobierno político, sino en el terreno de la elección entre el Estado político y otra cosa.²⁰

¿Acaso no es el propio Marx quien dice: “la lucha entre la monarquía y la república sigue siendo en sí una lucha dentro del Estado abstracto. La república política es la democracia dentro de la forma abstracta del Estado?”.²¹ Muy pronto despunta la vocación radical marxista en la política.

¹⁹ *El pensamiento de Carlos Marx*, Madrid, Taurus Ediciones, 1962, pp. 196-198.

²⁰ *Ibid.* p. 197.

²¹ *Contribución a la crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, incluido en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras fundamentales*, t. 1. Carlos Marx, *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

DEMOCRACIA Y DICTADURA

El joven Marx despliega una "devastadora crítica", como dice Rubel,²² al concepto del estado en Hegel (y, por necesidad, al concepto estatal de la teoría iusnaturalista resumida y superada al mismo tiempo, llevándola hasta sus máximas consecuencias, por el filósofo idealista alemán), cuya teoría ya vincula, influido por sus primeras lecturas socialistas (Wilhelm Weitling, Moses Hess y Proudhon), a la propiedad privada. Se palpa en forma evidente el carácter democrático radical de esta crítica y su convergencia cada vez más clara con la corriente libertaria del anarco-comunismo, a la que pronto se adherirá Marx.²³ Esta actitud antiestatista y libertaria no tiene nada que ver con la supuesta afiliación terrorista y totalitaria que muchos liberales han querido ver en estas posiciones. Al contrario, claramente la crítica del joven Marx a la democracia liberal se fundamenta en las carencias e insuficiencias de ésta para lograr la emancipación humana integral y no sólo la emancipación formal ciudadana, por supuesto necesaria, pero todavía

²² "La operación marxiana culmina en la devastadora crítica según la cual la pretendida «realidad de la idea moral» que sería el Estado, según Hegel, se desvela en fin de cuentas como «religión de la propiedad privada»". Maximilien Rubel, "El Estado visto por Karl Marx", *Críticas de economía política, edición latinoamericana*, núms. 16-17, julio-diciembre, 1980, México, p. 41.

²³ M. Rubel, *ibidem*, p. 42. Michelangelo Bovero reconoce que en *La guerra civil en Francia*, en especial en su primer borrador "son frecuentes las argumentaciones y las fórmulas lingüísticas utilizadas ya en esta *Kritik* [a la filosofía del estado de Hegel] de 1843 y en la contemporánea *Juden-frage*". "El modelo hegeliano-marxiano" en Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero, *Sociedad y Estado en la filosofía política moderna. El modelo iusnaturalista y el modelo hegeliano-marxiano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 188. Rubel considera que el antiestatismo del joven Marx se dirigió hacia una posición anarquista. Ciertamente es acertada esta caracterización. Deberían pasar casi treinta años para que el conflicto entre Marx y Bakunin separaran históricamente a las corrientes respectivas que los reivindicaban. Pero aunque el anarquismo y el marxismo a partir de los años posteriores a la Comuna de París se escindieron irremediamente, siguen manteniendo el objetivo común de luchar por la desaparición del estado. Esta vocación antiestatista puede ser más fuerte que las diferencias que los dividen y en momentos de auge revolucionario los logran impulsar a unirse frente a las potencias burguesas e imperialistas. Así sucedió en Rusia en 1917 cuando importantes tendencias anarquistas rusas, europeas y latinoamericanas se unieron a los bolcheviques. Ejemplos conspicuos son los de Víctor Serge y la anarquista norteamericana Ema Goldman.

limitada para los fines desalienantes y libertarios de la doctrina humanista reivindicada ardientemente en dicha crítica.²⁴

De nuevo el jesuita Calvez hace más de cuarenta años interpretó más fidedignamente a Marx que la multitud de teóricos liberales y neoliberales (muchos de ellos ex marxistas, algunos descaradamente renegados) cuando reconocía en el concepto de democracia de Marx una dimensión mucho más relevante que la de una mera forma de gobierno. Decía Calvez:

Para él la democracia no es un régimen político determinado ni es siquiera una teoría filosófica que tienda a la constitución del mundo *político* únicamente. En cuanto realidad concreta la democracia sería para él, por encima de cualquier régimen particular, la renovación de la "sociedad civil" (es decir de la esfera de las relaciones reales de los hombres entre si) con el Estado, esfera de sus relaciones abstractas. Mejor dicho, habría que decir que la democracia, al ofrecer la conciliación entre los intereses reales de los hombres de la sociedad civil, y al suprimir la particularidad que afecta a las relaciones sociales burguesas, suprime igualmente esa particularidad segunda y derivada que es la soberanía abstracta ubicada en el Estado y en el ente empírico del soberano, cualquiera que sea.²⁵

Así para Marx la democracia está también en un lugar central de su preocupación sobre el estado y la política en general. La llama "el enigma de todas las constituciones" para subrayar su importancia. Por supuesto estamos muy lejos del cretinismo liberal que se conforma y está muy satisfecho con la "plena realización democrática" vinculada al

²⁴ "El hecho es que lejos de tener la menor característica autoritaria toda la obra de Marx sobre el Estado se halla impregnada de un fuerte matiz antiautoritario y antiburocrático no solamente en relación a una lejana sociedad comunista, sino también respecto del periodo de transición que la precede (...) Si Marx debe ser criticado no es por algún matiz autoritario, sino por infravalorar enormemente las dificultades de la posición libertaria. Sin embargo, a la luz de la experiencia de los movimientos socialistas desde la época de Marx, puede considerarse que es una falta menos seria que la falta burocrática contraria". Ralph Miliband, "Marx y el Estado", en Ralph Miliband et al, *Debates sobre el Estado Capitalista*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991, pp. 68-69.

²⁵ J-Y. Calvez, *op. cit.*, p. 192.

conteo de los votos y a la alternancia en el poder de partidos cada vez más similares por su corrupción, demagogia y cinismo políticos, similitud apenas velada por sus aparentemente contrapuestos programas. La democracia sin adjetivos del liberalismo no es sino el movimiento del mercado que aspira a garantizar su autoritarismo económico con un autoritarismo político correspondiente. Su resultado es el nada universal y muy concreto control particular y exclusivo del estado por parte del gran capital apenas velado por la alternancia en el poder de los grupos dominantes y por un “estado de derecho y división de poderes” sin contenido alguno en la vida real de las masas populares.

La crítica liberal de Marx a la Bobbio, tan de moda en este fin de siglo, equivale a una concepción fetichista del estado como acervo perenne de la humanidad. Su rechazo del radicalismo antiestatista de Marx lo lleva a creer de buena o de mala fe que antiestatismo es sinónimo de antidemocracia. Bobbio por ejemplo lleva esta incomprensión a los linderos del disparate simple y llano inconcebible en un académico de su rango. Para él la concepción marxista del estado es “negativa”, semejante a la expuesta por los pensadores medievales cristianos. Citando a Lutero que consideraba al estado como “la jaula o el domador necesario para controlar y someter a una bestia salvaje y feroz a fin de que no pueda morder y atacar según su instinto”,²⁶ señala a continuación el supuesto parentesco de esta concepción con la de “la teoría de la extinción del Estado” de Marx y Engels. ¿En qué pueden ser parecidas la justificación teológica cristiana medieval del estado considerado como un castigo impuesto al hombre por la divinidad y la concepción materialista liberadora del comunismo de una sociedad sin clases y sin estado? Enténdalo quien pueda.

En 1989, en una más de esas indescifrables ironías de la historia, el mundo imperialista con París como gran aparador de los grandes festejos, celebró el bicentenario de la gran revolución francesa con bombo y platillo. Coincidió con el inicio del derrumbamiento de la Unión Soviética que se produjo con la caída del muro de Berlín ese

²⁶ Norberto Bobbio, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 60. Capítulo dedicado a Marx, pp. 118-168.

mismo año. La muerte de Marx no podía ser más evidente para la ideología burguesa en su fase de renacimiento neoliberal actualmente en vigor.

Muy lejos parecían todos los movimientos emancipadores y liberadores de los trabajadores que esculpieron al siglo XX con sus victorias y sus fracasos. Entre el torbellino gigantesco de literatura que se produjo en ese año y los inmediatamente posteriores ¡cómo abundaron las burlas e ironías a la predicción marxista del socialismo mundial! La catástrofe soviética representaba el más rotundo desmentido del marxismo. Muy pocos pudieron ver tras la catarata ideológica ebria de triunfalismo ideológico y político las contradicciones que no han desaparecido. Ya hemos mencionado al sarcástico libro de Daniel Bensaïd, *Moi, la Révolution* (véase arriba la nota 1 de este capítulo), pero también Maximilien Rubel recordó que después de todo la de Marx sigue siendo una de las lecturas más actuales y pertinentes de la gran revolución francesa.

Letra muerta [se demuestra el imperativo categórico marxista de la convocatoria de redención de las masas proletarias] ... expresión metafórica que toma su verdadero sentido a lo largo de este año de vanas celebraciones a la gloria de una declaración bicentenaria [de los derechos del hombre y del ciudadano] *cuya crítica por Marx no ha perdido nada de su valor ni de su justeza*: al contrario, hoy mucho más que hace doscientos años, el develamiento del “misterio” de los “derechos del hombre y del ciudadano” como “la total realización del idealismo del estado” y del “materialismo de la sociedad civil burguesa”, como “derechos del miembro de la sociedad civil, es decir, del hombre egoísta, del hombre separado del hombre y de la comunidad”, esta desmistificación del juego macabro de los emancipadores políticos es hoy el primero de los derechos y los deberes de hombre-ciudadano.²⁷

²⁷ Maximilien Rubel, “Marx penseur de la Révolution française”, *op. cit.*, pp. 4-5.

ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL

En el curso de la crítica a Hegel Marx da otro paso decisivo: el de la diferenciación tajante entre estado y sociedad civil, definiendo un orden en el que la última aparece como la base y el estado como su desprendimiento, en un esbozo genial de la futura teoría de la base (estructura) y las superestructuras.

En alemán la frase *bürgerliche Gesellschaft* significa tanto “sociedad civil” como “sociedad burguesa” dependiendo del contexto y del sentido que el autor le dé. Así, en su acepción de “sociedad civil” se puede referir a la de la antigüedad o a la de la etapa capitalista, pero en su acepción de “sociedad burguesa” claramente se refiere a la etapa actual en la cual la “sociedad civil” es el ámbito económico en el que prevalecen las relaciones de competencia entre los miembros egoístas crecientemente individualizados de la sociedad dominada por el capital.

Marx consagró este doble sentido del concepto de sociedad civil cuando en *La ideología alemana*, ya parado en su propio terreno y desprendido del todo de la influencia hegeliana afirma:

El término sociedad civil surgió en el siglo XVIII, cuando ya las relaciones de propiedad se habían desprendido de los marcos de la comunidad antigua y medieval. La sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente basándose en la producción y el intercambio y que en todas las épocas ha sido la base del estado y de toda supraestructura idealista, se le ha conocido siempre con el mismo nombre.²⁸

Así, la sociedad civil es la base del estado y no a la inversa, como suponía Hegel. Esta conclusión llevaba de manera natural a otra certeza: el estado que había surgido, que se “había independizado” en un momento dado de su matriz, podía en otro momento volver a ser reabsorbido por ella. Esta inversión de los términos sociedad-estado permitió la operación simultánea consistente en apreciar históricamente

²⁸ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, cuarta reimpresión, 1979, p. 38.

al estado como una entidad que no siempre había existido en el pasado y que podría desaparecer en el futuro.²⁹

La operación crítica a la teoría de Hegel había culminado con una nueva visión, enteramente realista del papel del estado como parte de la sociedad y no como su factor culminante y sobredeterminante. La labor de desmistificación del nuevo mito popular, en gran medida si no del todo sustituto de los fetiches religiosos, daba paso a una idea pagana, profana y plebeya del estado, ahora un sujeto más sometido a las leyes de la dialéctica. Engels, con su don extraordinario para hacer accesibles a los simples mortales los prolijos y a veces muy difíciles pasos de Marx, lo puso muy bien en su introducción a la edición de 1891 de *La guerra civil en Francia*:

[...] la fe supersticiosa en el Estado se ha trasladado [en Alemania] del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica el Estado es la "realización de la idea", o sea, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios en la tierra, el campo donde se hace o deben hacerse realidad la eterna verdad y la eterna justicia. De aquí nace una veneración supersticiosa del Estado y de todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que va arraigando en las conciencias con tanta mayor facilidad cuanto que la gente se acostumbra ya desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de otro modo que como se ha venido haciendo hasta aquí, es decir, por medio del Estado y de sus funcionarios bien retribuidos.³⁰

²⁹ "El punto de partida de la teoría del Estado de Marx es su distinción fundamental entre el Estado y la sociedad; en otras palabras, el discernimiento de que las funciones realizadas por el Estado no tienen que ser necesariamente transferidas a un aparato separado de la masa de los miembros de la sociedad salvo en condiciones históricamente determinadas y específicas. Es esta tesis la que la separa de todas las demás teorías sobre el origen, la función y el futuro del Estado". Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, p. 461.

³⁰ En C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. II, Moscú, Editorial Progreso, 1973, p. 199.

Y Engels inmediatamente agregaba: “Y se cree haber dado un paso enormemente audaz con liberarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse por la república democrática. En verdad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía.” Engels cuarenta años después seguía reafirmando la teoría del estado específicamente marxista que con su amigo había cristalizado en diversos trabajos, el más famoso de los cuales fue sin duda el *Manifiesto comunista*.

LA TEORÍA POLÍTICA DE MARX

El estado como protagonista central de su debate teórico y político está, pues, presente en Marx y Engels desde el mismo inicio de su reflexión y de su práctica como revolucionarios democráticos y después también socialistas. La teoría marxista de la historia y sociedad lleva en su seno una teoría del estado. Desde los primeros escritos de 1842-43 criticando a Hegel hasta los “*apuntes etnológicos*” sobre las obras de algunos de los más destacados y avanzados y antropólogos y etnólogos de su tiempo, escritos en los últimos años de su vida,³¹ la elaboración teórica de Marx no se despega de la atención al desarrollo del estado. Este interés se plasma en diversas obras entre las que destacan bien es cierto los tres magníficos libros sobre la lucha de clases en Francia: *La lucha de clases en Francia* (1850), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852) y *La guerra civil en Francia* (1871).

Sucede algo parecido con Engels quien también desde sus escritos juveniles se confronta con el fetiche del estado. De pasada es oportuno señalar nuestro punto de vista sobre el carácter de la obra de Engels con respecto de la de Marx. Definitivamente no coincidimos con quienes lo consideran un simple vulgarizador e incluso tergiversador de su compañero. Ciertamente, y el propio Engels no se cansó de repetirlo, fue “el segundo violín” del célebre dueto, ¡pero qué violín! Gramsci dice: “pero el hecho es que Engels no es Marx y que si se quiere conocer a Marx hay que buscarlo específicamente en sus obras

³¹ Lawrence Krader (transcripción, anotaciones e introducción de), *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, Madrid, Siglo XXI de España, S. A. y Editorial Pablo Iglesias, 1988.

auténticas, publicadas bajo directa personalidad.”³² Pero este criterio de Gramsci, impecable formalmente nos deja fuera de guardia con respecto a los dos últimos tomos de *El capital* específicamente editados totalmente por Engels. Y por cierto una de las más influyentes obras de este último *El origen de la familia, la propiedad privado y el Estado* es según él mismo lo declara en el prólogo “la ejecución de un testamento”, pues dicho libro procede enteramente de los “apuntes etnológicos” de su amigo en especial de los que se refieren al Lewis H. Morgan. ¿Hasta qué punto se puede o no considerar a esta obra como el resultado de la coautoría de ambos camaradas al mismo nivel que *La sagrada familia*, *La ideología alemana* o el *Manifiesto Comunista*?³³ Precisamente sobre este punto se ha producido un interesante debate sobre el cual hablaremos un poco más adelante.

Sea lo que fuere, en resumen nos colocamos del lado de los que consideran al marxismo como la creación de los dos compañeros y amigos, con la obvia consideración de que en esa empresa la aportación de Marx es sin duda la de mayor peso específico, como, insistimos, Engels fue el primero en reconocerlo repetidas veces, llegando incluso a subestimar su contribución en la obra común. Pero que el monstruo de la naturaleza que fue Marx haya tenido durante los cuarenta años de su actividad política y teórica siempre a su lado como confidente, amigo y camarada entrañable al querido Fred, dice más que cualquier otra cosa.³⁴

Así pues, de todo lo anterior se puede considerar como inaceptable el argumento que plantea que no existe una teoría marxista del estado sólo porque los fundadores clásicos no escribieron un tratado completo sobre la cuestión.³⁵

La actividad revolucionaria que infatigablemente desarrollaron a lo largo de sus no cortas y muy fructíferas vidas les permitió a ambos

³² Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, op. cit., p. 132.

³³ Véase la introducción de Krader a *Los apuntes etnológicos*, op. cit.

³⁴ George Novack hace una concienzuda defensa de Engels en un ensayo titulado precisamente “In defence of Engels”, incluido en *Polemics in Marxist Philosophy*, New York, Pathfinder Press, 1995. Hay una versión abreviada en español que fue publicada en *Nueva política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

³⁵ Maximilien Rubel elabora eruditamente este argumento en “Marx penseur du politique”, *Economies et sociétés, Études de marxologie*, París, núm. 26, 1987, pp. 3-10.

compañeros analizar el acontecer político de numerosos países: Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, España, Polonia, entre otros, sin negar que de estos países, sin duda, el conjunto de análisis más profundos y amplios se refieren a los tres primeros. Si a las obras acabadas mayores agregamos sus numerosos escritos como artículos periodísticos, cartas, documentos y borradores tenemos como resultado una colosal cantidad de afirmaciones, sugerencias y orientaciones que en su conjunto se pueden considerar como una teoría política y, específicamente, del estado en Marx y Engels.

En tan vasta obra la prueba de la historia ha sido devastadora para no pocos de sus análisis e ideas. Lejos de erigirse como nuevos profetas, Marx y Engels concebían su papel como el de portavoces y albañiles del proceso real sin aspirar a la infalibilidad prepotente. No pocas son las lagunas que ofrecen diversos de sus textos, otros tantos han envejecido, otros más son meramente anecdóticos para no hablar de los juicios erróneos, a veces desastrosos, como sus primeros e infortunados comentarios sobre el destino de México con motivo de la guerra y la intervención de Estados Unidos en 1846-48.³⁶

Para John Maguire existe un hilo rojo, “un tema central de toda la teoría política de Marx: la correlación entre la estructura estatal y la clase dominante de la sociedad.”³⁷ Ciertamente, pero no es el único. Hay otro igualmente importante, aunque por obvias razones no tan ampliamente desarrollado en sus obras, pero que constituye el núcleo duro de su posición revolucionaria: ¿Cómo lograr la emancipación política de los trabajadores, cómo vincular su lucha revolucionaria en la fábrica, el lugar de trabajo con la tarea global de la transformación social? Aunque Marx se refirió a estos temas en múltiples de sus

³⁶ Su aprobación y aplauso de la derrota de México y de la consecuente pérdida de la mitad de su territorio son el resultado de la misma congruencia de su primer enfoque del carácter progresivo del capitalismo, rasgo evidente en algunos párrafos del *Manifiesto comunista* en los que la exaltación de las hazañas del anterior ni siquiera los burgueses la habían hecho con tal énfasis. En la medida en que avanzaban en su análisis del capital fueron refinando sus ideas al respecto, eliminando muchos de sus primeros enfoques, lo cual incluyó por supuesto a su visión de nuestro país. Véase Manuel Aguilar Mora, “Marx y México. Cuestión nacional y protoimperialismo en América Latina” en *La batalla*. núm. 4, México, junio-julio de 1983.

³⁷ *Marx y su teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 256.

escritos políticos, hay dos obras maestras en las que profundizó con vigor este tema clave: *La guerra civil en Francia* (1871) y la *Crítica al programa de Gotha* (1875). Por supuesto la visión de la propia lucha proletaria mundial en su época fue un límite insuperable incluso para él.

Así la dimensión de la *política*, de lo *político* se perfila nítidamente en el proyecto revolucionario marxista como primordial, como guía de toda la empresa intelectual, científica y teórica, la cual, por supuesto, es necesaria para que la actividad emprendida se oriente por el mejor camino. Desde siempre en Marx se va a dar esa unión de teoría y práctica, fusión peculiar de la *Weltanschauung* de la “filosofía de la praxis”.

Esta dimensión de la vida y la obra de Marx y Engels, sin embargo, no es considerada generalmente como digna de las marquesinas intelectuales y académicas. Por lo menos no tiene los espacios centrales ocupados por los estudios sobre los aspectos filosóficos y económicos del marxismo. Pero, se insiste, esta subestimación está por completo en contradicción con el pensamiento y la práctica de los dos amigos quienes siempre se consideraron ante todo como políticos revolucionarios. El propio Marx era el primero en sostener la importancia de “politizar” los aspectos filosóficos y sociales.

Marx mismo objetaba tales preocupaciones [las que buscaban transformar los aspectos políticos y sociales en aspectos filosóficos], incluso antes de que se convirtiera en socialista. La debilidad de Feuerbach, según le escribía a un amigo, era que “se refería mucho a la naturaleza y muy poco a la política”, cuando la filosofía debía realizarse a través de la política.³⁸

Por supuesto, en la trayectoria en que se despliega la actividad teórica y práctica de la pareja de revolucionarios (en el caso de Marx cuatro décadas y en el Engels más de cinco) los enfoques, las concepciones, las nociones se desarrollan, se niegan, se superan y llegan a puntos culminantes en las obras más acabadas. Ciertamente no es el mismo el lenguaje todavía pleno de verborrea filosófica a veces difícil

³⁸ Hal Draper, *Karl Marx's Theory*. vol. 1, *op cit.*, pág. 12.

de comprender por estar poderosamente influido por la truculenta maraña hegeliana de las obras de juventud que el terso texto de Marx en *La guerra civil en Francia* o los más pedagógicos de Engels como el *Anti-Dühring* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Hay décadas de aprendizaje y experiencias numerosas e importantes entre los dos puntos de salida y de llegada que no pasaron en vano. Pero lo que destaca también y es aun más admirable es que en toda la empresa, desde su inicio en los años cuarenta hasta la muerte de los dos camaradas, existe una coherencia y consecuencia firme y permanente que permite apreciar como una *unidad integrada* al conjunto de nociones sobre el estado desarrolladas en ese gran espacio de tiempo. La crítica es el denominador común, el intransigente antiestatismo se mantuvo siempre vigoroso y su dedicación sin titubeos a la empresa revolucionaria no cedió un ápice ante las grandes y numerosas dificultades de sus vidas. Pero precisamente ese método (¿o será mejor llamarlo acercamiento, enfoque?) no permite la forja de fórmulas o de verdades de manual. El acercamiento de Marx y Engels al estado, como al capital, a las clases sociales y a todos los demás entes políticos e ideológicos en general es directo y frontal, pero también flexible y aproximativo. Está siempre abierto a lo nuevo y dispuesto a avanzar por lo imprevisible.³⁹

Rubel señala que desde muy temprano Marx estimaba necesario realizar las dos críticas paralelas: “la crítica de la política y de la economía política”, tal como se lo anunció en 1845 a un editor alemán cuando le daba el título de la obra prometida que ciertamente nunca se materializó. Y desde ese momento para Marx estaba claro que así como para el estudio de las “formas económicas” era obligado partir de una *forma celular* (que en *El capital* resultó ser, después de muchos desarrollos, la mercancía), para el estudio de la “formas políticas” esa

³⁹ Draper señala un hecho significativo que demuestra la existencia de tal unidad para el mismo Marx. El hecho es que en 1851 un editor le propuso la publicación de sus obras. El primer tomo correspondería a sus primeros trabajos sobre la libertad de prensa y el robo de leña escritos en 1842. Para Marx no había nada de que avergonzarse en sus primeros escritos. El proyecto de publicación abortó por culpa de la censura. Ver Hal Draper, *op. cit.*, p. 102.

forma celular desde un principio fue y no podía dejar de ser otra que el estado.⁴⁰

El estudio y evaluación de sus concepciones sobre el estado no pueden hacerse en forma esquemática, lo que dificulta la tarea de sintetizarlas, así como la de periodizarlas. Es como, guardando las proporciones, “definir” al capital. De hecho esa labor de definición la hace Marx en los tres tomos del celeberrimo libro: a través del estudio de la mercancía, de su desdoblamiento en valor de uso y valor de cambio, de la fuerza de trabajo como fuente de sobretrabajo, del descubrimiento del plusvalor, de las determinaciones del capital en variable y constante, fijo y circulante, de su composición orgánica, etcétera. El capital es un proceso permanente en cual el principio es fin y éste nunca llega en el torbellino de círculos en el que se desenvuelve incesantemente. En estas condiciones la tendencia clasificatoria que rige en los usos y costumbres académicos e intelectuales imperantes es muy difícil de satisfacer. “Que se trate del valor, de las clases o del capital, no se encuentran en Marx definiciones cómodas y tranquilizadoras”.⁴¹

Por eso es forzoso recurrir a un modo de exposición histórico en el que la lógica de la naturaleza del estado se vaya desprendiendo de dos formas: la más abstracta (“el estado en general”, la categoría preferida en la academia) y la más concreta del “estado capitalista” (o feudal, o esclavista) que definitivamente sólo es posible concebir dentro del entramado totalizado de relaciones sociales de producción específicas en un momento dado y las concomitantes relaciones políticas e ideológicas. Existen ya los intentos de estudios rigurosos que buscan restablecer y rescatar el sentido verdadero y la real evolución del pensamiento político marxista.

De hecho a partir de los años sesenta, como producto de la crisis del stalinismo y el principio del fin de la guerra fría, se inició un periodo

⁴⁰ Rubel apunta cómo en el plan definitivo de la “Economía” de 1859, el “Libro” consagrado a la política, titulado “El estado” indicaba con claridad meridiana cuál era la “forma celular” política escogida. “Marx penseur du politique”, en *Economies et sociétés*, París, 1987, p. 7.

⁴¹ Daniel Bensaïd, *Marx l'intempestif*, op. cit., p. 275.

en que el control monolítico de los partidos comunistas comenzó a agrietarse y consecuentemente surgieron movimientos marxistas independientes y se fortalecieron los sectores de oposición al stalinismo que se habían mantenido marginados del proceso político e intelectual de la izquierda en todo el mundo. “El declinar de ambos controles (el stalinista en la URSS y el macartista en Estados Unidos) puestos al pensamiento marxista permitió el florecimiento de una teoría marxista occidental en una época de creciente participación del Estado y creciente participación electoral por los partidos políticos de izquierda, participación política que se había suspendido por el surgimiento del fascismo y la segunda guerra mundial”.⁴²

A lo largo de este texto hemos ya citado algunos estudios notables de la política marxista y más adelante aparecerán otros que fueron escritos precisamente durante el periodo de este deshielo. Sin embargo, de la pléyade de talentosos autores que han elaborado y enriquecido la concepción marxista del estado queremos destacar la obra de uno, la de Hal Draper, cuya magistral y completísima *Karl Marx's Theory of Revolution* en sus cuatro gruesos tomos que abarcan más de dos mil páginas es el testimonio hasta hoy más logrado de esta recuperación de “la teoría política, la teoría de la revolución” de Marx y Engels. Se coloca como una auténtica mojonera literaria que despliega una vasta labor de erudición realizada con un rigor que, sin embargo, no carece de amenidad. En sus cuatro volúmenes se da una pormenorizada relación de los desarrollos de las ideas y relaciones de Marx y Engels sobre el estado, la burocracia, las clases sociales, la dictadura del proletariado y los socialismos no marxistas, investigados en el contexto social, ideológico y político, en una palabra, histórico en que se dieron.⁴³ Su

⁴² Martin Carnoy, *El Estado y la teoría política*, México, Alianza Editorial, 1993, p. 63.

⁴³ Hemos citado en varias ocasiones el primer tomo de esta obra. Los otros tres volúmenes igualmente substanciosos que tratan sobre las clases sociales, la dictadura del proletariado en la teoría de Marx y las otras doctrinas socialistas del tiempo de Marx, son parte del renacimiento de la teoría del estado marxista que se dio a finales de los años cincuenta y las siguientes tres décadas en todo el mundo. Sus títulos son: Vol II, *The Politics of Social Classes*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978. Vol: III: *The Dictatorship of the Proletariat*, Nueva York, Monthly Review Press, 1986. Vol. IV: *Critique of Other Socialisms*, Nueva York, Monthly Review Press, 1990. La traducción al español de estas obras es una importante tarea pendiente de la intelectualidad marxista de América Latina.

minuciosa investigación del pensamiento político de Marx es una base indispensable para la real apreciación del vasto espacio teórico de su obra que está dedicado al estado.

En México se han producido en los últimos años también estudios académicos de un rigor y vigor intelectuales que muestran el alto nivel a que ha llegado un núcleo de investigadores sociales.⁴⁴

Estas investigaciones permiten emprender la tarea de realizar la difícil síntesis de lo que se entiende por estado en la teoría marxista clásica. Como ya lo dijimos en la introducción, dentro de tales sucesores no podemos considerar como herederos legítimos a las vertientes del “marxismo burocrático” tanto socialdemócrata como stalinista que lo volvieron ideología estatal y partidaria hasta hacerlo irreconocible. Es en la línea del “marxismo revolucionario” en la que consideramos que se continúa y enriquece el legado de los clásicos: Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky, Lukács (antes de su stalinización), Gramsci, Benjamin, Mariátegui, Mandel entre los más destacados.

PERIODIZACIÓN Y SISTEMATIZACIÓN: LA DIFÍCIL SÍNTESIS

El método de Marx es el antípoda del positivista.⁴⁵ De hecho Auguste Comte funda la *sociología* (término de su invención) para contraponer la codificación positivista de la sociedad a la filosofía política clásica (en especial alemana) y a la no menos clásica economía política inglesa, ambas profundamente enraizadas en el pensamiento social dialéctico vinculado a los procesos revolucionarios del siglo XVIII y XIX. Era

Hasta hoy sólo se han traducido dos capítulos del primer tomo, los correspondientes a su tratamiento del bonapartismo. Véase *Criticas de la economía política*, edición latinoamericana, núms. 24-25, *op. cit.*

⁴⁴ Conocemos los trabajos Lucio Fernando Oliver Costilla y Rhina Roux Ramírez. Del primero es un *Estudio crítico de las concepciones sobre el Estado capitalista en Friedrich Engels y Karl Marx*, tesis de doctorado en sociología, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1992, y de la segunda *Marx y el problema del Estado (1864-1875)*, tesis de maestría en sociología, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1991.

⁴⁵ “Marx... se opuso a la anticuada concepción positivista de la ciencia como clasificación y definición, y a la vez por tanto a la separación y yuxtaposición que realizó Hume entre afirmaciones fácticas y juicios morales. Por consiguiente Marx se opuso a la separación y yuxtaposición de ciencia y política”. Lawrence Krader, en su introducción a *Los apuntes etimológicos de Karl Marx*, *op. cit.*, p. 39.

una respuesta ideológica y académica de la burguesía al desafío de la “otra ciencia”, contestataria y rebelde.

Para Marx lo fundamental era aprehender los *procesos* más que clasificarlos. La operación de periodización es muy apreciada en la academia, pero se dificulta en el caso de un pensamiento para el cual la experiencia política es la fuente enriquecedora de la reflexión científica y ésta no tiene razón de ser sin su vínculo con la práctica social política, ideológica, cultural, etcétera. Por eso la tarea de periodizar y sintetizar la trayectoria de su pensamiento sobre el estado se enfrenta a obstáculos nada fáciles.

La institución estatal es un proceso social múltiple.⁴⁶ que se coloca dentro del conjunto y de la dinámica de la sociedad. El método que el marxismo aplica para el análisis de todas las entidades sociales es el crítico, genético-evolutivo, materialista y dialéctico.⁴⁷ La crítica implicó para Marx y Engels, en un primer momento, como hemos visto, la confrontación con la herencia global del pensamiento sobre el estado tal y como encarnaba en la teoría de Hegel principalmente. Después vino su puesta en pie de la dialéctica y su fundamentación materialista y, consecuentemente, clasista. En esta operación realizada en forma integral por primera vez en *La ideología alemana*, fue muy importante la comprensión del papel real del estado. En la medida en que profundizaron sobre los mecanismos, articulaciones y determinaciones del estado, o mejor dicho, de los diversos estados que tenían frente a ellos, apreciando con cada vez más realismo el concepto general de “estado actual”, rastreaban igualmente sus orígenes. Fueron ellos los pioneros de la concepción genética del estado en el siglo XIX inmediatamente continuada por una pléyade de antropólogos y

⁴⁶ “El estado es el proceso en marcha (*on-going process*) de la formación de una institución [...] el estado es una institución política que definimos como una institución de gobierno”. Lawrence Krader, *Formation of the State*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, Inc., 1968, p. VII.

⁴⁷ Es la definición de Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, t. I, Ediciones Era, 1969, p. 18. Lucien Goldmann, entre los que más profundizaron sobre la cuestión, lo hace entre otras obras en *Investigaciones dialécticas*, Carracas, Universidad Central de Venezuela, 1970. También son partidarios de esta concepción metodológica los analistas Hal Draper, Michael Löwy, John Maguire y Adolfo Sánchez Vázquez.

etnólogos.⁴⁸ Su concepción sobre el surgimiento, desarrollo, culminación, decadencia y posible extinción del estado era la expresión cúspide de sus tiempos a la que ellos dieron, sin embargo, como todo lo que hacían, una solución radical.⁴⁹

No toda forma de gobierno presupone al estado. Éste es el producto del desarrollo y complejidad de las sociedades y las economías. La política, entendida en un sentido amplio, o sea, no meramente aristotélico, existió antes del estado.⁵⁰ El estado surge

⁴⁸ En el momento en que Marx y Engels escribían *La ideología alemana* en 1845, obra que señala el “parto del marxismo”, Marx preparaba la redacción de un libro sobre “el estado moderno”, cuyo sorprendente guión se ha conservado: “(1) *La historia genética del estado moderno o la Revolución francesa*. La presuntuosa sobreestimación de la esfera política - confusión con el estado de la antigüedad. Relación de las revoluciones con la sociedad civil. Duplicación de todos los elementos en el dominio de la sociedad civil y del estado. (2) *La proclamación de los derechos del hombre y la constitución del estado*. -Libertad, igualdad y unidad. *La soberanía del pueblo*. (3) *El estado y la sociedad civil*. (4) *El estado representativo* y la *Carta* (el programa de los cartistas británicos. El estado representativo constitucional, el estado democrático representativo. (5) *La separación de poderes* (6) *El poder legislativo* y los cuerpos legislativos. Los clubes políticos. (7) *El poder ejecutivo*. Centralización y jerarquía. Centralización y civilización política. El sistema federal y la industrialización. *La administración del estado y la administración local*. (8a) *El Poder judicial y la ley*. (8b) *La nacionalidad y el pueblo*. (9a) *Los partidos políticos*. (9b) *El sufragio, la lucha por la abolición del estado y la sociedad civil*”. Citado por Hal Draper, *Karl Marx's theory of Revolution, vol. I, op. cit.*, pp. 187-8, nota.

⁴⁹ “Hay antropólogos que consideraron que el estado y la sociedad siempre habían existido unidos, o sea, que no hay sociedad buena sin estado. Pero en el siglo XIX comenzó a gestarse la corriente que mantenía que en la antigüedad hubieron sociedades sin estado.” Lawrence Krader, *Formation of the State, op. cit.*, p. 5.

⁵⁰ Marx identificó la noción de *política* con la de gobierno y estado, términos de los que llega a hacer sinónimos, por ejemplo, cuando acuña la siguiente definición de estado: “una sociedad *políticamente* organizada” en sus “*apuntes etnológicos*” (en la sección dedicada a Maine). Y así se podrían citar otros pasajes parecidos. Tomando en cuenta esto Hal Draper considera conveniente inventar los conceptos de autoridad *protopolítica* o de *protogobierno* para designar las formas de organización de la autoridad encargada de coordinar y administrar los asuntos de la comunidad primitiva preclásica y pre-estatista. Hal Draper, *op. cit.*, p. 240. Esta concepción de lo político en un sentido amplio se contradice con el de cierto tipo de investigación histórica de la antigüedad, en especial de la sociedad helénica. Moses I. Finley, por ejemplo, habla explícitamente de: “La política como un invento griego, más correctamente quizás el invento separado de los griegos y de los etruscos y/o romanos”. *El nacimiento de la política*, México, Grijalbo, 1990, p. 75. La invención del término *política* es posterior a la existencia de la *actividad social de gobernar y administrar* que representa el contenido mismo de la existencia del estado. La visión marxista de la política

cuando dicha autoridad, tal gobierno, se eleva sobre el conjunto de la sociedad monopolizando el uso y el derecho a la coerción y a la fuerza. Engels, rastreando los estudios de Marx y añadiendo los suyos propios, explica detalladamente este surgimiento del estado como producto de la complejidad y subsecuente división de la sociedad en clases en numerosos pasajes de su obra específicamente consagrada al tema, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Se da entonces la división entre sociedad y estado, hecho fundamental que da nacimiento a toda una rama del pensamiento social, la “ciencia política” propiamente dicha.⁵¹

Pero el hecho de que Engels consideró en su libro que el surgimiento del estado en la sociedad helénica se dio con el surgimiento del modo de producción esclavista, sin tomar en consideración las investigaciones tanto de Marx como de él mismo sobre el modo de producción asiático que indicaban que éste era considerablemente más arcaico que el anterior, significó que durante casi un siglo, debido tanto al interés deliberado de teóricos como Plejanov y Kautsky de forjar una doctrina marxista chatamente etapista en la que sólo cabían tres modos de producción universales, como por la carencia misma de evidencias arqueológicas, etnológicas y antropológicas, en la práctica acabó imponiéndose la mencionada concepción “etapista”.

A partir de los estudios de los *Cuadernos etnológicos*, publicados en los años sesenta, se redobló la crítica a ese “etapismo” al que tanto el dogmatismo socialdemócrata como stalinista se habían aferrado durante un siglo. Partiendo del estudio de los *Cuadernos* y de sus propias investigaciones Lawrence Krader ha reconstruido histórica y teóricamente la aparición del estado en las antiguas sociedades del

está íntimamente vinculada a las clases, al estado y a los conflictos inherentes entre ellos desde el surgimiento de la civilización. Los emperadores sirio-babilónicos y los faraones egipcios, así como los tlatoani aztecas y los reyes mayas, hacían política. Obviamente el tipo de esta política era muy diverso en cada caso. Es una concepción demasiado rigurosa restringir el ejercicio inicial de la política a los pueblos clásicos grecolatinos.

⁵¹ “En parte, la ciencia política pudo surgir como una disciplina separada de las otras ciencias sociales debido al impacto que Marx le había dado a la idea de la diferencia entre estado y sociedad, una idea virtualmente inaudita ante de él”, así dice en uno de sus artículos correspondientes a la política la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, citado por Hal Draper, *op. cit.*, p. 237.

llamado modo de producción “asiático” que en realidad se dio en las comunidades primitivas, en forma independiente y en tiempos distintos, en Euroasia, África y América. “En el modo asiático de producción no existía propiedad privada de la tierra, y si existió fue en cantidades insignificantes. La aldea era la unidad de producción y de consumo, era la responsable de proveer el excedente social para el sostenimiento de la clase dominante y del Estado”.⁵² A pesar de la simplicidad social de estas aldeas primitiva (comunidades de vecinos o familiares, o comunidades de ambos tipos combinadas que vivían organizadas en clanes o formas de agrupamiento parecidas) están ya marcadas por el sello de la opresión y la explotación.

El monarca y la clase dominante en la antigua Asia, en parte de África, en el Perú y en Mesoamérica eran al mismo tiempo agentes sociales públicos y privados, no diferenciados en sus personas; el gobierno era lo mismo religioso que secular y el excedente social del que dependían sus vidas se recolectaba en forma indivisa de una renta-impuesta secular y religiosa.⁵³

Ya desde esos tiempos el “despotismo” es determinante en el funcionamiento estatal. Su apariencia como expresión de los “intereses generales”, en realidad aval de “las condiciones sociales que garantizan los intereses de la estructura clasista, explotadora en su conjunto” (Draper) hacen del estado una comunidad que no es tal por estar dividida contrapuesta y desgarrada en sus entrañas mismas por “la lucha práctica de estos intereses particulares que constantemente y de un modo real se enfrentan a los intereses comunes o que ilusoriamente se creen tales”.⁵⁴ El estado como “la comunidad ilusoria”, imaginaria, el revés de su despótico y enajenante carácter real, una expresión del anhelo humano de convivencia y solidaridad.⁵⁵

⁵² “Historia y significado del modo asiático de producción”, en Universidad Iberoamericana (compiladora), *Historia, antropología y política. Homenaje a Angel Palerm*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1980, p. 164.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *La ideología alemana, op. cit.*, p. 35.

⁵⁵ “Comunidad ilusoria” es la primera expresión con la que definen Marx y Engels al estado en *La ideología alemana (loc. cit.)*. Este nombramiento absolutamente no positivista del estado comienza a ser interpretado y comprendido en nuestros días. Es el ejemplo de Roger

Las nuevas investigaciones arqueológicas, etnológicas y antropológicas sobre el origen del estado, no por tratarse de asuntos de hace milenios dejan de estar determinadas por las luchas políticas e ideológicas que han definido el destino del marxismo. El modo de producción asiático se convirtió en un tabú durante el periodo stalinista; era una referencia demasiado explícita de los fundamentos despóticos y atrasados de la propia burocracia soviética.⁵⁶ De esta manera, le tocó a las corrientes marxistas disidentes del stalinismo la tarea de desarrollar la fecundidad extraordinaria de esa concepción marxista. Correspondió al historiador marxista alemán Karl Wittfogel el mérito de poner los cimientos del desarrollo y profundización de la teoría del modo de producción asiático en este siglo.⁵⁷

Precisamente en México discípulos de Wittfogel y, en general, marxistas europeos disidentes exiliados, pondrían a prueba la fecundidad de esta teoría con resultados epocales a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Dos de ellos en especial abrieron surcos innovadores en la interpretación de la historia de los pueblos mesoamericanos, en especial de los del altiplano mexicano, con sus investigaciones arqueológicas en Teotihuacan y en el valle de México (Cuicuilco), principalmente, las que les permitirían penetrar en el misterio de las primeras comunidades mesoamericanas y comprobar la importancia fundamental que tenían para su sociedad los canales de irrigación: Ángel Palerm y Eric Wolf. Es el propio Wittfogel quien describe lo que sucedió en un escrito en memoria de Ángel Palerm.

Bartra quien, haciendo una variación del término "ilusión" por el de "imaginación" titula uno de sus libros políticos como *Las redes imaginarias del poder*, México, Editorial Océano, 1996. Igualmente Benedict Anderson acuña el término de "comunidades imaginadas" para definir al estado-nación contemporáneo productor de la ideología *nacionalista* del siglo XIX en adelante. *Imagined Communities*, Nueva York, Verso, 1996.

⁵⁶ Ernest Mandel dedica el capítulo VIII de su excelente libro *La formación del pensamiento económico de Marx* (México, Siglo XXI, 1968), a la discusión sobre el modo de producción asiático a partir del triunfo stalinista en la URSS. Su texto, escrito a mitad de los años sesenta, no cita los *Cuadernos etnológicos*, ni parece conocer las investigaciones que hoy aceptan el carácter universal no sólo asiático del mencionado modo de producción.

⁵⁷ K. A. Wittfogel, *El despotismo asiático*, Madrid, Guadarrama, 1967. Esta obra no reproduce íntegramente los argumentos de su primera gran obra sobre el tema, existente sólo en alemán, *Wirtschaft und Gesellschaft Chinas*, Leipzig, 1931.

Traigo a colación la historia Wittfogel-Kirchhoff porque creo que puede ayudarnos a entender la cronología del desarrollo de los conceptos evolucionistas de Palerm [...] Palerm y yo discutimos desde 1953 el papel de Trotsky en las oscilantes posiciones de Kirchhoff y dentro de mi propia experiencia como adepto y estudioso crítico del Marx macro-historiador [...] En 1969 Palerm trató con cautela este aspecto [las relaciones entre Trotsky y Kirchhoff]: sin embargo, en cuanto a identificar una tendencia general, sugirió: “No podría afirmar con certeza cuando se produjo la llegada a México de las ideas de Wittfogel. Estoy seguro de que de buscarse se encontrarían antecedentes interesantes probablemente con la presencia de Trotsky y otros marxistas heréticos del centro y el oeste de Europa. Creo, sin embargo, que correspondió a Kirchhoff el papel de introductor oficial, al proporcionar las versiones en español de algunos textos de Wittfogel.”⁵⁸

Así pues, su análisis histórico de los orígenes del estado les permitió a Marx y Engels coronar una concepción avanzada para su época, que sin gran riesgo de caer en un error, se puede decir que estaba en la punta del conocimiento científico de la misma. Pero, por supuesto, lo que les interesaba aún más era comprobar sus conceptos clave con relación a las propias realidades políticas que enfrentaban.

La trayectoria del estado, o más correctamente dicho, de los estados que tuvieron ante sí Marx y Engels fue muy peculiar. Vivieron una etapa en que el capitalismo se había desarrollado amplia y plenamente sólo en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Alemania y en el norte de Italia. En general se expandía, con excepción de Estados Unidos, especialmente en la región de Europa occidental. Engels vivió hasta la mitad de la última década del siglo pasado, cuando surgió el imperialismo, pero ya no le tocó analizarlo. Vivieron una época en que el nuevo modo de producción en ascenso se imponía, a un ritmo cada vez más acelerado, como el hegemónico a nivel mundial y

⁵⁸ Karl A. Wittfogel, “El papel de Ángel Palerm en la difusión del evolucionismo en Mesoamérica y en el mundo”, en Universidad Iberoamericana (compiladora), *Historia, antropología y política. Homenaje a Ángel Palerm*, t. I, *op. cit.*, p. 117.

cuyo proceso de expansión y dominación imponía sus reglas y métodos sobre toda la cultura política e ideológica, por supuesto, especialmente en el campo del estado, o mejor, de los estados. Marx lo comprendió perfectamente cuando se refirió a “la ficción del estado actual” en su célebre *Crítica del programa de Gotha* de 1875, en pleno auge eufórico de la expansión mundial capitalista.

La “sociedad actual” es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libres de aditamentos medievales, más o menos modificada por particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el “Estado actual” cambia con las fronteras de cada país... En el Imperio prusiano-alemán es otro que en Suiza, en Inglaterra otro que en Estados Unidos. El “Estado actual”, es por tanto, una ficción.⁵⁹

Para Marx la sociedad capitalista se expandía e imponía como la forma universal y, al mismo tiempo, el estado, o los diferentes estados en cada país, debían ser considerados de acuerdo a sus peculiaridades históricas, culturales, etcétera. Así el estado prusiano-alemán no era más que “un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policiaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influido ya por la burguesía”. Sin embargo, Marx añadía inmediatamente que “no obstante la abigarrada diversidad de sus formas” los distintos estados de los diversos países civilizados “tienen algo en común: el que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa... Tienen también, por tanto, ciertos caracteres esenciales comunes. En este sentido puede hablarse del ‘estado actual’ por oposición al futuro, en el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habrá extinguido”.⁶⁰

A lo largo de sus análisis e investigaciones, Marx y Engels dejaron un conjunto de concepciones e ideas coherentes cuya trayectoria puede a grosso modo dividirse en tres grandes etapas.

⁵⁹ C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo III, *op. cit.*, p. 22.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 23.

1a. 1842-1844: la etapa inicial, básicamente crítica que permite el deslinde con la concepción tradicional del estado y abre su pensamiento hacia un conjunto de ramificaciones por demás ricas en potencialidades.

2a. 1845-1856: la etapa de madurez en la que los análisis concretos de la realidad política revolucionaria y contrarrevolucionaria del periodo permiten a Marx y Engels precisar, comprobar y enriquecer sus hipótesis teóricas. Es el periodo que se inicia con *La ideología alemana* y que incluye los sazonados frutos siguientes: *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), el *Manifiesto Comunista* (1847-48), *La lucha de clases en Francia* (1850) *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (1852), y *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852). Hay también una serie de artículos que carecen de la unidad de las obras anteriores pero que incluyen muchas ideas clave sobre su trabajo teórico sobre el estado: sobre la revolución española, Polonia, etc.

3a. 1857-1895. Etapa de culminación teórica y política en la cual destaca con mucho *El capital* y sus trabajos preparatorios (*Grundrisse*, etc.) En esta etapa la reflexión adquiere un nivel muy alto y se profundiza tanto porque teóricamente el avance es incalculable como porque nuevos e importantes acontecimientos históricos enriquecieron significativamente la labor intelectual de ambos camaradas. Se inicia en 1857 cuando Marx vuelve a sumergirse plenamente en sus trabajos económicos preparándose para la crisis que se veía venir.⁶¹

Durante los siguientes quince años Marx llegaría a la cúspide de su madurez intelectual y política. En 1867 se publica el primer tomo de *El capital*, coronando así una labor ciclópea de una década en la cual escribió más de dos mil folios (pliegos de papel tres o cuatro veces mayores que la hoja tipo carta actual) que acabaran con su salud. De hecho en el resto de su vida sólo agregaría algunos cientos de hojas más a su obra fundamental. En 1864 participa y será después el centro de la organización de la Asociación Internacional de los Trabajadores,

⁶¹ "Trabajo magníficamente de noche en la sistematización de mis estudios económicos al fin de que al menos haya alcanzado claridad en los esbozos fundamentales (*Grundrisse*), antes del diluvio", escribe a Engels el 8 de diciembre de 1857 en el preciso momento en que está descubriendo la teoría de la plusvalor. Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondence 1846-1895. A selection with commentary and notes*, New York, International Publishers, 1938, p. 101.

ejemplo pionero de coordinación proletaria internacional que se colocó en medio de un ascenso de masas iniciado con la guerra civil de Estados Unidos, continuado con la insurrección polaca, las grandes manifestaciones obreras en Inglaterra, cerrándose el periodo trágica, pero también gloriosamente con la Comuna de París en 1871.⁶²

Con la muerte de Marx en 1883 se marca en esta etapa el fin de su primer tramo y el inicio del último de Engels que se extenderá más de diez años hasta su muerte en 1895.

Además de *El capital* el conjunto del periodo incluye las importantes obras como *La guerra civil en Francia* y sus dos borradores (1871), la *Crítica del programa de Gotha* (1875), el *Anti-Dühring* (1878), la *Contribución al problema de la vivienda* (1883), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884) y de varios prólogos polémicos y profundos de Engels a reediciones de obras de Marx y suyas.

Una periodización debe ser justificada aunque siempre quedará un aire de arbitrariedad debido a que por definición implica una ruptura en cierta manera artificial de un proceso histórico único e inmanente. Nuestra elección de tres grandes etapas con una subdivisión en la final producida por la muerte de Marx y la sobrevivencia por más de diez años de Engels a su viejo amigo tiene una justificación central: se basa en los periodos históricos fundamentales de la propia vida pública de los dos amigos. El periodo juvenil y preparatorio que llega hasta 1845. El segundo que se inicia con *La ideología alemana* como mojonera evidente del acceso a su madurez teórica y política. Precisamente este periodo coincide con el inicio del periodo prerrevolucionario que en 1848-49 se convertirá en plenamente revolucionario. Todo lo sucedido

⁶² Raya Dunayevskaya señala correctamente estos hechos en su libro *Marxismo y libertad*, México, Juan Pablos Editor, 1976. Véase el capítulo V "El impacto de la Guerra Civil en Estados Unidos sobre la estructura de *El capital*", que se inicia con esta frase: "La década de 1860 fue decisiva para la estructura del más grande trabajo teórico de Marx", sin embargo, no considera la importancia de los tres años anteriores (1857-1859) en la preparación del célebre libro. Hecho que rectifica en un libro posterior *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1985, cap. X "Una década de transformación histórica de los *Grundrisse* a *El capital*".

hasta 1854-55 se relaciona con estos años cruciales. Por eso es justificado integrar en estos diez años aproximadamente, caracterizados por el proceso de la revolución-contrarrevolución, el conjunto de los escritos que evalúan y sacan las lecciones de esta etapa clave en la historia europea del siglo pasado.

El tercer periodo, el más importante desde el punto de vista de los frutos teóricos y políticos, se inicia, como se dijo, en 1857 cuando se perciben los prolegómenos de la crisis capitalista que se desplegaran durante toda la década siguiente culminando con la Comuna de París. En *El capital* se encuentra una aportación fundamental a la teoría del estado capitalista en el marxismo. En él se puede apreciar con detenimiento la solución que da Marx a la articulación entre el estado y el modo de producción económica. Como dice François Chatelet, la obra maestra de Marx es ante todo una obra política.⁶³

En los capítulos sobre la jornada de trabajo y sobre la acumulación originaria principalmente, pero distribuidas a lo largo de todo el texto se encuentran en el primer tomo de *El Capital* importantes explicaciones sobre el funcionamiento del estado en la sociedad capitalista. Lo mismo se puede decir, aunque en menor medida, de los otros dos tomos.

En las tres etapas de su trayectoria hay temas políticos comunes que se yuxtaponen y que se van profundizando en la medida que la experiencia lo permite. Ya hemos citado como en sus textos sobre la Comuna de París Marx retoma casi textualmente muchas de sus concepciones de su crítica a la teoría del estado hegeliana de su periodo juvenil. Engels a lo largo de cincuenta años es quien con más coherencia y énfasis señala la importancia de la concepción que subraya el papel de administrador de los intereses comunes de la burguesía que desempeña el estado. Esta concepción incluida en los tempranos trabajos escritos a cuatro manos (especialmente el *Manifiesto comunista*) continúa con los libros y los textos escritos bajo su única responsabilidad como el *Anti-Dühring*, *El problema de la vivienda*, *El*

⁶³ "El capital es una obra política de principio a fin" en "Las indicaciones políticas de Marx en *El capital*", *Criticas de la economía política, edición latinoamericana*, nos. 22-23, México, 1984, p. 231.

origen de la familia, la propiedad privada y el Estado y el prólogo a *La guerra civil en Francia* (1891), para mencionar sólo los momentos más importantes. Por tanto en todas las “etapas” este tema del estado como ejecutor, administrador y expresión acabada y fundamental de la clase dominante y, de hecho, del sistema en su conjunto se mantuvo presente y prácticamente invariable durante cincuenta años en la obra de Engels. ¿Cómo periodizar esta firme e inalterable posición?

Por lo anterior no podemos considerar adecuada una periodización de la trayectoria del pensamiento sobre el estado de Marx y Engels que rompa más allá de límites tolerables esta unidad básica. Por ejemplo, el caso de Lucio Fernando Oliver Costilla que divide esa trayectoria en ocho fases, a su vez subdivididas por subfases, nos parece excesiva.⁶⁴ En la quinta fase Oliver incluye lo que para él es el estudio del bonapartismo, fechando el periodo de esta fase alrededor de 1852; sin embargo, esta clasificación no toma en cuenta que el estudio sobre el bonapartismo en Marx y Engels se inicia en forma magistral ciertamente al inicio de los años cincuenta, pero en especial en el caso de Engels, se expande y profundiza en la siguiente década. De acuerdo con Oliver en esta década el pensamiento sobre el estado de Marx y Engels estarían ya interesados en otros temas. E incluso en la séptima fase, que él define como el de la búsqueda de una alternativa con motivo de las lecciones políticas que Marx saca de la experiencia de la Comuna de París, su división subestima las importantes reflexiones que se hacen precisamente en *La guerra civil en Francia* sobre la experiencia del bonapartismo que vienen a ser una especie de

⁶⁴ Las fases consideradas son: 1a. El estado moderno como estado de la razón y la libertad (1840-42). 2a. Ruptura crítica. El estado como alienación política. El autor no señala las fechas, pero se infiere de su texto que esta fase corresponde a los años 1843-45. 3a. Elaboración histórica conceptual. El estado como estado capitalista, organización del dominio político general de clase. A su vez esta fase se subdivide en cuatro subfases. 4a. Elaboración político-teórica. El estado como sistema institucional de dominación política capitalista (1848-52). Subdividida a su vez en dos subfases. 5a. El caso del estado bonapartista. Se infiere que comienza en 1852 pero no se da una fecha concreta de término. 6a. Elaboración económico-teórica. Estado y modo de producción capitalista. Se supone que incluye el periodo de redacción de *El capital*. 7a. Teorización de una alternativa. Los escritos sobre la Comuna de París. 8a. El estado a fines de siglo. Se supone que incluye el final de la vida de Engels. Lucio Oliver Costilla, *Estudio crítico de las concepciones*, op. cit., pp. 455-483.

coronación teórica globalizadora de este fenómeno. Dividir en ocho fases una trayectoria que, por ejemplo, en Marx se expande durante cuarenta años (1842-1883) es llegar al absurdo de considerar que cada cinco años el pensamiento marxista sobre el estado experimentaba rupturas teóricas y políticas. Así esta excesiva división del pensamiento marxista sobre el estado conduce no a una síntesis sino en realidad a un resumen analítico.

Su enfoque sobre el estado se da de modos diferentes. Está la obra histórica de Engels (que recupera los apuntes de Marx sobre el tema) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* que constituye una de las obras científicas de divulgación más populares de la ciencia política en general, no sólo del marxismo. También el texto de Marx en *La guerra civil en Francia*, así como en sus borradores, enfrenta en forma concreta por primera vez las cuestiones de la nueva forma de estado que se anunció con el asalto al cielo de los comuneros parisienses. El concepto de “dictadura del proletariado”, como sinónimo del nuevo estado o república de los trabajadores (también identificado con el estado obrero más precisamente en la terminología de Lenin y Trotsky) se va haciendo más concreto con los fulgores del futuro que alumbraron la hazaña de las masas de París.⁶⁵

En esta inmensa obra desplegada a lo largo de cuatro décadas en Marx y cinco décadas en Engels se encuentra explícita una “teoría general del estado” y una teoría del estado capitalista en particular. Hal Draper después de desarrollar en su enciclopédico trabajo de 750 páginas paso a paso la evolución y perfeccionamiento de las concepciones de los dos autores, llega a la conclusión que es en el tomo III de *El capital* donde Marx expone con más precisión dicha “teoría general marxista del estado”. Se trata del párrafo incluido en la sección sexta sobre la renta del suelo que dice:

⁶⁵ Hal Draper dedicó las más de cuatrocientos cincuenta páginas del tercer tomo de su magna obra a explicar a su manera prolija y sabrosa como el concepto de “dictadura del proletariado” en Marx y Engels no tiene absolutamente ninguna relación con la degeneración monstruosa burocrática stalinista. Para Marx el concepto era sinónimo del gobierno más democrático y libertario jamás habido y de ninguna forma lo identificaba con la dictadura de un partido o de una camarilla de criminales. Véase *Karl Marx's Theory of Revolution, vol. III, op. cit.*

La forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo excedente no pagado determina la relación de dominadores y dominados, tal como surge directamente de la producción y repercute, a su vez, de un modo determinante sobre ella. Y ella sirve de base para toda la formación de la comunidad económica derivada a su vez de las relaciones de producción y con ello, al mismo tiempo, su forma política específica. La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos – relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social—es la que tiene el secreto más recóndito, la base oculta de toda la estructura social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación soberanía-dependencia, en una palabra de la forma específica de cada estado.⁶⁶

LA PRIMACÍA DE LO POLÍTICO

El estado es pues un producto necesario y lógico del proceso en el cual las relaciones sociales de la comunidad primitiva se hacen cada más complejas con la consecuente diversificación social del trabajo y su derivado más importante las clases sociales diferenciadas. Las clases y el estado surgieron en el mismo momento histórico. El “estado en general” existe como concepto abstracto pero siempre se expresa en la práctica en forma histórica, concreta y específica. Engels precisó este comportamiento peculiar en su polémica con el populista ruso Tkachov diciendo que “no sólo el Estado ruso en general sino incluso su forma específica, el despotismo zarista, no cuelga, ni mucho menos, en el aire, sino que es un producto necesario y lógico de las condiciones sociales rusas”.⁶⁷ El estado es una expresión social con su propia dinámica que no es arbitraria pero que está lejos de manifestarse “naturalmente”.

⁶⁶ *El capital*, t. III, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 733. Citado por Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. I, *op. cit.*, p. 591. Hemos hecho ligeros cambios en la traducción de Wenceslao Roces a partir de la comparación con el texto inglés.

⁶⁷ “Acerca de la cuestión social en Rusia” en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. II, *op. cit.*, 417.

El estado no es una institución por arriba de la sociedad en general que él expresa y de la cual es su producto socio-político clave. Puede estar en momentos conflictivos por “encima de las clases”, pero ello no significa que pueda “colgar en el aire” más allá de la sociedad y sus necesidades económicas y sociales concretas. El estado es la institución por excelencia encargada de salvaguardar y defender al statu-quo social y político. La forma en que desempeñará su tarea, con más o menos represión, con más o menos tolerancia, dependerá del alto o bajo nivel que alcance la lucha de clases.

Es en su calidad de expresión superior, “ejecutor” dice Draper, de *los intereses de la sociedad de clases en su conjunto* como se explica su papel de “instrumento”, “comité ejecutivo”, “comité de administración de los asuntos comunes” de la clase o de las clases dominantes. Esto es, en su calidad de encargado supremo de mantener, preservar y vigilar al conjunto de la sociedad (dividida en clases, dominadoras y dominadas, explotadoras y explotadas, propietarias y proletarias) acaba siendo el mejor, el más seguro, el más firme y fiel, “el más poderoso defensor de la propiedad privada, el Estado”.⁶⁸ Y no a la inversa como pretende una visión reduccionista de la concepción marxista del estado. Así, no es su papel de instrumento clave de la clase dominante lo que determina su funcionamiento sino que al velar y proteger el statu-quo se convierte por necesidad en el principal factor de defensa de los intereses dominantes.

Es esta dialéctica entre una institución social con un grado de autonomía muy grande que, sin embargo, es la mejor y más acabada expresión del conjunto social la que explica en cada momento de la dinámica de la lucha de clases los cambios y el funcionamiento del mismo estado. Dentro de este espacio amplísimo se mueve “una teoría general marxista del estado” la cual en su concreción histórica va asumiendo expresiones particulares que hacen surgir consecuentemente las diversas teorías específicas de los diferentes estados. La trayectoria histórica estatal se ha desplegado durante milenios a lo largo de diversos modos de producción de los cuales adquiere su carácter

⁶⁸ Así lo definió Antonio Gramsci en pleno ascenso del movimiento obrero italiano en un artículo publicado en *L'Ordine Nuovo*, 2 de enero de 1921, en *Escritos políticos (1917-1933)*, México, Siglo XXI Editores, 1991, p. 137.

distintivo. Hasta llegar a la actualidad en que el modo de producción capitalista, en su etapa imperialista tardía, ha moldeado a todos los estados del planeta subordinando a sus objetivos tanto a los resabios precapitalistas todavía existentes como resistiendo y promoviendo la restauración capitalista en los estados postcapitalistas.

Por eso “la teoría general marxista del estado” al quedar establecida en ese inmenso espacio social e histórico parece perderse en él, parece inexistente. Ciertamente las leyes de su movimiento desplegado en esa inmensidad deberán reflejarse en infinidad de situaciones. Ciertamente que la variabilidad de las “leyes políticas” está muy lejos de la normatividad reiterativa que adquieren las “leyes económicas”, las de la ciencia social “dura”. Pero esas leyes políticas sí existen, destilándose tras la infinitud de situaciones del acontecer social. La historia universal es el producto del quehacer cotidiano caótico y objetivo de millones de seres humanos y sólo puede expresar “su curso general de desarrollo” de esa manera. “Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables. De otra parte, la historia tendría un carácter muy místico si las casualidades no desempeñasen ningún papel. Como es natural *las casualidades forman parte del curso general de desarrollo y son compensadas por otras casualidades*”.⁶⁹

¡Las “casualidades” son la expresión de una ley del curso del desarrollo político! A su vez, éste no es “místico”, teleológicamente determinado por una fuerza externa hacia un objetivo preestablecido. La lógica política no tiene nada que ver con una relación directa, mecánica, entre las determinaciones económicas y sus consecuencias sociales en general. Tiene una dinámica propia que justifica y legitima a cabalidad la existencia de una “teoría general del estado”. Diversos analistas de la ciencia política en Marx han observado esta cualidad que desafía las críticas que le dirigen tanto los que lo acusan de determinista

⁶⁹ Carta de Marx a Kugelmann, 17 de abril de 1871 en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas, t. II, op. cit.*, p. 445. Cursivas nuestras. La carta se refiere a la instauración de la Comuna de París que surgió ante el reto que le planteaba la “casualidad desfavorable” de la presencia del ejército prusiano en las puertas de su ciudad a la población de París. La alternativa para los parisienses, según Marx, era: “o aceptar el reto o entregarse sin lucha”. Luchar o capitular.

económico como los que lo consideran un fanático que subordina a un objetivo suprahistórico (la sociedad comunista) todas sus acciones. Sin embargo, Marx fue muy *claro* al rechazar cualquier “dogmatismo sobre el futuro” y Engels con más contundencia afirmó: “¡la historia no hace nada, no posee enormes riquezas y no libra ningún combate! Es, por el contrario, el hombre, el hombre real y viviente quien hace todo eso, posee esas riquezas y libra los combates... la historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus propios objetivos”.⁷⁰

A diferencia y en contra de lo que señalan Popper y Kolakowsky, Marx rechaza “la historia como fetiche” y se sumerge por entero en la actividad humana (la política) para buscar allí las respuestas de los enigmas. “Es difícil encontrar un rechazo más firme de la representación fetichista de la Historia. La Historia que ‘hace’ algo es todavía la historia sagrada, destinada a actuar en lugar de los hombres y a sus espaldas. Una historia filosófica y especulativa. Una historia de ideologías. La historia profana no tiene fines propios”.⁷¹

Por ejemplo, cuando René Zavaleta afirma que no se puede encontrar una teoría general del estado en Marx, lo hace precisamente contrastando la diferencia de “la reiterabilidad” característica de la dinámica económica capitalista con el reino de la “generalidad” infinita de la política. Justamente apreciada la diferencia, señala a continuación que en la escena en que “prima la política” no estamos ante leyes sino ante “situaciones”.⁷² Pero esas “situaciones” esconden y expresan al mismo tiempo realidades objetivas más profundas que se despliegan en los abismos de la economía y la sociedad en su conjunto exigiendo la satisfacción de sus necesidades e impactando a todo el tejido social desde las estructuras sociales más amplias (la familia, las naciones) hasta el temperamento variadísimo y variabilísimo de los personajes que protagonizan concretamente los dramas políticos.

⁷⁰ Marx y Engels, *La sagrada familia. Crítica de la crítica crítica*, México, Editorial Grijalbo, 1967, p. 125. Cursivas nuestras.

⁷¹ Daniel Bensaïd, *Marx l'intempestif*, op. cit., p. 20.

⁷² “El Estado en América Latina” en *Ensayos. Economía, política e historia*, núm. 1, Facultad de Economía, UNAM, 1984, p. 62.

Marx desconstruye la noción de la Historia universal. Cada presente ofrece una pluralidad de desarrollos posibles. Pero todos esos posibles no tienen el mismo índice de normalidad... El curso de la historia no sigue, por tanto, la traza única que le daría sentido. Estalla en ramas y bifurcaciones que recomienzan incesantemente. Cada punto de bifurcación crítico plantea su propias preguntas y exige sus propias respuestas.⁷³

La larga trayectoria histórica del estado se despliega asumiendo sus transformaciones. El poder político encarnado en el aparato estatal se erige como la nueva deidad profana en periodos de normalidad. Es la fetichización del estado, que aparece paralela a las otras fetichizaciones sociales. Pero esa normalidad en realidad es la del equilibrio precario entre las diversas clases.

El aparato represivo, más obvio y en ciertos momentos encarnación por excelencia de las funciones estatales, en la medida en que éstas se han hecho más sofisticadas ha ido retrocediendo hacia un plano menos visible. Hoy las funciones del estado como regimentador político, de ordenador ideológico de la sociedad, han tomado preeminencia sobre las represivas sin que éstas, por supuesto, hayan desaparecido y dejen de ser en momentos críticos las fundamentales del quehacer estatal.⁷⁴

El estado en la sociedad capitalista debe aclimatarse al torbellino de las transformaciones que son características del régimen de

⁷³ Daniel Bensaïd, *op. cit.*, pp. 48-50. Esta concepción de "primacía de lo político" uno de los continentes escondidos del marxismo largamente encubiertos por las burocracias universales socialdemócrata y stalinista, siempre listas para apagar la audacia y los riegos de la actividad creadora y renovadora que lleva implícita la autoconciencia de las potencialidades de la actividad libre y democrática de las masas, es redescubierta también en nuestras tierras. Hemos mencionado a Zavaleta y a su nombre se puede agregar las reflexiones interesantes de Hugo Zemelman en *De la historia a la política: La experiencia de América Latina*, Siglo XXI Editores y Universidad de las Naciones Unidas, 1989. Como veremos más adelante en el siguiente capítulo, Bensaïd recupera esta noción de la "primacía de la política" de la obra de Antonio Gramsci y Walter Benjamin.

⁷⁴ Ernest Mandel, *El poder y el dinero. Contribución a la teoría de la posible extinción del estado*, Siglo Veintiuno Editores, 1994, pág. 212. También véase Lawrence Krader, "El Estado en la teoría y en la historia", *op. cit.*

producción capitalista, el más dinámico, pero al mismo tiempo el más caótico de toda la historia. Cuando la lucha de clases hace erupción el “funcionamiento normal” del estado deja el lugar a su papel milenarista de defensor, organizador, controlador y ejecutor fundamental del statu quo. Son los momentos en los cuales los gobernantes anuncian el uso y la aplicación de “toda la fuerza del estado de derecho”, eufemismo legendario para designar la puesta en movimiento del aparato coercitivo y de represión pura y simple. La teoría general del estado en Marx es la encargada entonces de dar las explicaciones y buscar las oportunidades para realizar la actividad revolucionaria.⁷⁵

De esta forma con el marxismo surge la primera convocatoria consciente y deliberadamente dirigida a *destruir* el estado clasista actual y a instaurar otro que tiene como objetivo principal extinguirse, un estado que, desde su surgimiento, deberá comenzar a dejar de ser estado. Los sucesores de Marx continuaron y enriquecieron esta herencia llenando de contenido estratégico el tiempo político pleno de posibilidades descubiertas con su método. Lenin con *El estado y la revolución*, cuya principal cualidad es la de haber servido como plataforma programática de la primera revolución socialista victoriosa. Después de Lenin hubieron otras aportaciones de notables marxistas revolucionarios que profundizaron sobre la cuestión: Gramsci y Lukács entre los más destacados. Pero le tocó a León Trotsky particularmente analizar (notablemente en el libro que representó una suerte de testamento *La revolución traicionada*), las razones que impidieron la realización victoriosa del objetivo de la revolución socialista rusa de octubre de 1917 y, en cambio, provocaron la hipertrofia del poder burocrático soviético que condujo a la contrarrevolución stalinista y finalmente a la desintegración de la Unión Soviética en 1991.

El marxismo dotó así a sus continuadores revolucionarios bolcheviques rusos con los instrumentos teórico-prácticos para encabezar una revolución que destruyó el antiguo estado zarista y erigió el nuevo estado soviético con una vocación revolucionaria internacional. Hubiera sido muy difícil para los dirigentes bolcheviques victoriosos de 1917 realizar esa hazaña, como imposible también para

⁷⁵ Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution vol. I*, página 590 *passim*.

León Trotsky y sus compañeros, entender y luchar contra la subsiguiente burocratización de la URSS, sin la existencia de una "teoría marxista del estado". Por ello, antes de continuar exponiendo las determinaciones y relaciones de esta teoría política se impone un alto para reflexionar sobre el carácter específico de la teoría general de la que ella surge, teoría que ha revolucionado a la ciencia al mismo tiempo que ha guiado algunas de las transformaciones revolucionarias más profundas del siglo XX.

III. LA OTRA CIENCIA: EL DEBATE DE MARX EN LA ACADEMIA.

El capital es una obra esencialmente subversiva. No tanto porque conduciría, a través de la objetividad científica, a la consecuencia necesaria de la revolución, sino porque incluye sin formularlo mucho un modo de pensar teórico que desquicia la idea misma de ciencia.

Maurice Blanchot.

FILOSOFÍA Y CIENCIA POLÍTICA

La "ciencia política" es la heredera, en tercera generación, de la filosofía política clásica. En los casi cien años que transcurrieron entre la muerte de ésta y el nacimiento de la primera, la crítica inaugurada por los sucesores directos de Hegel, los jóvenes hegelianos, con Marx conspicuamente destacando entre ellos, lograron autonomizar la práctica política de su matriz filosófica. La divinización del estado, culminación apoteótica del sistema de Hegel, es profanada por la crítica de Feuerbach y de Marx. La *Filosofía del derecho* es bajada de su pedestal en el que reinaba suprema como la expresión más alta de la teoría filosófica y la crítica conquista el derecho para que se presente en la escena histórica el ser humano cotidiano, el hombre-masa que terrenalizará la política.

Con ello la filosofía pierde la posibilidad de respaldar imágenes sociocósmicas del mundo; y sólo así puede convertirse en crítica radical. La filosofía práctica autonomizada se ve arrastrada a los frentes de la guerra civil europea. Desde entonces, puede

haber algo así como una filosofía revolucionaria (o reaccionaria).¹

No sólo de Europa. En el siglo XX la praxis autonomizada, revolucionaria, transformará el mapa planetario.

Pero la escisión marxista no será la única. La filosofía cuya muerte anunciaba Marx en su afán de convertirla en conciencia transformadora de las masas, consigue nuevo oxígeno de una burguesía presionada ante la ofensiva ideológica del socialismo. Ciertamente el precio es muy alto, su desnaturalización completa como saber integrador de las ciencias; pero la universidad burguesa le garantiza su cubículo. La filosofía política es víctima, como todas las disciplinas universitarias de la especialización tecnocrática y así nace la "ciencia política". Las grandes panorámicas de la filosofía de la historia y los proyectos políticos en que el "Estado" (con mayúsculas) es el primer protagonista de la marcha de las civilizaciones son sustituidos por los estudios estadísticos y las encuestas sobre los procesos electorales del estado burgués llano y simple. De las perspectivas grandiosas de la filosofía política, desde Maquiavelo hasta Hegel, en que se vislumbraba la forja de nuevos estados y de una civilización superior en la que emanara en abundancia la miel de la felicidad humana, se pasa en el siglo XX al conjunto de instrumentos y procedimientos prácticos para la formación de un aparato conceptual directo y empírico destinado a forjar la legitimación académica de los establishments gubernamentales. La "ciencia política" se integra como otra disciplina más de apoyo y diseño de cursos, encuestas, métodos formalistas, tesis "políticamente correctas" que sirvan a los cuadros educados en las universidades y destinados a convertirse en funcionarios de las más diversas jerarquías burocráticas.

¹ Jürgen Habermas, *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus Ediciones, 1984, 9. 27.

El impacto de la rebelión estudiantil a escala mundial de las décadas de los años sesenta y setenta logró cambiar algo esta situación. El marxismo fue de repente introducido dentro del curriculum de las ciencias sociales. Sin embargo, con las lógicas excepciones, también en este caso se pagaría un costo. Introducido en una academia dominada por los métodos positivistas imperantes en las universidades de los países centrales, en especial los anglosajones, su expresión no podía dejar de ser influida por ese ambiente. Proliferaron los estudios monográficos más o menos correctos pero siempre era difícil encontrar en ellos una explicación profunda que avanzará más allá de la descripción de los elementos constitutivos de la "política marxista".

De hecho surgieron variantes estructuralistas del marxismo (Althusser, Poulantzas), concepciones del estado de los países dependientes en donde los ideólogos y políticos nacionalistas incorporaban muchos conceptos marxistas (Henrique Cardoso y numerosos partidarios de la teoría de la dependencia) incluso penetraron corrientes en la vida universitaria que enriquecieron y profundizaron la teoría política de los clásicos: el debate alemán sobre el "derivacionismo estatal", la influencia de Gramsci en la academia y otras diversas expresiones intelectuales verdaderamente consecuentes con las ideas de Marx. Sin embargo, por ejemplo, en el caso de Martín Carnoy, autor de una correcta relación de la teoría política del marxismo desde los clásicos hasta sus sucesores más recientes en las universidades norteamericanas de la década de los años ochenta, no encontramos en su estudio una vinculación de sus análisis pormenorizados con los fundamentos y perspectivas más profundas que distinguen el discurso marxista sobre el estado de las demás teorías políticas.²

² *El Estado y la teoría política, op. cit.*

Precisamente en las universidades de Estados Unidos e Inglaterra surgió hace dos décadas la corriente llamada del “marxismo analítico” cuyo objetivo central es contrastar la teoría marxista *in toto* con los criterios y moldes académicos más rigurosos. El resultado es una curiosa mezcla de respeto casi fetichista de los textos de Marx (no los de Engels, que es considerado por la mayoría de ellos como simple “vulgarizador”), combinado con la subestimación e incluso la ignorancia completa de la esencia misma de la *Weltanschauung* marxista. En esta incomprensión del verdadero objetivo del marxismo como ciencia unificadora de la teoría y la praxis, los “marxistas analíticos” se han encontrado en compañía de antiguos intelectuales comunistas (en su mayoría salidos de las filas stalinistas), que aún más violentamente desvirtúan e increpan al marxismo.

¿NINGUNA O TRES TEORÍAS DEL ESTADO EN MARX?

“Marx no tuvo jamás una teoría del Estado”, afirma prepotente François Furet,³ con la fuerza que les da la burguesía a todos los ideólogos ex stalinistas reciclados. Investigador prolífico de la historia de la gran revolución francesa, Furet busca mellar a la vez el filo subversivo de las dos revoluciones fundadoras, la francesa y la soviética. Sabe perfectamente, como antiguo stalinista francés, el papel clave que tiene para Marx y el marxismo la interpretación de la gran revolución francesa y la proyección que de sus ideales y radicalismo hizo la revolución bolchevique en el siglo XX. Y Marx es la clave de la interpretación de las dos revoluciones, verdadera bisagra epocal con su teorización política crítica y revolucionaria del mundo mercantilizado de la burguesía. Para Furet “el odio a la burguesía” lo compartirían tanto el bolchevismo como el fascismo y así, de un plumazo, identifica al marxismo con el totalitarismo contemporáneo. Ese odio “corre a lo largo del

³ *Marx y la Revolución francesa, op. cit.*, p. 95.

siglo XIX antes de encontrar su apogeo en nuestra época, ya que la burguesía, bajo sus diferentes nombres constituye para Lenin y para Hitler el chivo expiatorio de las desdichas del mundo”.⁴

Que Hitler sirvió perfectamente al imperialismo capitalista alemán es un hecho cínicamente ignorado por Furet. Pero es la justificación para argumentar sin escrúpulos en favor de la identificación sin más de Lenin con Hitler. ¿En todo caso no es más bien la identificación entre Hitler y Stalin la que es más pertinente? No para Furet que sensata y oportunamente se pliega al viento de la ideología dominante que iguala en forma aberrante la revolución de Lenin con las contrarrevoluciones de Stalin y Hitler. Este antiguo stalinista, desilusionado de la revolución socialista, que confundió su trasero burocrático con su odisea bolchevique, se ha erigido en impugnador de la revolución *tout court*. Para él incluso Robespierre y los jacobinos eran ya los precursores del totalitarismo de nuestro siglo.

Furet destaca los diversos elementos de análisis sobre el estado en la vasta obra de Marx, pero rechaza darles el estatuto de “teoría” por razones vinculadas estrechamente a un formalismo académico que le es muy difícil velar. “Brillantes”, “profundos”, “marcas de época”, Furet no escatima elogios para las elaboraciones políticas de Marx, pero el estrecho contacto que éste mantiene con las contradicciones sociales que no sólo describe sino que intenta aprovechar para impulsar un proyecto político alternativo al statu quo es demasiado para el ilustre doctor poseedor de todos los títulos posibles. Simplemente el carácter subversivo de Marx le impide penetrar y desarrollarse en los salones con el aire

⁴ François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 17.

enrarecido por el furor antisocialista frecuentados por Furet y los demás ideólogos partidarios del “fin de la historia”.⁵

Esta descalificación de Marx, considerado como un teórico abortado en lo referente al estado, retumba como eco persistente en los corredores universitarios. En Francia y en México, en Brasil y en Alemania, los profesores se lanzan sobre esta obra desparramada y casi unánimemente concluyen: “no existe una teorización explícita sobre el Estado”.⁶ Hay casos de estudiosos que en su afán de “colmar” el vacío dejado por la “ausencia de una teoría del estado” en Marx caen en posturas grotescas, casi caricaturescas.⁷

El destino de la elaboración política de Marx no es diferente al del conjunto de su teoría. Un afán diseccionista permea el acercamiento de una gran parte de estudiosos al cuerpo teórico marxista. Es famosa la división “epistemológica” entre el Marx joven y el maduro hecha por la escuela de Althusser. Parecido a ese desgarramiento es el operado por Della Volpe entre la teoría del fetichismo de Marx y el resto de su labor como “hombre de ciencia”. Lucio

⁵ Lo cual ha hecho más problemático lo que pensaba Colleti sería el destino del marxismo: “sobrevivir como corriente académica en las universidades produciendo obras de objetivo puramente teórico de reflexión cultural”. Lucio Colleti y Velentino Gerratana, *El marxismo y Hegel*, Universidad Autónoma de Puebla, 1977, p. 12. Colleti, a diferencia de lo que él creía, en realidad era optimista cuando afirmaba a principios de los años setenta que las universidades podrían asimilar sin problemas una corriente marxista. Más de dos décadas después se aprecia un panorama muy diverso. La corriente marxista está a la defensiva en la academia casi en todas partes, cuando no ha sido expulsada de ella y en donde se mantiene una fuerte tradición de “marxismo académico”, como es el caso de ciertas universidades anglosajonas (y en especial nos referimos al ya mencionado “marxismo analítico”) el precio ha sido muy alto, es decir, el casi total desvirtuamiento del pensamiento marxista como alternativa revolucionaria global: científica, ideológica y política.

⁶ Rhina Roux, *Marx y el problema del estado*, op. cit., p. 40.

⁷ Víctor M. Pérez-Díaz ha escrito que fueron las fallas producidas por su neurosis psicológica las que le impidieron a Marx acabar su concepción teórica del estado. *State Bureaucracy and Civil Society. A Critical Discussion of the Political Theory of Karl Marx*, op. cit., p. 52. Pérez-Díaz considera su tarea colmar ese vacío en Marx.

Colleti también identificó y separó dos vertientes en la obra de Marx, la “científica” y la “revolucionaria”. Alvin Gouldner hizo algo parecido cuando habló de “los dos Marx”.

Pero la confusión no cesa y se bifurca por los senderos más inesperados. Así Jon Elster, preclaro miembro de la heterogénea tendencia académica del “marxismo analítico”, cuya influencia es profunda en Furet, dice a quemarropa: “Marx no tiene una, sino dos o tres teorías del Estado capitalista”.⁸ El contrapunto tajante viene de parte de uno de los mejores intérpretes latinoamericanos de Marx, Enrique Dussel, quien afirma: “Marx no desarrolló el concepto de estado”.⁹ ¿Cómo orientarse en este cruce de corrientes y contracorrientes que parecen ahogar cualquier interpretación pasablemente coherente, congruente y consecuente de la concepción política marxista, en particular la del estado?

EL CONCEPTO DE CIENCIA EN MARX

El cuestionamiento del concepto del estado o de plano la negación de su existencia en la teoría marxista son paralelos al cuestionamiento o la negación de una teoría de las clases en Marx. Y en general son paralelos a una incomprensión del funcionamiento conceptual en Marx. En todas estas “incomprensiones” subyace un hecho fundamental: la ignorancia del proceso marxista del “desquiciamiento” de la tradicional concepción de la ciencia que tomó, y lo sigue haciendo, desprevenido por completo al mundo académico.

El capital es una obra esencialmente subversiva. No tanto porque conduzca, a través de la objetividad científica, a la consecuencia necesaria de la revolución, sino porque incluye sin formularlo

⁸ *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1991, p. 158.

⁹ *El último Marx*, op. cit., p. 272.

mucho, un modo de pensar teórico que desquicia la misma idea de ciencia.¹⁰

Como corriente distintiva del pensamiento filosófico y político mundial, el marxismo puede decirse que surgió en los años de 1844-46. Si queremos precisar aún más concretamente cuáles fueron entre los numerosos textos fundacionales de esa época los momentos cúspides, señalaríamos los *Manuscritos filosófico-económicos de 1844* y las once *Tesis sobre Feuerbach*.¹¹

“Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”. Este es el fundamento de una estrategia con implicaciones revolucionarias, cuyo programa y objetivos había delineado Marx en los *Manuscritos de 1844*: luchar contra todo lo que explota, oprime, humilla y enajena al ser humano. Esta explosiva combinación del pensamiento crítico más avanzado con una estrategia política concreta que impulsaba la teoría a la práctica (su unión en la praxis), por supuesto, tendría consecuencias históricas.

Marx se colocaba en el centro de un proceso vital que se desarrollaba a través de tres vértices que culminaron en su síntesis, no por vertiginosa menos maciza y rigurosa. En primer lugar, Marx era ya un destacado dirigente revolucionario que había evolucionado de las posiciones democráticas radicales hacia las comunistas. En segundo lugar, superaba la visión estrecha tradicional de los

¹⁰ Maurice Blanchot, “Les trois paroles de Marx” citado en Daniel Bensaïd, *Marx l'Intempestif*, op. cit., p. 9.

¹¹ Es la opinión de Ernest Mandel y Lucien Goldmann, entre otros. El primero textualmente señala que el marxismo nació con la undécima tesis sobre Feuerbach en un largo ensayo inédito de diciembre de 1994, del que poseemos una copia, titulado *Situación actual y tareas de la construcción de la IV Internacional*. Por su parte, Lucien Goldmann afirmó en los años sesenta: “Las Tesis sobre Feuerbach tienen la misma dimensión que *El discurso del método*, *La fenomenología del espíritu* o *La crítica de la razón pura*”. *Marxismo y ciencias humanas*, Buenos Aires, Amorrortu. 1971, p. 145.

revolucionarios de la época, marcados por las consecuencias ante todo políticas de la revolución francesa. Su amplio bagaje teórico enriquecido con su contacto con la economía política inglesa lo ponía muy por encima de sus contemporáneos. Por último, aunque de ningún modo menos importante, Marx se colocaba en la vanguardia de un momento revolucionario que estallaría con todo vigor en el curso de 1848. La historia preparaba el escenario adecuado para el despliegue de sus talentos, así como los de toda su generación.

Para Marx, entonces, desde un principio lo que importa no es el desarrollo de una "teoría del estado", o de cualquier otra rama de la sociedad. Se trata, más bien, de desarrollar una teoría global de esta última. Su confrontación con la economía política inglesa le permitirá encontrar el hilo conductor que lo llevará, por medio de la crítica, a la resolución de los enigmas aparentes del funcionamiento del capital. Como dice Manuel Sacristán, aspiraba a lograr un "modelo macrodinámico" en el cual la ciencia se vincula con la realidad social para hacer más eficaz su transformación.¹²

Este impulso sistemático por hacer vigente una concepción globalizadora e integradora de la ciencia social puede convertirse, si no se ejercen los necesarios equilibrios y contraequilibrios, en la justificación de una postura dogmática, prepotente y negadora de los vínculos vitales con el ejercicio particular y concreto de los quehaceres científicos y técnicos que enriquecen el proceso general del conocimiento científico. El marxismo no aspira a negar sino a superar los trabajos científicos particulares que en la concepción tradicional permanecen aislados unos de otros, separados por completo de una visión integradora precisamente porque el positivismo empirista imperante rechaza esa "visión integradora y globalizadora" en favor de la visión dominante tecnocrática y ahistórica.

¹² *Karl Marx como sociólogo de la ciencia*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1983, p. 19.

El marxismo no se enfrenta como “la ciencia proletaria” a “la ciencia burguesa”. Según esta concepción el marxismo surgiría como resultado de esta ruptura tajante con la “ciencia burguesa”. Se convertiría así en «la ciencia de la sociedad a secas frente a la cual las otras teorías (anteriores, contemporáneas y posteriores a Marx) no serían más que meras ‘ideologías’.»¹³ Pero no hay tal “ciencia a secas” de la sociedad. Ella sólo existió en los momentos más sectarios del “diamat” soviético.

¿Entonces dónde está la diferencia entre la ciencia tal y como se ha practicado y practica en el capitalismo y el marxismo? Por supuesto que existe esa diferencia pero ella no se da en el terreno de los procedimientos y técnicas del quehacer de cualquier empresa científica digna de este nombre. Hay un ámbito del pensamiento científico con sus reglas y formas peculiares que tienen ciertamente una autonomía propia con respecto al carácter clasista de la sociedad donde surgen. ¿Son burguesas las teorías de la relatividad, de la física cuántica, de la teoría de la Gran Explosión (*Big Bang*) sobre el origen del universo, la teoría del caos? Por supuesto que tal procedimiento de caracterización clasista vulgar es impermissible.

Y al nivel social ¿cómo se puede aspirar a una comprensión global e integradora sin los múltiples descubrimientos de las diversas disciplinas como la antropología, la etnología, la historia y la economía?. Si el marxismo aspira a permanecer dentro del estatuto científico no puede dejar de considerar los múltiples avances de este quehacer científico. Es el carácter unilateral y fraccionalizado que adquieren las disciplinas científicas particulares el que intenta superar el marxismo para integrar críticamente estos diversos aportes científicos fraccionados en su concepción y tarea específica: intervenir lo más lúcida y profundamente en

¹³ Michael Löwy, *¿Qué es la sociología del conocimiento?*, Ediciones Fontamara, México, 1991, p. 171.

la lucha social, en una palabra, revolucionaria, en la empresa de desenajenación y desfetichización del mundo, o sea, de su transformación.

LAS LEYES HISTÓRICAS EN MARX

Actor y testigo de su época, admirador y ávido conocedor de los avances científicos contemporáneos, Marx, por supuesto, como representante lúcido de su siglo aspiró y así lo dijo a realizar su labor de acuerdo a las condiciones de la ciencia (la *science*) esa diosa decimonónica que floreció con esplendor en Europa occidental, en especial en Inglaterra.

En el prólogo a la primera edición de *El capital*, hay una expresa analogía entre los logros de esa ciencia y los de su investigación del capitalismo. Para él, su objetivo último es “sacar a luz la *ley económica que rige el movimiento de la sociedad, su ley natural*” y remarca: “*el desarrollo de la formación económico-social [lo concibo] como proceso de historia natural.*”¹⁴

“Ley natural”, “historia natural”, la cuestión no puede estar más explícita. Pero Marx inmediatamente que ha dicho esto, en el siguiente punto y aparte señala con igual énfasis: “En el dominio de la economía política, *la investigación científica libre* no solamente enfrenta al mismo enemigo que en los demás campos. La naturaleza peculiar de su objeto convoca a la lid contra ella a las más violentas, mezquinas y aborrecibles pasiones del corazón humano: las furias del interés privado.”¹⁵

¹⁴ *El capital*, libro I, vol. I, México, Siglo XXI Editores, 1984, p. 8. Cursivas de Marx.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 8-9. En este prólogo Marx se circunscribe a una discusión metodológica. Para nada hace referencia al problema de la enajenación que será ampliamente desarrollado en el primer capítulo del libro I y seguirá su curso como uno de los hilos rojos fundamentales de *El capital*. En esta vertiente, la “naturalización” de las leyes humanas e históricas del capital será la principal consecuencia de su “fetichización”.

En efecto, el objeto de la economía política no es uno en el cual las leyes “naturales, mecánicas, unilineales, homogéneas y extrapolables” por medio de fórmulas matemáticas puedan rendir frutos. El capital, y su fundamento el valor, que a su vez cristaliza en las mercancías, escurridizos objetos con su doble naturaleza de valores de uso y valores de cambio, todos estos entes siguen una evolución caótica, desequilibrada y conflictiva.

Smith, Ricardo, Ferguson, Petty y demás economistas aplicaron a la economía política clásica el modelo de equilibrio y estabilidad que Newton había aplicado con tanto éxito a la física. La crítica de Marx será implacable y devastadora. Descubre muy pronto que “la economía política es una infamia” (*Manuscritos de 1844*) y durante las tres décadas siguientes se dedica con firmeza a ejemplar a investigar a fondo la mole de evidencias y hechos que confirmará su diagnóstico precoz. El descubrimiento de la teoría del plusvalor, del trabajo no pagado, será la confirmación “científica” que fundamentará graníticamente la impugnación socialista de la sociedad burguesa.

Enmascaradas por el libre juego del mercado y por el aparente intercambio mercantil de equivalentes, se levantan como un inmenso edificio las relaciones capitalistas basadas en esa “anormalidad peculiar”, en esa “explotación escondida”, emprendiendo un curso torbellinesco y conflictivo que sólo puede ser aprehendido por leyes y categorías muy diversas a las imperantes en las disciplinas positivistas que buscan imponer a la dinámica de la sociedad y la historia los moldes de la ciencia inglesa.

La ley del valor y sus múltiples y laberínticas derivaciones expuestas en los tres tomos de *El capital* no son leyes determinadas mecánicamente, son leyes tendenciales cuya realización se encuentra sujeta a diversos obstáculos, frenos y contratendencias surgidos en su propia evolución. Así sucede con los precios de producción que se aproximan

más o menos aceleradamente a sus valores reales. Es el caso de la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia que en su proceso es frenada o desviada por factores como el desempleo, la lucha capitalista por mayor productividad, etcétera.

Así, las leyes “naturales” del capital son humanas, son históricas. Su causalidad y predictibilidad no son brutalmente determinadas, se articulan en una estructura en que lo real y lo posible no se determinan mecánicamente, sino tendencialmente. Marx se desgarraba entre su admiración y respeto por los resultados de la ciencia positiva con su lógica galileana-cartesiana y la otra racionalidad que surge del capital, de la historia, en síntesis de la sociedad. Marx “titubea”:

Al mismo tiempo que sigue hablando del aletargamiento y el debilitamiento de la ley por las circunstancias, aborda “las contradicciones internas de la ley” conforme a su lógica de inmanencia. Estos titubeos ilustran la tensión irresuelta entre la ciencia positiva y la ciencia alemana mediados por la crítica. Esclarecen las contradicciones entre la tentación del prólogo de *El capital* y el desarrollo histórico abierto (las polémicas contra la “suprahistoria”). Subrayan la diferencia lógica fundamental entre una causalidad mecánica, formal y externa, y una ley tendencial, inmanente e interna en la tradición de las “tendencias antitéticas” hegelianas. En un sistema abierto, no plenamente determinado como la economía política, las regularidades empíricas y las correlaciones constantes de acontecimientos se manifiestan en efecto como tendencias.¹⁶

¹⁶ Daniel Bensaïd, *Marx l'Intempestif*, op. cit., p. 318.

SCIENCE, KRITIK, WISSENSCHAFT

El proyecto no sólo interpretativo de la realidad cuyo objetivo es igualmente su transformación desborda los moldes del empirismo inglés o del racionalismo francés, encuadradores de la noción de ciencia decimonónica. Al postular éstos un claro deslinde del sujeto y el objeto, impiden e ignoran sus relaciones mutuas y por tanto su transformación. Tampoco Marx podía aceptar una lógica meramente inductiva que iba de lo particular a lo general, o de lo concreto a lo abstracto, sino una constante combinación de ambos métodos. Se daba así, necesariamente, un transcrecimiento de las fronteras de la concepción imperante de la ciencia.

Manuel Sacristán en un ensayo pionero de 1978 planteaba con claridad los orígenes y la formación del “trabajo científico y la noción de ciencia” en Marx.¹⁷ Era pionero porque en esa época reinaba todavía sin gran oposición la concepción de que el marxismo era “sólo” una ciencia o “pura ciencia”, como lo decía la escuela de Althusser, pero no sólo ella. Sacristán enunciaba así los tres componentes del concepto de “ciencia” en Marx:

1. La noción de ciencia “normal”, la *science* de la tradición anglofrancesa.
2. La noción hegeliana que lo vinculaba con la “ciencia alemana”, la *deutschen Wissenschaft*.
3. Una inspiración joven hegeliana o la ciencia como crítica.

Este desglosamiento de los constituyentes de la “ciencia marxista” expresa muy bien las fuentes de la misma con la sola adición de la contribución que Marx tomó de Feuerbach, o sea una inspiración también fundamental de su vertiente crítica. De los tres componentes los más afines son los dos últimos. En efecto, la ciencia “normal” fue la última en llegar

¹⁷ Publicado en la recopilación *Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales*, tomo I, Barcelona, Icaria, 1983.

del trío, aunque lo hizo con creces como lo demuestra la mole de manuscritos, el conocimiento enciclopédico que adquirió Marx durante su exilio inglés. Pero lo que distingue a su doctrina definitivamente son los dos mencionados elementos. Ellos son los pilares distintivos del marxismo.

Uno de los conceptos clave que diferenciaba a Marx de la ciencia tradicional es el de desarrollo, proceso o despliegue (*Entwicklung* cuya versión castellana más fiel sería el último término de los antes mencionados). Esta noción plantea que “la cadena de razonamientos no son ajenos a la cosa misma”, que “el despliegue de la cosa misma permite apreciar su ley interna de desarrollo”, que “no puede haber más argumentación explicativa de esa cosa que la exposición de su desarrollo”, en suma, “la idea de ciencia como desarrollo del objeto”.¹⁸ Por supuesto que todo lo anterior está directamente vinculado con la visión hegeliana del ser y de su lógica. “La metodología del desarrollo es ya a primera vista muy coherente en la ontología de Hegel”. La explicación del ser en y por su despliegue.

Este proceso de la cosa es la refutación tanto del agnosticismo kantiano, que retrocede impotente ante la “cosa en sí” inabordable, como de la relación sólo externa al objeto que lo disea, lo inmoviliza, lo descuartiza. Es el movimiento inmanente, “la nueva inmanencia” que viene de muy atrás en la tradición filosófica alemana.

La “ciencia alemana” y la crítica son los componentes que hacen a la obra de Marx y Engels tan específica, globalizadora, por completo acorde con sus objetivos de combinar la teoría y la práctica. Son también los que escandalizan a innumerables críticos que simplemente los rechazan. Esa combinación de rigor analítico con comentarios surgidos intempestivamente del propio análisis que tienen como objetivo señalar la conclusión política del mismo está

¹⁸ *Ibidem*, p. 325-330.

desparramada en toda la obra de los dos compañeros. Es el aspecto “aberrante” que consideró Joan Robinson en la teoría económica de Marx, la parte metafísica que Colletti atribuye a su nunca superada herencia hegeliana o la vocación propagandística de su labor de apóstol como la llama Bobbio. Para todos ellos estos aspectos están tajantemente separados de la vertiente científica del marxismo.

Daniel Bensaïd en su libro mencionado dedica la tercera y última parte, la más extensa, a explicar los orígenes e implicaciones de la noción de ciencia en Marx.¹⁹ En uno de los capítulos de esta sección narra la importancia enorme que siempre tuvo en la obra de Marx y Engels la herencia de la “ciencia alemana”, cuyos antecedentes, por supuesto, se remontan a fuentes más allá de Hegel, aunque menos reconocidas, como son Spinoza y Leibniz.

Del filósofo judío holandés, Marx abrevó desde muy joven. En 1841 resumió en un cuaderno, a la manera que se volvería tradicional en él, su *Tratado teológico-político*. ¿Cuáles son las principales influencias spinozistas? Spinoza representa la salvación de la filosofía en un momento en que los razón instrumental galileo-cartesiana comenzaba su marcha triunfal. Reivindica en su concepto de *totalidad* la mejor forma de superación de la positividad práctica de los éxitos parciales. Será siempre partidario de la visión cuestionadora del pensador de Amsterdam para su propio pensamiento. Hará suyo el “otro saber” opuesto a la matematización creciente del proceso científico. Será partidario intransigente como resultado de esta influencia de un acercamiento al mundo en el que no sólo basta el conocimiento, el cual se esteriliza y convierte en un cuerpo rígido y pasivo si no se concibe como un medio para llegar a “un objetivo ético de salud suprema”. Entenderá así la racionalidad que hace una alianza entre ciencia y ética para

¹⁹ “El orden del desorden. Marx crítico de la positividad científica”, *op. cit.*, pp. 227-400.

lograr un “conocimiento del tercer tipo”, conocimiento superior intuitivo y racional a la vez que va a las esencias, que busca la singularidad no sólo las leyes universales. Es, por tanto, una de las fuentes principales del concepto de “nueva inmanencia” de Marx. “Las cosas son conocidas por su esencia singular y no sólo por sus leyes universales y las causas que las determinan son comprendidas como lógicas e inmanentes y no como mecánicas y transitorias”.²⁰

En el primer texto político-filosófico de Marx, escrito junto con Bruno Bauer en 1841 y al que ya nos hemos referido, es clara la influencia de sus estudios sobre Epicuro (de su tesis doctoral) y sobre Spinoza. En uno de los párrafos del mencionado folleto que sin duda pertenece a la pluma de Marx se dice:

Es necesario que el pensar se coloque desde el punto de vista del spinozismo; cuando se comienza a filosofar es necesario primeramente ser spinozista. El alma debe bañarse en el éter de la única sustancia en que todo lo que se ha tenido por verdad se desvanece en el aire. Es esta negación de todo lo que es particular y a la cual debe llegar toda filosofía. Es la liberación del espíritu y su fundamento absoluto.²¹

Leibniz representa la revalidación de lo que ya había investigado en su tesis doctoral sobre Demócrito.²² La realidad es pluralmente infinita. Los átomos, elemento final de la materia, son objetos legítimos de estudio tanto como las

²⁰ *Ibid.*, pp. 235-240.

²¹ Citado por Maximilien Rubel, “Marx penseur de la Révolution française, *op. cit.*, p. 10.

²² Una investigación sobre los años de estudiante de Marx ratifica su precoz vocación por las ideas filosóficas más amplias y generales, interés en temas tempraneros que siempre lo acompañarán en su pensamiento. De 1837 a 1841 Marx eligió la filosofía griega como tema de su tesis de doctorado. En esos estudios se lanzó a fondo sobre temas como los de idea y materia, movimiento y lógica, humanismo e idealismo, entre otros. Véase Francine Markovits, *Marx en el jardín de Epicuro*, Barcelona, Editorial Madrágora, 1975.

construcciones más complejas. El concepto leibniziano de la “mónada” será comprendido y recuperado dentro del conjunto de la herencia hegeliana. Como Spinoza, Leibniz se resiste a una ciencia exclusiva de lo general. Lo general es abstracto, lo concreto es siempre singular. “En el movimiento de la materia, de la vida, cada ser individual expresa desde cierto punto de vista al universo entero. Universalidad e individualidad se concilian en él. Unidad viviente, la mónada escapa a la combinatoria formal y se sumerge en la historia ritmada por las singularidades del tiempo efectivo... todos los mundos posibles son contingentes y cada suerte de posibilidad es el objeto de un saber específico”.²³

Es en Leibniz en donde se encuentra el antecedente más explícito entre las diferentes tonalidades de la necesidad de la razón, de las leyes. Un concepto que ha sido muy mal interpretado de la noción de necesidad y que fue recuperado y ampliado tanto en Hegel como en Marx. En Leibniz la categoría de la voluntad, de la elección o del libre arbitrio que hace hombres a los seres humanos está determinada, no escapa a la estricta necesidad de la lógica pero ésta no se impone fatalmente. “La historia no conoce sino singularidades y de verdades existenciales que escapan a la necesidad bruta. Todo lo que es dado y existe verdaderamente supone una elección y una voluntad, una necesidad moral irreductible a la abstracción del número”.²⁴

Pero es sin duda Hegel quien se yergue con su gigantesca sombra sobre la concepción de ciencia en la obra de Marx. En 1858, en pleno furor creativo, cuando redacta los

²³ Daniel Bensaïd, *op. cit.*, p. 241.

²⁴ *Loc. cit.* En una referencia que hace Marx de Leibniz en una carta a Engels dice él: “Kugelman me divirtió mucho para mi cumpleaños con su envío de dos tapices del despacho de Leibniz. El invierno pasado demolieron su casa en Hannover, y, subastaron las reliquias. He colocado los dos tapices en mi despacho. Tu sabes mi admiración por Leibniz”. Carta del 10 de mayo de 1870 en V. I. Lenin, *Acotaciones a la correspondencia entre Marx y Engels, 1844-1883*, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 144.

Grundrisse, esa mole teórica e histórica que, cual rica mina, abre todas las vetas que conducirán al *Capital*, por casualidad Marx se topa con los tomos de la gran *Lógica* del filósofo enigmático. Sabemos perfectamente a través de sus cartas a Engels la poderosa influencia que ejerció sobre él esta nueva lectura de su viejo maestro, y si no lo hubiéramos sabido por ellas, bastaría la apreciación de sus escritos a partir de entonces.

Hay un pasaje impresionante en una de estas cartas en donde Marx comunica a su amigo que ha descubierto una "bella cosa", esto es, el producto no pagado a los obreros, o sea el plusvalor. Así de fácil, "el hecho bien simple que todos los economistas anteriores habían ignorado".²⁵ De nuevo como cuando el joven Marx se enfrentó con Hegel al respecto de su teoría del estado, un escalofrío recorre nuestro cuerpo. Somos testigos de momentos cúspides de la historia o, para decirlo hegelianamente, de la filosofía de la historia.

¿Qué reafirma Marx en su relectura hegeliana? Reafirma lo que ya Kant había planteado en su "revolución coperniquiana": el conocimiento del hombre en sí mismo es el que determina los demás conocimientos. Las ciencias humanas son superiores porque nada hay más alto que el autoconocimiento del hombre. Pero Hegel radicaliza esta concepción al hacerla histórica: la totalidad y centralidad humanas son el objetivo de una ciencia en devenir. Por ello es necesario recurrir al propio movimiento, en su inmanencia, a través de las determinaciones (que son negaciones), que lo impulsan hacia adelante, o mejor en su espiral ascendente. No son las ciencias positivas, ni las matemáticas las que con su "abstracción", "exterioridad" y sus "proposiciones rígidas, muertas" pueden darnos la clave de lo "viviente, vivo", de la "irreductibilidad de lo singular", la sola expresión histórica real de la dialéctica. La lógica "no es lo general abstracto, sino lo general que comprende toda la riqueza de lo particular"

²⁵ Carta de Marx a Engels del 4 de enero de 1858, incluida en *ibidem*, p. 53.

(¿acaso no es un eco directo de esta proposición la de Marx sobre lo concreto como “producto de múltiples determinaciones”?). La ciencia, dice Hegel en la *Lógica*, “no puede estar satisfecha con narrar lo que es; ella debe tratar de buscar la verdad de lo que viene, y es a la luz de esta verdad que debe tratar de comprender lo que en el relato era un simple acontecimiento”.²⁶

¡No contentarse con descripciones y cálculos de relaciones y hechos! Que parecido a la empresa de Marx en todas sus investigaciones: no se contenta con clasificar (ciertamente no hizo un catálogo de las constituciones de su tiempo) y expresamente sostiene en los *Grundrisse* que el método en la economía política no debería identificarse con la relación estadística de la población, el territorio y las cuantificaciones de las actividades del país estudiado.

La nueva manera de hacer ciencia busca en el mismo objeto la lógica de su desarrollo, las leyes del pensar no son exteriores al objeto pensado, a su movimiento. Así “se logiciza la historia y se historiza la lógica”. Hegel fundamenta un historicismo no relativista, pues la totalidad siempre impondrá su razón en los respectivos momentos del devenir. Afirma Bensaïd:

Pero ¿cómo Marx puede conservar el meollo del modelo lógico y rechazar al mismo tiempo la filosofía de la historia que sería su revés? Invirtiendo el sistema. Con una teoría radicalmente inmanente de la historia ritmada por el conflicto, la lógica de la cosa, por su parte, se modifica. La teoría de la historicidad se convierte en su fundamento... es el esfuerzo de otra manera de hacer ciencia.²⁷

²⁶ Citado por Bensaïd, *op. cit.*, p. 247.

²⁷ *Ibidem*, pp. 248-250.

EL TRUENO INAUDIBLE

Habiendo señalado y seguido el sendero que cruzó Marx para confrontar con éxito la enorme empresa que se autoimpuso desde 1844, realizar la crítica de la economía política, Bensaïd expone la sugerente idea de que, obviamente sin proponérselo deliberadamente, Marx de hecho se adelantó a su época, no sólo, por supuesto, por su lucidez revolucionaria, sino concretamente en la exposición de formas epistemológicas que sólo hasta el siglo XX se han desarrollado plenamente, cambiando los patrones científicos. Bensaïd se refiere concretamente a la teoría del caos que ha venido a poner en crisis toda la tradición científica que se originó en los siglos XVI y XVII con Galileo, Bacon, Descartes y Newton y que tuvo su apogeo el siglo pasado. Citemos sus propias palabras:

La crítica de la economía política lleva a Marx a comarcas desconocidas... Sin superar todavía el modelo de causalidad de su época, su comprensión del capital rompe con la representación de una especie homogénea y de un tiempo lineal.

Los desarrollos científicos posteriores esclarecen estos titubeos. A mitad del siglo pasado tres innovaciones simultáneas pero lógicamente heterogéneas contribuyen a minar el paradigma newtoniano: la teoría darwinista de la evolución, los principios de conservación y degradación de la energía y la crítica marxiana de la economía política. Estas "ciencias de la transformación" no hablan de certidumbres factuales, sino de probabilidades, de disyuntivas y de bifurcaciones.²⁸

Ciertamente no hay nada de positivista en la concepción de Marx, pero tampoco la influencia hegeliana lo retrotrae hacia la metafísica anterior. Su teoría inaugura otra forma de hacer ciencia, "otro saber receptivo a las razones de la

²⁸ *Ibid*, p. 321.

sinrazón; en donde se desplegaría un pensamiento estratégico para el cual habría que inventar una teoría ‘oscura’, no evidente, más atenta a lo que se esconde que a lo que se muestra” dice Bensaïd.

Popper definió al marxismo como una “seudociencia”. “Absurda, irracional” son entre otros más las calificaciones que le da Popper.²⁹ *El capital* ciertamente no fue considerado en su época como un trabajo académico o “científico”. Ni entonces, ni ahora. Amplios sectores del mundo académico ni siquiera le dan la categoría de libro de economía. Cuando se da un reconocimiento del marxismo en la academia, es debido al crecimiento e influencia de sus ideas y conceptos en el movimiento obrero y revolucionario, provocando una presencia política que en momentos llega a ser imposible de ignorar y permite incluso su penetración en los ámbitos universitarios. El caso de los pasados años sesenta y setenta, como hemos ya dicho, es ejemplar.

La situación actual es más contradictoria todavía. La crisis de las ciencias tradicionales corre paralela con la crisis de la sociedad y el pensamiento desde principios del presente siglo. Las nuevas teorías de la naturaleza y la sociedad chocan de frente con el clasicismo newtoniano y el positivismo sociológico. Por ejemplo, el neoliberalismo tiene una expresión científica muy pobre en la academia a pesar de su gran influencia política en los últimos veinte años. La realidad de las crisis desborda los moldes actuales de las ideas dominantes.

La percepción creciente de un orden del desorden, del equilibrio inestable, del caos y el conflicto tanto en la sociedad como en la naturaleza, le dan al marxismo, a la dialéctica, una renovada oportunidad de volver a influir en la forja de los próximos paradigmas científicos. Pero no será un paseo por el parque. Asociado al conflicto y a la lucha, el destino del

²⁹ David Miller (compilador), *Popper. Escritos selectos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 298 *passim*.

marxismo también es de confrontación y polémica en el mundo de las ideas y la ciencia.

El impacto de *Das Kapital* en Europa fue comparado a un “trueno inaudible”.³⁰ Bensaïd añade que fue como el eco de otro trueno ensordecedor, el de Hegel. Ambos se alzaron contra la consagración de las ciencias positivas. Desde entonces no han cesado las reverberaciones de estos truenos. Hoy en el umbral del siglo XXI nada goza de plena certidumbre. A pesar de su fuerza y desplantes políticos en la teoría y en la ciencia, el pensamiento conservador o claramente reaccionario no se encuentra en una ofensiva triunfante, no tanto por la fuerza de los antagonistas que le hicieran resistencia como por la profunda crisis con la que termina el siglo ante la cual carece de una respuesta plena y convincente.

Otro visionario, Gramsci, entendió muy bien el carácter profundamente antipositivista del marxismo y lo defendió con talento y pasión enormes y cuestionadores. De allí su fenomenal enojo, plasmado en numerosos pasajes a lo largo de sus *Cuadernos de la cárcel*, contra el *Manual de sociología popular* de Bujarin que codificaba un concepto positivista de la ciencia. En lugar de exponer la dialéctica histórica, Bujarin cedía a la manía perversa de la precisión, la búsqueda de la regularidad, de la normalidad y de la uniformidad. Y, sin embargo, sólo se puede prever “científicamente” la lucha, pero no sus momentos ni sus resultados.³¹

Nuevos truenos se gestan en los tiempos encapotados de este fin de siglo. Y esta ocasión relampaguearán en un planeta unificado y globalizado, más que maduro para poder recibir, interpretar y realizar el mensaje subversivo de esa “nueva ciencia”. Y si en algún ámbito social repercute este acicate

³⁰ Por Gérard Granel, citado en Daniel Bensaïd, *op. cit.*, p. 9.

³¹ Gramsci, Cuaderno 4 (XIII), 1930-1932, en *Cuadernos de la cárcel*, *op. cit.*, tomo 2, p. 244.

sacudidor es en el campo de la política por excelencia, esto es, el del estado.

VIRTUDES Y MISERIAS DE LA CIENCIA POLÍTICA

Ninguna o varias. En la academia no se ponen de acuerdo sobre la existencia de una teoría marxista del estado. Por supuesto que esta incomprensión no se reduce a la teoría política propiamente dicha de Marx. Este cuestionamiento a la existencia de paradigmas científicos en Marx se extiende a toda su obra, al tratamiento de sus categorías económicas y sociales en general. Es precisamente lo que afirma Popper cuando considera que Marx por completo incongruente y asistemático en el manejo de sus propias categorías. En su *magnum opus* *La sociedad abierta y sus enemigos* tiene un paisaje explícito en que expresa profunda incomprensión del marxismo:

Para ser justos con Marx, debemos decir que él no siempre tomó demasiado en serio su propio sistema y que estaba dispuesto a desviarse un poco de su esquema fundamental; lo consideraba un punto de visita (y como tal era ciertamente de la mayor importancia), y no un sistema de dogmas.

Así, por ejemplo, leemos en dos páginas consecutivas de *El capital* una afirmación que recalca la usual teoría marxista del carácter secundario del sistema jurídico (o de su carácter de capa de “apariencial”) y otra afirmación que atribuye un papel muy importante al poder político del Estado y lo eleva explícitamente al rango de una *fuerza económica* plenamente desarrollada. La primera de estas afirmaciones, “El autor debería recordar que las revoluciones no se hacen mediante leyes”, se refiere a la revolución industrial y a un autor que preguntó mediante qué leyes civiles se llevó a cabo. La segunda afirmación es un comentario (y de los más

inortodoxos desde el punto de vista marxista) sobre los métodos de la acumulación de capital; dice Marx que todos estos métodos “utilizan el poder del Estado, que es poder político centralizado de la sociedad. El poder es la comadrona de toda vieja sociedad preñada con otra sociedad nueva. *Es en sí mismo una fuerza económica*”. Hasta la última frase que he mencionado en itálicas, el pasaje es claramente ortodoxo. Pero la última frase se aparta de toda esa ortodoxia.³²

Esta lectura popperiana, formalista en extremo, pasa por alto varios hechos y su atención no es del todo precisa cuando se trata de interpretar a Marx y a Engels, en el sentido que él quiere hacerlo. Veamos esto último. ¿Acaso Marx define como legal, político y “aparencial” (sic) sólo al ámbito de lo estatal? ¿El estado es la única o la más importante superestructura? ¡Ni mucho menos! A diferencia de lo que Popper afirma a continuación de los párrafos anteriores largamente citados, Engels no “era más dogmático” por entender una concepción más “autoritaria y rígida” de su teoría. También Engels explicó y desarrolló la misma idea que impugna Popper a Marx del estado como fuerza económica. ¿Quién sino él fue el autor, precisamente en el *Anti-Dühring* citado por Popper, de la contundente frase “la política [en especial, pero no únicamente en el estado] es la economía concentrada”?

Y en una carta a Conrad Schmidt, Engels precisaba pedagógica y explícitamente por qué Marx y él, como autores y pioneros de la concepción materialista de la historia, habían enfatizado, tal vez demasiado, el factor económico, resultando por ello que su obra pareciera adolecer de una subestimación de la política como factor de “segunda importancia”. No,

³² Incluido en el capítulo 17 titulado “La teoría del estado de Marx” del libro mencionado. Reproducido con otros capítulos del mismo libro en la selección de textos popperianos de David Miller ya mencionada, p. 362.

respondía con vigor Engels, nuestro objetivo al señalar al factor económico como el determinante “en última instancia” no significaba arrojar al poder político a un poder subalterno. Decía él: “Si el poder político es económicamente impotente, ¿por qué entonces luchamos por la dictadura del proletariado? ¡La violencia (es decir, el poder del Estado) es también una potencia económica!”³³

La política como “concentración de la economía”, más precisamente, el estado como fuerza económica, son según Popper conceptos contradictorios y negadores del “esquema fundamental” del marxismo. Pero Popper no considera para nada lo que constituye un hilo rojo de la interpretación materialista: son los hombres, no las estructuras económicas o de cualquier otro tipo los que determinan y expresan el sentido, las tareas y las perspectivas de lo que se llama “historia”. “La historia no hace nada” dice explícitamente Engels en *La sagrada familia*. Son los seres humanos, como protagonistas de los conflictos “históricos”, los dramas, las comedias, así como de la rutina cotidiana, quienes “hacen la historia” y ésta, primero que todo, es una historia política. Es en su expresión política como se manifiestan y resuelven las cuestiones sociales, ya sean las de carácter económico como las que se refieren a las laberínticas querellas de las nubes ideológicas. “La política prima en lo sucesivo en la historia”, dice Walter Benjamin.³⁴

³³ Carta del 27 de octubre de 1890 en C. Marx, F. Engels, *Obras escogidas*, t. III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, p. 522.

³⁴ “La politique prime désormais l’histoire”, es la expresión de Benjamin en *Paris, capitale du XIX^e siècle*, citada por Bensaïd, *op. cit.*, p. 118. Una traducción menos literal y galicista podría ser: “la política se impone en lo sucesivo a la historia”. No hemos tenido acceso al original para apreciar cuál es la palabra alemana que se vertió en francés por el verbo “primer”. Compárese la frase de Benjamin con la siguiente afirmación de Gramsci: “En la vida histórica, como en la vida biológica, junto a los que nacen vivos existen los abortos. Historia y política entonces están estrechamente unidas, incluso son una misma cosa, pero hay que distinguir en la apreciación los hechos históricos y los hechos y los actos políticos.” *Cuadernos de la cárcel*, t. 2, p. 37.

Por eso la economía necesariamente, a pesar de la ideología dominante, acaba expresándose en la política. Lo elemental de esta afirmación aparece como un simple y llano "punto de vista" sin estatuto teórico a quienes, como Popper, se resisten a reconocer el carácter irrepetible de los acontecimientos, inéditos, singulares del momento, del presente que se van eslabonando en "la historia", cuyas leyes tienen una lógica propia pero ella sigue siendo humana. Y como las acciones humanas corresponden a sociedades conflictivas, desiguales y desequilibradas en las que parece reinar el caos, necesariamente los conceptos en los que se traduce dicha realidad serán también contradictorios. Por tanto, si el objeto de investigación de la economía, la ciencia social "más dura", convoca, como decía Marx en su primer prólogo del *Capital*, "a la lid contra ella a las más violentas, mezquinas y aborrecibles pasiones del corazón humano: las furias del interés humano" ¿qué se puede decir de la política en donde esos intereses se expresan más desnuda y crudamente? ¿O del estado en donde esa crudeza y desnudez a veces llega a niveles de barbarie inconmensurable?

Aún más que en la economía política en la política *tout court* y, por tanto, *a fortiori* en la esfera del estado, las concepciones se desenvuelven y chocan en un torbellino constante de intereses y pasiones que lo comprometen y afectan todo. El afán apolíneo por la verdad que define al quehacer científico tiene aquí que atravesar y superar un pantano, un nudo de subjetividades y paradojas para poder llegar a una solución, sólo transitoria, hasta volver a comenzar nuevamente. La interpretación adecuada en el marxismo no se identifica con una visión estática de la determinación en "última instancia" de la economía que subordine a la política a un espacio secundario, como "la criada de la economía".

DETERMINACIONES DEL ESTADO

“Marx no tiene una, sino dos o tres teorías del Estado capitalista,” dice Jon Elster y agrega:

[...] hasta 1848 sostuvo una teoría puramente instrumentalista usualmente considerada como *la* teoría marxista del Estado. Después de 1848, al hacerse cada vez menos plausible dicha teoría la sustituirá por una teoría de la abdicación, en el sentido de que los capitalistas se abstienen de tomar el poder político porque descubren que sus intereses quedan así mejor servidos. Finalmente, si uno aparta de la segunda teoría lo que es pura elucubración o afirmaciones sin fundamento, obtenemos una explicación más plausible, a saber, el Estado es un actor independiente en la arena social mientras que los intereses de la clase capitalista sirven como construcciones más que como objetivos de su acción.³⁵

Una malinterpretación cúspide de la teoría del estado en Marx. El bonapartismo como “la abdicación de la burguesía” y no como la consecuencia de las tensiones de las luchas de clases que la obligan a aceptar e incluso promover al “hombre fuerte” para que garantice sus intereses (¿“bonapartismo instrumentalista”?). El afán clasificatorio del “marxismo analítico” anglosajón despedaza al marxismo a un costo muy alto, tanto o más que la otra operación que niega la existencia en el conjunto conceptual marxista de una teoría del estado. La retacería teórica resultante de este afán clasificatorio es la presentación de otra cosa pero no de la razón y realidad del marxismo.

Hay una teoría general del estado en Marx y Engels, como ya lo hemos tratado de demostrar. (Véase el capítulo II, p. 95 *passim*). Pero también existe una concreción de dicha

³⁵ *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI Editores, p. 150.

teoría de acuerdo a cada modo de producción pues es obvio que cada clase dominante tiene un funcionamiento diferente, articulándose, por tanto, en forma diversa con el estado. En especial destaca la diferenciación de la articulación del estado en los modos de producción precapitalistas con la del capitalista. Es la vinculada a la forma en que aparece el trabajo social. En las sociedades precapitalistas éste no es libre ni formal ni realmente. En los modos de producción “asiático”,³⁶ esclavista y feudal el trabajador está sujeto a la comunidad, a su amo y a su señor, respectivamente y el estado se encarga de mantener a través de la coerción física desnuda las relaciones de trabajo y producción que surgen de tal subordinación de las clases explotadas. Además, la separación entre la esfera pública y la esfera privada no está ampliamente desarrollada, muy poco en la “asiática” y algo más en la feudal. En cambio en la sociedad capitalista el desarrollo de la esfera pública y la privada llega a su máxima expresión, apareciendo, incluso, como oponiéndose entre sí, lógica consecuencia de un modo de producción que erige a la propiedad privada de los medios de producción como el factor determinante de la organización social, que a su vez provoca la liberación del trabajador de toda coerción *política* directa. Los trabajadores son “libres” y “poseedores” de su única

³⁶ “La denominación de modo de producción asiático es en cierto sentido errónea, ya que éste, con la formación social que le corresponde, es el estadio de la primera formación de la sociedad civilizada y del Estado. La transición a la sociedad de clases sociales, y su enfrentamiento, no aparecen de repente; la oposición entre esfera pública y privada, y entre trabajo común y social, se produjo en la historia de muchos pueblos, en diversas partes del mundo, y de manera independiente. A partir de estos múltiples momentos apareció una formación económico-social unitaria, que se ha llamado asiática u oriental únicamente porque en aquella parte del mundo se identificó por primera vez, pero que también hubiera podido llamarse afroasiática, o inca o mexicana, ya que las condiciones de su formación se repiten en distintas partes de las Américas, de Eurasia y de África.” Lawrence Krader, “Evolución, revolución y Estado”, *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx (2)*, Barcelona, Bruguera, 1980, pp. 125-26.

propiedad, su fuerza de trabajo, o sea, los brazos, músculos y cerebro con los que la naturaleza dota a cada ser humano.

Marx y Engels apreciaron desde el inicio de su obra estas contradicciones del modo de funcionar de la sociedad capitalista y trataron de explicarlas. Como se desprendía de su concepción general del estado, era evidente que éste debía de tener y tenía un carácter *clasista* más allá de sus apariencias, el cual lo determinaba el modo de producción del que era su máxima expresión política. Fue así que se acuñó su primera y más célebre definición del estado capitalista como “el comité encargado de los asuntos comunes de la burguesía” incluida en el *Manifiesto comunista*. Esta concepción, posteriormente calificada de “instrumentalista”, nunca fue rechazada por los dos amigos ni explícita ni implícitamente. Lo que sí sucedió es que no quedó como su *única* definición del estado capitalista. En el proceso de su profundización del análisis fueron surgiendo otras determinaciones que permitieron forjar una concepción más completa y matizada del mismo. Hemos ya mencionado la frase de Marx en su *Crítica del Programa de Gotha* según la cual “el «Estado actual» es una ficción” en la cual se apreciaba que en su análisis del estado había avanzado a conceptos más matizados como su definición del estado prusiano: “un Estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policiaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía”.³⁷

Marx y Engels tenían frente a ellos al estado británico y era imposible que no apreciaran que éste no estaba compuesto por burgueses, en especial brillaban por su ausencia en el aparato estatal representantes de la burguesía industrial quienes expresaban sus diversos intereses a través de organizaciones como las cámaras de comercio de Manchester, Liverpool, etc., que realizaban campañas políticas e influían en el parlamento y en la opinión pública pero que no tenían una

³⁷ C. Marx, F. Engels, *Obras escogidas*, t. III, *op. cit.* pp. 23-24.

injerencia directa en el poder ejecutivo. Las instituciones del estado del país capitalista más avanzado de la época estaban ocupadas por un personal de políticos profesionales y funcionarios públicos cada vez más especializados provenientes de diversos orígenes sociales. Si esto sucedía en Inglaterra, lo que sucedía en los demás países europeos que venían atrás de la isla puntera en el desarrollo capitalista era aún más contradictorio.

Estos hechos, añadidos a sus análisis de la situación que se presentaba en Francia, Alemania y otros países, los llevaron a profundizar y matizar su concepto de la “autonomía relativa” del estado con respecto a la clase dominante. Esta paradoja en los escritos de Marx y Engels entre su afirmación de que el estado es “el comité encargado de los asuntos comunes de la burguesía” y la observación empírica de la autonomía institucional del estado ha sido la causa de que muchos rechacen o abandonen la teoría marxista del estado.

Pero, como bien señala Simon Clarke, “el problema no es solamente para los marxistas. Es también un problema para las teorías políticas liberales, que tienen que explicar igualmente como se reconcilia la autonomía institucional del estado con la necesidad de éste de garantizar la reproducción social y económica de la sociedad capitalista”.³⁸ Para resolver esta contradicción es necesario precisar finalmente las principales determinaciones del estado.

El estado es una realidad clara y evidente. Pero también es una “realidad abstracta”, no es una cosa que se pueda asir, como si fuera precisamente un instrumento. Por tanto, el concepto (o el sistema de conceptos) que lo expresa en la mente no puede ser sino una “abstracción determinada” que se acerca a esa realidad concreta y evidente que es, sin embargo, inasible. La “abstracción determinada” sólo puede expresarse dinámicamente a través de otras múltiples nuevas

³⁸ *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*, Aldershots Hants, Edward Elgar, 1988, p. 121.

determinaciones que la enriquezcan, acercando al concepto (o sistema de conceptos) resultante asintóticamente a su objeto cuyo desarrollo nunca se detiene.³⁹

A pesar de su sabiduría, Elster es un lector más de Marx que busca en él definiciones perfiladas y nítidas en un discurso teórico en el que no hay tales sino categorías determinadas que expresan funciones también determinadas. No es nueva ni excepcional la incompreensión en la que incurre. Ya Engels la había notado y meridianamente aclarado cuando se refería en su prólogo al tercer libro del *Capital* a otro lector de Marx no dialéctico como Elster, quien:

No ha sabido comprender que Marx, donde él cree que define, se limita a desarrollar cosas existentes, sin que haya que buscar en él definiciones acabadas y perfectas, valederas de una vez para todas.

Allí donde las cosas y sus mutuas relaciones no se conciben como algo fijo e inmutable, sino como algo sujeto a mudanza, es lógico que también sus imágenes mentales, los conceptos, se hallen expuestos a cambios y transformaciones, que no se los enmarque en definiciones rígidas, sino que se los desarrolle en su proceso histórico o lógico de su formación.⁴⁰

Desarrollar la cosa, desplegarla, relacionarla, contrastarla, descubrirla, siguiéndola en su propio curso, su

³⁹ “Hay un problema preliminar acerca del Estado[...].el “Estado” no es una cosa, no existe como tal. El término “estado” designa a cierto número de instituciones particulares que, en su conjunto, constituyen su realidad y ejercen influencias unas en otras en calidad de partes de aquello a lo que podemos llamar sistema del Estado”. Ralph Miliband, *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI Editores, 1976, p. 51. Comparese con la siguiente definición del estado del joven Marx estampada en la *Contribución a la crítica de la filosofía del estado de Hegel*: “Como si el pueblo no fuera el estado real. El estado es una abstracción. Sólo el pueblo es concreto”. Citado por Hal Draper *op. cit.* p. 87.

⁴⁰ *El capital*, vol. III, *op. cit.*, p. 116.

proceso mismo, sin fijarla arbitrariamente, sin concebirla en forma estática y por tanto desnaturalizándola: he allí el enfoque para construir las categorías en Marx, ya sea la de capital, valor, clase o estado.

Es el milenario debate entre Parménides y Heráclito, entre Platón y los sofistas, entre Hegel y Kant. Entre el Ser y el Devenir. ¿Qué es lo real? ¿El ser o su movimiento? ¿La verdad es eterna o está en permanente cambio? Marx apuesta todo a la perspectiva dialéctica y la lleva a uno de sus momentos culminantes, el cual, como sucede frecuentemente con esos giros decisivos del pensamiento humano, tal vez apenas estemos aquilatando en su portentosa dimensión. Las determinaciones del estado, como las del capital, las clases y las demás categorías en Marx, no proporcionan una definición escueta, son como aproximaciones asintóticas a su objeto.

AUTONOMÍA ESTATAL Y COMUNIDAD ILUSORIA

Desde *La ideología alemana* sus autores apprehendieron el carácter peculiar del estado *en general*, lo que les fue de una utilidad incuestionable para comprender las expresiones específicas del estado en los diversos modos de producción, en especial los laberintos de la articulación entre el estado y el capital.

Esta plasmación de las actividades sociales, esta consolidación de nuestros propios productos en un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control, que levanta una barrera ante nuestras expectativas y destruye nuestros cálculos, es uno de los momentos fundamentales que se destaca en todo el desarrollo histórico anterior, y precisamente por virtud de esta contradicción entre el interés particular y el interés común, cobra el interés común, en cuanto *Estado*, una forma propia e independiente, separada

de los reales intereses particulares y colectivos, y al mismo tiempo, como una *comunidad ilusoria*.⁴¹

El fetiche del estado se erige así como otra fuente de enajenación: Es la clásica creación humana que se escapa de los esfuerzos y sentimientos de sus creadores, volviéndose contra ellos. Y que “ilusoria”, imaginativamente es considerado como la condensación del impulso y la convivencia comunitarias. Desde su inicio elemental en la comunidad primitiva la división y el antagonismo fue su signo.

El poder político enorme que adquiere el estado como entidad independiente parece elevarse por arriba de la sociedad. Dentro de los límites de esas “condiciones sociales generales” que son sus determinantes existe un amplio espacio (mayor o menor de acuerdo al carácter específico de la formación socioeconómica de que se trate) para que se despliegue lo que se denomina *la autonomía del estado*.

La autonomía del poder político representado por el estado es una de las concepciones clave de la teoría marxista, otra fuente de supuestas “paradojas” en el pensamiento de Marx. La autonomía estatal adquiere una enorme influencia en sociedades en las que una gran concentración de poder central es condición fundamental del funcionamiento del tejido social.

Es el caso de las primeras sociedades clasistas mencionadas arriba. En las formaciones sociales del “despotismo oriental” el estado puede ocupar todo el espacio social, aplastando cualquier actividad o fuerza social independiente. El poderío del estado basado en su papel clave como el organizador de la construcción de las empresas colectivas gigantescas destinadas a la irrigación fluvial que son fundamentales para la producción agrícola le permite concentrar en sus manos una enorme proporción del excedente social surgiendo como el propietario por excelencia, el

⁴¹ *La ideología alemana, op. cit.*, cursivas nuestras, p. 35.

representante de la propiedad colectiva. La “autonomía del estado” lo eleva por encima, y por mucho, del conjunto social, como un himalaya en el desierto. La clase dominante se identifica prácticamente con el estado de una forma muy diferente a la manera en que se dan las relaciones entre el estado y ella y en general, con la sociedad civil, en formaciones sociales que tienen como base la propiedad privada de los medios de producción: formaciones esclavistas, feudales y por supuesto capitalistas. (Véase en el capítulo II la discusión sobre el lugar del concepto del despotismo asiático en Marx, pp. 75-80).

Alvin Gouldner es uno de los teóricos de la sociología marxista o marxistizante que señalan que el concepto del modo de producción asiático entraña una “paradoja” en la teoría del estado en Marx:

[...] la teoría del modo de producción asiático (MPA) representa una anomalía en la teoría del estado de Marx. El paradigma primario expuesto por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* que plantea que el estado es el comité ejecutivo de la burguesía se contradice en el MPA, en donde el estado no es una superestructura sino es clave de la organización y desarrollo de la infraestructura. El MPA contradice la resonante declaración del *Manifiesto comunista* ... La política deja de ser la criada de la economía y se vuelve su amo en el MPA, en donde el grupo dominante no es una clase caracterizada por la propiedad privada de los medios de producción.⁴²

⁴² *Los dos marxismos*, Madrid, Alianza Universidad, 1983, p. 356. Además de los textos que hemos citado de Krader para introducirse en el fascinante debate sobre el MPA en Marx así como sus vicisitudes políticas truculentas en la URSS stalinista véanse las dos exposiciones magistrales de Draper (los capítulos 21 y 22 del vol. I de su obra ampliamente citada) y el libro de Umberto Melloti, *Marx y el tercer mundo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

El poder del estado no se despliega sólo en la supestructura. Ni en la sociedad asiática ni en la capitalista tiene el estado una función de mero organizador y vigilante externo al funcionamiento del tejido social. Interviene en él y en un momento de crisis su papel puede ser el decisivo. Gouldner, aunque desde un punto de vista diferente, converge con Popper en su estimación del supuesto rebajamiento del ámbito de la política en Marx, así como de la también supuesta incoherencia con la cual Marx la trataría en su obra. La "criada" de la economía según sus palabras. No repetiremos aquí lo dicho arriba sobre Popper al respecto. Bastaría señalar que es un prejuicio liberal, de ningún modo compartido por Marx, considerar como secundario e incluso irrelevante el papel del estado en la sociedad. Ciertamente, como casi todo lo que se da en las nubes de la ideología burguesa, prejuicio que no se corresponde con la práctica real de los políticos y empresarios capitalistas que cotidianamente saben, y actúan en consonancia, que la intervención o no intervención del estado en sus asuntos es vital.

Una visión dialéctica del desarrollo del estado desde su aparición hace cinco milenios no puede sino registrar su papel fundamental en la historia. De hecho, hasta el surgimiento del materialismo histórico, las interpretaciones filosóficas y políticas lo consideraban como el protagonista central del proceso evolutivo de la humanidad civilizada. La operación que realizó el marxismo lo colocó en su sitio real, sin divinizarlo pero obviamente aquilatando realísimamente su importancia social.

Con el capitalismo el estado pierde su protagonismo como el factor social central, más prominente del tejido social. El capital impondrá su dominación inmanente y omnimoda en el reino de la economía, expandiéndola a partir de allí a toda la sociedad. El estado se articulará con la nueva clase dominante de modo diferente y con un grado de mistificación mucho mayor que en los modos de producción precapitalistas.

ESTADO Y CAPITALISTAS

En la sociología anglosajona se ha desarrollado ampliamente una rama especializada en el estudio de los orígenes, el estatuto económico y la formación educativa y política del personal dirigente del estado de Estados Unidos e Inglaterra principalmente, pero con importantes contribuciones del personal dirigente del estado en otros países.

El estudio clásico al respecto es el célebre libro de Wright Mills *La élite del poder*⁴³ cuyo impacto fue amplísimo y duradero. Después de su aparición proliferaron investigaciones que han puesto al día las conclusiones de Mills. Probablemente el más conspicuo y conocido seguidor de esta escuela es William Domhoff.⁴⁴

Entre las conclusiones más importantes que se pueden sacar de esta rama de la sociología liberal anglosajona es la constatación de que no obstante la fuerte participación de los empresarios ingleses y sobre todo estadounidenses en la política y en particular en las instituciones gubernamentales, no constituyen sino una minoría del personal dirigente del estado. Miliband basándose en un estudio de esta escuela concluye: "No obstante la considerable participación de los hombres de negocios en los asuntos del Estado, es verdad que nunca han constituido y no constituyen hoy más que una minoría, relativamente pequeña, de la élite estatal de los países avanzados en su conjunto".⁴⁵ Lo cual le permite hacer el

⁴³El libro se publicó en 1955 y su traducción en español por el Fondo de Cultura Económica en 1957.

⁴⁴ Su libro más conocido es *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, México, Siglo XXI Editores, 1969. En México Roderic Ai Camp, un investigador acucioso y prolífico estadounidense puede considerarse un seguidor lejano de esa escuela quien ha realizado varias investigaciones interesantes de clasificación social, política, educativa e ideológica del personal dirigente del estado mexicano. Véanse por ejemplo entre sus numerosos títulos *La política en México*, México, Siglo XXI Editores, 1995 y un diccionario de los personajes de la política mexicana publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1985.

⁴⁵ *El Estado en la sociedad capitalista*, op. cit., p.54.

comentario de que tal investigación ratifica lo que habían dicho Marx y Engels sobre la ineptitud política de la burguesía y Kautsky sobre su calidad de clase “dominante” pero no “gobernante”, a diferencia de las aristocracias dominantes en las formaciones precapitalistas esclavistas y feudales.

El carácter burgués del estado en el capitalismo no se puede desprender de ninguna conclusión meramente sociológica. Aunque dentro del personal del estado el destacamento de origen e integración netamente burgueses sea una minoría, el funcionamiento y la dinámica de las instituciones estatales están sometidos a una inmanencia social que subordina a su personal. La separación del estado de la sociedad civil ciertamente concentra del lado del primero un personal especializado, profesional y político encargado de las funciones gubernamentales. Es aquí donde descansa la “neutralidad” y “autonomía” del estado. Pero no son absolutas menos aún representan ni mucho menos una “abdicación” de la burguesía a sus deberes como clase dominante tal y como lo afirma Elster. En realidad, la separación del estado de la sociedad civil es una condición para mejor servir, mejor expresar en la forma de estado liberal capitalista «el carácter formal y abstracto del poder estatal más adecuadamente, encarnando el dominio de la ley (“el estado de derecho”) y el dinero. Con el desarrollo del capitalismo la propiedad se convierte en su propio fundamento y el dinero en su propia medida».⁴⁶

⁴⁶ Simon Clarke, *Keynesianism, Monetarism, op. cit.* p. 127. Lo que sigue debe mucho a la apretada pero admirable síntesis que hace Clarke en el capítulo 5 (“The Form of the Capitalist State”) de las relaciones entre el estado y el capital. El objetivo de Clarke es considerar al estado británico como el “modelo” básico de una teorización de las relaciones entre el capital y el estado. Su libro es así una exposición histórica y política del funcionamiento del estado como factor clave de la evolución capitalista. Sin embargo, el alto nivel de abstracción de Clarke es necesario confrontarlo con la realidad concreta de nuestro objeto específico, el bonapartismo mexicano.

Es el “poder social”, “la fuerza muda de las realidades económicas” (términos usados por Marx y Engels) del capital y su expresión jurídica y legal los que permean la relación mutuamente condicionante entre la sociedad civil y el estado. “La independencia de la judicatura y del banco central es la forma institucionalizada más adecuada del poder alienado del dinero y el derecho, al expresar al mismo tiempo la complementariedad de la sociedad civil y el estado y al suministrar la garantía constitucional de la integridad de su forma”.⁴⁷

La burguesía creció y se desarrolló en el seno de la sociedad civil antes de “tomar el poder”. Aún más, después del trauma de la revolución francesa, única revolución en el mundo en la que la burguesía no titubeó y fue radicalmente consecuente contra el viejo orden feudal, aplastándolo por completo durante las jornadas de 1789-1794 y consolidando, a su manera, esas conquistas revolucionarias con el primer bonapartismo, la burguesía europea y mundial sacaron una lección fundamental de los peligros de tal dinámica radicalizadora en el seno de las masas plebeyas, pronto cada vez más proletarizadas. A partir de entonces la burguesía mundial se alejó de las ideas y los métodos revolucionarios, incluso los de su tradición, e hizo la opción de asaltar el poder a través de la estrategia de cercarlo y rendirlo por medio de sus mejores armas: el poder del dinero y la legitimidad jurídica de la coerción en defensa de la propiedad (“el estado de derecho”).

Los estados de un país tras otro se van aburguesando sin necesidad de recurrir a los métodos revolucionarios para derrocar a los viejos oligarcas. Los acuerdos cupulares y tras bambalinas y la modernización reformista preventiva para neutralizar la protesta popular se hacían tanto más necesarios en la medida en que el avance de las fuerzas del capitalismo arrollaban todo a su paso. La separación de la sociedad civil y

⁴⁷ *Ibid.* p. 127.

el estado se convierte así en la perfecta forma para que el poder social del dinero y el régimen de derecho dominen a ambos. Separación tanto más necesaria por la inevitable expresión caótica de los capitales en el libre mercado de la competencia de todos contra todos. En estas circunstancias el capital en su conjunto es una abstracción que los capitalistas particulares no pueden representar. El estado será el encargado de hacerlo.

La labor de “arbitraje”, de “conciliación” entre un estado que ideológica y jurídicamente se declara neutral y con vocación universal, separado de la actividad económica y social, y su realidad más profunda de aval y protector máximo de los intereses del dinero y el derecho a la propiedad, he allí la contradicción en que se fundamenta el trabajo cotidiano concreto de los políticos gubernamentales. De como resuelvan estas contradicciones depende su estancia en el poder o su relevo por otro equipo del personal político del estado encargado de solucionar lo que el equipo anterior fue incapaz de hacer. Estos relevos y cambios dependen naturalmente del nivel que adquiera la lucha de clases, el factor político clave determinante del desarrollo de la sociedad capitalista.

Es en este espacio social, político e ideológico en el que se mueve la “autonomía” del estado en donde se desarrolla “lo político” en la sociedad capitalista. De allí su importancia y también así se explica la necesaria inserción de ese margen de acción del estado, a veces tan amplio que parece sobredeterminar a las propias clases dominantes, en las sociedades capitalistas en particular. La burguesía nunca cede ni ve amenazado su lugar dominante por el estado que, cualquiera que sea su grado de autonomía, está flanqueado económica, jurídica e ideológicamente por el poder social del dinero y las normas institucionales del “estado de derecho”.

Ciertamente en momentos de conflicto deberá maniobrar y aceptar los costos de su dominación. Pero la fuerza de tal dominación se expresará precisamente en su capacidad de recurrir a las formas de control y cooptación que le permite

dicha autonomía. Marx lo dijo con exactitud: “Una clase dominante es tanto más fuerte y más peligrosa cuanto más capaz es de asimilarse a los hombres más importantes de las clases dominadas”.⁴⁸

Marx ya no lo vio pero precisamente eso fue lo que pasó con las capas dirigentes de la socialdemocracia, el partido obrero de toda Europa a fines del siglo XIX y principios del XX. Cuando la terrible crisis provocada por la primera guerra mundial y los estallidos revolucionarios que le siguieron de Rusia hasta Italia, pasando por Alemania, pusieron en peligro su dominación socioeconómica, la burguesía europea recurrió exitosamente, a excepción de Rusia, a la cooptación de las dirigencias de esos partidos socialdemócratas, aceptando en ciertos casos (como en Alemania e Italia) que se hicieran cargo de la dirección del estado en su conjunto.

Fueron Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Gramsci, Lukács y otros teóricos del marxismo revolucionario los encargados de analizar estos acontecimientos (“la traición de la socialdemocracia”) y su teorización es el más claro ejemplo de cómo se puede interpretar y enriquecer creativamente la teoría marxista del estado.

Pero la crisis capitalista continuó durante los años veinte y treinta. Con la profundización de la crisis y la incapacidad de los gobiernos socialdemócratas para frenar y controlar la lucha de la clase proletaria, las burguesías europeas se vieron obligadas a recurrir a otros equipos y dirigentes que pudieran encargarse de la tarea. La llegada de los diversos movimientos fascistas al poder en Italia, Hungría, Alemania, Austria, España y Francia se explica por esta nueva situación. Así, movimientos políticos minoritarios y marginados al principio de la guerra se convirtieron en poderosos movimientos apoyados masivamente por capas desesperadas de la pequeña burguesía y del proletariado y cada vez más financiados por el

⁴⁸ *El capital*, vol. III, *op. cit.*, p. 562.

gran capital para arrojarlos violentamente contra las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera. Pero en cada caso la burguesía pesaba sus posibilidades sin perder nunca la sangre fría, calculando deliberadamente las opciones. En el análisis del fascismo la contribución de Trotsky destaca con mucho como la más lúcida y profunda.⁴⁹

Por supuesto la opción fascista es el último recurso de una burguesía, pues representa un gran riesgo y puede (y en general así ha sido) resultar muy caro. Pero es preferible sacrificar parte de las ganancias que perderlas todas. Marx ya había presenciado este comportamiento de la burguesía cuando en 1848 los capitalistas aceptaron primero la tutela del sector financiero (el llamado “partido del orden”) y después, por supuesto de Luis Bonaparte. Así lo explicaba: “La disminución de sus ganancias por las finanzas *¿qué es en comparación con la abolición de las ganancias por el proletariado?*”⁵⁰

La desesperación y la paranoia políticas que son características de los movimientos y los líderes fascistas expresan una situación social y económica igualmente difícil y sin muchas salidas de las clases dominantes que recurren a esas soluciones. El fascismo estira la “autonomía” del estado a un grado máximo, destruyendo en gran medida las bases del tradicional estado liberal y parlamentario y concentrando tan inmenso poder en el jefe fascista que lo convierte en un dictador totalitario. Pero aún en el caso de Hitler, sin duda el ejemplo más perfecto del político delirante cuya personalidad reflejaba trastornos personales profundos, su política estaba dictada mucho más de lo que sugiere la abundante literatura popular sobre este dictador, por las necesidades del

⁴⁹ Una importante colección de materiales de Trotsky sobre el fascismo se recogen en *La lucha contra el fascismo en Alemania*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1976.

⁵⁰ “La lucha de clases en Francia”, *Obras escogidas*, t. I, *op. cit.*, p. 187. Cursivas originales.

imperialismo alemán, un imperialismo que había llegado tarde a la repartición del mundo y que se hallaba acorralado por las potencias triunfantes que le impusieron el Tratado de Versalles después de su derrota en 1919-20.⁵¹

A una burguesía en una situación difícil como la alemana en los años treinta correspondía un dirigente histórico y paranoico como Hitler. Por el contrario, una burguesía que debía afrontar los riesgos de la crisis con un acervo de recursos incomparablemente mayor que la alemana, como la de Estados Unidos, tuvo su dirigente correspondiente en Franklin D. Roosevelt un político aristocrático y liberal, al mismo tiempo, proveniente de las familias de más alcurnia del sector de la costa este de Estados Unidos. En vez del curso fascista la burguesía estadounidense optó por un curso reformista (el llamado *New Deal*) que reconstruyó sus bases socioeconómicas y consolidó a EUA como la potencia hegemónica mundial. Los modos más sutiles y diplomáticos rooseveltianos no podían esconder del todo el enorme poder que se concentró en su presidencia y el hecho que fue durante su larga administración (se inició en 1932 y fue reelecto tres veces muriendo en 1945 en el comienzo de su cuarto periodo) que EUA expandió su poderío sobre todo el planeta recurriendo a un fortalecimiento militar que Hitler no pudo lograr.

Las burguesías europeas mantuvieron durante el fascismo equipos políticos de recambio. El caso más destacado fue el de la burguesía francesa que, después de apostar a la alianza con Hitler y apoyar al régimen de Vichy encabezado por el reaccionario mariscal Pétain, al final de la guerra cuando el desastre hitleriano era evidente y la guerra civil asomaba su cabeza, rápidamente se desembarazó del mariscal y aceptó la alternativa que le ofreció el capaz y astuto

⁵¹ Para un fascinante estudio del papel de Hitler y del imperialismo alemán en la segunda guerra mundial véase el libro de Ernest Mandel, *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, México, Ediciones Hispánicas, 1991.

general De Gaulle, a quien había marginado e incluso despreciado al principio de la guerra. Con su larga tradición política, la burguesía francesa entendió y apoyó entonces la consabida solución bonapartista, la cual De Gaulle demostró dominar como maestro,⁵² llevándola a cumbres de refinamiento como pocos en este siglo: primero en los años cuarenta, después en 1958 y finalmente en 1968.

EL PERSONAL DEL ESTADO

Pero ¿cómo se seleccionan y bajo cuáles condiciones los cuadros del estado? ¿Cómo surgen los protagonistas centrales de su cúspide, los presidentes, los secretarios, los ministros, los funcionarios del primer nivel de las grandes compañías estatales y paraestatales? Hemos señalado que la burguesía dispone de “un arsenal de personalidades” que le suministra los personajes adecuados en los momentos necesarios. Ello supone una disciplina ideológica y política por parte de los políticos burgueses, lo cual es posible por el cemento social que constituyen los privilegios que les concede el sistema aunque en ciertos momentos no estén en la primera fila o incluso se encuentren en la banca. Pero para llegar a ese nivel tan alto se necesita atravesar por una larga trayectoria selectiva en la que los personajes envarnecen y se vuelven lo que son.

La burguesía es una clase pragmática, orientada a los negocios, a “hacer dinero”. El quehacer político no necesariamente es el medio idóneo para hacerlo, obviamente con importantes excepciones en la medida en que impere un gobierno fuerte e incluso dictatorial.

El primer elemento a considerar es la veta del personaje de las cumbres del estado. Hemos visto que el factor sociológico no es el determinante en la selección de los funcionarios del estado. Sin embargo, un enfoque más preciso del origen social de los sectores de las cumbres del estado no

⁵² *Ibid.*, en especial véase el primer anexo titulado “El papel del individuo en la historia de la Segunda Guerra Mundial”.

deja lugar a dudas: la abrumadora mayoría de los más altos funcionarios provienen de la burguesía y de las capas medias. Son excepcionales los casos de altos funcionarios de origen obrero y no digamos campesino. Aquí se traduce con claridad la naturaleza clasista y jerárquica de la sociedad burguesa. Es evidente que todos los individuos tienen ambiciones de riqueza y poder. Es igualmente obvio que sólo una minoría logra colmarlas y dentro de ella son los hijos y, en menor grado, las hijas, de la clase dominante quienes de lejos constituyen la abrumadora mayoría de los candidatos a las posiciones dirigentes del estado en sus diversos niveles.

Las motivaciones personales que determinan que ciertos personajes de la burguesía escojan la carrera política son múltiples: son frecuentes las ambiciones personales para destacar como “un gran hombre”, operan también las convicciones ideológicas, las tradiciones familiares, la casualidad que arroja al medio político a algunos fracasados en otras actividades, etc.

Pero la jerarquización del mundo político no es la única manera de seleccionar al más disciplinado y carrerista aspirante a estadista. Mandel señala dos filtros fundamentales por los que van pasando los reclutas aspirantes a presidentes, primeros ministros, secretarios e incluso dictadores, filtros en los que las poderosas instituciones sociales de la burguesía en forma decisiva van seleccionando y moldeando los talentos de los hombres y las mujeres que constituirán los gobiernos dotados de las estrategias precisamente requeridas por la clase dominante. “Son, en otras palabras, las poderosas fuentes del conformismo social que producen personalidades que se ajustan a las necesidades de da las clases sociales o de sus principales fracciones”.⁵³

⁵³ *El significado de la Segunda Guerra Mundial, op. cit.* p.209. También en *El capitalismo tardío, op. cit.*, p.479 *passim* Mandel se explaya largo y tendido sobre estos “filtros” de la política y la ideología en el personal político y tecnocrático del estado. En la medida en que se “empapan e interiorizan” de los

El primer filtro es el de la propia estructura del estado, su misma inercia, sus reglas formales e informales. Otro filtro es la existencia de una burocracia profesional con sus propios intereses, relativamente autónomos e independientes de las diversas políticas puestas en práctica por los diferentes gobiernos que van y vienen mientras que esa burocracia permanece relativamente intacta. El resultado de la confluencia de esos filtros es un aparato político y administrativo conservador, lento, antidemocrático y ciertamente fiel defensor y aval de las relaciones de producción y de distribución capitalistas. Para llegar a las cúspides de ese aparato es necesario haber atravesado por muchas pruebas en las que un radical o excéntrico al sistema será naturalmente eliminado y, viceversa, el más disciplinado y conformista con los reglamentos y el funcionamiento del aparato será más probablemente premiado.

Las instituciones que van “probando” a los futuros estadistas burgueses comienzan desde la propia familia nuclear y continúan en la escuela, en la universidad, en los clubs, en las asociaciones de ex alumnos, en los fraccionamientos exclusivos, en las relaciones interfamiliares con otros miembros de las jerarquías gubernamentales. Los partidos son, ciertamente, otro medio fundamental para el acceso a las alturas estatales. Pero su papel se ha ido reduciendo como factor de ascenso al poder central. Hoy es más importante para lograr este objetivo las vinculaciones con las instituciones financieras. Todos estos escalones van perfilando a las personalidades del estado más como productos de las interinfluencias sociales y políticas que como resultado de rasgos psicológicos comunes o geniales de los individuos. El gran político burgués es aquel que mejor expresa las demandas de su clase en un momento dado.

valores básicos que corresponden a esas estructuras y de sus respectivos intereses, mejor los defenderán y se identificarán con ellos.

Mandel apunta la típica equivocación de la ideología burguesa al pretender elevar “al hombre del destino” por arriba de las circunstancias históricas, atribuyéndole potencialidades sobrehumanas. La idea del hombre genial que se impone sobre una clase, sobre un pueblo, incluso sobre la historia es tan vieja como el pensamiento religioso. La burguesía la remodeló y de ella ha sacado sus héroes tanto de sus edad temprana (Cromwell, el primer Napoleón) como los de su etapa de madurez (el tercer Napoleón). En el siglo XX, en plena decadencia burguesa el mito del “hombre del destino” tuvo en Hitler su expresión más sombría. Este método idealista es superado con creces por el enfoque materialista histórico que ve al “hombre del destino” como la expresión ciertamente más condensada pero siempre de fuerzas históricas y sociales que son sus auténticas forjadoras. Las premisas y consecuencias enormes de esta ideología son la base del ideario bonapartista, como lo veremos en el siguiente capítulo.

La derecha nacionalista alemana fue una jungla de aspirantes a *führers*, entre quienes Hitler fue inicialmente sólo *primus inter pares*. Las lecciones que aprendió durante su implacable lucha por el liderazgo determinaron su *modus operandi* una vez que obtuvo el poder, inculcando patrones de oportunismo, crueldad y engaño. Buscar el origen de estos rasgos en la primera parte de la biografía de Hitler, más que en el medio social de la derecha alemana post Versalles, distorsiona la cadena de acontecimientos. Lejos de ser “un *gángster* de nacimiento”, Hitler estaba predispuesto hacia una carrera de segunda clase en arquitectura o en arte. Si se convirtió en el mayor *gángster* del siglo XX fue porque luchó por el liderazgo durante una década en una organización de *gángsters* casi clásica, el Partido Nacional Socialista de Alemania, que no se

diferenciaba mucho de las organizaciones de la “mafia” de Sicilia y de EUA.⁵⁴

Aunque la división del trabajo para el mantenimiento del sistema entre la burguesía y el equipo dirigente del estado es un hecho indudable, no debe considerársele absoluta sino relativa. Las formas de ejercer presión e influencias que tiene la burguesía son múltiples. Son esas determinaciones las que guían en gran medida los trabajos cotidianos del personal burocrático del estado, en especial de sus agencias financieras y comerciales pero no sólo de ellas.

Un ejemplo interesante es el del gran empresario británico Edwardes, presidente de la British Leyland, la famosa y más grande fábrica de automóviles de Inglaterra hasta los años ochenta. Durante décadas esta empresa fue el símbolo mismo del pacto social conocido como “keynesianismo” en Inglaterra y en gran parte del mundo. Sus decenas de miles de obreros organizados en un poderoso sindicato, constituían un factor clave de cualquier plan de inversión y producción propuesto por la patronal. Esta relación, conocida entre los sindicalistas como la “mutualidad”, entró en franca crisis en los años setenta. Precisamente a mediados de esa década fue Edwardes el encargado de poner a la Leyland a tono con los nuevos tiempos, proponiendo y poniendo en práctica un plan de recortes, congelación de salarios y racionalización generalizada que inició el desmantelamiento de esa enorme fábrica, orgullo de la industria británica.

En su emotivo relato de esa lucha que fue anuncio de la nueva situación de cambio radical en las relaciones entre las clases que se dio en ese país (y en el mundo) en los años setenta y ochenta, John Holloway lo pone así: “Edwardes encuentra en Thatcher su nítida contraparte al nivel nacional. Thatcher llegó al gobierno más de un año después de que

⁵⁴ *El significado de la Segunda Guerra Mundial, op. cit., p.210.*

Edwardes fue designado como jefe ejecutivo en British Leyland con una imagen y un mensaje muy similares. El gobierno iba a ser firme y no habría compromisos; la tarea del gobierno era gobernar, así como la tarea de la dirección empresarial era dirigir. El *keynesianismo* y el corporativismo del Contrato Social fueron dejados de lado”.⁵⁵

Las transformaciones colosales que siguieron en la década siguiente (la vieja British Leyland fue desplazada por las nuevas fábricas japonesas, su fuerza de trabajo diezmada por el brutal recorte de los trabajadores y liquidada la “mutualidad”) habían empezado en las fábricas, en la organización del proceso de trabajo y la reestructuración de las relaciones entre los trabajadores (el sindicato) y los patrones (el estado en última instancia). Así Edwardes, dice Holloway, no había sido el San Juan Bautista de Thatcher, sino más bien “la dama de hierro” se había convertido en el San Pablo de aquél.

Así el personal del estado es *una* pieza clave del funcionamiento del sistema pero no es *la* pieza clave. En los países dependientes la apariencia de que este personal, en especial sus cúspides políticas, son los amos de la sociedad, se da con más facilidad por la debilidad crónica de la burguesía y el escaso protagonismo político del proletariado. Sin embargo, también aquí, son la burguesía y, muy especialmente, los imperialistas, quienes conforman realmente las políticas gubernamentales, en especial las económicas que emprenden los estados dependientes.

En México este “aburguesamiento” de los estratos más altos del aparato estatal es evidente hasta en los orígenes y educación de los bonapartes sexenales a partir del “primer presidente civil” Miguel Alemán. (En realidad fue el tercer

⁵⁵ “La rosa roja de Nissan”, en Werner Bonefeld y John Holloway (compiladores), *¿Un Nuevo Estado? Debate sobre la reestructuración del Estado y el Capital*, México, Editorial Cambio XXI, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 1994, p. 149.

presidente civil de la era post-revolucionaria pues ni Ortiz Rubio, ni Portes Gil fueron militares). A partir de Alemán y hasta Zedillo, los presidentes mexicanos fueron egresados de la UNAM, con excepción de Ruíz Cortines y Zedillo, quien es egresado del Instituto Politécnico Nacional. También a partir de Miguel de la Madrid, e incluyéndolo a él, son estudiantes de postgrado de las mejores universidades de Estado Unidos. El giro neoliberal de los años ochenta presenció la incorporación masiva de tecnócratas a imagen y semejanza de los nuevos presidentes. Igualmente, desde Luis Echeverría, e incluyéndolo a él, ninguno participó o ganó una elección popular. Ciertamente también el personal del aparato estatal mexicano se ha “aburguesado” profundamente en las últimas décadas.

La intervención del personal del estado en su funcionamiento y dirección es así un factor que influye en su curso, el cual, sin embargo, está trazado fundamentalmente por la articulación del capital con el estado. No puede haber “hombres geniales” que lleguen a la cumbre del estado y lo reorienten en forma intempestiva. La inercia de la dinámica del aparato estatal tiene su propia lógica determinada por los intereses de la clase dominante, su relación de fuerza con respecto a las clases dominadas, el estado de consciencia y el nivel de lucha de éstas, en fin, la fase misma en que se encuentre la evolución del sistema capitalista en su conjunto. De esta forma llegamos así a la cuestión primordial de las *funciones* del estado, determinantes centrales de su dinámica y dirección cualquiera que sea el carácter específico de los diversos personales políticos que integren sus instancias:

FUNCIONES DEL ESTADO

El estado es un factor integrante del mundo social desde hace milenios y en gran parte de esa trayectoria ha sido el protagonista estelar de civilizaciones y formaciones sociales del carácter más diverso.

Desde su surgimiento en las “sociedades asiáticas”, el estado ha funcionado ante todo como una fuerza centralizadora y ordenadora fundamental. Su personal integrante está directamente vinculado con los sectores sociales dominantes de cuyos intereses es el supremo garante. El estado es por tanto una institución clasista por excelencia.

En su buceo por la historia milenaria, Marx y Engels destacaron la importancia de la diferencia del estado de la “sociedad civil” (la de los productores aislados y sus mutuas interrelaciones). Esta separación de las actividades centralizadoras, coercitivas y legitimadoras del *statu quo* de las actividades de la sociedad es el resultado de la división clasista de ésta. La lucha de clases es la clave del origen, existencia, permanencia y crisis del estado como aval supremo del *statu quo*.

Esta división de la sociedad civil y el estado llega a su máxima expresión en el capitalismo. La burguesía es una clase dominante que, como todas las anteriores, necesita fundamentalmente del estado para garantizar su dominación. Pero, a diferencia de las clases dominantes precapitalistas, su dominación no se basa sólo en la coerción violenta, representada ante todo por el estado. La coerción, en la medida en que se desarrollan las relaciones de producción capitalistas, es desplazada por *el automatismo del mercado*, el cual se convierte en el fundamento mismo de la actividad de la burguesía, e incluso lo eleva a la categoría de máxima expresión de su ideología a través de sus elementos integrantes primordiales: el contrato libre y voluntario, el intercambio igualitario de las mercancías y servicios de los productores. El reino de las mercancías domina a la sociedad burguesa imponiendo su poderío social sobre el estado y su aparato legal y jurídico.

En sus estudios sobre el estado Marx y Engels enfatizaron la función coercitiva, violenta del estado. Pero su enfoque sobre la dinámica de la mercantilización integral de la

sociedad y el automatismo social resultante permite avanzar y abrir una gran brecha en el análisis de las otras funciones importantes del estado, las vinculadas con la legitimación, la integración y la justificación del *statu quo*.

La función legitimadora se hizo más patente a partir del surgimiento del movimiento de la clase obrera organizada en los países capitalistas avanzados a finales del siglo pasado y se extendió a través de la mayor parte del siglo XX hacia todo el mundo. El poder legislativo fue penetrado por los partidos obreros e incluso en momentos de crisis, la burguesía accedió a que tomarán el mando del ejecutivo cuando estos partidos socialdemócratas se integraron lealmente a su estado. Se inició así la corporativización del movimiento obrero: se integró a los mecanismo estatales capitalistas y éstos subordinaron los objetivos de los obreros a sus intereses. A partir de los años treinta, con motivo de la gran depresión, este modelo se profundizó y se expresó en el llamado *keynesianismo*, forma política e ideológica que adquirió esta nueva etapa del estado en el capitalismo.

Surgieron el “estado del bienestar”, las enormes burocracias estatales y paraestatales, la regulación de la economía por medio de mecanismos fiscales y de formas de intervención anticíclica cada vez más sofisticadas del estado en la economía (subsidios, compras, mercados cautivos, inversiones de rescate, en fin, todo un sistema de protección y garantías para el capital, en especial el monopolista). Las técnicas presupuestarias tomaron el centro de la escena, inflándose el gasto gubernamental hasta llegar a niveles inauditos, apareciendo así el fenómeno del déficit permanente gubernamental, uno de los factores primordiales del endeudamiento crónico, flagelo característico del sistema capitalista en la segunda mitad del siglo XX.

Así, en el siglo XX, la tercera función central del estado, a saber, la de garantizar las condiciones generales de producción que los capitalistas privados no pueden proveer por

las mismas particularidades del mercado capitalista que los determinan en su conducta, fue adquiriendo una importancia descomunal. Anteriormente, la burguesía había usado el estado para eliminar los obstáculos al desarrollo del capital. Fue la tarea del estado en la etapa de la acumulación primitiva que Marx describió en uno de los últimos capítulos del *Capital*.

Pero después, en el siglo XIX, la burguesía más avanzada, la inglesa, pisando ya fuerte y segura de sus grandes recursos, forjó la tradicional concepción liberal del “estado débil” del *laisser faire, laisser passer*, que se impuso como la ideología política dominante.

Las nuevas condiciones del desarrollo capitalista de fines del siglo XIX y del siglo XX determinaron los cambios radicales antes mencionados y el surgimiento de las ideologías “estatistas” en todo el mundo. El creciente papel del estado en la sociedad, en especial como aval de la producción, lo convirtió de “estado policía” en “estado interventor”. Esta última función difiere de las anteriores por su estrecha relación con la producción, asegurando la vinculación entre la infraestructura y la superestructura sociales. Las tareas del estado se extienden significativamente: interviene en la construcción y el mantenimiento de las *condiciones técnicas* del proceso de producción (medios de comunicación, servicios postal, telegráfico, etc.); fortalece las condiciones sociales para el desarrollo de la economía (mercado, sociedad estable, territorio soberano y autónomo, sistema monetario); promueve las instituciones que forjan los instrumentos del trabajo intelectual y científico indispensables para la producción capitalista, aunque no participen en el proceso inmediato de trabajo (el mantenimiento de un sistema educativo, etc.)⁵⁶

El capitalismo tardío en la segunda mitad del siglo XX fue el escenario de un largo y formidable auge capitalista que

⁵⁶ Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, *op. cit.*, p.462

se inició en 1940 en Estados Unidos y en 1945 en Europa occidental y Japón. Durante tres largas décadas el sistema experimentó un crecimiento espectacular y la acumulación capitalista llegó a niveles de sobreacumulación que para la mitad de la década de los años setenta se convirtió en un obstáculo formidable para la continuación del auge económico. El largo ciclo de expansión experimentó una flexión y se inició el nuevo largo ciclo recesivo que, con sus altas y bajas, continúa profundizándose después de dos décadas en todo el mundo.

El papel del estado se vio afectado naturalmente. El crecimiento hipertrofiado de sus estructuras de factor de promoción de una mayor tasa de ganancia, se transformó en su contrario. Las funciones “intervencionistas” se convierten en la nueva fase en un freno a la inversión del capital, el cual llega a niveles inauditos de sobreacumulación. Lo mismo sucede con el déficit gubernamental: de subsidiador se convirtió en una carga inflacionaria. El estado debió de reorientar su curso y redefinir sus objetivos. La resistencia popular al desmantelamiento de las garantías de la seguridad social y la lucha de los sectores organizados por impedir la erosión de sus conquistas harían más difícil este nuevo ajuste por “eliminar la grasa estatal”. A partir de los años ochenta, con la nueva estrategia neoliberal monetarista adoptada por el gran capital el estado entró en la etapa en que todavía se encuentra a nivel mundial. “Aparece una crónica crisis financiera del estado. Así las funciones específicas del Estado [anticíclicas, equilibradoras del desempleo, promotor del “bienestar social”] no pueden cumplirse simultáneamente. La «permanente administración de la crisis» por parte del Estado se convierte entonces de una crisis permanente del Estado”.⁵⁷

El nuevo curso neoliberal que se inició a fines de la década de los setenta y que llegó a su apogeo en la década siguiente, no significó un cambio radical del papel del estado

⁵⁷ *Ibid.* p.475.

como garante de las superganancias de los monopolios. Lo que cambió fueron sus relaciones con la sociedad, en especial, por supuesto, con los sectores populares y con ciertos grupos de capitalistas no directamente vinculados a las cumbres estatales.

La sobreacumulación y la sobrecapitalización lograron índices altísimos. Más que nunca era necesaria la intervención estatal para superar las crecientes trabas del capital para valorizarse en estas condiciones. El estado siguió proporcionando las condiciones necesarias para las inversiones “rentables” del gran capital en la industria de los armamentos (una de las ramas más afectadas), la industria del “ambiente”, la “deuda exterior” (préstamos con intereses elevadísimos a los gobiernos de América Latina y otros países) y diversos proyectos de infraestructura. Sin duda, el caso más escandaloso fue el de Reagan cuyo gobierno se caracterizó por una acelerada carrera armamentista, curso que algunos llamaron “keynesianismo militar”. Al mismo tiempo, la ideología desplegada por sus propagandistas inundaba al mundo con las consignas de “la lucha contra la inflación”, “los gobiernos delgados”, “la eliminación de los déficits gubernamentales”, “la privatización de las empresas”, etc.

El cambio se dio ante todo en las nuevas políticas de austeridad; esto es, políticas de regimentación y de disciplinamiento de la población. El monetarismo neoliberal habló crudamente e impuso su ley. Definió al capital y a su ganancia como los factores clave del desarrollo económico y rechazó la concepción de que el “pleno empleo”, la demanda interna y la economía del bienestar fueran los índices primordiales que determinarían las orientaciones económicas oficiales. El capital exigió al estado nuevas condiciones para su crecimiento. El carácter de ese estado se mostró evidente en la transformación que ocurrió prácticamente en todo del mundo en la cual las políticas keynesianas de los años

cincuenta y sesenta se transformaron en los ochenta y noventa en la actual política neoliberal monetarista.

Ese giro fue claro y evidente en los centros imperialistas a mediados de los años setenta. En Inglaterra, uno de los países pioneros en el giro, éste fue palpable con la llegada de la Thatcher al número 10 de Downing Street en 1979. Pero con Thatcher culminaba un proceso que se había iniciado pocos años antes:

El episodio de 1974 representó el espasmo agónico de la estrategia del colaboracionismo de clase en Inglaterra [se refiere a la crisis financiera experimentada durante el gobierno del Partido Laborista que determinó la intervención del Fondo Monetario Internacional y el inicio de las políticas de austeridad en ese país]. La relación de 1974-75 se impuso ante todo por presiones políticas, pero final y conclusivamente minó la idea de que el nivel de inversión está determinado por el nivel de la demanda económica, de tal modo que los políticos de la administración de la demanda podrían romper las barreras de la acumulación. El “nuevo realismo”, que se inauguró con el discurso de Callaghan a la conferencia del Partido Laborista en 1976, reflejó el reconocimiento de que la fuerza propulsora de la acumulación no era la demanda sino la ganancia, y que en adelante las aspiraciones de la clase obrera de mayores salarios y de un aumento del gasto público social tenía que ser confinado a los límites del capital. Este cambio exigía no sólo un cambio de política económica sino la reestructuración de las formas institucionales del estado del bienestar [*Welfare State*] keynesiano.⁵⁸

⁵⁸Simon Clarke, *Keynesianism, Monetarism, op. cit.*, p. 315.

Esta crisis laborista abrió el camino para la primera gran victoria política del neoliberalismo a nivel mundial, el triunfo ya mencionado de “la dama de hierro” en 1979. El año siguiente sería el turno de la victoria de Reagan en las elecciones presidenciales de Estados Unidos y a partir de esos años se fue imponiendo en uno tras otro gobierno la nueva modalidad del estado monetarista, sin importar el carácter del personal del estado, ya fuera socialdemócrata, nacionalista o claramente neoliberal. El nuevo modelo de acumulación “no se impuso ante todo vía el mercado. El mercado define sólo la última barrera de la acumulación. El dominio del capital se impone directamente a los capitalistas particulares y al estado por medio de los bancos y las instituciones financieras”.⁹⁹ Así, el nuevo curso monetarista que siguen los estados capitalistas en todo el mundo representa la adecuación del tipo de estado surgido en la otra crisis, la de los años treinta, y que presidió el gran auge de la posguerra a los nuevos tiempos de la crisis de hoy.

A pesar de su retórica antiestatista el monetarismo no significó una caída del gasto estatal ni del nivel de imposición fiscal. A pesar de su ataque al *welfarismo*, no ha destruido las instituciones centrales del estado del bienestar y no ha reducido substancialmente los niveles del gasto social. A pesar de su ataque a los sindicatos, sigue aceptando la contratación colectiva. A pesar de su retórica democrática, ha promovido desmesuradamente el poder del ejecutivo y demostrado un profundo desprecio por los órganos electos democráticamente. A pesar de su ataque al apoyo estatal a la industria, sigue invirtiendo capitales en ella. A pesar de su ataque al keynesianismo, continua dependiendo de instrumentos fiscales y abandonó muy pronto su intento de depender del control de la oferta

⁹⁹ *Ibid.* p.355.

monetaria. A pesar de su ataque a las políticas de ingreso, ha aplicado un control rígido y unilateral sobre los salarios del sector público. A pesar de los elogios a la competencia, preside sobre una oleada sin precedentes de monopolización. A pesar de su énfasis en las recompensas de las empresas, ha fomentado una orgía de especulaciones. A pesar de su énfasis en las finanzas sanas, es responsable de una explosión de la deuda. A pesar de su énfasis en el estado de derecho, bajo su dominación la oleada criminal ha crecido como nunca antes. A pesar de su énfasis en la familia, las familias se han dividido a pasos agigantados por las presiones del desempleo, la pobreza y la falta de vivienda.⁶⁰

Este verídico panorama descrito por Clarke del nuevo curso capitalista da testimonio de una situación en contradicción permanente. Aunque en su descripción, publicada en 1988, se perciben con claridad algunos elementos datados (los ataques a la seguridad social se han incrementado en los años noventa, así como a los sindicatos y a sus contratos colectivos) su panorámica general sigue siendo válida.

Para enfocar los mecanismos de funcionamiento del estado el marxismo combina los acercamientos opuestos de la continuidad y la ruptura. Constata su carácter milenario y su supervivencia como resultado central de la división de la sociedad en clases. Pero, al mismo tiempo, sitúa su análisis en el momento del desarrollo de los distintos modos de producción que tienen sus articulaciones particulares. Como se ha señalado, en la época de Marx el estado capitalista todavía era una "ficción". Los estados en la mayoría de los casos todavía eran una combinación abigarrada de distintas formas de dominio precapitalista penetradas cada vez por el poder capitalista. Sin embargo, con su análisis del

⁶⁰ *Ibid.* p.353.

bonapartismo y del estado inglés aquilatan ya Marx y Engels las formas del estado netamente burgués que se impondrán definitivamente a escala planetaria en el siglo XX.

Aprender la naturaleza del estado de un sistema tan dinámico como el capitalista ha sido una de las faenas teóricas y políticas más importantes del marxismo en el siglo XX. El proyecto revolucionario esencial del marxismo con respecto al estado es la propuesta de la necesidad de su extinción. Esta extinción es considerada como una condición primordial para la restauración de la unidad de la sociedad. A fines del siglo XX la revolución tecnológica pone a disposición la sociedad instrumentos para hacer posible la autoadministración que eran insospechados sólo a principios mismos del siglo. El proyecto marxista de la sociedad autoadministrada que restituye al seno de ella las tareas que hace milenios dejó en manos del estado es posible por el propio avance de la ciencia y la tecnología. La extinción del estado supera la división entre éste y la sociedad civil pero no para mantener a ésta como una sociedad mercantilizada sino para convertirla en una sociedad auténticamente humanizada, para hacerla una "humanidad socializada".⁶¹

Este acercamiento al estado no tiene ciertamente nada de tradicional. Hoy renace con más frescura después de la

⁶¹ La novena y la décima tesis sobre Feuerbach definen tajantemente la *sociedad civil* como una etapa superable tanto de la actividad como del pensamiento social. La sociedad civil es "a lo que más llega el materialismo *contemplativo*", dice Marx. Un materialismo pasivo que "no concibe la sensoriedad como actividad práctica", o sea, un materialismo *objetivista* no *subjetivo*, de gabinete no de intervención, de observador no de participante. El nuevo materialismo, el dialéctico, parte de la sociedad *humana*, a la que ve escindida, enajenada y mutilada. La división entre estado y sociedad civil sería otra expresión fundamental más de ese desgarramiento de la humanidad. La "humanidad socializada", el socialismo, es la recuperación de esa unidad perdida, la extinción del estado y la transformación de la sociedad civil en una auténtica comunidad humana. En uno de sus últimos libros *El poder y el dinero*, Mandel trata extensamente sobre las posibilidades que la sociedad actual proporciona ya para la meta de la autoadministración social.

debacle del stalinismo. Este nuevo jalón que necesariamente experimentará el marxismo en las actuales condiciones de mundialización plena de la sociedad humana (uno de los pronósticos más sorprendentes de Marx que se está cumpliendo después de más de cien años de su muerte) coincide con otro momento estelar de la revolución científica que se inició a fines del siglo pasado y principios de éste. Todo indica que el marxismo pasará bien éste, que será su segundo, pasaje de un siglo a otro que estamos viviendo ya.

EL ORDEN CAÓTICO

Desde la escritura y primera publicación del *Capital* ha transcurrido casi un siglo y medio en el cual este libro y el conjunto de la obra en la que se integra han incidido decisivamente en la política, en la ciencia y en la forja del espíritu de esta época. ¿Cómo explicarse el siglo XX sin Marx y el marxismo?

Pero naturalmente esta obra, a su vez, creció y fue impactada por el mismo proceso histórico que influía y determinaba. Las poderosas burocracias obreras universales que lo erigieron como su ideología oficial, primero de partido (con la socialdemocracia) y después de estado (con el stalinismo), fueron las responsables principales de su desnaturalización en tanto doctrina de liberación y emancipación humana.

El enraizamiento cada vez más profundo de estas burocracias en la sociedad capitalista y, en el caso de los partidos stalinizados que encabezaban estados, en sociedades en transición atravesadas por las contradicciones de clase y la supervivencia de la economía mercantil, las inclinó hacia los valores y premisas políticas e ideológicas de la burguesía. El marxismo prevaleciente tanto en la segunda como en la tercera internacionales fue así capeado fuertemente por una peculiar corteza combinada de positivismo y de dogmatismo que lo volvió repelente al movimiento revolucionario auténtico. Los

ilegibles manuales de Kuusinen, Konstantinov y de tantos otros una vez célebres teóricos stalinianos de todas las nacionalidades llevaron a su máxima expresión esta peculiar interpretación positivista-dogmática del marxismo.

El análisis del estado fue particularmente afectado por esta distorsión de la doctrina marxista. El crecimiento monstruoso del estado burocratizado en la URSS ciertamente era un proceso por completo en contradicción con la concepción de Marx y Lenin sobre la extinción del estado en el trayecto de la transición del capitalismo al socialismo. Era imposible esperar del poder stalinista una explicación de esta evolución ciertamente inesperada. Tampoco podía esperarse de ellos una posición favorable a la extinción del estado. Así en vez de una explicación del por qué la previsión leninista no se había realizado, los funcionarios stalinistas, en plan de teóricos, se conformaban con agregar notas a los textos de Lenin, como *El Estado y la revolución*, en las que afirmaban, sin rubor, que “la realidad de la construcción victoriosa del socialismo en la URSS exigía un estado poderoso para luchar contra sus enemigos externos e internos”. La teoría del “socialismo en un solo país”, que postulaba el fortalecimiento del estado soviético y su conversión en un gigantesco aparato burocrático, fue el engendro ideológico que cobijó y justificó el surgimiento, consolidación y auge de la burocracia soviética.

Pero indudablemente ha habido momentos después de la muerte de Marx y Engels en que el aliento fidedigno de su doctrina se ha hecho sentir con fuerza y profundidad. Uno de esos momentos cúspides, por supuesto, fue el periodo abierto por el triunfo de la revolución bolchevique en octubre de 1917 en Rusia. Durante ellos, aunque por breve tiempo, se ha podido apreciar las potencialidades extraordinarias que para el avance y superación de la humanidad se pueden abrir con el libre y amplio despliegue del pensamiento y la acción

revolucionarios en todos los campos de la existencia social. Fue en el nivel político en donde este impacto fue más notorio.

La audacia política y teórica de los años de la primera guerra mundial, de la revolución de octubre de 1917, de los primeros años de la joven república soviética de los trabajadores, proyectó un modelo de estado que, partiendo de las formulaciones de Marx y Engels, intentaba dar respuesta a los problemas que planteaba la audacia revolucionaria paralela de esos tiempos. Muchos revolucionarios del período escribieron y elaboraron ideas y planteamientos sobre el papel crucial del estado en la lucha revolucionaria. Ciertamente fue el libro de Lenin sobre el estado y la revolución el más popular por mucho.

Gramsci, como siempre, fue muy claro al respecto cuando afirmaba “desde el momento en que un grupo subalterno se hace realmente autónomo y hegemónico, suscitando *un nuevo tipo de estado*, nace constantemente la exigencia de construir un nuevo orden intelectual y moral”.⁶²

La irradiación del aliento bolchevique en los primeros años de la república soviética fue mucho más allá de los límites estrictamente políticos. De hecho era la expresión de subversión y transformación social más conspicua y notoria ante el orden establecido en el mundo. Pero no era la única. El nuevo y revolucionario espíritu del siglo XX se comenzó a expresar muy temprano precisamente en el campo de las ciencias de la naturaleza. La física en especial fue el campo de transformaciones que cambiaron radicalmente el conjunto de sus leyes y conceptos que de hecho comenzaron desde fines del siglo XIX. Precisamente en 1905-7 Einstein elabora y publica sus primeros tres artículos en los que exponía lo que se conoce como “la teoría especial de la relatividad”.⁶³

⁶² Citado en Manuel Sacristán, *Papeles de filosofía. Panfletos y materiales...*, t. II, Barcelona, Icaria, 1984, p. 310, cursivas originales.

⁶³ I. Bernard Cohen, *Revolución en la ciencia*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1989, p. 400 *passim*. O sea, la primera exposición de la teoría de la relatividad

“¡Ciertamente se vivía un extraordinario periodo de la historia de la humanidad!”⁶⁴

La unión de la teoría marxista con la práctica revolucionaria en el siglo XX es bien conocida pues está vinculada a la fundación y construcción de partidos, gobiernos y estados que son parte decisiva de la historia del mismo.

Pero la revolución científica del marxismo embonó con los hechos no sólo políticos, sino múltiples habidos en todos los niveles de la ciencia y la tecnología que han signado a la transformación revolucionaria más grande de la historia de la humanidad realizada en el presente siglo.

Los años veinte fueron en la URSS de una fecundidad extraordinaria en el dominio de la ciencia, destacándose sus científicos como pioneros en numerosas actividades: la química, la astronomía, la física, la ecología. Tal fue el impacto que el pensamiento burgués reaccionó con una actitud defensiva y oscurantista ante las transformaciones científicas que como cataratas se fueron produciendo en esa década en todo el mundo. Un prolijo historiador de la ciencia cita editoriales del *New York Times* de 1919 en que se equiparaba al texto recientemente publicado de Einstein sobre la “teoría

fue estrictamente contemporánea de la primera revolución rusa de 1905-6 y de su teorización más acabada, la “teoría de la revolución permanente” concebida y redactada por Trotsky durante su estancia en la cárcel en 1906-7. Mandel llamó a esta concepción de Trotsky “el proyecto estratégico más visionario del marxismo en el siglo XX”. Véase por ejemplo *Trotsky: teoría y práctica de la revolución permanente*, México, Siglo XXI Editores, Biblioteca del Pensamiento Socialista, 1983.

⁶⁴ Así, con admiraciones, lo señala el historiador del arte Pijoan-Gay Nuño cuando señala que 1905 fue también un año crucial en la historia del arte debido a que Matisse y sus colegas *fauvistes* presentaron sus obras en París, las que se convertirían en el antecedente de la revolución artística (no sólo pictórica) del siglo XX. El cubismo, el expresionismo, el surrealismo, en fin, las vanguardias artísticas inaugurarían en los acontecimientos de ese año su trayectoria. En verdad ¡cuán interrelacionado en una *totalidad* está el quehacer humano del planeta! *Summa Artis. Historia general del arte. Arte europeo de los siglos XIX y XX*, vol. XXIII, Madrid, Espasa.-Calpe. 1977, p. 357.

general de la relatividad” como una muestra de la “contaminación bolchevique” en la ciencia.⁶⁵ La aplastante victoria de la reacción burocrática encabezada por la fracción de Stalin en el Partido Comunista de la URSS en los años treinta acabó con esa primavera científica soviética y exterminó a prácticamente todos sus autores.

Hemos señalado arriba cómo la labor pionera de Marx se dio en el mismo período en que se anunciaba una revolución en los fundamentos mismos de la ciencia moderna. Esta efervescencia científica se colocaba en el cruce de los caminos de una profunda y amplia investigación que remodeló todas las disciplinas de las ciencias sociales y de la ciencia física que se encontraba en el umbral de la gran mutación experimentada en el siglo XX. “El libro I del *Capital* apareció en 1867, sólo años después de *El origen de las especies* y dos años después del enunciado de las leyes de Clausius [las leyes de la termodinámica]. Los desordenes ordenados del capital exigen también la invención de una racionalidad diferente”.⁶⁶

Marx, precursor de la teoría del caos del siglo XX. No en forma deliberada, no como un profeta omnisciente, sino como el estudioso profundo y radical de un sujeto histórico y político que se resistía a ser comprendido y transformado con los instrumentos prevalecientes en la ciencia decimonónica.

La teoría del capital de Marx se funda en un hecho histórico: su necesidad de cambio, de transformación. Ello significa la inserción de la categoría del *tiempo*.

A diferencia de sus ilustres contemporáneos que vieron el proceso de evolución en forma lineal e ilimitada en un desarrollo sin rupturas, Marx introdujo en su concepción del desarrollo social el concepto de revolución (de crisis) como clave para entender el modo concreto como se producen los

⁶⁵ “El miedo al bolchevismo y las advertencias contra la «contaminación» bolchevique aparecen en los estudios científicos y sobre la revolución en la ciencia de la década de 1920”. Cohen, *op. cit.* p. 328.

⁶⁶ Daniel Bensaïd, *op. cit.*, p. 337.

cambios decisivos. Para Marx el capitalismo es un sistema en equilibrio inestable, siempre a punto de caer en una crisis, superándola sólo para avanzar al precipicio de la siguiente. Para Marx, la crisis no era sólo el umbral del caos o lo desconocido, sino la consecuencia necesaria de la dinámica de las fuerzas que movían al capitalismo y cuyo choque inevitable era el preludio de una bifurcación, ya fuera hacia una superación transformadora radical o hacia una descomposición también plena de nuevas crisis y rupturas. Así, era evidente para Marx que la crisis capitalista no era un desorden simple y llano, sino el factor gestador de una potencial y superior solución social, una transición hacia una nueva etapa socialista. Marx se diferencia radicalmente del enfoque unilineal de la evolución.

Describiendo como los biólogos han llegado a la conclusión de que la extrapolación simple y lineal del tamaño en la evolución de los seres no daba la explicación del surgimiento de las diversas especies a partir de las células y las especies primitivas, Marcelino Cerejido afirma: “después de atravesar una crisis, esos sistemas no se «caotizan» ni pasan a hacer «cualquier cosa», sino que adquieren estructuras y conductas que también obedecen a leyes explicativas, sólo que esas leyes son diferentes a las que conocían los observadores situados, por así decir, en el centro del sistema, en su punto de equilibrio antes del cambio”.⁶⁷ y como para no dejar ningún cabo suelto remata con las siguientes frases que llevan su conclusión a todo el universo, natural y social:

Más aún, se llegó a la conclusión de que toda estructura y todo modo de funcionar tiene su origen en alguna crisis. En las crisis desaparecen fortunas, instituciones, países, culturas, especies biológicas, montañas, ríos y estrellas, *pero también se crean*

⁶⁷ “Del caos de los demonios al caos de los biólogos”. *Revista Universidad de México*, UNAM, enero de 1996, p.4. Este número está íntegramente dedicado a la teoría del caos en la ciencias “duras” (astronomía, física, etc.) y las sociales.

nuevas. Como decíamos, el mismo universo parece haber sido producido en una descomunal crisis: la Gran Explosión.⁶⁸

También el caos tiene un orden. El orden del desorden. Pero sus “leyes” no son como las de la física newtoniana, ni como las de su traducción en el pensamiento lineal y mecanicista de los filósofos y economistas de los siglos XVIII y XIX. Las “leyes” del capital, de la política de la sociedad capitalista caótica y desequilibrada contemporánea, presidida por el dominio de un orden anárquico, son leyes tendenciales, que se imponen a través de infinitas casualidades, expresándose y desdoblándose en múltiples acontecimientos, esencia misma de la vida. Son leyes en las que las posibilidades en momentos clave se ramifican en procesos no lineales. Son leyes de un “sistema complejo”. *El capital* es la investigación precursora de tales sistemas en las ciencias sociales.

Al intentar integrar lo aprendido por las diversas ramas para hacer un esquema científico de la realidad, se descubre que, en la mayoría de los casos, esa realidad es intrínsecamente compleja, “no se deja” explicar y mucho menos “manejar” por modelos obtenidos mediante la suma de conocimientos aislados. Para decirlo de otra manera, cuando se trata de entender la realidad, el todo es muchísimo más (¡y hasta distinto!) que la suma de las partes que las diversas disciplinas habían recortado para estudiar por separado.⁶⁹

En la descripción de los “sistemas complejos” Cerejido apunta una serie de características que parecen ser la enunciación de los factores que Marx desarrolló en su despliegue histórico-teórico de las leyes y la anatomía del sistema capitalista: están compuestos por un número muy

⁶⁸ *Loc. cit.* Cursivas en el original.

⁶⁹ *Loc. cit.*

grande de componentes; son muy heterogéneos; en sus procesos reina la no-linealidad; tienen procesos de distinta naturaleza; un parámetro puede estar afectado por múltiples causas; una misma causa puede provocar multitud de efectos; progresan a lo largo de la crisis tras las cuales cambian su estructura y función; están estructurados en niveles jerárquicos, cada uno de los cuales tiene una organización significativa; la descripción de cada nivel requiere de disciplina y leyes especiales; las estructuras son configuraciones pasajeras que adoptan los procesos: son en realidad accidentes congelados; en principio el número de estados combinatoriamente posibles a que podrían acceder tras las crisis es enorme, sin embargo, las estructuras sólo pueden adoptar unas pocas configuraciones; se mantienen apostadas al borde de la crisis; interaccionan fuertemente con el medio; se adaptan, tienen propiedades emergentes, cada nivel jerárquico resulta de los niveles inferiores, pero pasa a tener propiedades que aquellos no tenían.⁷⁰

La emergencia de un nuevo “paradigma científico” tiende a la unificación del pensamiento sobre el universo, a la supresión de la división entre entendimiento natural y social y a la reversión total de la tendencia a “naturalizar” los conceptos sociales típica del positivismo. El nuevo “paradigma emergente” rechaza la todopoderosa influencia que el modelo newtoniano-cartesiano ejerció durante siglos sobre el pensamiento científico en aras de una concepción multidisciplinaria, homologante y totalizadora. Aunque todavía no se descubra por completo el origen de la vida, Prigogine señala que “la articulación entre la fisico-química y la biología no pasará por una «fiscalización» de la vida, sino por una «historización» de la fisico-química”.⁷¹

⁷⁰ *Loc. cit.*

⁷¹ Citado por Miguel Martínez Miguelez, *El paradigma emergente. Hacia una nueva teoría de la racionalidad científica*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1993, p.115.

La labor científica marxiana sobre el capitalismo, su economía y su política, es *un todo heterogéneo* en el que las leyes son expresadas por *acontecimientos* del más diverso y complejo origen y estructura. La continuidad reina a través de las rupturas; la crisis es el preludio de lo nuevo; la ascensión de la humanidad a niveles más altos de su evolución no es un hecho fatalmente garantizado de antemano, pero es una potencialidad plena de posibilidades de realización por la capacidad de creación y transformación del ser humano. El nuevo paradigma científico reivindica por completo el precursor y genial enfoque de Marx en *El capital* y en el conjunto de sus trabajos preparatorios de su célebre obra.

Insiste Ilya Prigogine refiriéndose a las raíces históricas del nuevo paradigma de ley que ha surgido en la física, la biología, en fin, en la ciencia de nuestros días: “La dualidad ley-acontecimiento está en el corazón de los conflictos que transcurren a través de la historia de las ideas del mundo occidental, comenzando con las especulaciones presocráticas hasta nuestra propia época a través de la mecánica cuántica y la relatividad”.⁷²

Para la física, la química, la biología, la astronomía y demás ciencias naturales la nueva concepción científica del “orden del desorden” implica el abandono de la predicción determinista y el surgimiento del tiempo como un elemento crucial, del tejido mismo de los acontecimientos.

Los acontecimientos implican un elemento de arbitrariedad ya que comprenden discontinuidades, probabilidades y evolución irreversible. Tenemos que encaramos con el hecho que vivimos en un universo dual, cuya descripción implica tanto leyes como acontecimientos, certezas y probabilidades. Obviamente, los acontecimientos más decisivos que

⁷² En su prólogo al libro de Peter Coveney y Roger Highfield, *La flecha del tiempo. La organización del desorden*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1992, p. 13.

conocemos están relacionados con el nacimiento de nuestro universo y con el surgimiento de la vida.⁷³

A finales de los años setenta el marxista estadounidense George Novack afirmaba en una apasionada defensa del materialismo dialéctico que:

Marx y Engels concedieron especial atención a aquellos puntos de partida críticos del desarrollo de las cosas en que pasan a convertirse en sus opuestos. Las dos transiciones más importantes de la evolución universal fueron los saltos de lo inorgánico a lo orgánico, de los procesos psicoquímicos a los seres vivientes, y miles de millones de años después, de lo animal a lo humano.⁷⁴

Los “acontecimientos”, los “saltos” del ser humano son también momentos cúspides de la evolución universal. Su aparición como *homo sapiens*, su organización social, el descubrimiento de la agricultura, la fundación de las civilizaciones, la unificación planetaria capitalista y, por qué no, sus heroicas gestas revolucionarias en todas las épocas.⁷⁵ En este vasto panorama ¿cómo encontrar el hilo conductor que explique y defina las dimensiones de tales hazañas?

HACIA LA EMANCIPACIÓN HUMANA

Las repercusiones de la nueva concepción de la ciencia en la historia, la economía y la política son también epocales. Marx avanzó en el nuevo continente al unísono con los pioneros del siglo XIX en los campos de la etnología, la antropología, la arqueología y, por supuesto, la historia, contribuyendo con su aportación colosal: la sociedad también tiene un destino *dual*,

⁷³ *Loc. cit.*

⁷⁴ “En defensa de Engels”, *op. cit.*, p. 57.

⁷⁵ José Revueltas consideraba “al hombre [como] un acontecimiento, un acontecimiento revolucionario”. Es Revueltas quien pone las cursivas. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México, D.F., edición de autor patrocinada por la Liga Leninista Espartaco, 1962, p. 5.

el cual está determinado pero también signado con momentos cúspide en los cuales son posibles “nuevos acontecimientos”. Y así como hubo en el pasado estos acontecimientos fundamentales, así como hace más de un millón de años el *australopithecus* se erguió sobre sus dos piernas e inició su marcha sin la ayuda de las manos, inaugurando la especie de los homínidos de donde surgiría el ser humano, otros igualmente fundamentales se preparan ya desde hoy.

En especial el ser humano ha soñado milenariamente con “un nuevo acontecimiento”, el de su redención, de su emancipación como sujeto degradado y explotado por los propios seres humanos. El diurno sueño milenario por una humanidad en la que todos los hombres y las mujeres sean hermanos ha atravesado, como hilo rojo, desde el principio de las generaciones a todas las sociedades, alimentando a las religiones y las utopías en todas las eras, en todos los continentes y en todas las razas. Es el principio esperanza profundamente enraizado en lo más hondo del sentimiento de los pueblos que se mantiene vivo y erguido a pesar de los desastres y las catástrofes que también se han abatido desde siempre sobre ellos.⁷⁶

Pero el “nuevo acontecimiento” que se prepara en la humanidad, avizorado por Marx en el *Manifiesto comunista*, *El capital*, etc., no es una construcción del futuro al estilo de Fourier u Owen, los llamados “socialistas utópicos”. La utopía marxista “no es una anticipación dogmática del futuro cuya tarea sea dejar las cosas listas para todos los tiempos, [lo que quiere es] encontrar el mundo nuevo a partir de la crítica del viejo”.⁷⁷ El marxismo, por tanto, no es una nueva religión. De hecho con él culmina, superándose, una larga e importante

⁷⁶ Ha sido el filósofo marxista Ernst Bloch quien levantó en este siglo un portentoso y hermoso monumento literario a este impulso milenario de la humanidad con su espléndido libro *El principio esperanza*. Versión española en tres tomos en la editorial Aguilar, Madrid, 1976, 1980.

⁷⁷ Carta de Marx a Arnold Ruge, septiembre de 1843, citado en Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution, op. cit.*, vol. I, p. 94.

trayectoria de crítica religiosa, en especial al cristianismo, que se desarrolló en Alemania a partir de la Reforma luterana.

Engels explicó esta operación en la que la religión es combatida pero al mismo tiempo explicada. “No se puede destruir una religión como el cristianismo sólo con ayuda de burlas e invectivas. Hay que *superarla* también *científicamente*, es decir, hay que *explicarla históricamente* y no están en condiciones de cumplir esa misión ni siquiera las ciencias naturales”.⁷⁸

El enfoque marxista de las religiones no es jacobino, sino que parte del análisis de las múltiples formas de ideologías, de la producción espiritual y de las ideas de una realidad social en una específica realidad histórica. La famosa frase de Marx “la religión es el opio del pueblo” debe ser considerada en este contexto, en el cual la religión tiene un papel dual como legitimadora y como protesta de un sistema social.⁷⁹

La crítica de la religión en Marx está directamente vinculada a dos fuentes fundamentales de su pensamiento filosófico, en primer lugar a Hegel y en segundo lugar a sus influencias neohegelianas y feuerbachianas. Al unir en su

⁷⁸ *La guerra campesina en Alemania*, Moscú, Editorial Progreso, 1982, pp. 202-3, Cursivas originales.

⁷⁹ Michael Löwy ha dado una explicación didáctica de esta crítica marxista a la religión en general y a la cristiana en particular, poniéndola al día con los acontecimientos recientes vinculados a “la teología de la liberación” en América Latina, las Filipinas y otros países en los que los creyentes fieles son cada día más numerosos en las filas de los combatientes contra las dictaduras y en la lucha contra la opresión de sus pueblos, formando frentes o partidos con grupos marxistas y democráticos. Véase su trabajo *El cristianismo de los pobres. Marxismo y teología de la liberación*, México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 1994. El trabajo está un poco datado pues fue escrito en 1988 antes de la debacle de la URSS y de sus tremendas repercusiones en América Latina, principalmente la derrota sandinista de 1990 y la posterior división de buena parte de la dirección del FMLN salvadoreño. Aunque, en revancha, reviste una candente actualidad en nuestro país como contribución a la explicación del EZLN y de la corriente católica encabezada por el obispo de Chiapas Samuel Ruíz.

crítica a la religión a estas dos influencias Marx rescata e innova un tema clave de ambas tradiciones filosóficas, el de la enajenación. La enajenación (o alienación) describe un proceso que ha acompañado al ser humano durante su historia, consistente en que éste al crear y producir su vida se separa, se escinde y se desgarrar de lo que produce, sea frente a la naturaleza, sea frente a los demás seres humanos. Esta separación de la naturaleza y de lo que es su propia obra social es permanente fuente de infelicidad e insatisfacción que igualmente de modo constante el ser humano aspira a superar, a colmar.⁸⁰ Marx bebió a fondo de estas fuentes y en el transcurso de su obra fue adecuando dicha teoría a sus propias investigaciones y descubrimientos teóricos. Uno de los más fructíferos ejemplos de este enfoque creativo que era el suyo está en su tratamiento de la enajenación mercantil en *El capital* cuando desde el primerísimo capítulo la califica innovadoramente con el concepto de *fetichización*. Así Marx desde el comienzo mismo de su obra maestra se deslinda marcadamente de cualquier enfoque positivista o meramente empírico del capitalismo. El término “fetiche” tiene connotaciones claramente bíblicas. Estamos ante una postura ciertamente científica pero que desnuda a su objeto de estudio (la mercancía, el capital) no sólo analíticamente sino que aspira a ir más lejos, presentándolo metafóricamente también como un sujeto que tiene (aparentemente) vida propia.

La original lectura de *El capital* que hace Dussel con sus visores de teólogo de la liberación nos aproxima a lugares imprevisibles en las lecturas simplemente economicistas del célebre libro. Dussel afirma de modo sugerente que en *El capital* hay “un sustrato teológico implícito, de carácter negativo y expresado en forma fragmentaria”. En el rastreo que hace del libro encuentra frecuentes referencias bíblicas

⁸⁰Un amplísimo y erudito estudio (aunque a veces con interpretaciones muy cuestionables) sobre el significado de la enajenación en Hegel, Marx y otros pensadores es el libro de Manuel Alfonso Olea, *Alienación, historia de una palabra*, segunda edición, México, UNAM, 1988.

textuales y metafóricas lo cual lo lleva a decir que para Marx en definitiva el capital se aparece como un nuevo “dios”, tan poderoso o más que los anteriores, dominando y sometiendo a sus designios al mundo entero y exigiendo su tributo de vidas humanas. Citemos textualmente su audaz conclusión:

Este continuo referirse Marx al fetichismo, con terminología y contenidos religiosos, no puede ser tomado a la ligera, como si fuera algo así como el fruto de su sentido del humor —que ciertamente Marx tenía en sumo grado—. Se trata, nada menos, de una acabada y completa descripción de lo que el llamaba desde *La cuestión judía* la “religión secular”, “mundana” o “cotidiana” [...] Marx realiza, en sentido estricto, una crítica *religiosa* de la economía política, es decir, descubre los mecanismos de *dominación* del capitalismo como estructuras fetichistas, demoníacas, satánicas, idolátricas. El carácter fetichista del capital es, justamente, su estatuto religioso estricto. La negación de su divinidad —supuesta en toda la crítica de Marx— sitúa su ateísmo del capital como una posición *antifetichista*, antiidolátrica, en total coincidencia con *el ateísmo de los ídolos* por parte de los profetas de Israel, y del fundador del cristianismo.⁸¹

Ciertamente es una lectura inédita, llena de originalidad y de atisbos, e incluso más que atisbos, sobre el mensaje más profundo del marxismo. Sea lo que fuere, una cosa surge evidente, la concepción del “fetichismo de las mercancías y del capital” no embona por ninguna parte con el concepto tradicional de ciencia. En todo caso, es el propio Marx quien nos da una posible clave cuando se refería a sus obras como a “un todo artístico”, como aspirando a una unidad en que se integraran varias vetas de su pensamiento: el científico y

⁸¹ *Las metáforas teológicas de Marx*, Estella, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1993, pp. 127-28. Cursivas originales.

riguroso análisis del capital, el argumento de su necesaria historicidad y el impulso y la justificación de su destrucción revolucionaria por su evidente y patente inhumanidad.

Lecturas como las de Bensaïd, Dussel, Mandel, Wolf y Krader comienzan a restablecer al marxismo su impulso crítico erosionado hasta su extinción por el stalinismo y la socialdemocracia. Pero la costra positivista y mecanicista que éstos adhirieron durante un siglo al marxismo no desaparecerá sin dificultades. Su máscara veló de tal modo la profunda naturaleza teórica del marxismo que incluso críticos inteligentes llegan a confundirla con el rostro. En los años ochenta, en plena crisis del stalinismo, todavía había sabios que afirmaban cosas como la siguiente: “el marxismo del siglo XIX, heredero formal del hegelianismo, pero prolongación real del positivismo y el sansimonismo”.⁸² El marxismo aspira a fundirse con el deseo humano de trascender más allá de los límites acotantes y limitativos del presente. También hay una utopía marxista sin la cual no existe ninguna posibilidad de transformación revolucionaria de la sociedad.

HISTORIA Y ESPERANZA

Hemos llegado a un nuevo cruce. El de la “otra ciencia”, la “otra historia”, la “otra política” con el “otro conocimiento”, la dimensión religiosa y artística. El cruce entre la ciencia y la poesía. Un momento cúspide de la experiencia humanista integral.⁸³

Para concebir la trascendencia del “nuevo acontecimiento”, el de la positiva redención humana no es necesaria la mística religiosa, el recurso a un más allá, a una

⁸² Jaques Lafaye, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 7.

⁸³ He aquí otra faceta en la cual el marxismo surge nitidamente como un heredero de la filosofía clásica alemana. “La filosofía idealista clásica buscaba elevar a ciencia filosófica –validez universal– el «conocimiento» aportado por los poetas, su nueva idea del mundo”. Eugenio Imaz en su epílogo a W. Dülthey, *Hegel y el idealismo*, op. cit., p. 368.

fuerza exterior al mundo concreto en que se desarrolla y existe el ser humano. El anhelo por la desaparición de las clases, del estado y de la lucha del hombre contra el hombre no es un suspiro por redimir un “pecado original” que se debería expiar como tributo a los dioses. De la propia terrenal realidad cotidiana, de las raíces de la sociedad actual pueden surgir (en algunos casos ya han surgido) los elementos de la sociedad futura. Allí mismo en donde se encuentra el ser humano “inmerso en la dinámica comandada por el capital, su capacidad de revolucionar al mundo hecho a la imagen del capital puede ser por tanto una irrupción redentora, salida de la nada: tiene que salir del propio mundo enajenado, que ser ella una ruptura”.⁸⁴

La “ruptura”, la “irrupción redentora”, la “salida de la nada”, el “acontecimiento decisivo”: son muchas ya las advertencias que atisban esa posibilidad que depara a la humanidad un porvenir (algo por venir) que desde hoy se forja en la profundidad molecular de sus sectores oprimidos así como en algunos de sus combates de avanzada. La humanidad no necesita un Mesías divino que la redima. Ella misma prepara desde hace mucho su propia redención. A Marx corresponde el mérito de haber comprendido a cabalidad, por primera vez, este momento cúspide del pensamiento emancipador.

Después de Cristo —y en caso de haber cumplido otros sus palabras— hubiera de haber venido al mundo no el cristianismo sino el espiritualismo. Marx es por confesión propia —no extorsionada por nadie—, el precursor del humanismo positivo, el Mesías del hombre humano.⁸⁵

Los poetas pueden ser privilegiados con esa visión que por arriba y atravesando los muros de un presente oscuro y

⁸⁴ Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, op. cit., p. 110.

⁸⁵ Juan David García Bacca. *Presente, pasado y porvenir del marxismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 151.

sombrio atisben posibles *por venires*. Los simples mortales hundidos en las profundidades enajenadas y enajenantes de la rutina cotidiana embrutecedora no pueden ver, son como ciegos que caminan sin ver.

César Vallejo tuvo esos atisbos. El choque brutal pero verdadero y alucinador de los hombres y mujeres en la guerra civil española le arrancó de su pluma algunos de los *poemas humanos* más desoladores pero también más hermosos jamás escritos. “Vallejo se sitúa entre aquellos que, de Feuerbach a Marx, de Comte a los anarquistas, prevén una sociedad perfecta o casi perfecta. Hay, sin embargo, una diferencia. Si casi todos los que llenan de oro el futuro divinizan al hombre, Vallejo más bien lo humaniza. Sacralización de la humanidad, sin duda, pero no divinización. Palabra clave, en este punto, hermandad”.⁸⁶ Me atrevería a decir que Marx es de la estirpe vallejana.

La visión del poeta penetra en el mundo de ese mañana sagrado en el cual “se amarán todos los hombres/ y comerán todas las puntas de los pañuelos ahora todavía tristes”. “Mediante el sacrificio de los hombres de hoy, los hombres del porvenir podrán recordar nuestro dolor pero lo transformarán en figuras soñadas y cantadas. Habrá llegado el reino de la igualdad [en donde] «sólo la muerte morirá»...En *Poemas humanos* se hace expreso —son los casos de poesía «política» excelente como ésta por ser honda y vivida— el amor a los hombres. No llegará Vallejo a deificarlos: los situará, seres sagrados del futuro, en una suerte de paraíso terrestre más allá de la muerte individual y colectiva”.⁸⁷

Somos deudores del dolor de nuestros antecesores como nuestras penas y hazañas son el crédito abierto a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. Somos “los hombres del porvenir” de nuestros padres y abuelos, de todas las anteriores

⁸⁶ Ramón Xirau, *Dos poetas y lo sagrado*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1980, p. 101.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 104-106.

generaciones que lucharon y soñaron también por la redención humana. Ellos lucharon por nuestra redención por lo que nuestras luchas son también de ellos, son la continuación de sus propias empresas redentoras. El presente no sólo es responsable ante el futuro sino es deudor de “un pasado necesitado de redención”.⁸⁸

El poeta visualiza la nueva humanidad *por venir*. El filósofo judío alemán, un marxista abierto a las influencias del mesianismo judeo-cristiano como fue Benjamin, recupera para la lucha emancipadora la poderosa carga de la tradición de un pasado irredento que sigue viviendo en nuestros sueños y luchas. Y en el presente concreto de este fin de siglo XX en el que tantos fines de época son otros tantos anuncios de nuevos comienzos, el afán revolucionario forja, bajo la influencia del acicate de la inteligencia y la conciencia, los proyectos y las estrategias adecuadas. En la coyuntura clave actual, la experiencia cristalizada en la teoría crítica y revolucionaria ratifica que ésta es la base de la praxis ennoblecadora por excelencia, la cual es también para muchos la fuente de la mayor satisfacción humana “esa felicidad [cuyo grado más] elevado se alcanza no en la explotación del presente, sino en la preparación del porvenir” (Trotsky *dixit*).

Habiendo expuesto lo que significa la teoría marxista del estado, así como el carácter peculiar del discurso científico en donde se inserta, es posible pasar a la exposición de la

⁸⁸ “A nosotros, lo mismo que a todas las generaciones que nos han precedido, nos ha sido dada una débil fuerza mesiánica, sobre la que tiene derechos el pasado [...] Estos derechos sólo se pueden satisfacer por medio de un esfuerzo crítico de la mirada histórica sobre un pasado necesitado de redención [...] pues es una imagen irrecuperable del pasado la que corre el riesgo de desaparecer con cada presente que no se reconozca aludido en ella”. Walter Benjamin, «Tesis sobre Filosofía de la Historia», en *La Batalla*, México, núm. 24, agosto de 1990. Daniel Bensaïd llama a Benjamin el “centinela mesiánico” y, junto con Gramsci, lo considera su barquero en el recorrido que hace por el río del marxismo. *Walter Benjamin, sentinelle messianique*, París, Plon, 1991. Para una visión crítica pero inteligente de Walter Benjamin, vecina de la socialdemócrata, véase el libro de Jürgen Habermas, *Perfiles filosófico-políticos*, op. cit., pp. 283-345.

concepción del bonapartismo en Marx expresión por excelencia de uno de sus análisis concretos del estado. Posteriormente plantearemos la pertinencia y justeza de dicha concepción para el caso mexicano durante el cardenismo y sus consecuencias políticas.

IV EL ESCÁNDALO DEL ESTADO: CAPITAL Y BONAPARTISMO

*El estado, que en apariencia se hallaba
por encima de la sociedad, era en realidad
el más escandaloso de sus escándalos y,
al mismo tiempo,
la matriz de toda su putrefacción.*

Carlos Marx.

LAS CONTRADICCIONES DE LA BURGUESÍA

La división del interés público del particular, los fetichismos del poder y la mercancía, la necesidad de ejercer la coerción en medio de la tolerancia aceptada para las clases dominadas, en fin, la exigencia que le impone a toda clase dominante la preservación del equilibrio de las condiciones generales del conjunto de la sociedad, hacen que las tareas políticas de la burguesía sean uno de los procesos sociales más conflictivos y contradictorios en la historia de los modos de producción.

La dominación de la burguesía se fundamenta en la esfera de la economía. Esto no significa, ni mucho menos, que para ella sea menos importante el dominio político. Al contrario. La culminación de la dominación económica de los capitalistas se da en la remodelación y apropiación del estado por parte de sus representantes, sean éstos miembros directos de dicha clase o grupos provenientes de otras clases que aceptan servir sus intereses, aburguesándose de paso en el trayecto.

Como hemos dicho, el estado así desempeña un papel clave para garantizar las condiciones que permiten la reproducción de las relaciones sociales necesarias para el libre y natural desarrollo del modo de producción capitalista. Pero a diferencia de otras clases dominantes, la burguesía es una clase que lucha y compete no sólo con las demás clases subordinadas, sino que, por la naturaleza misma del mercado capitalista y la propiedad privada de los medios de producción, compete también entre sí misma.

La naturaleza del capitalismo es de tal manera que sólo puede existir bajo la forma de “muchos capitales”, esto es, de la propiedad privada y la competencia. Por la misma razón, ningún capitalista privado o grupo de capitalistas pueden expresar los intereses generales de la clase capitalista en terrenos cruciales de la actividad económica. En el campo político éste es, aún con más obviedad, también el caso.

Así el capitalista “ideal” o “general” sólo puede ser alguien no capitalista, no totalmente comprometido en la búsqueda de la mayor ganancia. El papel de garantizar las condiciones generales de la producción capitalista y la realización de ganancias —por ejemplo, un eficaz sistema monetario, una eficiente estructura fiscal y aduanal— tiene que ser transferido por la burguesía a un aparato especial, el estado. De otra forma, la realización de ganancias no puede darse bajo circunstancias óptimas, e incluso satisfactorias.¹

Esta movilidad extrema de los capitales en el escenario económico obliga a sus encarnaciones humanas a una movilidad cívica también extrema. Así los capitalistas concretos, en general, tan preocupados de sus asuntos privados (civiles) tienden a abandonar el terreno de la política a sus representantes, los partidos y sus dirigentes. Este desdoblamiento tajante de los papeles políticos y civiles del ciudadano típico de la sociedad burguesa, su transformación en un actor político y un hombre sólo preocupado de sus asuntos privados es el resultado de la división entre estado y sociedad civil que la sociedad burguesa hereda de las anteriores sociedades clasistas, pero que ella lleva a extremos inauditos.²

Desde muy temprano la burguesía se vio desgarrada política e ideológicamente ante esta situación contradictoria. Por una parte, su lucha contra el antiguo régimen la impulsaba a combatir las tiranías

¹ Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, *op. cit.*, p. 461-480.

² Lawrence Krader señala y profundiza mucho al respecto de la observación de Marx sobre la trayectoria preburguesa de la sociedad civil. De hecho la división misma de sociedad y estado desde un principio impulsa al monopolio de “la política” por parte del aparato estatal, monopolio más o menos total de acuerdo con las relaciones de producción, ideológicas, etc., de cada formación social particular. Véase su artículo “El Estado en la teoría y en la historia”, *op. cit.*, pp. 10-12 y también *supra* el apartado “Estado y sociedad civil” del capítulo II, pp. 65-68.

oscurantistas y reaccionarias lo cual hacía en nombre de los ideales democráticos y comunitarios. Rousseau, por ejemplo, fue uno de los mejores exponentes de estos ideales. Pero incluso este lúcido representante ideológico de la temprana y más rebelde etapa de la burguesía tampoco pudo superar esta contradicción que la arrojaba en momentos hacia el torrente democrático y en otros a los brazos de los déspotas. Michael Löwy lo dice elocuentemente:

Desde muy pronto surgió en la sociedad burguesa el mito del salvador supremo, encarnación de las virtudes públicas frente a la corrupción y el particularismo de los individuos, demiurgo de la historia, que rompe la cadena del fatalismo y héroe sobrehumano que libera a los hombres y constituye al Estado nuevo. Este mito figura, implícita o explícitamente, en la mayoría de las doctrinas políticas de la burguesía en desarrollo, para Maquiavelo es el "Príncipe"; para Hobbes es el "Soberano Absoluto"; para Voltaire el déspota "iluminado"; para Rousseau el "Legislador"; para Carlyle el "Héroe". Los puritanos ingleses del siglo XVII creyeron encontrarlo en el "Lord protector" (Cromwell), los jacobinos en el "Incorruptible" (Robespierre); los bonapartistas en el Emperador. "El alma del mundo a caballo", dijo Hegel de Napoleón y resumió en una frase genial la estructura burguesa del "Salvador": el Verbo hecho Carne, las fuerzas inmensas e incontrolables de la historia encarnando en un Ser Supremo personificado.³

Y concluye Löwy con la observación pertinente de que esta enajenación política manifestada en el desgarramiento ideológico de la burguesía entre el salvador supremo y la construcción del estado liberal es la proyección natural correspondiente a la enajenación del mercado capitalista.

³ Michel Löwy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1972, pp. 22-23.

LA DEMOCRACIA DE LA BURGUESÍA

Para Marx la democracia de la burguesía es una forma de estado importante y fundamental tanto para entender el comportamiento de ésta como para promover los objetivos democráticos y revolucionarios de las clases explotadas, en especial del proletariado. Hemos ya expuesto y dado nuestro punto de vista sobre la enorme polémica que se ha levantado en torno de la supuesta vocación antidemocrática del marxismo: los hechos duros y tercos de sus textos literales no pueden sino disipar el mito de un Marx antidemocrático favorable a los gobiernos dictatoriales. (Véase el capítulo II, pp. 67-77).

La otra línea de ataque contra un Marx supuestamente favorable a la dictadura es su adhesión a la “dictadura del proletariado” como forma de gobierno de un estado post-capitalista. Como Draper señala de modo abundante, la “dictadura del proletariado” es un término usado por Marx y Engels de acuerdo con el significado específico que tenía para los revolucionarios, socialistas y demócratas en el siglo XIX. En esto, para bien o para mal, eran hijos de su época. “La dictadura del proletariado” era un sinónimo para ellos de república de los trabajadores, de estado obrero para usar un término de la tradición leninista, por tanto idéntico de un sistema en el cual se imponía la dictadura de la nueva clase dominante: el proletariado. Así como la burguesía como clase hegemónica y dominante en el capitalismo ejercía su dictadura social (de la cual el estado, como “comité de administración de sus asuntos comunes” es sólo una parte, aunque fundamental), el proletariado ejercería su propia dictadura social en el régimen que emergiera de la sociedad burguesa. Hal Draper señala los quince lugares en que Marx y Engels explícitamente se refieren a este término en el conjunto de su obra. Como se ve, por tanto, dentro de las miles de páginas que escribieron, estas referencias no son que digamos muy numerosas.⁴ Ciertamente no estaban obsesionados por ese concepto.

⁴ *Karl Marx's Theory of Revolution, vol. III*, pp. 385-6. En las casi quinientas páginas de este libro Hal Draper da abundantísimas argumentaciones sobre el real contenido de la teoría “de la dictadura del proletariado” de Marx y Engels a la cual se le quiere aplicar, retroactivamente, una interpretación que se basa en la burocratización soviética del presente

Una “dictadura social” ejercida por una minoría explotadora y opresora no es para Marx y Engels ni equivalente ni comparable con una dictadura social ejercida por la mayoría de la población que busca la liberación y emancipación de la sociedad y que, por tanto, erige un “estado” por vez primera en la historia de la humanidad muy peculiar. Un estado que debe comenzar a extinguirse al mismo tiempo que prepara el surgimiento de la nueva sociedad sin clases.

Concebido así el concepto de “dictadura social”, de la “clase dominante” no meramente dentro de los estrechos límites políticos sino en el sistema social en su conjunto, la perspectiva de la “democracia burguesa” adquiere otra dimensión, ni en sueños concebida por la teoría liberal. La democracia en la sociedad burguesa, por tanto, es una combinación contradictoria de elementos realmente avanzados (positivos) con la preservación de los factores que garantizan el mantenimiento del despotismo y la explotación de una clase dominante (los elementos negativos). El estado burgués no tiende a extinguirse, ni mucho menos, ni en la teoría ni en la práctica.

Los intereses políticos de los diversos sectores de la clase capitalista se expresan en los diferentes partidos que la representan. Para Marx las clases sociales son heterogéneas, con capas diferenciadas de acuerdo a sus posiciones económicas (grupos financieros, industriales, agrícolas), geográficas, nacionales, étnicas y de otros tipos. Por tanto, no puede existir un solo partido que represente a toda una clase social, necesariamente dicha representación política se hará a través de diversos partidos, aunque no exclusivamente a través de ellos. Esto sucede tanto en el seno de los capitalistas como en el de los trabajadores.

La situación ideal de la competencia entre los diversos sectores burgueses se expresa políticamente en un sistema democrático. Éste es el que proporciona a la burguesía su forma óptima de gobernar. Permite la representación de todos sus sectores en el parlamento

siglo. Como es natural un tren de argumentaciones parecido no es legítimo y de hecho el rechazo de esta teoría de Marx y Engels se basa más en concepciones ideológicas que en apreciaciones históricas y políticas fidedignas y correctas. Para no hablar de las polémicas de carácter meramente semántico.

democrático y que se acepte sin gran resistencia su dominación económica y social por parte de las capas populares que también pueden considerarse representadas en el gobierno ya sea por su identificación con los partidos burgueses o por medio de los representantes de partidos de trabajadores. La democracia es el sistema de gobierno más adecuado en las situaciones normales de la vida de las sociedades burguesas.

La crítica marxista de la democracia dentro del capitalismo señala lo que es imposible negar. En primer lugar que la democratización de la burguesía se detiene en el umbral del mercado capitalista, en donde el despotismo económico del gran capital (o sea de los grandes capitalistas) reina soberano en detrimento no sólo de los demás capitalistas sino ante todo de los intereses de la mayoría de la población. O sea, la democracia burguesa se asienta sobre una estructura de desigualdad (por definición antidemocrática) económica, intrínseca al sistema que se basa en el trabajo asalariado.

Y, en segundo lugar, que la burguesía utiliza la democracia según sus intereses políticos y sociales ya que, si bien en situaciones normales es el sistema más apropiado para su dominación, es un peligro cuando un ascenso de masas aprovecha y abre los espacios democráticos impulsando un control popular de las instituciones políticas desde abajo.

Sintetizando esta dualidad esencial de la burguesía ante la democracia, Hal Draper señala:

Marx y Engels siempre vieron los dos lados de los derechos e instituciones democráticas que surgen bajo la democracia burguesa. Los dos lados corresponden a las dos clases que luchan en su seno. Un lado es el uso de las formas democráticas como medio barato y versátil que permite mantener a las masas explotadas dentro de límites seguros que no sacuden al sistema, dándoles la idea de que participan en el estado mientras se asegura que el poderío económico de la clase dominante controla los centros reales del poder. Este es el lado que corresponde al “fraude democrático” [*democratic swindle*]. El otro lado es el que corresponde a la lucha por darle a las formas democráticas un nuevo contenido social

(clasistas), sobre todo impulsando al control desde abajo por el pueblo mismo de las formas democráticas, lo que a su vez significa extender la aplicación de dichas formas más allá del ámbito meramente político hacia la organización de la sociedad en su conjunto.

De cualquier modo, la clave estaba en el control desde abajo [...] el cual debería aplicarse durante y después de la revolución social.⁵

EL EGOISMO CLASISTA DE LA BURGUESÍA

La burguesía no tiene, ni mucho menos una vocación democrática separada de sus intereses. Su democracia no se realiza por arriba de sus privilegios y dominación económica, sino que debe servirlos. Cuando estos últimos peligran ante el ascenso de las masas populares que amplían sus espacios democráticos de participación existentes más allá de los límites establecidos, la burguesía no titubea ni un instante en subordinar sus instituciones democráticas, incluso desapareciéndolas, en favor de un sistema autoritario.

El film del desarrollo político burgués se desenrolla para atrás: las libertades que la burguesía liberal exigía anteriormente, son cortadas; las instituciones populares son recortadas de tal manera para que se interpongan el máximo de obstáculos entre ellas y las presiones populares para su control desde abajo. La llamada democracia se vuelve una institución cada vez menos [propiedad] 'de las masas'.⁶

Esta conducta "egoísta" de la burguesía se difunde socialmente en las personas que integran la clase (sin ignorar que hay sus excepciones, algunas de ellas correspondiendo, incluso, a quienes renuncian a ella y se pasan al proletariado). Cada capitalista ve por lo suyo. Es lo que C. B. Macpherson llamó el "individualismo posesivo".⁷

⁵ Hal Draper, *op. cit.*, vol I, pág. 310.

⁶ *Ibid.*, pág. 311.

⁷ C. B. Macpherson, el agudo autor de la crítica al liberalismo clásico con su teoría del "individualismo posesivo" considera también que el concepto de democracia liberal no es integral. Dice él: "tan pronto como la democracia es considerada como un tipo de sociedad, no meramente un mecanismo para elegir o autorizar gobiernos, el principio igualitario

Pero entonces ¿quién ve por la totalidad de la clase burguesa, del sistema en su conjunto? El estado y su encarnación, la burocracia o, para ser exactos, sus altos funcionarios, el presidente o el primer ministro y sus secretarios o ministros del gabinete gubernamental y otros niveles superiores adyacentes a ellos. Hemos visto ya arriba como se articula esta representación política de la burguesía con las necesidades que impone el poder social del dinero y del “estado de derecho” que garantiza la propiedad privada.⁸

El proceso de la autonomía del estado se había presentado ya anteriormente en los regímenes correspondientes a las monarquías que salían del feudalismo y se enfilaban rápidamente hacia su aburguesamiento. Los gobiernos de los “déspotas ilustrados” de los siglos XVII y ante todo XVIII en Europa occidental encarnaron situaciones características que involucraban esta “autonomía” estatal que en su caso se daba con respecto a dos clases poseedoras, una en descenso (la aristocracia feudal) y otra en ascenso (la burguesía).⁹

Pero este proceso de autonomía se presenta con más fuerza y consecuencias mayores después de la llegada indiscutida de la burguesía a la cúspide, como la clase dominante indisputada tanto al nivel nacional como mundial. Son dos las tendencias que subyacen en este proceso: el desencadenamiento de las fuerzas colosales del capitalismo y la competencia intercapitalista resultante, que obligan a la burguesía a concentrar gran parte de su atención por un lado y, por otro lado, el nuevo desafío desde abajo que representan los sectores populares encabezados por el proletariado que la impulsan a buscar un poder fuerte que garantice su dominación.

Un célebre contemporáneo de Marx, ideológicamente su antípoda, el teórico e historiador liberal Alexis de Tocqueville, analizó un poco

inherente a la democracia requiere no solamente 'un hombre, un voto', sino también 'un hombre, un efectivo derecho a vivir de manera tan completamente humana como pueda desear'. La democracia es vista ahora...como un tipo de sociedad...más que simplemente un sistema de gobierno." C. B. Macpherson, *Democratic Theory*, Oxford University Press, 1973, pág. 71.

⁸ Véase arriba en el capítulo anterior la sección sobre “Estado y capitalistas”, pp. 130-145.

⁹ La obra moderna clásica sobre el tema es la de Perry Anderson, *El estado absolutista*, Siglo Veintiuno Editores, 1979.

antes que él uno de los aspectos de este proceso social que conduce a la democracia burguesa a su descomposición. En su famoso libro *La democracia en América*, publicado en 1840 y de cuya lectura Rubel encontró evidentes influencias en Marx, señala la tendencia que conduce al igualitarismo y a la democracia de los propietarios al fortalecimiento de “un poder único y central” que “esclaviza a los hombres”. Los hábitos individualistas imperantes hacen que los ciudadanos deban estar muy motivados para encargares de los asuntos políticos y más bien “la tendencia natural los induce a dejarlos al cuidado del único representante visible y permanente de los intereses colectivos: el Estado”.¹⁰ Tocqueville, antes de la experiencia de 1848 se adelanta a señalar cómo después de los procesos revolucionarios, cuando “los ciudadanos exhaustos son sujetos poseídos de una pasión desordenada por el orden” tienden a aceptar una concentración del poder que les permita volver a la estabilidad y la tranquilidad y cómo estos nuevos sistemas despóticos se diferenciarán de los antiguos porque combinarán los “nuevos poderes” con la ideología democrática de la “soberanía popular”.¹¹ Ya frente a la revolución de 1848, ante el espectáculo del proletariado insurgente y la necesidad de sofocar su insurrección, no duda un momento en reconocer y aceptar como salvador y garante de la sociedad burguesa al estado: “el Estado no debe ser solamente el director de la sociedad, sino que debe ser el patrón de todo hombre”¹²

HISTORIA Y POLÍTICA DEL BONAPARTISMO

Los acontecimientos revolucionarios franceses de 1848 y sus consecuencias portentosas, en especial la instauración del imperio de Napoleón III, confrontaron a Marx y Engels con el fenómeno político fundamental de la autonomización del estado, en su expresión más extrema, el bonapartismo. Marx inició su análisis en forma detallada en *La lucha de clases en Francia*, pero sobre todo en *El dieciocho*

¹⁰ Esta interesante observación sobre Tocqueville la tomamos del no menos interesante ensayo de Mauro Volpi, “El bonapartismo: historia, análisis y teoría”, en *Críticas de la economía política*. Edición latinoamericana, núm. 24-25, pág. 84.

¹¹ *Ibid.* pág. 85.

¹² *Loc. cit.*

brumario de Luis Bonaparte. Y después continuó pulsando de cerca su trayectoria durante los siguientes veinte años que duró el imperio de Napoleón III. Este conjunto de trabajos de Marx y Engels culminaron en 1871 con otra obra maestra, *La guerra civil en Francia*, que analiza precisamente la caída de Napoleón III y el surgimiento de la Comuna de París inmediatamente después. De estos trabajos el segundo y el último constituyen dos de los textos políticos más influyentes de la teoría política contemporánea.

La teoría marxista del bonapartismo se nutría de los ricos y numerosos elementos analíticos antes referidos que le permitirían fundamentarse sólida y profundamente para cuando se dio su gestación concreta durante el periodo de casi cuatro años que se inició con la revolución de febrero de 1848 en Francia (que repercutió inmediatamente en toda Europa) y que culminó con el golpe de estado de Luis Bonaparte en diciembre de 1851 que instauró el segundo imperio bonapartista. A partir de entonces el tema jamás abandonaría la atención privilegiada ni de Marx ni de Engels. Sus múltiples escritos sobre este fenómeno abarcan, además de los mencionados, cientos de páginas en libros, artículos, cartas y todo tipo de documentos. A partir de ellos, Hal Draper ha desarrollado los elementos fundamentales de lo que bien se podría llamar la teoría marxista del bonapartismo.¹³ En su

¹³ Draper dedica diez capítulos del primer tomo de su obra citada al análisis detallado de la concepción de la autonomía del estado en Marx y Engels. De ellos, cuatro se refieren específicamente a su concepción del bonapartismo. Dos de estos últimos, los correspondientes a "El modelo Bonaparte" y "Bonapartismo: la extensión bismarckiana" fueron traducidos al español y publicados en la revista *Criticas de la economía política*, en un número dedicado precisamente a "Los bonapartismos", *op. cit.* La obra de Draper se complementa con la de otro marxólogo notable, Maximilien Rubel, su antecesor en el estudio pormenorizado del bonapartismo en Marx: *Karl Marx devant le bonapartisme*, París-La Haya, Mouton & Co., 1960, p. 30. Sin embargo en esta obra Rubel concluía de la siguiente asombrosa forma: "no hemos encontrado [en el conjunto de análisis de Marx sobre la experiencia bonapartista francesa] la constitución de una teoría del bonapartismo". Casi 30 años después Rubel más sabio y maduro revisa por completo su primera visión y reconoce la actualidad extraordinaria de los conceptos marxistas sobre el bonapartismo para el fin del siglo XX. "Marx penseur du politique", *Economies et Sociétés. Études de Marxologie*, núm. 26, París, 1987. Véase más abajo al final del presente capítulo para una referencia textual de esta obra de Rubel.

rica investigación basaremos el cuerpo principal de la exposición que sigue.¹⁴

El bonapartismo es, pues, una lógica consecuencia de los antagonismos de la sociedad burguesa, incluida su fase democrática. Para Marx ya el huevo de la serpiente del autoritarismo bonapartista está incubado en la propia fase en que la teoría de la democracia burguesa por excelencia se despliega con amplitud: la teoría de la división de poderes. Para él la división de poderes desaparece en una situación revolucionaria en la que el legislativo tiende a ejercer directamente el poder de decisión que le corresponde normalmente al ejecutivo. En los periodos "normales" la usurpación del poder por parte del depositario del ejecutivo se considera "natural". El ejercicio de la democracia directa, típica de los periodos revolucionarios, en cambio, cancela la "división de poderes" unificando el poder de deliberación y ejecución de las entidades representativas, así fiscalizadas más fácilmente por el control popular.

¹⁴ Marx inició su análisis del bonapartismo de modo sistemático y exhaustivo el mismo 2 de diciembre de 1851, a raíz del golpe de estado de Luis Bonaparte y lo terminó tres meses más tarde en marzo del siguiente año. El primer fruto y de lejos el más célebre, de este esfuerzo fue la obra maestra de análisis histórico y político que es *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Este empresa teórica y política fue culminada veinte años después con otra obra de la misma categoría, *La guerra civil en Francia*. De esta última escribió dos borradores previos que se conservan y demuestran el cuidado que tuvo en la redacción de este texto que fue publicado como una declaración oficial de la Asociación Internacional de los Trabajadores (la llamada Primera Internacional). Entre estos dos textos mayores hay un cúmulo de artículos y cartas que nos dan una idea pormenorizada de la atención e importancia que Marx y Engels le dieron a esta forma de estado que tan decisiva sería en la forja de su teoría política. En especial están las cartas-artículos que Marx mandó durante años al *New York Daily Tribune* y al *Neue Oder-Zeitung* en las que abundan detallados análisis de las altas y bajas del bonapartismo. Hal Draper también cita ampliamente textos sobre el tema de Engels y de la correspondencia entre ambos amigos.

Hoy estos escritos son vistos por muchos historiadores académicos por arriba del hombro. Este no era el caso entre los círculos intelectuales democráticos e incluso no tanto sólo hace unas décadas. Véase por ejemplo lo que el célebre crítico literario norteamericano Edmund Wilson decía de ellos: "estos libros de Marx son una de las producciones cardinales del moderno arte-ciencia de la historia". Citado por Paul Johnson, *Intellectuals*, Nueva York, Perennial Library, Harper & Row Publishers, 1986, p. 258. Octavio Paz era de la misma opinión. Véase su prólogo a *El ogro filantrópico*, *op. cit.*

Marx iba más lejos: la abolición de la división de poderes era una condición para la real democratización del gobierno. En su crítica al fetichismo constitucionalista de “la división de poderes”, refiriéndose a la primera frase de la constitución francesa de 1851 que decía, “la primera condición de un gobierno libre es la división de poderes”, Marx replicaba en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* criticando “el juego de los poderes constitucionales”, como describía Guizot a la refriega parlamentaria entre el poder ejecutivo y el legislativo dentro del marco constitucional: “Por un lado 750 diputados del pueblo, electos por sufragio universal” que constituían una “Asamblea Nacional que disfrutaba de la omnipotencia legislativa en teoría”. Por otro lado “está el presidente con todos los atributos del poder real... con todos los recursos del poder ejecutivo en sus manos... todos los puestos... los funcionarios y oficiales... y las fuerzas armadas” y así por el estilo. “Al presidente se le concede todo el poder y la Asamblea Nacional sólo puede hablar”.¹³ ¿Con cuál fuerza podía controlar y equilibrar la cámara de diputados el poder material enorme a la disposición del ejecutivo?

El ejecutivo se erguía sobre los demás poderes gubernamentales, supeditándolos a sus designios, elevándose como el factor estatal de lejos predominante. Y en este mismo proceso el estado en su conjunto se elevaba también por arriba incluso de la clase dominante. La encarnación de esta superhegemonía era el monstruoso aparato burocrático del estado, civil y militar, administrativo y policiaco.

Esta hipertrofia del aparato estatal elevaba a niveles inauditos el despotismo de los miembros del personal burocrático. Marx diagnosticó e impugnó fuertemente esta tendencia al despotismo burocrático. Por ejemplo, en una comparación entre las burocracias francesa y prusiana, señalaba que el burócrata francés era poderoso durante los momentos en que ejercía su oficio, pero el prusiano lo superó y se volvió aun peor porque sus rasgos paternalistas y de maestro riguroso los llevaba hasta su hogar. Decía Marx:

El despotismo prusiano me confronta ante un funcionario como si fuera un ser superior, santificado. Su carácter de oficial se entreteje

¹³ Carlos Marx, "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, t. I, Moscú, Editorial Progreso, 1971, p. 315.

en él para darle una especie de consagración al estilo de un sacerdote católico. El oficial prusiano siempre es un sacerdote para el prusiano común y corriente [...] Ofender a tal sacerdote, incluso a uno que no esté en funciones, que está lejos de su hogar, que se ha retirado a la vida privada, es equivalente a una profanación [...] Entre más alto esté el oficial, mayor será la profanación. La ofensa más alta contra un sacerdote-del-estado será la ofensa al rey, de leña majestad...¹⁶

Esta autonomización del funcionario-burócrata individual iba a culminar obviamente con el gran caudillo y déspota, nuevo emperador de los franceses y su síndrome se expandiría universalmente hasta llegar a niveles inauditos en los casos de las hipertrofias estatales del siglo veinte.

El diagnóstico de la conducta política de la burguesía va preparando un cuadro desalentador en el que la ideología de los días de fiesta cívicos sólo encubre una realidad sórdida. La democracia no es tan real cuando el estado crece cada vez más, sin control popular, sin control directo incluso de la clase dominante que se conforma con mantener las condiciones más adecuadas para “seguir con sus negocios”, que en su mayor parte son privados.

Draper enfatiza en los abundantes rasgos que Marx señala como factores que impulsan a la burguesía a ser una clase “inepta políticamente”, inclinada a delegar su autoridad política en la burocracia estatal. Por ejemplo señala que, a diferencia de otras clases dominantes que cultivaban primordialmente el ocio, la burguesía es “muy trabajadora”, “trabajando duro para explotar el trabajo productivo de los demás”.¹⁷

Dicha ineptitud se realimenta y en lugar de superarse promueve nuevas necesidades que la profundizan. Por ejemplo, la necesidad de estadistas que tiene la burguesía, la cual en su mayoría está ahogada en el pragmatismo de la vida cotidiana, sin poder apreciar los amplios y extensos horizontes del sistema en su conjunto. Estos rasgos determinan que se vea obligada a recurrir o a aceptar la tutela política de otras capas, especialmente de las clases poseedoras no capitalistas, para

¹⁶ Citado en Hal Draper, *op. cit.*, pp. 317-318.

¹⁷ *Ibidem*, p. 322.

encontrar el personal adecuado para dirigir el aparato estatal: por ejemplo la burguesía británica recurriendo a la alta nobleza terrateniente y la alemana obligada a pactar por temor al proletariado con los *junkers*, los feudales prusianos. Incluso en la mucho más hábil y moderna clase capitalista de Estados Unidos, cuyo personal gobernante ha salido en la mayoría de los casos de sus filas, Draper señala el ejemplo del conflicto entre Herbert Hoover, el clásico *self-made man* industrial californiano batido en toda la línea por el aristócrata descendiente de los barones del valle del Hudson, Franklin D. Roosevelt, en el momento clave de la crisis de los años treinta.¹⁸

EL DESPLIEGUE DE LA TEORÍA

En un famoso pasaje de su texto sobre la caída de Napoleón III escrito en 1871, veinte años después del “dieciocho brumario de Luis Bonaparte”, Marx sintetizó así la naturaleza y funcionamiento esenciales de este régimen:

Si, como decía Thiers, la república parlamentaria era el régimen que “menos les dividía” a las diferentes fracciones de la clase dominante, en cambio abría un abismo entre esta clase y el cuerpo entero de la sociedad situado fuera de sus restringidas filas... Pero esta ininterrumpida cruzada contra las masas productoras, les obliga no sólo a revestir el poder ejecutivo de facultades de represión cada vez más amplias, sino, también, a despojar simultáneamente a su propio baluarte parlamentario (la Asamblea Nacional), uno por uno, de sus propios medios de defensa contra el poder ejecutivo. Hasta que éste, en la persona de Luis Bonaparte, les dio un puntapié... El Imperio, con el golpe de Estado como partida de nacimiento, el sufragio universal como credencial y el sable como cetro, pretendía apoyarse en los campesinos, en aquella gran masa de productores que no se veía directamente envuelta en la lucha entre el capital y el trabajo. So pretexto de salvar a la clase obrera, lo que hizo fue acabar con el parlamentarismo, convirtiendo descaradamente al gobierno en instrumento de

¹⁸ *Ibidem*, p. 326.

las clases poseedoras. So pretexto de salvar a las clases poseedoras, lo que hizo fue mantener en pie su prepotencia económica sobre la clase obrera. Finalmente, so pretexto de unir a todas las clases lo que hizo fue infundir una nueva vida a la quimera de la gloria nacional. En realidad era la única forma de gobierno posible en una época en que ya la burguesía había perdido la capacidad de dominar a la nación sin que la clase obrera hubiera llegado aún a adquirirla.¹⁹

Tenemos aquí una apretada fórmula del bonapartismo que a pesar de lo sencilla que parece es el producto, como dijimos, de una intensa labor de síntesis desplegada por Marx después de un largo, paciente y cuidadoso seguimiento analítico del segundo régimen napoleónico. Desglosaremos a continuación sus ideas ejes:

En primer lugar, está el factor clave del equilibrio social. El bonapartismo responde a una situación social de crisis que al no solucionarse conduce a un equilibrio (aparente, encubierto, transitorio, catastrófico según Gramsci) de la lucha de clases, en especial de su componente fundamental en la sociedad capitalista, el combate que se entabla entre el capital y el trabajo, entre la burguesía y la clase obrera, entre la clase de los capitalistas y sus aliados y los trabajadores asalariados, el proletariado.

El equilibrio bonapartista es el sello indeleble de momentos históricos críticos precisos de la trayectoria de la sociedad burguesa. Se da en situaciones en las que o sus clases se encuentran fatigadas, abrumadas o derrotadas después de gigantescas conmociones revolucionarias, o se encuentran en extrema tensión en el umbral mismo de cambios espectaculares de carácter revolucionario o contrarrevolucionario.

En estudios posteriores, Engels va a extender este enfoque de Marx a la situación política alemana, seguida por ambos con la misma atención que daban a la francesa. Y también en el nuevo proceso, Engels destacará este aspecto clave del sistema de gobierno de Bismarck en Alemania donde estas características de "equilibrio" se

¹⁹ Carlos Marx, "La guerra civil en Francia", en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, t. II, p. 541.

darán aún con más fuerza y contraste pues la clase obrera alemana no se encontraba derrotada y postrada, como había sucedido en Francia a partir de junio de 1848. Decía Engels en uno de sus enfoques sistemáticos del bonapartismo prusiano:

Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa; de la clase, económicamente dominante, que, con la ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante (...) Sin embargo, por excepción hay periodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se hallan la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y la burguesía; y en este caso estuvieron el bonapartismo del Primer Imperio francés y sobre todo del Segundo, valiéndose de los proletarios contra la clase media, y de ésta contra aquéllos. La más reciente producción de esta especie, donde opresores y oprimidos aparecen igualmente ridículos, es el nuevo imperio de la nación bismarckiana: aquí se contrapesa a capitalistas y trabajadores unos con otros; y se les extrae jugo sin distinción en provecho de las junkers prusianos de provincias venidos a menos.²⁰

El “equilibrio” social, por supuesto, tiende a ser transitorio y a desaparecer en la medida en que las condiciones de “normalidad” se recrean de nuevo. Pero este carácter “transitorio” o “provisional” del bonapartismo no debe ser identificado con “brevedad” o “inmediatez”. Los periodos de duración de los regímenes bonapartistas son muy variables, dependiendo de la permanencia de las condiciones sociales que los determinan y producen. En el caso de Luis Bonaparte duró dos décadas, en el caso prusiano de Bismarck se prolongó por más de una

²⁰ Federico Engels, "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado" en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1964, p. 346.

década, pero hay ejemplos históricos de bonapartismo de duración muy breve, incluso de meses.

EL BONAPARTISMO IN EXTREMIS

. 6

La tendencia hacia la autonomización del estado se acelera y fortalece en forma notable. Se desatan los demonios del pretorianismo. Con el bonapartismo el aparato estatal escapa por completo al control directo de la sociedad, incluido el de la clase dominante. Los engaños y guiños de ojo a todas las confundidas y exhaustas clases le permiten al déspota en un primer momento salir adelante sin muchos problemas. Incluso le dan una gran legitimidad, para introducir un término de origen gramsciano. Los millones de votos que eligen y después revalidan la presidencia de la república de Luis Bonaparte, no son meras papeletas que aplastan a los menos de medio millón de votos opositores. Son votos de las grandes masas campesinas que se identifican con "el sobrino de su tío" y anhelan la recuperación de las añejas glorias, son incluso de los trabajadores que castigan con ellos a los "partidarios del orden", los grupos burgueses, tanto liberales como conservadores e incluso, como ya se ha explicado, son también los votos de capas enteras de la burguesía que quieren la restauración de las condiciones óptimas que garanticen su bienestar y su enriquecimiento.

Pero precisamente este proceso combinado que permite, por una parte, la recuperación de la estabilidad y que, por otra, lanza la autonomía estatal a niveles inauditos no puede esconder mucho tiempo la profundísima escisión de la sociedad en la que sobresale por arriba de todos "el monstruo con el cuchillo entre los dientes" (Trotsky *dixit*). Los pobres están ahora más pobres y frente a ellos los ricos se han enriquecido más que antes. Ambos grupos por igual comienzan a rumiar su descontento, por razones opuestas, pero el resultado es que el régimen ve como se recortan rápidamente sus márgenes de maniobra.

Al nivel de las cúpulas gubernamentales el sistema bonapartista encarna en una burocracia privilegiada, corrupta y arbitraria. Aunque el ejército desempeña un pilar fundamental del régimen, la dictadura bonapartista no puede ser considerada estrictamente como militar. El papel del ejército es más bien complicado. En un primer momento

acepta un lugar discreto de garante en “última instancia” del poder y deja que el control represivo lo ejerzan ante todo los diversos cuerpos policíacos que proliferan especialmente durante este régimen. La arbitrariedad policíaca se convierte así, junto con los excesos de corrupción y los privilegios insultantes de los grupos dominantes, en los rasgos típicos de la forma de gobierno específica bonapartista.

A partir de allí se inicia la cuenta regresiva y aparece con más claridad que el alejamiento de la cúpula estatal de la estructura social básica se hace cada vez mayor hasta que se rompe toda vinculación con ella, dejando al desnudo a la camarilla en el poder, necesariamente armada hasta los dientes para mantener su dominación. El ejército entonces vuelve a ocupar el centro de la escena. Es lo que Marx llamó “la dominación de los pretorianos” usando una figura que se vincula directamente con el régimen imperial romano, que acabó siendo el botín de los generales más audaces y pródigos en la premiación de sus bandas de pretorianos.

En 1858, cuando Napoleón III sufrió un atentado, Marx y Engels detectaron la posibilidad de la caída del segundo bonapartismo pues el enfrentamiento del pequeño grupo imperial con toda la nación era evidente. En un raro artículo precisamente titulado *La dominación de los pretorianos* y cuyo original en inglés no se ha reeditado desde que apareció por primera vez en el *New York Daily Tribune*, conociéndose sólo sus versiones alemana y rusa, Marx definió así una situación extrema en la que la autonomización del grupo en el poder se hace absoluta:

Francia se ha convertido en la casa de los pretorianos solamente... Se ha proclamado en los términos más inequívocos la dominación del sable desnudo y Bonaparte quiere que Francia sepa claramente que la dominación imperial descansa no en su voluntad sino en 600,000 bayonetas.²¹

Marx a continuación recuerda el hecho que desde la gran revolución francesa de 1789, Francia había sido gobernada por el

²¹ Hal Draper, *op. cit.*, p. 453-454.

ejército. No en el sentido de que, en última instancia, toda dominación de clase descansa en el ejército. La novedad de la situación francesa era explicada así por Marx:

Sin embargo, si en todas las épocas anteriores la clase dirigente, cuya ascendencia correspondía a un desarrollo específico de la sociedad francesa, basaba su última *ratio* contra sus adversarios en el ejército, no obstante era un interés social específico el que predominaba. Bajo el segundo imperio el interés del ejército es el que predomina. El ejército no está para mantener la dominación de una parte del pueblo sobre otra parte del mismo. El ejército está para mantener su propia dominación, personificada en su propia dinastía, sobre el pueblo francés en general. [...] Está para representar al estado en su antagonismo con la sociedad.²²

Es el fenómeno que Hal Draper califica como “bonapartismo in extremis” y que demuestra que para Marx la relación entre la estructura económica y el estado no era mecánica y unilineal y permitía comprender e integrar dentro de la coherencia de la teoría materialista del estado este caso en que la “independencia estatal” se daba en el sentido más pleno y literal de la palabra, aunque, ciertamente por un periodo más bien breve. El dictador debió religar sus anteriores vínculos con las fracciones burguesas una vez superada la crisis de su régimen.

Este episodio importante de la trayectoria del bonapartismo fue provocado por la erosión de sus fundamentos económicos y sociales. Una fuerte crisis comercial le quitó el tapete a las operaciones especulativas que tanto le redituaron al grupo financiero aliado a Bonaparte. Las clases populares, tanto el campesino tradicionalista, el apoyo social principal del bonapartismo, como el proletariado, éste su enemigo más firme, comenzaban a dar signos de descontento y de movilización.²³

Las situaciones extremas del bonapartismo son excepcionales y no pueden durar mucho tiempo. Napoleón III pudo superar la crisis de

²² *Loc. cit.*

²³ *Ibidem*, p. 459 *passim*.

su imperio de 1858-60 reanudando, en especial, sus relaciones con la burguesía tanto francesa como europea, concediendo demandas políticas (como la apertura del parlamento en 1860) y encontrando espacios para nuevas aventuras militares que le redundarían el apoyo de otras potencias europeas. Una de estas últimas fue precisamente la invasión a México que culminó en la instauración del imperio de Maximiliano y su consecuente desastre.²⁴ La caída del Luis Bonaparte no se dio, por tanto, cuando se instauró el “dominio pretoriano” sino que, comprendiendo que no podía gobernar durablemente por medio del sable desnudo, buscó oxígeno para nuevos alientos que le permitirían extender otra década más su trayectoria bajo la máscara que se conoce como la etapa del “imperio liberal”.²⁵ Todavía la dominación bonapartista se extendería una década más, hasta que se dieran las condiciones que permitirían a las únicas fuerzas capaces de derribar al imperio, las populares, en especial las proletarias, agruparse y madurar en su conciencia revolucionaria.

CAMPESINADO Y BONAPARTISMO

Sediento de apoyo social ante la situación excepcional en que se encuentra (enfrentado a una clase obrera aplastada y arrinconada por la revolución, pero resentida y siempre dispuesta a recuperarse, y a la representación política burguesa que fue desbancada), el régimen no se puede mantener “flotando en el aire”: “el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa una clase, que es además, la más numerosa de la sociedad francesa: *los campesinos parcelarios*”.²⁶

La explicación que da Marx de las razones por las que esta masa mayoritaria del pueblo francés acaba siendo el apoyo clave para el mantenimiento de su dominación social, es una de las argumentaciones

²⁴ Hemos explicado las importantes consecuencias de esta aventura político-militar del expansionismo bonapartista en el ensayo citado “Marx y México. Cuestión nacional y protoimperialismo en América Latina”, *op. cit.*. Entre otras cosas importantes que surgieron de esta aventura y que influyeron ampliamente en Marx y Engels estuvo la resistencia a la intervención francesa encabezada por Juárez. Los dos amigos se convirtieron en Europa en grandes defensores y propagandistas de la lucha republicana mexicana contra Napoleón III.

²⁵ Hal Draper, *op. cit.* p. 460.

²⁶ Carlos Marx, “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”, *op. cit.* p. 312.

de su obra que más polémicas ha levantado. Lo que se podría llamar la sociología marxista del campesinado parte de una constatación que desde entonces ha predominado, ciertamente matizada y perfeccionada por ulteriores investigaciones y experiencias de los continuadores de Marx. Para él, lo fundamental en la definición del papel social del campesinado es su situación material, aislada, localista, familiar y, en gran medida, atrasada. Eran los herederos de las tradiciones, tanto de las arcaicas y religiosas como de las napoleónicas. En tanto espectadores de las luchas que se daban en las ciudades (¡París!), estaban confrontados y presionados para tomar partido con respecto a las clases fundamentales de ellas, por los resultados del desarrollo capitalista e intimidados por las amenazas de una nueva revolución que anunciaban las luchas proletarias. Su identidad no cristalizaba en una conciencia propia sino que se expresaba indirectamente y, por tanto, de manera enajenada, a través de agentes sociales externos, ajenos, diversos a ellos mismos.

Los campesinos son, por tanto, incapaces de hacer valer sus intereses de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad.²⁷

El recurso que hace Marx de factores económicos, sociales e ideológicos para desarrollar su concepción del campesinado lo lleva a introducir en su explicación el elemento de la tradición, mostrando cómo ya desde hace más de un siglo su método consideraba importante lo que hoy se llama "la historia de las mentalidades".

²⁷ *Ibid.*, p. 314. Esta situación del campesinado descrita por Marx ha impulsado a algunos a compararla con el despotismo oriental: "La relación entre los campesinos franceses y Bonaparte es paralela a la que se da entre las comunidades rurales aisladas y el dictador asiático". Víctor M. Pérez-Díaz, *op. cit.* p. 47.

La tradición histórica hizo nacer en el campesino francés su fe milagrosa de que un hombre llamado Napoleón le devolvería todo el esplendor [que las deudas y las hipotecas le habían quitado después de los faustos días napoleónicos]... La idea fija del sobrino se realizó porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa de los franceses.²⁸

Ciertamente en el proceso de desgaste bonapartista se da al mismo tiempo una erosión del apoyo masivo campesino. Además, Marx mismo advierte que el bonapartismo se apoya en los sectores conservadores más atrasados del campesinado y, por supuesto, no representa a sus destacamentos revolucionarios que también existen. Pero, ante la carencia de alternativas por parte de la clase obrera que yace postrada y lame sus heridas, la gran masa rural se convierte en la base social fundamental del bonapartismo.

Como es de comprenderse, este análisis marxista tuvo gran repercusión en la herencia política que dejó a sus sucesores. Sin embargo, al final de su vida, interesado grandemente en la evolución de la sociedad rusa, Marx hizo algunas observaciones que matizaron y relativizaron su visión del campesinado expuesta en sus textos clave sobre el bonapartismo. En especial fue categórico con respecto a un tema básico: el "arcaísmo" colectivista de la comunidad agraria rusa, que no conocía la propiedad privada, no debería ser considerado —como él lo consideró en Europa occidental— como un factor absoluto de atraso. Al contrario, podría ser, en condiciones específicas, una palanca importante para ayudar a Rusia a no atravesar por las horcas caudinas del capitalismo, como lo habían hecho los países de Europa occidental. Marx abrió así una nueva senda de interpretación del campesinado que tendría consecuencias gigantescas en las revoluciones del siglo XX, muchas de ellas encabezadas y dirigidas por marxistas.²⁹

²⁸ *Loc. cit.*

²⁹ Carlos Marx, "Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasulich", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1974, pp. 161-170. En la actualidad uno de los mejores seguidores de esta brecha abierta por Marx es Teodor Shanin. Por ejemplo véanse sus libros *La clase incómoda*, Alianza Editorial Universidad, 1989. o el dedicado explícitamente a rastrear en forma meticulosa los últimos diez años de la vida de Marx que, contrariamente a lo pensado, incluso por sabios marxistas como D.

EL BONAPARTISMO PRUSIANO

A partir de las realidades francesas los acontecimientos de la nación vecina, patria de los dos teóricos revolucionarios exiliados serían mejor comprendidos. Alemania venía atrás de Francia en su curso económico y político. Una burguesía débil despuntó con el siglo, grandemente promovida en particular por Napoleón I, quien con sus métodos belicosos y expansionistas llevó las instituciones de la revolución francesa con las bayonetas de sus ejércitos más allá del hexágono galo, destruyendo en gran medida el *ancien régime* en los territorios vecinos. Alemania, en especial su región más cercana a Francia, la Renania, recibió el fuerte impacto napoleónico e inició velozmente su “modernización”, o sea, su aburguesamiento.

En la revolución de 1848 la burguesía alemana desarrolló una trayectoria política que tuvo como testigos privilegiados a los dos amigos quienes no se limitaron a analizarla teóricamente, sino que también se involucraron prácticamente en el torbellino revolucionario. Así constataron que, a pesar de la tardanza en el cumplimiento de las numerosas tareas democráticas que históricamente le correspondía realizar (unificación de la nación, reforma agraria y eliminación del feudalismo, implantación de la democracia parlamentaria, apertura social en los campos educativos y culturales, etc.), la burguesía alemana se demostraba timorata y débil, en suma, impotente para emprender un curso revolucionario, radical, profundo. Lejos de la audacia desplegada por las burguesías inglesa y, ante todo, francesa, la alemana se comportaba en forma no sólo moderada, incluso cobarde. En lugar de barrer con los sectores reaccionarios, en especial los *junkers* prusianos (la nobleza terrateniente), acabó haciendo un pacto con ellos que significó, entre otras consecuencias portentosas el que estos últimos se quedaran con el poder del estado en sus manos. Su conducta era patéticamente parecida a la de la burguesía francesa... pero de 1848-51

Riazanov, el realizador del primer plan soviético de las obras completas de Marx y Engels, significaron una etapa riquísima y fundamental de su obra, desgraciadamente poco conocida debido muy principalmente a que estos materiales permanecen como borradores, lo que de ninguna forma devalúan su calidad excepcional. Ver *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*. Edición y presentación de Teodor Shanin, Madrid, Editorial Revolución, 1980.

sin haber experimentado los años de lucha que llevaron a ésta, partiendo de 1789 a erigirse como la clase hegemónica de su nación.

Esta actitud conciliadora y negociadora de la burguesía se debía fundamentalmente a que el desarrollo capitalista en Alemania era mayor que en Francia en el siglo XVIII, para no hablar de la Inglaterra de Cromwell y, por tanto, en el proceso revolucionario de 1848 ya no se encontraba sola como clase revolucionaria. A su lado surgía una clase obrera mucho más numerosa y ya atravesada por corrientes revolucionarias socialistas que jamás habían confrontado sus antecesores de Francia o Inglaterra. La burguesía alemana tenía fuertes razones para titubear e incluso para que importantes sectores dentro de ella tuvieran pánico ante el posible desbordamiento revolucionario del proletariado. La historia no se repetía y la clase obrera alemana rápidamente conquistaba un puesto en la lucha revolucionaria, más consecuente que la burguesía, lo cual hacía a ésta aún más tímida.

El resultado posrevolucionario fue que se dieron las condiciones de surgimiento de una situación en la que los rasgos del bonapartismo eran evidentes.

[Se da así] una extensión del concepto original del bonapartismo... Una extensión en la que el bonapartismo no sólo es ampliado en su aplicación sino que eventualmente se convierte en un caso especial de un concepto más amplio.

La aplicación del concepto del estado bonapartista a la Alemania bismarckiana no se dio en forma abrupta y repentina. Este paso fue vislumbrado por Marx al final de los años cincuenta, cuando la monarquía prusiana realizaba ciertos objetivos y aspiraciones de la burguesía al mismo tiempo que excluía firmemente a sus representantes del poder político. En este punto la meta era la unificación de Alemania aunque bajo la hegemonía prusiana... La realización de un objetivo progresista de un modo reaccionario. [Como lo dijo Marx:] “La reacción ejecuta el programa de la revolución. En esta contradicción aparente está la fuerza del napoleonismo [bonapartismo], que todavía se considera hoy el representante de 1789... Ciertamente, este programa de la revolución en

manos de la reacción se convierte en una sátira de los impulsos revolucionarios involucrados y, por tanto, en el arma más mortífera en manos de un enemigo irreconciliable".³⁰

El "equilibrio" bonapartista se dio en Alemania aún más claramente por la presencia combativa de una clase obrera no aplastada. Engels lo expresó así en la *Contribución al problema de la vivienda*:

En Prusia —y Prusia tiene hoy una significación decisiva— existe junto a una nobleza latifundista todavía poderosa, una burguesía relativamente joven y notablemente cobarde que, hasta el presente, no se ha apropiado ni del poder político directo, como en Francia, ni del más o menos indirecto, como en Inglaterra. Pero junto a esta dos clases, hay un proletariado intelectualmente muy desarrollado que crece rápidamente y se organiza cada día más. Encontramos aquí, pues, junto a la condición fundamental de la antigua monarquía absoluta: el equilibrio entre la nobleza terrateniente y la burguesía, la condición fundamental del bonapartismo moderno: el equilibrio entre la burguesía y el proletariado. Pero lo mismo en la antigua monarquía absoluta que en la monarquía bonapartista moderna, el verdadero poder gubernamental se encuentra en manos de una casta particular de oficiales y de funcionarios que en Prusia se recluta en parte entre sus propias filas, en parte entre la pequeña nobleza de mayorazgo, más raramente entre la gran nobleza y en menor medida aun entre la burguesía. La autonomía de esta casta, que parece mantenerse fuera y, por decirlo así, por encima de la sociedad, confiere al Estado un viso de autonomía respecto de la sociedad.³¹

El trabajo de Bismarck se realizaría enmarcado en un pujante y joven capitalismo alemán que buscaba su expansión, primero en los territorios alemanes unificados y, posteriormente, hacia los espacios

³⁰ Hal Draper, *op. cit.* p. 411. El texto de Marx citado es un párrafo del artículo "Ecos de Erfurt", publicado en Londres en 1959.

³¹ Federico Engels, "Contribución al problema de la vivienda", en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, tomo II, p. 369.

geográficos naturales de su entorno en Europa central y balcánica y al oriente hacia las estepas rusas. La burguesía alemana encarnación de un desarrollo espectacular de las fuerzas productivas que pronto la llevarían a disputar a Francia, en la guerra franco-prusiana de 1870-71, la hegemonía sobre Europa continental y después a enfrentarse con Inglaterra para disputarle la hegemonía a nivel mundial, estaba dispuesta a hipotecar su tarea de clase gobernante para dedicarse plenamente a administrar y desarrollar su riqueza económica. El aval que daba a la casta de junkers prusianos para que se encargaran de las tareas del poder político era más castrador aun que la abdicación política forzada que la burguesía francesa debió aceptar en 1851 y el convenenciero pacto de la burguesía inglesa con la nobleza.

Engels no escatimó palabras fuertes para señalar este fenómeno de clara impotencia política de la burguesía prusiana:

La burguesía prusiana no *quiere* el dominio político. Está podrida antes de haber logrado la madurez; sin jamás haber gozado de la dominación política [Draper traduce al inglés este concepto como *political rule*], ha llegado ya a la misma etapa de degeneración que la burguesía francesa logró después de ochenta años de lucha y un periodo de gobierno más largo. *Panem et circenses*, pan y circo —esto era lo que pedían los desmoralizados plebeyos romanos a su emperador; *panem et circenses*, ganancias fáciles y un lujo animal— esto es lo que pide de su emperador no el pueblo prusiano sino la burguesía prusiana. Los plebeyos romanos, junto con su emperador, fueron barridos por los bárbaros germanos; tras la burguesía prusiana se alza amenazadora la figura de los obreros alemanes.³²

Este impetuoso crecimiento del capitalismo alemán bajo la tutela política de Bismarck, conspicuo representante de una capa de origen precapitalista, representaba una forma tremendamente contradictoria de “modernización burguesa”. Era una forma peculiar en que Prusia completaba sus revolución burguesa bajo la batuta de un representante

³² Federico Engels, “La ‘crisis’ en Prusia”, artículo escrito en enero de 1873, publicado en el *Volk Staat*, citado por H. Draper, *op. cit.*, p. 418.

del feudalismo. Pero Engels anotaba el bonapartismo es moderno: “es una forma moderna de Estado que presupone la eliminación del feudalismo”.³³ Bismarck, decía Engels, “realiza la voluntad de la burguesía contra su propia voluntad”, esto es, realizaba lo que la burguesía realmente quería a pesar de que luchó contra él en el conflicto que se presentó con motivo de la promulgación de la constitución alemana, en una clásica relación en donde se da un intercambio de derechos políticos por beneficios económicos. Así, Prusia estaba culminando su revolución burguesa en “la forma agradable de bonapartismo”.³⁴

En la forma de estado que iba surgiendo en Prusia, era fundamental para Bismarck obtener una legitimación nacional, soberana y, en lo posible, popular. De ahí surgió el “constitucionalismo aparente”, el cual es:

Una forma que es tanto la forma actual de descomposición de la antigua monarquía absoluta como la forma de existencia de la monarquía bonapartista. El constitucionalismo aparente de Prusia fue, de 1848 a 1866, la forma que encubrió la lenta descomposición de la monarquía absoluta... El rápido desarrollo de la industria y principalmente de los negocios bursátiles fraudulentos, precipitó a todas las clases dominantes en el torbellino de la especulación. La corrupción en gran escala importada de Francia en 1870 se desarrolla con un ritmo inaudito. Ministros, generales, príncipes y condes compiten en las especulaciones bursátiles con los bolsistas judíos más tramposos, a los cuales reconoce el Estado la igualdad haciéndoles barones al por mayor. Los aristócratas rurales, dedicados desde hace mucho a la industria, como fabricantes de azúcar de remolacha o destiladores de aguardiente, han olvidado desde hace mucho los buenos tiempos de otra época y adornan hoy con sus nombres las listas de directores de toda clase de sociedades por acciones,

³³ Federico Engels, prefacio a "La guerra campesina en Alemania", C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo II, *op. cit.*, p. 176.

³⁴ Citado por H. Draper, *op. cit.*, p. 421.

sean o no respetables. La burocracia, que desdeña cada vez más los desfalcos como único medio de mejorar su sueldo, vuelve la espalda al Estado y se dedica a la caza de puestos más lucrativos en la administración de las empresas industriales; los burócratas que quedan en activo siguen el ejemplo de sus jefes: especulan con las acciones o bien 'participan' en los ferrocarriles, etcétera. Incluso tiene fundamento creer que los tenientes mismos meten sus finas manos en alguna especulación. En suma, la descomposición de todos los elementos del antiguo Estado, la transición de la monarquía a la monarquía bonapartista está en plena marcha, y en la próxima gran crisis industrial y comercial se hundirán no solamente las estafas actuales, sino también el viejo Estado prusiano.³⁵

Por el lado popular, Bismarck también buscaba sus vínculos con sectores proletarios e incluso "socialistas", encontrando también un flanco parecido al que había forjado Napoleón III con los sectores influidos por los saintsimonianos. Hasta en este aspecto había un paralelismo sorprendente en el bonapartismo de los países vecinos.³⁶

Engels consideraba que este "aburguesamiento" creciente de los sectores políticos dominantes no significaba que la burguesía arremetiera y buscara apoderarse directamente del gobierno. Al contrario, su cobardía se incrementaba y así la decadencia de los aparatos estatales conducía a una situación explosiva. El estado bismarckiano enriquecido por el botín de guerra multimillonario conseguido sobre la Francia derrotada, se alzaba aun más autónomo y despótico sobre la sociedad. Engels llegaba a una conclusión contradictoria que acuñó célebremente del siguiente modo: "la particularidad que distingue a la burguesía de todas las demás clases dominantes que la han precedido consiste precisamente en que en su desarrollo existe un punto de viraje tras el cual todo aumento de sus medios de poder y por tanto de sus capitales en primer término, tan sólo

³⁵ Federico Engels, "Contribución al problema de la vivienda", *op. cit.*, pp. 369-370.

³⁶ Hal Draper, *op. cit.*, p. 413, *passim*.

contribuye a hacerla cada vez más incapaz para la dominación política”.³⁷

La orgía bonapartista que se había presenciado durante los anteriores veinte años en Francia se reproducía ampliada a finales del siglo en Alemania.

ELEMENTOS DEL BONAPARTISMO

Hal Draper, basándose en los estudios engelsianos arriba mencionados, en especial en un escrito inédito e inacabado titulado *El papel de la violencia en la historia*, emprende una sintética sistematización de la teoría que se desprende del desarrollo de los enfoques y análisis del bonapartismo elaborados por su amigo y por él mismo.

Estos elementos son los siguientes:³⁸

1. El papel histórico del bonapartismo consiste en la modernización de la sociedad.

La “revolución desde arriba” emprendida por los déspotas de Francia y Alemania, para mayor gloria del modo de producción capitalista en sus respectivos países, era considerada objetivamente como una real transformación de las condiciones sociales para la reproducción del capital. Esta contradictoria empresa que en Alemania fue aun más visible, por la encarnación de este estado “modernizador” en una casta precapitalista dirigida por un conspicuo noble autoritario como Bismarck, debía culminar necesariamente con el desarrollo de las fuerzas productivas que impulsaba en la eliminación de todo resabio feudal precapitalista existente. Como dice Draper:

La revolución desde arriba realizada por un poder estatal autonomizado no fue aceptada por Marx o por Engels como un sustituto progresista de la revolución. Durante los años cincuenta y sesenta del siglo pasado los artículos periodísticos

³⁷ Prefacio a *La guerra campesina en Alemania*, op. cit., p. 171.

³⁸ *Ibidem*, p.420 *passim*.

de Marx incluyeron siempre una denuncia y una impugnación sonoras y tajantes contra los regímenes bonapartistas que nunca fueron rebasadas o negadas en ninguno de sus otros escritos. El papel objetivo histórico de estos regímenes era un hecho que tenía que ser aceptado; pero también debería aceptarse el hecho de que era 'el arma más mortífera en manos de un enemigo irreconciliable'. El primer hecho dependía de un análisis social, a saber, una determinación científica de la realidad misma; el segundo, en una toma de posición social, a saber, una elección partidaria en una lucha de clases.³⁹

2. La burguesía intercambia sus derechos y poder políticos por la garantía de la expansión económica.
3. El estado bonapartista se ve obligado a realizar los intereses de la clase incluso en oposición a la propia clase o sus sectores menos avanzados.
4. El bonapartismo es una forma de estado que no depende de las cualidades personales del dictador en el poder.

Ciertamente los análisis de Marx sobre Luis Napoleón Bonaparte incluyen no pocos pasajes en los cuales se concentra en la personalidad del principal protagonista de este drama histórico. Esta es una demostración evidente de que el papel del individuo en la historia no es subestimado o marginado por el análisis marxista. Igualmente en los escritos de Engels sobre Bismarck abundan los pasajes en los cuales se refiere a su individualidad. Por ejemplo, en un ocasión se refiere a Bismarck del siguiente modo: "como Luis Napoleón, Bismarck es un hombre con una cabeza muy práctica y muy astuto, un nato y hábil hombre de negocios que en otras circunstancias hubiera rivalizado con los Vanderbilts y los Jay Goulds en la bolsa de Nueva York".⁴⁰

Sin embargo, tanto Luis Bonaparte como Otto Bismarck eran identificados por las burguesías de sus respectivos países como el modelo mismo de los hombres destinados a actuar y realizar sus

³⁹ Hal Draper, *ibidem*, p.414.

⁴⁰ Citado por H. Draper, *ibidem*, pp. 423-424.

ideales, ciertamente no de gran visión histórica, pero que correspondían puntualmente a sus necesidades.

5. El meollo del bonapartismo es la autonomización del poder del estado con respecto a todas las clases, incluyendo las clases dominantes.

El meollo del bonapartismo era la utilización de esta condición [la existencia del equilibrio entre diversas clases] para maximizar la posición autónoma del estado con respecto a las clases... Una autonomización organizada bajo el 'dominio personal de un solo hombre', siendo tal solo hombre un individuo que no funciona como el presidente de *ningún* 'comité ejecutivo' de clase.⁴¹

6. Sin embargo, el resultado objetivo histórico es una transformación social, 'una revolución desde arriba'.

La revolución inevitable, imposibilitada de acceder por sus canales naturales, se encauza de la forma más reaccionaria posible.

EL BONAPARTISMO "PROGRESIVO"

Por último, debemos mencionar un hecho excéntrico y marginal pero significativo del uso del concepto del bonapartismo en Marx en 1858. En la breve investigación sobre la independencia latinoamericana con motivo del encargo de la *New American Cyclopaedia* de un artículo sobre Simón Bolívar, Marx se acercó a la historia de las recién emancipadas naciones y vio en el último el embrión del tipo clásico de dictador latinoamericano que, en efecto, después plagaría al subcontinente.

Bolívar, Simón, el "libertador" de Colombia, como la mayoría de sus compatriotas, era incapaz de todo esfuerzo de largo aliento, y su dictadura resultó pronto una anarquía militar (...) Durante las campañas contra los españoles en el Bajo y el Alto Perú (1823-1824) Bolívar ya no consideró necesario representar el papel de comandante en jefe, sino que delegó en

⁴¹ H, Draper, *ibidem*, p. 426.

el general Sucre la conducción de la cosa militar y restringió sus actividades a las entradas triunfales, los manifiestos y las proclamas de constituciones (...) En Bolivia, Bolívar manifestó plenamente su propensión al poder arbitrario implantando el “Código Bolivariano”, imitación del “Code Napoleon”.⁴²

Y para que no quedara duda, cuando se refiere a Kossuth, un líder nacionalista húngaro de la mitad del siglo XIX, en el libro que escribió específicamente en 1858 para rechazar los cargos de que era un agente bonapartista, Marx se permite, no casualmente, introducir su tema sobre el primero con el siguiente párrafo: “La fantasía del pueblo, creadora de mitos, en todos los tiempos, se ha manifestado en la invención de «grandes hombres». El mejor ejemplo de esta índole no admite discusión: *Simón Bolívar*”.⁴³

Así pues, Marx identificaba como “bonapartistas” a los caudillos nacionales que, según él, se aprovechaban para sus fines personales el movimiento que encabezaban. Draper lo califica como el bonapartismo “progresista”, posiblemente siguiendo a Gramsci quien al hacer en sus *Notas sobre Maquiavelo* la diferencia entre el bonapartismo de Napoleón I y el de su sobrino, calificó así al primero e implícitamente de reaccionario al segundo. Por supuesto, en el caso de Bolívar, el juicio de Marx no se apoyaba en un conocimiento preciso de la situación concreta de la guerra de independencia latinoamericana. Estas opiniones de Marx han sido motivo de interesantes polémicas entre los marxistas, en especial, de los países involucrados, como México. Por nuestros propósitos no podemos abundar en ellas. Baste, por el momento, repetir lo que dijimos cuando sí echamos nuestro cuarto de espadas en las mismas:

No podemos dejar de apreciar, a estas alturas, la perspicacia de estos análisis de Marx. Ciertamente, hay en ellos un gran desconocimiento de la historia concreta de nuestros países,

⁴² “Bolívar y Ponte” en Karl Marx y Friedrich Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, p. 103.

⁴³ *El señor Vogt [Herr Vogt]*, México, Juan Pablos Editor, 1979, p.477. Es Marx quien subraya con cursivas el nombre de Bolívar.

pero en cambio no es posible subestimar la poderosa intuición de un ojo avizor que ve en las raquíticas sociedades latinoamericanas las presas fáciles de todos los autoritarismos, comenzando con el bonapartista.⁴⁴

LA ORGÍA BONAPARTISTA

La elaboración teórica sobre el bonapartismo de Marx y Engels sorprende por su actualidad. ¿Sería posible encontrar en estos años finales del siglo XX textos políticos escritos hace más de cien años que tuvieran tanta actualidad como los que hemos citado a lo largo de este capítulo, en especial la enorme vigencia de los rasgos represivos, de impunidad y corrupción que son la personificación viva de este tipo de régimen autoritario y cínico? No nos enfrentamos ante características “generales” de todos los estados. Los clásicos regímenes democrático burgueses típicamente representados por los gobiernos de los países anglosajones, velan su mecanismo interno con una ideología y una práctica liberales hipócritas y oportunistas. Aunque en su actual decadencia comienzan a surgir también en ellos los embriones de la putrefacción burocrática. Pero los regímenes bonapartistas aparecen de modo descarado grosera y grotescamente corruptos y venales, despóticos y mentirosos, llevando su cinismo a tal grado de darse aires de pureza constitucional.

La ofensiva ideológica antimarxista reinante en las instituciones académicas y culturales en general no puede impedir, sin embargo, que ante el autoritarismo estatal en aumento y la decadencia reinante en las estructuras gobernantes de *todos* los países, suenen como escritas en estos tiempos las terribles palabras con que Marx describía los días finales del imperio napoleónico en vísperas de la revolución proletaria que culminó en el asalto al cielo de los comuneros de París en 1871.

⁴⁴ Manuel Aguilar Mora, *Marx y México*, *op. cit.*, p.55. También Hal Draper, *op. cit.*, t. I, p.438. Pedro Juan Rúa es quien ha escrito la versión marxista latinoamericana más profunda de este desencuentro de Marx con América Latina, véase su libro *Bolívar ante Marx y otros ensayos*, San Juan, Ediciones Huracán, Inc., 1978. José Aricó, igualmente, comenta y evalúa con amplitud este episodio excéntrico pero significativo de los pocos merodeos de Marx por América Latina en su libro *Marx y América Latina*, México Alianza Editorial, 1982, p.339 *passim*.

El mundo entero aclamaba al Imperio como el salvador de sociedad. Bajo su dominación, adquirió la burguesía, desembarazada de todo cuidado político, un desarrollo que ni ella misma podría sospechar. Su comercio y su industria cobraron inmensas proporciones, el *agiotage* financiero festejaba orgías cosmopolitas, la miseria de las masas contrastaba fuertemente con la descarada ostentación de un lujo brillante, recargado y que apestaba a encanallamiento. El Estado, que en apariencia se hallaba por encima de la sociedad, era en realidad el más escandaloso de sus escándalos y, al mismo tiempo, la matriz de toda su putrefacción. Su propia corrupción y la de la sociedad salvada por él fueron puestas al descubierto por las bayonetas de Prusia que, a su vez, ardía en deseos de desplazar el centro de gravedad de ese régimen de París a Berlín.⁴⁵

Ciertamente es necesaria una mediación teórica que adecue las definiciones anteriores a los cambios habidos en el periodo de más de un siglo que ha transcurrido entre su primera formulación y su actual utilización. Es lo que han efectuado sus seguidores más brillantes, en especial León Trotsky, quien realizó indudablemente la aplicación más fructífera de ese concepto a la experiencia de nuestro siglo que agoniza. Él mismo lo dijo textualmente en su importante ensayo escrito en 1935, sin embargo, muy poco conocido en comparación a otras de sus obras, titulado “El estado obrero, termidor y bonapartismo”, en el cual precisamente realizó una de las aplicaciones más originales y de mayores consecuencias que haría del citado concepto a la degeneración del estado soviético que se desarrollaba en forma acelerada ante sus ojos:

La idea de bonapartismo, demasiado vasta, exige concreciones. En estos últimos años, hemos dado ese nombre a los gobiernos capitalistas que, al explotar el antagonismo de los campos proletario y fascista y al apoyarse inmediatamente en el aparato militar y policial, se elevan por encima del parlamento y de la democracia, como salvadores de “la unidad

⁴⁵ Carlos Marx, “La guerra civil en Francia”, *op. cit.*, p. 320.

nacional". Siempre hemos distinguido estrictamente ese bonapartismo decadente del bonapartismo joven, ofensivo, que no solamente fue el enterrador de los principios políticos de la revolución burguesa, sino además el guardián de sus conquistas sociales. Hemos dado a esos dos fenómenos el mismo nombre, porque tienen rasgos comunes: en el viejo se puede reconocer al joven a pesar de la obra inclemente de los años.

Comparamos, por supuesto, el bonapartismo actual del Kremlin con el bonapartismo de la ascensión burguesa y no de la declinación: con el Consulado y con el Primer Imperio y no con Napoleón III y todavía menos con Schleicher o con Doumergue. Para ser tal analogía no hay necesidad de atribuir a Stalin los rasgos de Napoleón I; cuando las condiciones sociales lo exigen el bonapartismo puede formarse alrededor de ejes de calibre muy diferente.

Desde el punto de vista que nos interesa, la diferencia de las bases sociales de los dos bonapartismos, de origen jacobino y de origen soviético, es mucho más importante. En un caso, se trata de la consolidación de la revolución burguesa por el camino de la liquidación de sus principios y de sus instituciones políticas. En el otro, se trata de la consolidación de la revolución obrera y campesina por el camino del aniquilamiento de su programa internacional, de su partido dirigente, de sus soviets.⁴⁶

Hemos hecho este desacato a la buena tradición de la redacción, consistente en citar los textos más breves posibles, debido a la importancia de las concepciones planteadas por Trotsky en este ensayo pionero. En él, el autor iniciaba un pensamiento teórico que lo conduciría un año más tarde, es decir, en 1936, a exponer en su obra *La revolución traicionada*, la necesidad de una nueva revolución en la Unión Soviética para derrocar a la burocracia encabezada por el nuevo

⁴⁶ Trotsky: *teoría y práctica de la revolución permanente*, antología de escritos compilada, anotada y con una introducción de Ernest Mandel, Biblioteca del pensamiento socialista, México, Siglo XXI Editores, 1983, p. 221.

bonaparte Stalin. Simplemente hay que considerar que esta interpretación pionera de Trotsky desconcertó incluso a muchos de sus seguidores, por ejemplo, a uno de los más brillantes de éstos, Isaac Deustcher, quien siempre tuvo dudas sobre las posibilidades de la realización de la "revolución política" como la única solución para la regeneración socialista de la Unión Soviética. La tragedia de estos años finiseculares que son los del desmoronamiento de la Unión Soviética y del triunfo de las camarillas ex soviéticas restauracionistas más reaccionarias (Yeltsin y sus inevitables sucesores), es una ratificación sombría de los peores presentimientos de Trotsky cuando advertía que la burocracia stalinista era el preámbulo de una restauración capitalista si antes no era barrida por una revolución política que instaurara un régimen democrático verdaderamente digno del nombre socialista. Tragedia que se profundiza aún más si consideramos que después de esas líneas de Trotsky, la historia presenció una proliferación de las burocracias de matriz stalinista en Europa oriental, en la República Popular China y en otros países. En todas ellas, sean croatas o chinas, serbias o polacas, eslovenas o ucranianas, georgianas o letonas el virus bonapartista estaba presente con su cauda de consecuencias terribles y nefastas para el movimiento democrático, proletario, popular y socialista de esos países y del mundo entero.

Pero Marx mismo no podía saber ni imaginar que ese cáncer del poder que detectó tan bien en el régimen bonapartista, primero en la experiencia francesa y después cuando fue trasladado a punta de bayonetas de París a Berlín, tenía un destino histórico de carácter planetario. Literalmente, a partir de entonces, la experiencia bonapartista se volvió una de las pesadillas características del siglo XX.⁴⁷ Esto es lo que aprecia Maximilien Rubel, profundo y erudito

⁴⁷ En cierta historiografía francesa y de otras nacionalidades el bonapartismo nació con Napoleón I y murió con Napoleón III y aunque se oyen ecos de la "idea imperial" en el siglo XX (por ejemplo con De Gaulle), se considera que el fenómeno es esencialmente decimonónico. Véase sobre el particular a Frederic Bluche, autor de un librito más o menos intranscendente sobre el tema, quien escribe: "En realidad, junto con el siglo XIX se extinguió una corriente fundamental de la vida política francesa que nació con ese siglo y que murió por no haber permanecido fiel a sus orígenes revolucionarios. Rechazado hacia la derecha, el bonapartismo no tenía realmente lugar en las nuevas generaciones de la derecha conservadora nacionalista". *El bonapartismo*, México, colección Breviarios, Fondo de

investigador de la obra de Marx, en especial de su vertiente política y sociológica y cuyos trabajos destacan como pioneros en el señalamiento de la importancia que reviste el concepto de *bonapartismo* en Marx. Como hemos ya mencionado (véase la nota 13 de este capítulo), Rubel fue el autor de un precursor libro sobre el bonapartismo en Marx publicado a principios de los años sesenta. En él, sin embargo, su conclusión era negativa en lo que concernía a la existencia de una teoría del bonapartismo en Marx. Casi tres décadas después cambió drásticamente de opinión:

Fue precisamente al escrutar las perspectivas racionales y los modos de aplicación histórica del sufragio universal como Marx logró desentrañar teóricamente el fenómeno mayor del ciclo revolucionario iniciado en 1789, esto es, el "*bonapartismo*".⁴⁸

Estudiándolo en sus obras políticas mayores pudo apreciar como ese proceso de concentración de poder correspondía del todo con otro proceso paralelo, éste de riqueza económica, analizado en *El capital*. Para Rubel esos dos procesos, "la ley económica del movimiento de la sociedad moderna" y su corolario, "la ley de la oligarquía", están espléndidamente expresados en el penúltimo capítulo (que Rubel ha siempre argumentado que en realidad es el último) del primer volumen del *Capital*, "La llamada acumulación originaria".

Rubel, igual que Trotsky, no puede dejar de reconocer la vigencia del enfoque de Marx para los fenómenos políticos que se han expandido mundialmente en este siglo. En su época Marx rastreó históricamente y analizó *in situ* los casos sobresalientes en que el poder absoluto se imponía si no en forma "totalitaria", término demasiado abusivo, sí de manera antidemocrática, autoritaria y dictatorial: el zarismo ruso, el absolutismo prusiano y el bonapartismo francés. "De estas tres denominaciones políticas, la que convendría perfectamente para

Cultura Económica, 1984, p. 181. Para este tipo de autores es incompresible la impresionante actualidad del síndrome bonapartista que se expresa en las situaciones políticas de numerosos países y que ha dado lugar a una vasta literatura marxista sobre la cuestión.

⁴⁸ "Marx penseur du politique", *op. cit.*, p. 6.

designar e ilustrar la estructura sociológica del conjunto de estados existentes en la *era atómica* nos parece ser el mencionado al final: *bonapartismo*. Aunque no fuera por razones históricas, los otros dos términos han perdido su actualidad [...] dejando como herencia precisamente una institución congénita, la peste de nuestro tiempo: *el estado total* llamado «soberano», al cual se le podía aplicar, *mutatis mutandis* y sin afán de profanar una de las más bellas «proposiciones» spinozistas (*omnia animata quamvis diversi gradibus*): *todos los estados son «bonapartistas», bien que en grados diferentes.*⁴⁹

El terso pero profundo talante del discurso teórico-político de Marx y Engels ha sido continuado por algunos de sus más brillantes seguidores. Sin embargo, la abrumadora mayoría de los textos sobre el estado que se han escrito siguiendo su inspiración carecen de esa frescura. Este es un rasgo muy evidente cuando nos trasladamos al campo de estudio del estado de los países del “tercer mundo”, de “la periferia capitalista”. Reina aquí la truculencia, el afán de innovar pero con una visión confusa consecuencia del despliegue de un teori-cismo exagerado no precisamente fiel a la segunda tesis de Feuerbach: “El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*”. Tilman Evers en su por otra parte documentadísimo libro (su bibliografía incluye más de 400 títulos) llegó a la conclusión de que “todavía no hay una teoría del estado del subdesarrollo”.⁵⁰ Realmente es legítimo preguntarse ¿entonces para qué sirve tanta sabiduría si las preguntas clave que se han hecho no se responden? El ejemplo de los clásicos y sus mejores seguidores nos señalan otro camino a la vez más profundo y más claro.

Las palabras sintetizadoras de Engels en una carta dirigida a su amigo son las adecuadas para dar la justa conclusión a este capítulo:

[...] el bonapartismo es, en efecto, la verdadera religión de la burguesía moderna. Cada vez se me revela más claramente que la burguesía no está hecha para dominar por sí misma, y que por tanto, allí donde una oligarquía no puede asumir la guía del estado y de la sociedad en interés de la burguesía, a cambio

⁴⁹ *Ibid.* p. 15.

⁵⁰ *El estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI Editores, 1979, p. 7 *passim*.

de una buena paga, como aquí en Inglaterra, una semidictadura bonapartista es la forma normal [de gobierno]; ésta realiza los grandes intereses materiales de la burguesía, incluso contra la burguesía misma, pero no le deja ninguna participación en el poder. Por lo demás, esta dictadura, a su vez, se ve constreñida, a adoptar estos intereses materiales de la burguesía.⁵¹

Claridad y profundidad al mismo tiempo, cualidades hoy cruciales para desenmarañar los enigmas de estos años confusos y truculentos.

⁵¹ Federico Engels, citado por Hal. Draper, *op. cit.* p. 423. Extracto de una carta dirigida a Marx el 13 de abril de 1966.

V. TROTSKY Y EL BONAPARTISMO MEXICANO

*El gobierno es el árbitro
y el regulador de la vida social.*

Lázaro Cárdenas

ACTUALIZACIÓN DEL BONAPARTISMO

Lejos de abandonar estas concepciones de la expresión bonapartista del poder burgués, Marx y Engels las ampliaron y enriquecieron substancialmente, transmitiendo a sus seguidores un legado teórico que tendría un truculento destino político en el siglo XX, cuando el sistema capitalista a nivel mundial se adentraría en sus espasmos de decadencia. Su uso se ampliaría a otros países más allá de los analizados por Marx y Engels. Los bolcheviques lo aplicaron a Rusia para caracterizar al gobierno de Kerensky, Gramsci lo enraizó en el seno del movimiento obrero de Italia y lo denominó cesarismo, siguiendo una tradición nacional clásica muy popular. Se expandió su utilización a países no europeos como China y durante la larga crisis de la república de Weimar los diversos y brillantes teóricos marxistas alemanes se valieron de él para definir al fascismo (como Thalheimer) y a los diversos gobiernos prefascistas.¹

Pero fue indudablemente León Trotsky quien logró acuerpar el más amplio y profundo conjunto de apreciaciones y variaciones de la teoría del bonapartismo en esa primera mitad del siglo XX, debido a su privilegiada posición tanto como el crítico más firme del proceso de burocratización de la Unión Soviética que como el convocante y fundador de un nuevo movimiento comunista internacionalista.

Sus escritos políticos incluyen diversas aportaciones y enriquecimientos de la teoría del bonapartismo. En su análisis de la revolución rusa detecta el síndrome bonapartista como proyecto

¹ Para una síntesis teórica e histórica de este desarrollo del concepto del bonapartismo remito a mi libro *El bonapartismo mexicano, op. cit.*, capítulo 1, vol. 1 y a Mauro Volpi, "El bonapartismo: historia, análisis y teoría", en *Criticas de la economía política*, edición latinoamericana, núms. 34-35, México, 1985.

abortado en el kerenskismo.² Después en su minucioso estudio histórico y político de la burocratización soviética aplica las categorías de termidor y bonapartismo a las diversas etapas de la degeneración stalinista de la revolución. En su análisis del ascenso del fascismo aplica igualmente la categoría para definir los gobiernos de Brüning y Papen, antecesores directos de Hitler, en Alemania y al gobierno de Doumerge previo a la instauración del gobierno del frente popular en Francia, a los que llama “bonapartistas seniles” correspondientes al desarrollo de los capitalismo tardíos de esos países.³

Pero el interés y la historia particular de su vida, no iban a limitar a Trotsky al estudio de los países europeos. Fue el primero de los teóricos marxistas clásicos que incursionó no simplemente de pasada, sino profundizando en la política de algunas naciones dependientes y atrasadas. Trotsky concluyó que también a las condiciones políticas de éstos era necesario y posible aplicar el concepto de bonapartismo, considerado explícitamente por él como uno de carácter general, constituyente de la teoría política con el mismo estatuto que los conceptos de democracia, dictadura o fascismo. Destaca así el uso que hace del bonapartismo en sus análisis de la China nacionalista de Chiang Kai-shek y, por supuesto, del gobierno de Cárdenas en México, al cual tuvo la oportunidad de apreciar de modo directo durante su último exilio en nuestro país.

TROTSKY Y MÉXICO

Cuando el presidente Lázaro Cárdenas concedió asilo a León Trotsky y a su esposa Natalia Sedova en diciembre de 1936, el perseguido viejo revolucionario ruso se encontraba arrinconado ante la persecución internacional de que era objeto por parte de Stalin y los suyos. Sólo unas semanas antes se habían iniciado los infames “procesos de Moscú”, juicios amañados por Stalin en los que se culpaba a las diversas oposiciones dentro del Partido Comunista de la URSS de los

² León Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, t. 2, capítulo V, “Kerensky y Kornilov. Elementos de bonapartismo en la revolución rusa”, México, Juan Pablos Editor, 1976.

³ Sobre el desarrollo del concepto del bonapartismo en Trotsky, véase *El bonapartismo mexicano*, *op. cit.*, t. 1, capítulo 1.

desastres económicos soviéticos y en los que Trotsky figuraba en primerísimo lugar como el principal acusado de instigar y organizar una supuesta campaña “antisoviética” de sabotaje. Por su parte los gobiernos burgueses europeos se negaban a concederle refugio como asilado político. De los gobernantes fascistas era comprensible que se negaran a dar refugio a la encarnación viviente de la “revolución permanente” pues para ellos estaba todavía muy fresco el recuerdo de la revolución de los trabajadores rusos que los bolcheviques habían dirigido en 1917, con Lenin y Trotsky a la cabeza. Pero más difícil era justificar la actitud de los “gobiernos democráticos”, como el de Inglaterra, que se rehusaron a darle al marxista “totalitario” una lección de democracia y le negaron el asilo requerido. Y aquellos que forzosamente lo hicieron, como el francés y el noruego, se lo habían retirado cediendo ante las presiones de los stalinistas y de los sectores de derecha. Se encontraba “en el planeta sin visa” para usar la célebre frase acuñada por él mismo.

El gobierno socialdemócrata noruego, renegando de su primera intención al concederle asilo al viejo luchador, había decretado prácticamente su detención, con su casa como cárcel, mientras encontraba un país que lo aceptara como refugiado. Así se encontraba Trotsky cuando se enteró que sus amigos de México y de Estados Unidos habían logrado que el gobierno de Lázaro Cárdenas le concediera el tan anhelado asilo político.

Trotsky y su compañera Natalia llegaron en enero de 1937 al puerto de Tampico, donde los esperaban funcionarios del gobierno mexicano y un grupo de sus amigos y correligionarios encabezados por Max Schachtman y George Novack de Estados Unidos y Frida Kahlo, en representación de Diego Rivera, quien había sido la pieza clave para lograr que Cárdenas les concediera el asilo. Muy diverso se anunciaba desde el primer momento el exilio mexicano a los anteriores europeos. Para Trotsky y Natalia la diferencia fue radical desde que subieron al tren presidencial “Miguel Hidalgo”, enviado especialmente por su nuevo anfitrión para que los trasladara a la ciudad de México. Iniciaban su último exilio que durante los tres años y medio siguientes pondría a Trotsky en contacto directo con un país cuya sociedad y política le

permitiría apreciar de primera mano los problemas del atraso y la opresión imperialista. Se dio así una de esas oportunidades estelares de la historia de México en las que su destino histórico, colocado en uno de sus momentos contemporáneos clave, cruzó con la biografía de una de las mentes y voluntades revolucionarias sobresalientes del siglo XX. Las trayectorias políticas de ambos protagonistas se enriquecieron.⁴

Las condiciones de la época oscurecieron muchos de los acervos de esta conjunción excepcional para el país y para el personaje revolucionario ruso. No por azar, finalmente, a pesar del amistoso recibimiento por parte del gobierno de Cárdenas y de la protección que disfrutó durante su estancia, el poderoso brazo asesino stalinista lo alcanzó, asestándole su golpe mortal, en la vieja casona de la calle Viena en Coyoacán. En 1940 los revolucionarios nadaban contra la corriente en un periodo en donde la embestida contrarrevolucionaria parecía arrolladora.

Los stalinistas, dueños del arte de la usurpación política, de nuevo aprovecharon las condiciones para aparecer como los depositarios de victorias inauditas: primero en la URSS contra los trabajadores soviéticos y, poco después, en 1945, contra los poderosos enemigos externos imperialistas, encabezados por Hitler. Sólo muy pocos sabían lo que el propio Trotsky había pronosticado desde 1933, a partir de la llegada de Hitler al poder, que las estrellas de la reacción que a su manera específica representaban tanto Stalin como Hitler eran gemelas, que juntas habían ascendido y juntas caerían.⁵

La caída del stalinismo, precisamente por la colosal acumulación de poder que llegó a expresarse en la burocracia soviética, fue mucho más lenta y complicada que la de Hitler y el hitlerismo. Pero sólo tres

⁴ Olívia Gall, *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940*, México, Ediciones Era, 1991. Este es el recuento más completo del impacto de Trotsky en la política mexicana durante su último exilio en nuestro país. También recomendable es el libro de Arturo Anguiano, Guadalupe Pacheco y Rogelio Vizcaino, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, México, Juan Pablos Editor, 1985, con atención particular a tres entrevistas con José Revueltas, Valentín Campa y Miguel Ángel Velasco.

⁵ "Si Stalin sobrevive a Hitler, no será por mucho tiempo. Las estrellas gemelas caerán del cielo". León Trotsky, *Writings (1939-40)*, New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1973, pág. 122.

años después de la muerte del poderoso dictador, sus propios cómplices se aprestaban a defenestrar su memoria. Nikita Jruschov inició esta “desestalinización” desde la cúspide con su famoso “discurso secreto” en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956. La truculencia de la desestalinización se prolongó durante tres décadas hasta que en 1985, con la llegada de Gorbachov y su política de la perestroika se le dio la puntilla final al stalinismo.

En este fin de siglo, cara al ya inminente nuevo siglo XXI ¿qué queda de la mitología stalinista del “socialismo en un solo país”, de los poderosos partidos comunistas y los no menos poderosos sindicatos bajo su influencia, de ese enorme movimiento mundial de masas que respondía a los dictados burocráticos de Moscú? La crisis de la burocracia soviética llegó hasta el delirio en 1991 y produjo la desaparición de la Unión Soviética, cuyos despojos en la actualidad se debaten en el proceso de descomposición llamado de “restauración capitalista” que sólo sufrimientos y tragedias depara a las poblaciones de estos países, que se mantienen todavía en esa situación transitoria en que no son ya capitalistas pero no son todavía socialistas.

Otro muy diverso es el curso de las ideas de Trotsky y el movimiento fundado por él. Más de cincuenta años después del pioletazo mortal del sicario stalinista sobre el cerebro de Trotsky, sus ideas comienzan a tener un curso que las lleva más allá de los pequeños grupos que constituyeron durante décadas el movimiento de la Cuarta Internacional. Este es también el caso de sus ideas sobre México.

La estancia de Trotsky en México fue “reveladora en dos sentidos: por su presencia dentro del contexto mexicano específico de la época y por su participación indirecta, es decir, su reflexión política acerca de este contexto”.⁶

El impacto de la presencia de Trotsky en México precipitó las más diversas reacciones. Todas las fuerzas políticas organizadas participaron y se pronunciaron en pro o en contra de su presencia en el país. Fuerzas de derecha y de extrema derecha, fuerzas de izquierda y de izquierda radical y fuerzas dentro del propio gobierno, todas ellas definieron sus

⁶ Olivia Gall, *op. cit.*, pág. 344.

posiciones y objetivos con motivo de la querrela política que desató la presencia del viejo revolucionario ruso en el país.

Para nuestros fines nos interesa en particular uno de los aspectos de la reflexión de Trotsky sobre la revolución y la política en México. Nos referimos a sus consideraciones sobre el poder estatal en la época de Cárdenas.

TROTSKY Y CÁRDENAS

Trotsky tuvo un gran aprecio, obviamente, hacia Cárdenas desde el primer momento en que piso suelo mexicano. Apreció profundamente la oportunidad que le dio para asilarse en México. Como para tantos otros asilados europeos su refugio también fue “bien temperado” aunque él, a diferencia de la mayoría de esos refugiados (españoles, alemanes, franceses, italianos) que huían del fascismo, era víctima igualmente de la persecución stalinista.

Sin embargo, durante su estancia nunca se reunió con él. Ante la oleada que se desataría un año más tarde con motivo de la expropiación petrolera ejecutada por el gobierno cardenista, la prensa reaccionaria y diversos políticos imperialistas le atribuyeron ser él el cerebro tras el presidente de México. El viejo bolchevique siempre negó cualquier relación, aparte de los asuntos relacionados con la concesión de asilo, con Cárdenas: “Nunca he tenido el honor de reunirme o de hablar con él. No he mantenido ninguna relación de correspondencia con él [...] No he estado ni estoy ahora en relación directa o indirecta con ningún funcionario de su gobierno”.⁸

⁷ Así definen las historiadoras Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero el exilio de los refugiados germanoparlantes que huían del fascismo hitleriano provenientes de Alemania, Austria y Checoslovaquia en su libro *México, el exilio bien temperado*, México, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicano, A.C., 1995. “Bien temperado” fue también la definición del exilio de otros refugiados del fascismo y, en general, de todos los extranjeros que recibían la tradicional hospitalidad del pueblo mexicano que hoy pertenece al pasado debido a que en las últimas fechas los gobiernos neoliberales han abandonado esta bella actitud humana.

⁸ León Trotsky, “Answers to the Lies of the New York Daily News”, *Writings (1938-39)*, New York, Pathfinder Press Inc., 1974, pág. 159.

Pero por una combinación de razones (entre las cuales podemos destacar la urgencia de responder a los procesos amañados de Stalin, la necesidad de cumplir la condición de que como exiliado no debía involucrarse en la política mexicana y su escasísimo conocimiento del país) pasó más de un año antes de que se despertara en él el interés para iniciar un análisis profundo del régimen cardenista. Fue la expropiación petrolera el acontecimiento que desató en el dirigente bolchevique ese interés lo cual lo llevó por senderos inéditos en su trayectoria teórica y política.⁹

La reacción de los propios imperialistas, en especial de los más afectados por la expropiación del gobierno de Cárdenas, los ingleses, determinó que Trotsky entrara a la palestra de la polémica internacional sobre México. Como se dijo, voceros europeos (en especial franceses) e incluso norteamericanos insinuaron que Trotsky estaba tras de la acción nacionalizadora de Cárdenas. Su respuesta fue contundente y en ella denunció la maniobra imperialista tradicional de tratar de “asestarle un duro golpe al amor propio nacional de México” pretendiendo hacer pasar a los dirigentes mexicanos como incapaces de determinar su propio camino. Y sin dar cuartel añadía refiriéndose a esa prepotencia imperialista como “¡Innoble y despreciable psicología la de los herederos de los esclavistas!”¹⁰

Los imperialistas británicos, fieles a su tradicional defensa de las causas reaccionarias (como cuando defendieron a los esclavistas sureños contra las fuerzas norteamericanas que limpiaban el terreno para el libre desarrollo del capitalismo durante la guerra civil de Estados Unidos), de nuevo se colocaban contra el progreso de las naciones sometidas. Porque Cárdenas, insistía Trotsky, precisamente encabezaba como presidente de su nación la tarea de garantizar el libre desarrollo, democrático e independiente de la sociedad burguesa en México, los imperialistas lo atacaban. Pero la acción del presidente mexicano era

⁹ “La expropiación petrolera marcó el inicio del trabajo analítico de Trotsky sobre el México cardenista”, Olivia Gall, *op. cit.* pág. 223.

¹⁰ León Trotsky, “Mexico and British Imperialism”, *Writings (1937-38)*, New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1976, pág. 360.

comparable a la que en su momento realizaron Washington, Jefferson, Lincoln y el general Grant.¹¹

Trotsky enfatizaba el real carácter de la medida: “La expropiación petrolera no es ni socialista ni comunista. Pero representa una medida altamente progresiva de autodefensa nacional. Marx, por supuesto, no consideraba a Abraham Lincoln como comunista, lo que no le impidió que tuviera la simpatía más profunda por la lucha que dirigía”.¹²

Ante la campaña de hostilidad y agresión de los imperialistas contra el gobierno de Cárdenas, Trotsky no dudó en escribir algunas de sus frases más tajantes y definitivas sobre la situación prevaleciente en ese momento histórico, definido por Víctor Serge como la “medianoche del siglo”, en el escenario de los gobiernos del mundo. Decía refiriéndose al presidente Cárdenas: “Uno tiene realmente la impresión de que el único gobierno valiente y honesto de esta época es el de Cárdenas”.¹³

Y para no dejar ambigüedades sobre el abismo que separaba a Cárdenas de los gobernantes incluso “más revolucionarios” como los stalinistas, Trotsky no dudó en escribir lo siguiente en respuesta a un senador yanqui que, en forma descabellada y delirante, lo acusaba de proponer la creación en México de un “¡estado comunista-trotskista!”: “Aunque Stalin se diga comunista, desarrolla en realidad una política reaccionaria; el gobierno de México, que no es para nada comunista, desarrolla una política progresista”.¹⁴

EL BONAPARTISMO SUI GENERIS

El reconocimiento de agradecimiento indudable que Trotsky demostró para Lázaro Cárdenas, como persona consecuente con sus principios democráticos y como líder político leal y franco, no le impidió, ni mucho menos, apreciar la diferencia existente entre la política

¹¹ *Ibid.* pág. 351.

¹² *Loc. cit.*

¹³ León Trotsky, "Autour de l'enquête" (carta a Alfred Rosmer, 12 de junio de 1936), *Oeuvres*, t. 18, Paris, Institute Léon Trotsky, citado por Olivia Gall, *op. cit.* pág. 227.

¹⁴ León Trotsky, "Open Letter to Senator Allen", *Writings (1938-39)*, New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1974, pág. 139.

cardenista y la marxista revolucionaria. El reconocimiento no significaba aceptación ideológica y el respeto no diluía las diferencias. En sus posteriores enfoques sobre el gobierno cardenista Trotsky demostraría que se mantenía en completa forma como analista marxista que subordina las relaciones personales a la objetividad política.

El ejemplo más evidente es su definición de la naturaleza del régimen cardenista. A continuación citamos las líneas clásicas en las que Trotsky definió de modo insuperable el origen y el proceso de desarrollo del que llamó bonapartismo *sui generis* (de género propio, muy especial, tan particular, tan peculiar), refiriéndose directa y precisamente al régimen mexicano durante el gobierno de Lázaro Cárdenas.

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero desempeña un papel decisivo. De aquí surge la relativa debilidad de la burguesía nacional con relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales del poder estatal. El gobierno vira entre el capital doméstico y extranjero, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Esto le confiere al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*. Se eleva, como si dijéramos, ya sea haciéndose el instrumento del capitalismo extranjero y atando al proletariado a las cadenas de una dictadura policiaca, o maniobrando con el proletariado o incluso yendo tan lejos como para hacerle concesiones, ganando así la posibilidad de conseguir una cierta libertad hacia los capitalistas extranjeros.¹⁵

Aquí se concentran varios elementos de un proceso político y social riquísimo. Trotsky de entrada señala uno de los acontecimientos más preñados de consecuencias en el presente siglo: la penetración de los capitales imperialistas en los países atrasados. E inmediatamente después habla de un efecto clave que tiene este hecho al nivel político de los países así penetrados: el viraje (otras versiones escriben

¹⁵ León Trotsky, "Nationalized Industry and Workers' Management", *Writings (1938-39)*, New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1974, pág. 326.

“navegación”)¹⁶ que el estado nacional realiza ante la fuerza del imperialismo. Viraje, oscilación que se relaciona con el fundamento materialista del estado que en este caso realiza su labor de “arbitrar”, “elevarse”, “sobreponerse”, de ser el “ejecutor” de las condiciones económicas y sociales dominantes, con relación a fuerzas no sólo internas sino también externas, que a veces son tan poderosas o mucho más que las internas.

Con mucha claridad se plantea que cuando el péndulo, por diversas causas de la lucha política, oscila hacia la derecha y el estado entra en un cerrado contubernio con los capitalistas extranjeros, el bonapartismo se convierte en una dictadura policiaca férrea que mantiene aherrojado al proletariado y al pueblo en general, minándose así todas las condiciones para el establecimiento de un régimen democrático. Este hecho se ha presenciado innumerables ocasiones en América Latina, Asia y África como para no percibir su actualidad. Multitud de dictaduras militares de neto tipo represivo han asumido estas características.

Lo especial, lo extremadamente peculiar del sistema político bonapartista mexicano, que lo hizo precursor y en cierta forma modelo para otros sistemas políticos en los países dependientes después de la Segunda Guerra Mundial, fue la forma en que sus orígenes en una revolución, que no es lo mismo que decir orígenes revolucionarios – aunque la semántica parezca aquí no ayudar mucho a la claridad–, se mezclaron con sus estructuras y sus personeros despóticos. El resultado era un sistema de dominación, una forma de estado profundamente enraizada en los viveros de un pueblo en pleno proceso de despertar nacional.

En 1940, días antes de su asesinato, Trotsky dejó en su escritorio, inconcluso, un texto titulado “Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista”, en el que se mencionaba explícitamente la

¹⁶ Este es el caso de la versión que del francés da Olivia Gall en su libro mencionado: “El gobierno navega entre el capital extranjero y el capital nacional...”, pág. 226. Por cierto existe una evidente errata en la referencia del párrafo de donde son extraídas estas frases ya que el libro de Gall remite al artículo “México y el imperialismo británico”, lo cual por supuesto no es el caso.

reciente experiencia de la organización sindical mexicana encarnada en la joven Confederación de Trabajadores de México (CTM). Decía en él:

En tanto el papel principal en los países atrasados no lo desempeña el capitalismo nacional sino el capitalismo extranjero, la burguesía del país ocupa [...] una posición insignificante y en desproporción al desarrollo de la industria. Teniendo en cuenta que el capital extranjero no importa obreros, sino que proletariza a la población nativa, el proletariado del país comienza bien pronto a desempeñar el papel más importante en la vida del país. En esas condiciones el gobierno nacional en la medida en que procura resistir al capital extranjero está obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. Por otra parte los gobiernos de aquellos países atrasados que consideren inevitable o más provechoso marchar hombro con hombro con el capital extranjero, destruirán las organizaciones obreras e implantarán un régimen más o menos totalitario. De este modo, la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de tradiciones de gobierno en las pequeñas comunidades, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado minan las bases de cualquier clase de régimen democrático estable.¹⁷

De nuevo aquí Trotsky insiste en reconocer a la fuerza del imperialismo como clave en la trayectoria del gobierno, sea que tienda hacia el apoyo popular —básicamente del proletariado— en detrimento del imperialismo o viceversa. Es de destacarse en el pasaje anterior la importante conclusión: la dificultad de que arraigue en estos países atrasados, dominados por el imperialismo, la democracia burguesa debido a causas que están profundamente vinculadas a las especificidades históricas de su desarrollo capitalista, como son la debilidad intrínseca de la burguesía y la tendencia a la proletarianización de la población.

¹⁷ León Trotsky, *Los sindicatos en la época de la decadencia del imperialismo*, México, Ediciones de Cultura Obrera, 1974, p. 23.

MOMENTO HISTÓRICO MUNDIAL EXCEPCIONAL

El sexenio del gobierno de Cárdenas marcó profunda e indeleblemente a la política y a la sociedad mexicanas. Fue una conjunción única de un periodo crítico de la lucha social con una personalidad de calibre excepcional que lo representó y expresó como nadie más. “Presente en todos los eventos, audaz e imponente en sus decisiones, fue un gobernante excepcional en un tiempo excepcional”.¹⁸ Este momento cúspide se hizo más pleno cuando se atravesó un testigo igualmente excepcional.

En ese momento en el que se definía el destino de México para el resto del siglo XX, Trotsky tenía todos los atributos para dar un testimonio sin par sobre lo que sucedía directamente ante sus ojos: uno de los cerebros privilegiados del siglo (siglo prodigioso en lo que respecta a la audacia del pensamiento revolucionario en todos los campos), viviría en México sus últimos tres años y medio de una vida rica y plenamente inserta en acontecimientos históricos clave.

A partir de 1929, después de su expulsión de la URSS, el genio teórico del revolucionario bolchevique fue sometido a la prueba más dura de su vida, la de la década terrible de los años treinta. La peor crisis capitalista de la historia estalló precisamente ese año y sacudió hasta sus cimientos a los estados y naciones de todo el planeta. En el epicentro del sistema en crisis, en Alemania, se produjo el ascenso de Hitler al poder en 1933. Las ondas emitidas por estos formidables acontecimientos anunciaban una nueva catástrofe bélica mundial que, en efecto, estalló sólo seis años más tarde. Trotsky se percató de ello inmediatamente.¹⁹

Al mismo tiempo su atención no bajaba la guardia ante la situación de la URSS. La burocratización acelerada de ésta había sido uno de los factores principales que habían permitido el ascenso de Hitler

¹⁸ Raquel Sosa Elizaga, *Los códigos ocultos del cardenismo*, México, UNAM-Plaza y Valdés Editores, 1996, p. 511.

¹⁹ Solo semanas después de la llegada de los fascistas hitlerianos al poder, en un artículo titulado “La guerra es inminente” Trotsky alertaba al gobierno soviético para que se preparara ante el inevitable enfrentamiento con la Alemania nazi. *Writings (1933-1934)*, Nueva York, Pathfinder Press, Inc., 1975.

al poder. El movimiento obrero organizado más poderoso del mundo se había mostrado impotente ante la embestida fascista en gran medida debido a la política ultrasectaria emanada de Moscú que obligó al Partido Comunista de Alemania a seguir un curso suicida en el que “el enemigo principal” no era el fascismo sino la socialdemocracia, definida como “socialfascista”. Así los stalinistas alemanes llegaron a aliarse con los nazis en la lucha contra los socialdemócratas. La división y desmoralización que provocó esta política en amplios sectores del proletariado alemán que seguían a la socialdemocracia fueron fatales.

Pero la llegada de Hitler al poder del estado capitalista más poderoso de Europa y vecino casi directo de la URSS hizo del proceso que llevaba a Stalin a una dictadura un curso de no retorno. Esta dictadura total y absoluta se anunció precisamente un año después con motivo del asesinato de Kirov, el jefe comunista de Leningrado, que fue el pretexto para que Stalin iniciara las grandes purgas de millones de soviéticos que devastaron al partido comunista, al gobierno y al ejército.

Como dijimos, la extraordinaria actividad político-teórica de Trotsky cristalizó en esos años en textos fundamentales como sus escritos sobre Alemania, Francia, España y, por supuesto, la URSS. Destacando a lo largo de todos ellos fue surgiendo un concepto fundamental que Trotsky utilizaba como una de las claves para descifrar los acontecimientos de esa “década infame”: *el bonapartismo*.

Así, dotado con tal experiencia Trotsky acuñó el término de *bonapartismo sui generis* para acercarse a la realidad política que encontró en el México de Cárdenas. El *bonapartismo* se fue convirtiendo en la forma de gobierno típica de la época de crisis que atravesaba el mundo capitalista e incluso de la formación estatal que había escapado a su dominación, la URSS. (En *La revolución traicionada* Trotsky consideró a la dictadura stalinista como una variante del bonapartismo, aunque de carácter de clase diverso al de los países capitalistas.) El síndrome bonapartista se extendía por todas partes alimentado por la clase capitalista. Esta evaluación del marxismo revolucionario ha soportado la prueba de la historia.²⁰

²⁰ “De hecho, su estancia y su contacto con el régimen mexicano de los años 1934-1940 le permitieron a Trotsky desarrollar en la teoría política marxista una nueva categoría para

Con la distancia de más de cincuenta años que nos separa de la “década infame”, atrás de ese medio siglo estremecedor, se reconocen ya con más claridad en los balances históricos de fin de siglo estos elementos fundamentales que determinaron la política mundial en los años treinta. Lo reconocen a su manera los historiadores liberales neoconservadores, profundamente críticos del marxismo, como por ejemplo Ernst Nolte, hasta, por supuesto, los marxistas, incluso aquellos que fueron influenciados fuertemente por el stalinismo, como Eric Hobsbawm. Para el primero, causante principal del célebre “pleito de los historiadores” en Alemania en la década de los años ochenta, el periodo que se inicia en 1917 y que se extiende hasta la Segunda Guerra Mundial, es el de “la guerra civil europea”. Una etapa de bruscos cambios, estallidos constantes de descontento, de revoluciones y contrarrevoluciones. A pesar de su esfuerzo antimarxista profundo, Nolte no puede dejar de reconocer que los antagonismos sociales exacerbados durante esos años tuvieron que derimirse en las calles, en forma extraparlamentaria y que en varios casos llegaron a convertirse en guerras civiles nacionales violentas y sangrientas. Él, sin embargo, no ve en las contradicciones de un capitalismo profundamente en crisis la razón fundamental explicativa de “la guerra civil europea”. Más bien, y esto fue lo que desató el “pleito de los historiadores”, separa una de las consecuencias fundamentales de la crisis mencionada, el surgimiento de la URSS y lo eleva como el fundamental en “la guerra civil europea”. Por eso fecha en 1917 el inicio del periodo y no, como es más lógico desde todos los puntos de vista, en 1914 año en que se desató la Primera Guerra Mundial, ella misma consecuencia de los antagonismos interimperialistas. Según Nolte el triunfo bolchevique desencadenó una oleada de “gran miedo” en Occidente de la cual el fascismo es su más preclaro engendro. La limitación de su análisis a una mera interrelación entre el bolchevismo (al cual él identifica, por supuesto, con el stalinismo) y el fascismo, entre la URSS y el Tercer Reich, lo conduce a una operación histórica apologética, no digna de su reconocida valía

definir ciertos regimenes en los países dominados por el imperialismo: el «bonapartismo sui generis». Olivia Gall, *op. cit.*, p.225.

científica lograda por su obra anterior. Para él, Hitler y el fascismo eran sólo una reacción “defensiva” ante “la ofensiva bolchevique”.²¹

En el caso de Hobsbawm, en su libro sobre la historia del siglo XX, dedica el capítulo titulado “La caída del liberalismo” a la explicación de los fenómenos políticos de la “década infame”:

[...]estos movimientos [los movimientos fascistas en Europa y sus seguidores en América Latina] deben verse también como parte de la decadencia y caída del liberalismo en la Era de la Catástrofe. Pues si bien el ascenso y el triunfo del fascismo fue la expresión más dramática del retroceso liberal, es un error, incluso en los años treinta, ver este retroceso exclusivamente en términos del fascismo.²²

El historiador inglés considera al populismo nacionalista latinoamericano como otra derivación de la incapacidad de los grupos dominantes burgueses de la región para controlar y encauzar a las masas populares, no sólo a las rurales sino cada vez más también a las urbanas. En un contexto social cada vez más determinado por la crisis económica que como nunca antes afectó fuertemente la capacidad exportadora de estos países y por el malestar social de una población con mil y una carencias, los radicalismos políticos encontraban el terreno fértil en poblaciones coléricas y rebeldes.

Fue precisamente durante este momento histórico excepcional en el que se desarrolló el sexenio cardenista: iniciado en 1934 cuando el país comenzaba lentamente a recuperarse de la depresión de 1929, llegó a su cúspide en el año axial de 1938 con motivo de la expropiación petrolera, iniciando su declive precisamente en los días en que las dictaduras firmemente cimentadas de Hitler y Stalin desencadenaron en 1939 la Segunda Guerra Mundial, momento coincidente con los problemas de la sucesión presidencial de 1940.

²¹ *La guerra civil europea, 1917-1945*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 11-32. Véase el espléndido ensayo polémico en el que Ernest Mandel refuta uno a uno los argumentos de Nolte y los demás historiadores del “pleito”. “En torno a la disputa de los historiadores alemanes sobre el origen, la naturaleza, «el carácter único» del nazismo y la posibilidad de que pueda reproducirse”. *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., pp.215-247.

²² *The Age of Extremes*, op. cit., p.135.

REBELIÓN DE LOS DE ABAJO

Pero las coordenadas internacionales se cruzaban y expresaban en un espacio nacional específico, característico, que va añadir el adjetivo de *sui generis* a la definición de bonapartismo. Teóricamente Trotsky ya se había confrontado a la experiencia de un proceso de emancipación nacional con motivo de la revolución china de 1926-27. Pero ahora desde Coyoacán veía los procesos en vivo. Elaboró como dijimos a partir de 1938 varios textos en los que aplicaba su concepción de la revolución permanente al proceso mexicano.²³

Para él la revolución mexicana era otro ejemplo (como la revolución rusa de febrero de 1917) de revolución burguesa “retrasada” que, a pesar de que le quitó el poder a la vieja “oligarquía terrateniente feudal-clerical” y se lo dio a la burguesía, no resolvió exitosamente las demandas populares, no sólo de las campesinas, sino tampoco las de las otras clases populares. También la liberación del país de la dominación imperialista quedó irresuelta. Todo ello indicaba que se hacía inevitable otra revolución.

²³ Los doce artículos sobre la política mexicana escritos por Trotsky a partir de 1938 se encuentran enlistados en Olivia Gall *op. cit.*, p.223. A ellos habría que agregar la serie de artículos que dejó inéditos en su escritorio en torno al primer atentado de asesinato de mayo de 1940 y que fueron publicados después con el título de *Los gangsters de Stalin*. Igualmente se puede considerar, de acuerdo al propio Octavio Fernández, como coautor del texto firmado por el primero “¿Qué es y a dónde va la revolución mexicana?” publicado en la revista *Clave* en nov.-dic. de 1939. Este último texto se reproduce íntegramente en Arturo Anguiano, Guadalupe Pacheco y Rogelio Vizcaino, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, México, Juan Pablos Editor, 1975, pp.219-230. Después de los textos de Trotsky y sus partidarios en los años treinta, prácticamente cesó la actividad teórica de esta corriente. Fue hasta los años sesenta cuando, junto al renacimiento en general del pensamiento marxista en el país, se reinició la actividad teórica fundamentada en los conceptos pioneros del viejo revolucionario ruso. Los nuevos frutos de estas investigaciones sobre la historia y la política de la revolución y el estado en México comenzaron a publicarse en la década de los años setenta. Las primeras publicaciones fueron el ensayo de Manuel Aguilar Mora sobre *La crisis de la izquierda en México. (Orígenes y desarrollo)* *op. cit.*, publicado por primera vez en 1970-71 en la revista *La Internacional* y en forma de libro en 1978; el libro de Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, publicado en 1971 (por Ediciones El Caballito) y el ensayo precursor de Carlos Sevilla *El bonapartismo en México*, de 1975 publicado en la *Revista de Administración Pública*, México, Ediciones del Instituto de Administración Pública, núm.52, octubre-diciembre de 1982.

La fuerza y legitimidad de este proceso era indudable. Con el enigmático adjetivo latino *sui generis* colocado como calificativo del bonapartismo mexicano, Trotsky posiblemente intentaba encontrar la explicación que buscaba para aprehender a cabalidad los vericuetos del proceso mexicano. Con la perspectiva que dan los años transcurridos y los numerosos estudios realizados en su transcurso, hoy podemos aspirar a tener una panorámica más precisa de la situación que produjo el sexenio cardenista. La literatura sobre la revolución mexicana ha irrumpido con gran fuerza a partir de los años sesenta. Decenas de libros, centenas de artículos, miles de conferencias y debates dan hoy una visión mucho más certera de lo que fue la revolución y sus consecuencias.

La ruptura de 1910 a raíz del llamado de Francisco I. Madero fue profunda e hizo un hoyo en el edificio de la dominación porfirista que ya no fue posible tapar. Madero heredó “el tigre desatado” al que aludió el viejo dictador cuando debió partir al exilio europeo. De 1911 a 1913 el país experimentó una sacudida cuya polvareda tardaría años en asentarse. A diferencia de las revoluciones burguesas que la precedieron, en especial de la francesa, la mexicana no fue encabezada por una burguesía poderosa. Madero claramente consciente de su papel de reformador del sistema más que de revolucionador del mismo, aceptó pronto la negociación propuesta por la oligarquía cuando eran evidentes las demostraciones del posible desbordamiento masivo del sistema. Desmovilizó el ejército que le había dado la victoria y aceptó la sustitución del dictador por un miembro de su gobierno quien organizaría las elecciones de 1911, en las que surgió como el triunfador con una votación abrumadoramente en su favor.

La claridad meridiana de los peligros del proceso desatado por la convocatoria maderista fue de inmediato percibido por los sectores liberales más lúcidos precisamente cercanos al líder lagunero. Como perfecto ejemplo de esto está la “Carta Abierta” que Luis Cabrera le dirigió a Madero y que entre otras cosas afirmaba:

[...]usted que ha provocado la revolución, tiene el deber de apagarla; pero hay [sic] de usted si asustado por la sangre, ablandado por los ruegos de sus parientes y amigos...o

amenazado por el yanqui deja infructuosos los sacrificios hechos...la retirada de Díaz constituye el único medio espedito [sic] de comenzar una serie de cambios gubernamentales...desde el punto de vista económico, la necesidad más urgente del país...es el restablecimiento del equilibrio entre los múltiples pequeños intereses que se hallan desventajosamente oprimidos, y los pocos grandes intereses que se encuentran singularmente privilegiados.²⁴

Las negociaciones entre la dirección maderista y la cúpula oligárquica porfirista sin don Porfirio fueron el resultado de la derrota aplastante del ejército de la dictadura.

Una sociedad insurgente derrotó fulminantemente a la vieja oligarquía acostumbrada a dictar su política de la A a la Z. De noviembre de 1910 a mayo de 1911, cuando se firman los acuerdos de Ciudad Juárez, una formidable insurrección militar popular puso en jaque y derrotó a la terrible fuerza militar porfirista. En una notable investigación Santiago Portilla ha demostrado prolijamente cómo en menos de siete meses un pueblo en armas y en rebelión fue invencible contra la ofensiva mortífera de sus enemigos: “la insurrección nacional de 1910 llegó a crecer de tal manera que el ejército federal fue insuficiente para detenerla, lo cual significó un virtuañ triunfo militar revolucionario”.²⁵

Durante 1911 a 1913 se da en la mayoría del norte del país y en grandes regiones del centro y el sur una amplia movilización armada y no armada de la población. Esta fue la sacudida masiva cuya impronta revolucionaria marcó por décadas a la nación.²⁶ Fue en estas jornadas de los años maderistas cuando se forjó la conciencia democrática popular plebeya. Lo que seguiría después sería la brutal lucha que se

²⁴ Citado en Carlos Sevilla, *El bonapartismo en México*, op. cit., nota 18, p. 171.

²⁵ *Una sociedad en armas*, México, El Colegio de México, 1996, p. 21.

²⁶ Alan Knight da el relato reciente más pormenorizado de este sacudimiento fundamental en el primer tomo de su historia, *La revolución mexicana*, México, Editorial Grijalbo, 1995. Entre la vasta literatura destaca también el conjunto de escritos recogidos por Thomas Benjamin y Mark Wasserman (compiladores), *Provinces of the Revolution. Essays on Mexican Regional History, 1910-1929*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.

desencadenó a partir del asesinato de Madero en los infaustos días de la decena trágica. Pero la movilización general de esos años maderistas quedaría como un modelo a recuperar y del cual partir para los nuevos asaltos al cielo.

Los acuerdos de Ciudad Juárez no podían detener en frío ese torrente desencadenado del caudal popular tanto tiempo contenido. Las concesiones enormes de Madero a la camarilla porfiriana no eran resultado solamente de cierta ingenuidad mezclada de prepotencia del rico coahuilense, también eran el reflejo de la conciencia profunda de Madero, de su determinación de hacer sólo un cambio político, una “transformación democrática sin adjetivos” como se dice hoy en día en los círculos neoliberales. Por eso a pesar del prestigio inmenso con el que asciende a la presidencia, su contemporización con los poderes económicos y sociales de la oligarquía porfirista irá mermando sus acervos políticos ante el pueblo.

Aparte del grupo magonista que, sin embargo, se había ya dividido y estaba marginado del centro de la revolución, fue la dirección de Emiliano Zapata la única que criticó y comprendió a fondo el carácter negociador y conciliador de Madero. El enfrentamiento de los zapatistas con él se dio inmediatamente después de los acuerdos de Ciudad Juárez y durante su periodo de presidente electo. Esta pronta comprensión del papel de Madero puso a la dirección zapatista ante un gran problema de estrategia revolucionaria que resolvió a su manera clásica: dejando que el mismo pueblo sacara sus propias conclusiones.

En la entrevista que tuvieron ambos personajes en Cuautla, en medio del territorio zapatista, en agosto de 1911, después de que Madero intentara sobornar a Zapata, éste le respondió: “Madero no te fusilo porque la mayor parte del pueblo de México te tiene fe y no sabe que eres un traidor, voy a dejar que se desengañe el pueblo y no faltará un palo para que te cuelguen”.²⁷ Womack relata con detalle el contexto complicado del encuentro entre Madero y Zapata en Cuautla, pero el contundente comentario de Zapata sobre el primero no lo incluye en ese momento sino después, cuando Zapata huye de Morelos, reorganiza sus

²⁷ Entrevista con Próspero García Aguirre, general del Ejército Libertador en Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista*, México, Ediciones Era, 1997, p. 175.

fuerzas en el sur de Puebla y regresa a su estado, ya con Madero electo presidente, quien le envía una comisión para negociar un acuerdo. Según Womack es a esta comisión a la que Zapata prometió colgar a Madero de “un encino” por traidor al pueblo.²⁸

Los infaustos días de la decena trágica de febrero de 1913 cortaron brutalmente el proceso de desencanto popular con Madero y su asesinato lo elevó a la categoría de mártir de la revolución. Sin embargo, la crítica zapatista quedó como uno de los testimonios más avanzados de las contradictorias y masivas movilizaciones de esos “años maderistas”, los cuales quedarían como un modelo a recuperar para los siguientes asaltos al cielo que seguirían.

La orfandad ideológica de la revolución no la hizo menos sincera. Tal vez su épica nos acerque mejor a su fuerza y vigor. Son los personajes de Mariano Azuela quienes con su “Iliada descalza” se posesionaron por primera vez de una escena histórica perennemente ocupada por tlatoanis, conquistadores, virreyes, inquisidores, presidentes y criollos, sean liberales o conservadores. Las raíces salieron a flor de suelo. “Azuela es un novelista tratando un material épico. En cierto modo, Azuela cumple así el ciclo abierto por Bernal Díaz, levanta la piedra de la Conquista y nos pide mirar a los seres aplastados por las pirámides y las iglesias, la mita y la hacienda, el cacicazgo local y la dictadura nacional.”²⁹

Ese México plebeyo y popular se levantó harto de una vieja y cruel dictadura. Era un país característico de los que cincuenta años más tarde llamarían del Tercer Mundo. Constituido por una población ante todo rural aislada entre sí y cuya pobreza era proverbial. “Era uno de los países más desnutridos, más insalubres, más desnudos y desabrigados del mundo.”³⁰

²⁸ Zapata y la Revolución mexicana, Siglo XXI Editores, 1972, pp. 111-125.

²⁹ Carlos Fuentes, “La Iliada descalza”, liminar a Mariano Azuela, *Los de abajo*, México, Colección Archivos, SEP, 1988, p. XXVI.

³⁰ Luis González, *Los artifices del cardenismo. Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940*, vol. 14, México, El Colegio de México, 1979, p. 7.

EJÉRCITO Y POLÍTICA

Dos factores esenciales deben rescatarse a partir del golpe de estado de Huerta y el inicio de la guerra civil.

1. La ausencia de la capital de la república en el proceso subsiguiente de la guerra civil, después de haber sido el teatro sangriento de los acontecimientos que derrocaron a Madero. Este factor pesaría decisivamente en el curso del conflicto. En el proceso mexicano no hubo un centro urbano que tuviera el equivalente que en Francia tuvo París o que en Rusia tendría Petrogrado. En México la revolución se haría fundamentalmente en las provincias.³¹ La población de la ciudad de México no estuvo a la vanguardia de la revolución como tampoco lo había estado en los procesos revolucionarios anteriores de la independencia y la reforma.³²
2. Directamente derivado del punto anterior se desprende el hecho de que en el proceso mexicano no hubo la concentración clasista urbana que pudiera centralizar las decisiones revolucionarias, produciéndose así otra de las facetas típicas de las revoluciones mexicanas, su carácter caótico.³³

La comparación con los dos modelos revolucionarios universales más célebres permite una conclusión básica. Las dos clases

³¹ Hemos mencionado la extraordinaria calidad y cantidad de la nueva literatura sobre la revolución en las provincias; por ejemplo el libro de Thomas Benjamin y Mark Wasserman, *Provinces of the Revolution*, *op. cit.* Por supuesto en México igualmente han abundado las nuevas investigaciones, de tal manera que un conjunto de historiadores regionales han lanzado una revista especializada *Eslabones*, publicada precisamente por la Sociedad de Estudios Regionales, A.C. El número 11 correspondiente a enero-junio de 1996 está dedicado al "México Norteño: del Porfiriato a la Revolución".

³² "Pero, según parece, el pueblode la ciudad de México nunca tomó la iniciativa para derrocar un gobierno". Jan Bazant, "Tres revoluciones mexicanas", *Historia mexicana*, vol. X, núm. 2, octubre-diciembre de 1960, p. 225. En su interesante conferencia Bazant desde hace casi cuarenta años ya sacaba esta conclusión en la visión retroactiva esclarecedora que hacía de las tres revoluciones mexicanas: la de la independencia, la de la Reforma y la de 1910. Casi veinte años después Enrique Semo reiteraba este rezago revolucionario de la capital de la nación. Véase *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México, Ediciones Era, 1978.

³³ Bazant relaciona este carácter caótico de las revoluciones mexicanas con la geografía del país. *Ibid.*, p. 222.

fundamentales de la sociedad capitalista no se encontraban conformadas de tal modo como para proporcionar un liderazgo social radical e ideológicamente evidenciado. El pragmatismo fue la verdadera ley revolucionaria en México.

Ciertamente la revolución no aspiró consciente y decisivamente a la instauración de un estado obrero. La meta implícita era la construcción de un "país moderno", vale decir, un país capitalista moderno. Pero la "burguesía revolucionaria" ausente como estuvo en el proceso no podía aspirar ni exigir la aceptación desnuda de su hegemonía. El aburguesamiento se daría truculenta e hipócritamente.

En esta situación estaba implícita la forma estatal que iría surgiendo después de terminada la guerra civil. En primer lugar, la revolución no se decidió en días (como la rusa) ni en meses (como la francesa). La mexicana fue una larga y cruenta revolución que se prolongó durante casi una década. En segundo lugar, ante la ausencia de un partido con raigambre nacional, de un parlamento o de un soviét, fue el ejército revolucionario el que fungió como el cuerpo deliberativo, convirtiéndose "en la institución revolucionaria básica".³⁴ Es, por tanto, muy importante comprender el origen social, el carácter de la dirección y la dinámica de este ejército. La primera constatación es que el grueso del ejército constitucionalista se organizó en el norte, en las innumerables localidades y rancherías de las sierras y los valles de ese inmenso territorio, con voluntarios que rápidamente comenzaron a recibir una paga como soldados.³⁵ Tanto el Ejército del Noroeste como la División del Norte, las columnas fundamentales del ejército revolucionario, tenían como su base social a hombres del campo o de pequeñas comunidades, las llamadas rancherías. También formando parte del constitucionalismo armado estaba el Ejército del Noreste, directamente formado por el equipo de terratenientes burgueses encabezado por Carranza. En las sierras, donde el movimiento

³⁴ Hans- Werner Tobler, "Las paradojas del ejército revolucionario: su papel social en la reforma agraria mexicana", *Historia mexicana*, vol. XXI, núm. 1, julio-septiembre de 1971, p. 38.

³⁵ Un tratamiento más reciente de este tema clave de la revolución se encuentra en Luis Medina Peña, *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1993*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994, primer capítulo "La domesticación del guerrero".

revolucionario enraizó a fondo, sus pobladores fueron un destacamento fundamental de estos ejércitos, los “serranos” que llama Knight. Pocos aunque en posiciones de alta jerarquía eran los que provenían de los centros urbanos más grandes, en su mayoría pequeños propietarios, artesanos, comerciantes y de profesiones liberales.

Los mandos de estos ejércitos correspondían a “los voluntarios norteños con experiencia de combate, por haber servido en las tropas irregulares que lucharon contra los yaquis a fines del siglo anterior o por haber pertenecido a los cuerpos rurales o a tropas auxiliares organizadas a principios de siglo [...] Entre los futuros generales surgidos de las filas de improvisados pero con experiencia previa de combate, se contaban Joaquín Amaro, José Rentería, Gregorio Osuna, Jesús Agustín Castro, Jesús Carranza —hermano de Venustiano— y Pablo González”.³⁶

La mayoría de ellos provenían de las capas burguesas y clasemedieras e incluso de sectores de hacendados medios liberales. Madero era uno de los herederos de una rica familia de terratenientes de La Laguna; Carranza, igualmente, era terrateniente en Coahuila. Pero tal vez el caso más evidente del predominio clave del ranchero burgués en los altos mandos del ejército constitucionalista fue Álvaro Obregón, el agricultor sonorenses del valle del Mayo en el sur del estado norteño, el más alejado en esa época de la capital de la república. (Baja California era aún un territorio federal.) Sería precisamente él quien encarnaría a la postre la primera solución bonapartista a la que conduciría el proceso revolucionario iniciado en 1910.³⁷

El caso de Francisco Villa es obviamente diferente y también de la organización, más que de la base social, de la División del Norte. Era la dirección de este cuerpo rebelde la que difería de los mandos de los otros ejércitos constitucionalistas. Era una dirección claramente plebeya y no asimilable a los medios burgueses y pequeño burgueses al estilo de Obregón, Calles y los demás generales mencionados. Por eso fue Villa y su División los que rompieron la unidad constitucionalista

³⁶ *Ibid.* p. 28.

³⁷ Héctor Aguilar Camín explica detalladamente el surgimiento político-militar del equipo de dirección sonorenses en *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1974.

después de la victoria sobre la dictadura huertista y también por eso fue que, a pesar de no existir una clara identidad ideológica, el villismo acabó convergiendo con el zapatismo, éste sí más explícito en sus metas políticas.³⁸

Esta importancia de las fuerzas revolucionarias nortteñas en el proceso mexicano es tanto más sorprendentemente desproporcionada cuanto que en las vastas llanuras, desiertos y sierras de Sonora a Coahuila habitaba apenas menos de una sexta parte de la población nacional. Knight llega a conclusiones extremas al evaluar esta presencia de los "serranos" nortteños. Para él son el factor decisivo en la caída de Díaz y después en la derrota de Huerta. Sin ellos, según su opinión, los campesinos del sur no hubieran podido derribar a la dictadura. Aunque ciertamente exagerada, esta versión tiene muchos elementos verídicos.

Zapata encabezaba otro movimiento, el más representativo y desarrollado de los destacamentos del sur, muy distinto a los ejércitos del norte, pues en realidad se asemejaba más a un ejército guerrillero. Compuesto por un campesinado profundamente enraizado a la tierra, con tradiciones milenarias y con un sentido de la comunidad radicalmente diferente a la concepción individualista y modernizante de los rancheros nortteños, el zapatismo sí reivindicaba una concepción ideológica precisa: la de la comunidad campesina, antifeudal y, en cierto modo, incluso anticapitalista.³⁹

La Convención de Aguascalientes de 1914 fue la ratificación evidente de la imposibilidad de una hegemonía revolucionaria basada en un parlamento o asamblea nacional democráticamente electos por la población y compuesta de acuerdo a la participación proporcional de las

³⁸ Dice Friedrich Katz el historiador austriaco-estadounidense que se ha especializado en el estudio de Villa y el villismo: "En Chihuahua, en contraste a lo que sucedió en Sonora y Coahuila, no aparecieron hacendados opositoristas. Allí la oposición tuvo otro origen social. Tanto los dirigentes magonistas como los maderistas surgidos en la entidad, provenían de los grupos dominados chihuahuenses: la burguesía media, los mineros, los rancheros y ñilos vaqueros". "Chihuahua: De las guerras indias a la División del Norte", *Punto Crítico*, México, núm. 13, 1973, p.30.

³⁹ El zapatismo ha sido el movimiento revolucionario mejor estudiado destacando el clásico de John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

fuerzas en presencia. Sus miembros fueron electos por cada mil soldados de los ejércitos revolucionarios, dejando sin representación a las fuerzas populares civiles. En otras palabras, no hubo etapa democrático-burguesa en la revolución mexicana, a no ser que se quiera considerar como tal la breve presidencia de Madero.

Este hecho es uno de los códigos que permiten llegar a la comprensión del poder surgido en 1916, después de la derrota de los "ejércitos campesinos" de Villa y Zapata y, sobre todo, después de 1920 con motivo del golpe de estado de los sonorenses.

La ruptura de 1914 entre carrancistas, por un lado, y, por el otro, villistas y zapatistas marcó al nuevo poder que se irguió tras los combates de Celaya y Morelos y sobre los huesos de miles de campesinos. La fórmula bonapartista se proyectaba sobre el país. La fracción vencedora liderada por Carranza era ya el embrión de ese poder bonapartista, invicto después de aplastar tanto a los representantes del viejo régimen como a los retadores plebeyos de una utopía campesina vaga y confusa y sólo unos meses después también a la primera gran protesta proletaria que fue la llamada "huelga general" electricista en la ciudad de México en julio de 1916.

Es realmente sorprendente que entre los innumerables textos no se encuentren más que atisbos de este hecho axial de la evolución de la lucha de clases en la revolución. Esta dinámica tiene convergencias y divergencias con otro proceso estrictamente contemporáneo al proceso mexicano, se trata de la revolución china iniciada en 1911 con la instauración de la república encabezada por el dirigente nacionalista Sun Yat-sen. El curso de esta revolución sería mucho más dramático y sangriento que el de la mexicana. Tendría su culminación en 1949 cuando otro ejército revolucionario, éste sin embargo, construido y dirigido por el Partido Comunista chino, el cual no perdió nunca su hegemonía sobre él. Sin embargo, la potencia conseguida en la guerra civil por el ejército de liberación chino le permitió integrarse en el bloque del poder, a partir de 1949, constituyéndose en el otro gran pilar de la dictadura revolucionaria maoísta.

En México no hubo un partido, ni una ideología que dirigieran la revolución. Ciertamente Ricardo Flores Magón y el movimiento liberal

radical, que terminó como anarquista, fueron precursores de la revolución. Pero cuando ésta estalló su influencia no irradió más allá de sectores limitados, aunque indudablemente importantes, tanto en el seno de los obreros como entre sectores de rancheros nortños.

EL CAMPESINADO, RAÍZ DEL BONAPARTISMO

Como mencionamos arriba, un factor fundamental en el proceso mexicano fue la ausencia de protagonismo central de una ciudad capital en él. La odiada ciudad de México, residencia del poder oligárquico y sede del dominio señorial del altiplano sobre el país desde los tiempos prehispánicos, era en 1910 un centro burocrático y comercial más que industrial. Su protagonismo en la década revolucionaria sería casi nulo como factor influyente en las batallas decisivas de la revolución, las cuales se desarrollaron principalmente en el norte del país y en ciertas regiones del centro y el sur. Este retraso en el desarrollo industrial de los grandes centros urbanos es característico de los países dependientes. Es una consecuencia lógica de la debilidad estructural de la burguesía nacional y del escaso desarrollo de un mercado interno.

El proletariado, en cambio, surgió abruptamente y no como consecuencia de un lento proceso evolutivo y acumulativo, era el resultado de la penetración del capital imperialista en los diversos y prósperos enclaves agrícolas de los cultivos para la exportación o de las industrias mineras y petroleras. También las grandes haciendas, en especial nortñas, auspiciaron el surgimiento de una fuerza de trabajo semiproletarizada encargada de mantener su actividad en todas sus múltiples ramas. Pero eran trabajadores que aspiraban a volver lo más pronto posible a las tierras de su rancho o de su padre, cuando no dispuestos a comprar su propio lote para convertirse en pequeños propietarios. En su conjunto esta fuerza sería despertada por la revolución pero su carencia de consciencia e independencia política, así como su dispersión a lo largo y ancho del enorme país, hicieron de ella un factor potencialmente explosivo que se expresaría en las siguientes décadas pero no en la década propiamente revolucionaria.

El impacto revolucionario en los inmensos *hinterlands* campesinos no podía ser sino desigual y caótico. Veinte años después

del estallido de la revolución, al inicio de la década de los años treinta, el país era todavía un territorio de enormes carencias y miserias para la abrumadora mayoría de sus 18 millones de habitantes (un poco más de tres millones más que en 1910) dispersos en miles, decenas de miles de comunidades tales como ranchos, rancherías y pueblecitos perdidos que llegaban a la inverosímil cifra de 180 mil localidades a razón de 225 personas por localidad en promedio. De ellas, 50 mil caseríos no llegaban ni a cien habitantes y 10 mil apenas eran habitados apenas por 101 a 200 personas. El número de aglomeraciones con más de 2,500 vecinos era de 606. Esta "pulverización" se agravaba por el hecho de que las tres cuartas partes de la población vivía en los altos del país, en las mesetas y serranías de más de mil metros de altura. La comunicación entre aldea y aldea se hacía así difícil por la poca extensión de la red de ferrocarriles, la casi inexistencia de carreteras y la escasez generalizada de medios de enlace.⁴⁰

En esta gigantesca constelación básicamente rural se distribuían así las faenas del trabajo nacional en los cinco millones y medio de personas económicamente activas: tres cuartos de millón en la industria, cerca de medio millón en el comercio, otro medio millón se dedicaba a la administración pública y profesiones liberales. Los tres millones setecientos mil restantes eran la gran mayoría de los trabajadores del campo, abrumadoramente dedicados al cultivo de la tierra.⁴¹

Gilly cita una investigación de Frank Tannenbaum realizada entre 1931 y 1933 que daba los siguientes resultados:

[...]sobre una muestra de 3,611 pueblos donde había maestro (es decir, pueblos "privilegiados", porque la mayoría no tenía escuela ni maestro), el 22.9 por ciento de esas comunidades sólo hablaba un idioma indígena; el 60 por ciento conservaba en uso común de los bosque y los pastos; apenas el 18 por ciento pagaba arriendos en dinero. De esos pueblos, 54.3 tenía arados de acero, 29.6 por ciento de madera, y el resto no tenía arados. La maquinaria agrícola era casi inexistente. Sólo el 7.2 por ciento de esas poblaciones tenía un mercado local el

⁴⁰ Luis González, *op. cit.*, p.7.

⁴¹ *Ibid.* p.9.

54.4 por ciento carecía siquiera de una tienda [...] Carecía de teléfono el 88.4 por ciento, de telégrafo el 95.8 por ciento y de correos el 80.9 por ciento. Estos pueblos “modernos” donde había un maestro (los maestros ayudaron a levantar el estudio), carecían de médico (97.8 por ciento), de farmacéutico (97 por ciento), de parteras (85.4 por ciento) y de curas (93.7 por ciento). En el 90.5 por ciento de esos pueblos, sin embargo, había un instrumento moderno: una máquina de coser.⁴²

A esta pobreza milenaria, de ningún modo virginal, la penetración imperialista y las variadas expresiones de una economía mercantil que se introducía por todos sus poros resultaba en una estructura abigarrada de formas de propiedad combinadas de las maneras más inauditas y complejas. En 1910 en los estados del centro-sur (como México, Puebla y Oaxaca) la abrumadora mayoría de la población campesina vivía todavía en comunidades independientes, en su mayoría indígenas, mientras tanto en los estados al norte del río Lerma (por ejemplo, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí) más del 75 por ciento de la población residía en haciendas. El censo señalaba una diversidad extraordinaria en el modelo de tenencia de la tierra. Por ejemplo, mientras que en Oaxaca las propiedades de más de 5000 has. ocupaban sólo el 10.7 por ciento de toda la tierra propiedad de particulares, en Chihuahua esta propiedad se elevaba al 86 por ciento.⁴³

LA DINÁMICA DE LA INTEGRACIÓN NACIONAL

Esta realidad de asombrosa complejidad puede ser causa de frecuentes malinterpretaciones. Después de que se rechazó en los años sesenta la interpretación facilona y esquemática de “la revolución hecha gobierno”, mito a veces identificado con el populista que permeó durante décadas el quehacer de los historiadores, algunos de éstos oscilaron después hacia el extremo opuesto. Si bien es cierto que la revolución no fue un “bloque histórico”, que el hecho de la inexistencia de una “burguesía revolucionaria” a la francesa o de un proletariado a la rusa, la hacían original e irreductible a estériles esquemas ideológicos,

⁴² *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y arena, 1994, pp. 189-190.

⁴³ D.A. Brading. “Introducción” en D.A. Brading (compilador) *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, p.25.

no es permisible concluir por ello que no había habido “una sola revolución sino varias” e incluso más, que simplemente no habría habido revolución. Fue el caso extremo de Eduardo Ruíz que consideró que la tormenta que se abatió sobre México en 1910 fue ciertamente “una gran rebelión” pero no una verdadera revolución.⁴⁴

En 1910 había *una dictadura* que se imponía de Sonora a Yucatán, un estado nacional penetrado y comandado por el capitalismo internacional. En su heterogeneidad y desequilibrio la formación social mexicana necesitaba de un factor unificador. La dictadura porfirista lo fue. Desde este punto de vista, el estado del porfirato desempeñó un papel que, si bien no es posible llamar “progresista”, se puede definir como “integrador”, aunque en gran medida en favor de intereses imperialistas. Sin embargo, a diferencia de otros estados dependientes penetrados por el imperialismo (el imperio manchú en China y otros estados asiáticos) la dictadura porfirista no presidió una desintegración nacional.

Este hecho tendría consecuencias mayúsculas en el surgimiento del nuevo estado posrevolucionario en 1920. Tan importante es este factor que algunos lo elevan desproporcionadamente como el *factótum* y lo consideran la clave de una interpretación neotocquevilliana de la revolución: para ellos el estado surgido de la revolución es la mera continuación del porfirista, igualmente sus tareas son las mismas con la diferencia de que el nuevo sería sólo más eficiente para resolverlas. La “modernización” que se había iniciado con la dictadura, dicen, sólo se aceleró con la revolución.⁴⁵

⁴⁴ *México, la gran rebelión, 1905-1924*, México, Ediciones Era, 1984.

⁴⁵ Esta es una de las premisas fundamentales de una corriente de interpretación histórica muy influyente en los años setenta y ochenta entre la intelectualidad universitaria de izquierda, uno de cuyos más destacados exponentes es Arnaldo Córdova. Véase su libro fundamental *La ideología de la revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*. México, UNAM-Ediciones Era, 1981. También para Jean Meyer la revolución “fue el climax del proceso de modernización iniciado a finales del siglo XIX; fue el perfeccionamiento y no la destrucción de la obra de Porfirio Díaz”. Brading, quien hace esta cita, comenta que la investigación del libro que compila se centra en el aspecto crucial de explicar por qué y cómo los caudillos aplastaron a los campesinos revolucionarios, construyendo sobre sus huesos el nuevo régimen. Brading, *op. cit.* p.30.

La potencia de la unidad de la revolución mexicana es una herencia que se expresa en la dinámica integradora de la diversidad y heterogeneidad nacionales. Por supuesto, la dialéctica específica de su dinámica escapa a las obviedades e, insistimos, se realizará en una larga trayectoria que, como veremos a continuación, parece una carrera de fondo con obstáculos. Pues la revolución se dio y se forjó *contra una dictadura nacional* que naturalmente tenía formas de presentarse diversas de acuerdo a las regiones también diferentes. Pero era *un solo pueblo* el agraviado por ella, *una nación* pisoteada por ella en alianza cada vez más estrecha con los imperialistas, unas *masas populares* que resistían y se erguían precisamente en su contra y que fueron encontrando una nueva identificación en el proceso revolucionario.

Así pues, ante la asombrosa diversidad de los movimientos regionales, de los campesinos zapatistas y los serranos orozquistas y villistas, de los rancheros guerrerenses e hidalgenses y los autonomistas oaxaqueños, de los constitucionalistas coahuilenses y los institucionalistas sonorenses, de los radicales magonistas y los liberales maderistas, puesta en evidencia por el caudal rico y profundo de nuevas y más precisas investigaciones, algunos analistas sacan la conclusión de que hay que cuestionar “el carácter nacional” de la revolución, su unidad dialéctica, su realidad histórica. Es el caso, por ejemplo, de Nicolás Cárdenas que afirma: “muchas investigaciones de los últimos años muestran la heterogeneidad de la revolución y ponen en tela de juicio su naturaleza nacional”.⁴⁶ La diversidad sería la causa de la falta de un impulso unitario, de un ascenso masivo integrado y de un imaginario colectivo común. Pero la diversidad era la real expresión de un organismo social en pleno proceso de encuentro y de búsqueda de un nuevo proyecto unitario y nacional, por supuesto no necesariamente autoritario. Era la expresión de un pueblo que avanzaba, a tropezones y tanteos, pero que al mismo tiempo iba encontrando un nuevo camino que lo identificaba como protagonista de su historia.

Los enigmas del estado posrevolucionario confunden desde su propia gestación. James C. Scott, uno de los analistas estadounidenses

⁴⁶ *La reconstrucción del Estado Mexicano. Los años sonorenses (1920-1935)*, UAM-Xochimilco, 1992, p. 14.

más reputados por sus análisis de los movimientos revolucionarios señala con tino que: “La revolución también es un interregno. Entre el momento cuando el régimen previo se desintegra y el momento cuando un nuevo régimen es puesto firmemente en pie”.⁴⁷ Y refiriéndose particularmente al caso mexicano remarca el largo interregno necesario para “poner firmemente en pie” a dicho nuevo estado, muy diferente al caso soviético. Y al explicar la razón del hecho señala: “la movilización rural en Rusia no fue tan larga ni tan institucionalizada como en México. La diferencia puede explicar de cierta manera la larga duración del interregno en México, la tenacidad de sus heterodoxias locales y el compromiso que el estado se vio obligado a hacer”.⁴⁸

La evidente diferencia entre las dos revoluciones ni por asomo le lleva a preguntarse a Scott sobre el comportamiento decisivo de dos clases clave, la burguesía y el proletariado. Por ejemplo en Rusia, éste rápidamente se convirtió en “el caudillo de la nación”, en realidad de “las naciones” que integraban al antiguo imperio zarista. En cambio en México, tanto la burguesía como el proletariado dejaron al campesinado a merced de los caudillos personales, algunos salidos de sus propias filas y otros provenientes de otras clases.

La desintegración regional precipitada por el torbellino revolucionario amenazaba la integridad nacional. Pero no era la primera vez. Desde su surgimiento como nación en 1821 México debió superar en el siglo XIX formidables obstáculos para mantenerse como una entidad y un pueblo unificados dentro del concierto de las naciones del planeta: las amenazas de reconquista española, la guerra de 1846-48 con Estados Unidos y la pérdida de más de la mitad del territorio nacional, la intervención y el imperio franceses, etc. Con la dictadura de Díaz parecía que se había superado ese peligro de desintegración, pero la revolución lo volvió a poner en la agenda histórica. Nuevas amenazas imperialistas se hicieron realidad y otras quedaron

⁴⁷ “Forward” a Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (eds), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1991, p.X.

⁴⁸ *Loc. cit.*

suspendidas como espada de Damócles sobre un país que parecía precipitarse hacia su desquiciamiento total.

VIOLENCIA, NEGOCIACIÓN Y BONAPARTISMO

En 1916, después de la contundente victoria militar de las fuerzas carrancistas comandadas por Álvaro Obregón y Pablo González sobre los ejércitos campesinos, se inició la larga trayectoria de la forja y consolidación del nuevo estado. Más de quince años debería de transcurrir para que las hazañas cardenistas pusieran el punto final a esa trayectoria de formación del nuevo estado.

El Congreso Constituyente de 1917 daría las líneas generales de su orientación que se irían logrando no de una vez por todas, tampoco de modo pleno, en un proceso de avances y retrocesos.⁴⁹ Su fortalecimiento no se hizo en frío, numerosos conflictos puntearon ese trayecto. De hecho, aunque las grandes batallas de la guerra civil quedaron atrás, a partir de entonces el país vivió durante las siguientes dos décadas un periodo de permanentes enfrentamientos callejeros, violentos conflictos armados y una efervescencia y agitación urbanas y rurales que eran el sustrato del “equilibrio inestable” característico de la fórmula bonapartista.

La revolución no bajó el telón en 1916-17 en forma definitiva. Su legado incluyó una carga de violencia y confrontaciones cuyas repercusiones, una vez terminado el drama de la guerra civil a escala nacional, se expresaron en las más diferentes formas, violentas y contradictorias de acuerdo a las particularidades regionales. “La violencia se convirtió en parte del nuevo sistema como lo era ya la corrupción. Los latifundistas armaban a sus guardias blancas y los agraristas resistían [en la mayoría de los casos apoyados por el gobierno

⁴⁹ “En ella se reconocen los derechos de los vencidos, siempre y cuando no interfieran en el de los vencedores que, por lo demás, articulaban el modelo de país que se quería construir. El ejido es, por eso, sólo una solución política y transitoria, no económica; la huelga es posible si el Estado la permite; el arbitraje es obligatorio; la formación ideológica asunto de competencia estatal; el Estado, fuerte; el sistema de gobierno, presidencialista. La aspiración, un país moderno, de pequeños propietarios prósperos, con una homogénea ideología nacionalista, respetuosos del Estado revolucionario [era en síntesis el ideario del pensamiento de Alvaro Obregón]”. Nicolás Cárdenas, *op. cit.*

que incluso a veces los armaba] en Michoacán e Hidalgo, en el Istmo y en La Laguna”.⁵⁰ Incluso en el pacífico Yucatán se hablaba en 1920 de la posibilidad de que estallara una guerra de castas. “Una guerra de clases continua cubría una gran extensión del país de 1920 a 1940”.⁵¹ Y si sumamos los años de la inestabilidad del carrancismo, ese largo trayecto comienza desde 1916. Casi 25 años fueron necesarios para apagar por completo las cenizas todavía ardientes de la revolución. Fueron los cinco lustros de la incubación, desarrollo y consolidación del bonapartismo mexicano.

Pero la solución de la tarea fundamental del estado que surgía, a saber, adecuar las condiciones sociales óptimas para el libre y poderoso curso del capitalismo, no podía hacerse ni fácil ni rápidamente. La alternativa no había que buscarla mucho. El instrumento más idóneo para hacerlo necesariamente era un régimen duro, fuerte. Esta característica del nuevo estado es una de las evidencias mejor apreciadas por una gran mayoría de los analistas del proceso mexicano. Era claro que los vencedores de la guerra civil, a diferencia de los primeros revolucionarios liberales maderistas, eran partidarios más o menos decididos, pero todos por igual, de un sistema estatista. Knight había escrito: “Desde luego, el logro máximo de la Revolución se encuentra en su creación de un Estado poderoso, tan comprometido con el desarrollo y la centralización como su predecesor porfiriano, pero que empleó medios más eficientes para estos fines”.⁵²

Después de señalar lo anterior Knight ha echado mucha agua a su vino hasta prácticamente desdecirse de la concepción sobre el estado de los sonorenses ampliamente desarrollada en su *Historia*. “La revolución significó un debilitamiento y no un fortalecimiento del Estado”.⁵³ Y aún con más énfasis señala adelante: “El Estado que dirigían los sonorenses en los años veinte era precario, y su autoridad estaba amenazada por el caudillo y por la Iglesia católica, su

⁵⁰ Alan Knight, *The Mexican Revolution*, vol. II., *op. cit.* p. 520.

⁵¹ David L. Raby, *Educación y revolución social en México*, México, Sepstentas, 1974, 127.

⁵² “Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1919”, en D.A. Brading, *op. cit.*, p. 35.

⁵³ “La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista o simplemente una «gran rebelión», en *Cuadernos Políticos*, núm. 48, oct.-dic. 1986, p. 20. Cursivas añadidas.

supervivencia dependía del reconocimiento de Washington, y su carácter, según James Wilkie, era aún básicamente «pasivo»⁵⁴.

En su acre polémica con los marxistas que consideramos al estado posrevolucionario como representante *sui generis* del género bonapartista, Knight saca a relucir otras cualidades diferentes a las que aplicó en su monumental, acuciosa y ejemplar investigación de la revolución mexicana. Si bien en las casi 1300 páginas de la *Historia* su paciente método empírico, de larga e ilustre alcurmia británica, se despliega majestuoso, cuando se lanza a las profundidades de la interpretación histórica se ahoga en las turbulentas aguas de la filosofía del conocimiento y de las diversas *Weltanschauungs*. En síntesis, su rechazo de la concepción de la lucha de clases marxista lo embrolla más allá de sus capacidades empíricas. Y entonces surgen otras cualidades suyas, las peores: la incoherencia, el desprecio a la teoría (a veces encarnada en la bestia negra del “hegelianismo histórico”). Para él “ni bonapartismo ni revolución de la burguesía nacional representan hipótesis convincentes”. En primer lugar “porque el Estado mexicano de los años veinte era demasiado débil para erigirse por encima de las clases como lo hizo Bonaparte en Francia [...] y al hecho de que el Estado no era agente de una sola clase hegemónica indica menos su relativa autonomía, que su papel como objeto y víctima de un combate de clase”⁵⁵.

Previa descalificación de *El dieciocho de brumario*, por no ser considerado como “una pieza de teorización rigurosa”, Knight arremete contra la interpretación de clase de la revolución mexicana, dejando un hoyo negro en su concepción general de la misma. Pues, entonces, si el estado instaurado por los sonorenses “era tan débil y precario” cómo fue posible que resistiera prácticamente desde el inicio del gobierno de Obregón hasta el del gobierno de Cárdenas insurrección tras insurrección en un torbellino de violencia delirante que enfrentó al equipo sonorenses con una gran parte de los generales revolucionarios e incluso desgarró sus mismas filas cuando Adolfo de la Huerta se levantó en armas contra la imposición obregonista de Calles. Durante los dos

⁵⁴ *Ibid.* p.25.

⁵⁵ *Ibid.* p.10.

primeros años el gobierno de Obregón enfrentó levantamientos militares en Oaxaca, Coahuila, Durango, Hidalgo, Nayarit, en el sureste e incluso en el Distrito Federal;⁵⁶ después en 1923 se enfrentó con éxito a “la rebelión sin cabeza” que estalló cuando De la Huerta llevó sus diferencias con Obregón al plano de las armas, diferendo que fue el pretexto para que se levantara contra el gobierno la mayoría de los generales en activo que comandaban 50 mil soldados (las dos terceras partes del ejército mexicano de esos años); durante el gobierno de Calles se inició la guerra cristera en 1926 y a pesar de los acuerdos con la Iglesia católica en 1929, no se sofocaron todos los focos de la rebelión cristera que pululaban de Colima a Durango y de Jalisco a Guanajuato, manteniendo esa extensa región del centro-occidente en una situación de permanente inestabilidad hasta la llegada a Los Pinos de Cárdenas;⁵⁷ también en 1926 se rebeló por primera vez “el señor de la guerra” Saturnino Cedillo, que reincidió diez años más tarde en una rebelión contra Cárdenas en la cual fue vencido y fusilado; las rebeliones agraristas escenificadas en numerosos estados, las cuales, si bien en la mayoría de los casos las manipulaban caudillos gubernamentales, tenían también su filo “desestabilizador”.

También en el terreno propiamente político el estado encontró mucha oposición en los sectores medios y liberales. Tuvo que reprimir y hacer su primer fraude electoral en 1929 contra una amplia coalición liberal-democrática que se formó alrededor de Vasconcelos. Fue el bautizo patético del recién fundado Partido Nacional Revolucionario, el cual, por cierto, había surgido como consecuencia de la terrible crisis política que sacudió al régimen con motivo del asesinato de Obregón en 1928. Por último, el gran choque ente Calles y Cárdenas en 1935 significó por fin el comienzo de la verdadera institucionalización del régimen bonapartista mexicano.

Ciertamente no fue un paseo en el parque el proceso de surgimiento y consolidación del bonapartismo mexicano. “Obregón cimentó al bonapartismo sobre una montaña de cadáveres. Lejos de la

⁵⁶ Nicolás Cárdenas, *op. cit.* p.39.

⁵⁷ Raquel Sosa Elizaga, *Los códigos ocultos del cardenismo*, UNAM-Plaza&Valdés Editores, 1996, pp.44-49.

realidad está la visión idílica que presenta el curso triunfante del régimen posrevolucionario como un sendero fácil, sin obstáculos [...] como lo atestiguan los constantes levantamientos militares que sofocaron a sangre y fuego Obregón y Calles, la casta militar no se había homogeneizado y faltaba realizar una gran purga para convertirla en instrumento dócil, domesticado, capaz de proporcionar una tutela monolítica [a las necesidades del nuevo poder]”.⁵⁸

Pero el signo de nacimiento del bonapartismo mexicano no fue sólo el del enfrentamiento. También el sello de la política negociadora marcó desde sus orígenes a su estructura porosa y oportunista, cooptadora y corruptora. En esto residía su mayor diferencia con respecto a la dictadura que remplazaba. La revolución no había ocurrido en vano. No entender esta obviedad fue la principal razón de la debacle de Carranza en 1920. Ciertamente el nuevo estado tenía que ser autoritario para imponerse a todas las fuerzas centrífugas que minaban y obstaculizaban la centralización integradora gubernamental y administrativa, única garantía para lograr la realización plena de la “modernización” capitalista, la meta pregonada a todos los vientos de los revolucionarios victoriosos.

Además, como hemos visto, los rescoldos aún ardientes de la hoguera revolucionaria todavía no eran cenizas frías. Las profundas y recurrentes oleadas de violencia presentes después de la “pacificación” de Villa y Zapata seguían alimentando los temores de que estallara nuevamente otra revolución. Pero ese temor no cristalizó en un nuevo pánico de las clases dominantes en gran medida por la decisión de construir el otro gran baluarte del edificio bonapartista que se levantaba apresuradamente con el oficio de la albañilería política de los astutos sonorenses: la negociación. “El cansancio, la cooptación, la reforma y la represión, todo se conjugaba contra ello [el estallido de una nueva revolución], pero el régimen toleraba e incluso fomentaba un cierto grado de violencia limitada, organizada. Armó a los agraristas contra los cristeros y los generales rebeldes”.⁵⁹

⁵⁸ Manuel Aguilar Mora, *El bonapartismo mexicano, op.cit.*, vol. I, p.29

⁵⁹ Alan Knight, *The Mexican Revolution*, vol. II, p.522.

Los nuevos políticos de la cumbre no podían darse el lujo de permanecer en su torre burocrática o militar; debían codearse con el pueblo e identificarse con sus anhelos. El "populismo" se impuso como la nueva cultura política nacional, consistente en un modo de apreciar la realidad sin rigor ideológico y sin conceptos científicos, pero que enraizó a fondo en los nuevos valores nacionalistas, reivindicadores del pasado indígena y de los atributos del pueblo espeso y municipal, todo ello adobado con matices jacobinos y una profunda desconfianza del vecino norteño.

Así, el bonapartismo mexicano se fue forjando con sus dos tenazas centrales, con una política que combinaba en dosis igualmente importantes el enfrentamiento duro y represivo con sus enemigos y la negociación y la manipulación de sus bases sociales, en primer lugar, por supuesto las vastas capas campesinas,⁶⁰ pero con el transcurso del tiempo cada vez se fueron haciendo más importantes las bases de las masas proletarias.⁶¹

Fue un estado "fuerte" desde sus inicios, no porque su aparato burocrático fuera tan poderoso desde el principio como acabó siéndolo treinta años más tarde, ni tampoco porque se pudiera comparar estrictamente con los aparatos gubernamentales bonapartistas franceses.⁶² Pero lo era para la situación mexicana de 1920 en la que las

⁶⁰ Esta concepción fundamental de la fuente campesina de la fuerza y estabilidad proverbiales del régimen bonapartista mexicano encontró su primera exposición sistemática en el breve pero brillante ensayo pionero de François Chevalier, "The Ejido and Political Stability in Mexico", en Claudio Veliz (ed.), *The Politics of Conformity in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, 1967.

⁶¹ Es por tanto errónea la concepción que sólo atribuye a uno de esos factores, el represivo, el papel único y fundamental de la forja del nuevo estado. Tal es el caso de Nicolás Cárdenas quien escribe como conclusión de su análisis de la reconstrucción del estado la siguiente oración: "El Estado mexicano, por tanto, fue reconstruido no a través de la conciliación, sino por la vía del enfrentamiento", *op.cit.*, p.164. Esta conclusión es contraria completamente a la dialéctica real cotidiana de represión-negociación que ha presidido el nacimiento del sistema y que lo ha acompañado durante toda su larga trayectoria. Incluso está todavía bien presente actualmente en sus años de crisis terminal.

⁶² Para Knight ni siquiera durante el cardenismo el estado posrevolucionario logra las dimensiones que lo puedan catalogar como un estado "fuerte". Con su soberbia intelectual británica acaba definiéndolo como "carcacha". "Cardenism: Juggernaut or Jalopy?", *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, vol. 26, primera parte, febrero de 1994.

presiones externas imperialistas eran muy poderosas y las masas habían entrado a la escena política para ya no abandonarla por completo. Este encuentro y conjunción de fuerzas de clase tan diversas, externas e internas, daban ese aspecto peculiar, tan particular de la definición trotskista del sistema político mexicano.

De nuevo Knight, y con él quienes consideran “precario y débil” el estado posrevolucionario, caen en contradicciones flagrantes. Para Knight no es posible “ni en última instancia”, explicar el conflicto entre el carrancismo y el villismo con criterios de clase. Para él la revolución tampoco puede considerarse burguesa y por supuesto mucho menos se le puede considerar como una “revolución obrera”.⁶³ Pero entonces, ¿acaso el estado resultante no estaba destinado a erguirse sobre los apoyos más disímboles? ¿Acaso el capitalismo que comenzó a forjarse a partir de 1920 no se construiría inicialmente sobre las bases sociales movilizadas de una crisis no en especial óptima para que apareciera sin tapujos? ¿Acaso no dependía cada vez más de las fuerzas imperialistas? ¿Acaso la presión de las masas no la obligarían a tomar decisiones inauditas para otros gobiernos capitalistas en condiciones diversas a las mexicanas de esos años?

Reconocer la fuerza del estado mexicano posrevolucionario no es ser estatista, estatalista o estatólatra como suponen algunos.⁶⁴ Es reconocer la evidencia. Sin embargo, ante ésta las interpretaciones son diversas. Incluso más, entre dos interpretaciones prácticamente idénticas se pueden sacar, sin embargo conclusiones completamente diferentes. Un ejemplo es el de Carlos Pereyra, quien consideraba al

Ahora que Knight anuncia que se propone escribir una historia del cardenismo tal vez con un estudio más profundo comprenda mejor los vericuetos del bonapartismo.

⁶³ “The Working Class and the Mexican Revolution, c. 1900-1920” en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, núm. 16, 1984.

⁶⁴ “Curiosamente, aun autores de izquierda radical, como Gilly y Aguilar Mora, coinciden con los planteamientos centrales de los estatalistas; que el Estado que surge de la revolución es fuerte (...) y que adopta una forma bonapartista”. Nicolás Cárdenas, *op.cit.*, p.12. Por lo que respecta a lo segundo no es del todo correcto pues Arnaldo Córdova, uno de los más notables “estatistas” considerado por Cárdenas, discrepa explícitamente de la categoría del bonapartismo. Véanse las polémicas de Adolfo Gilly y Manuel Aguilar Mora con Córdova al respecto en sus respectivos ensayos incluidos en la recopilación *Interpretaciones de la revolución mexicana*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979.

régimen mexicano como bonapartista pero que no pensaba que ello significara que adoptara un carácter clasista, burgués.⁶⁵ Por tanto, es muy arriesgado comparar algunas versiones “estatalistas” sin considerar cuidadosamente el contenido de sus concepciones concretas de clase, de orientación (reformista, revolucionaria). Ahora bien, este no es un ejercicio estéril. Tiene muchas implicaciones políticas. Esto es fácil de demostrar observando el destino político de tantos analistas partidarios de las teorías del “estado fuerte” que acaban integrándose a éste, fortaleciéndolo por tanto aún más.⁶⁶ Es imposible negar la brecha enorme que separa a estas posturas de las de los marxistas revolucionarios.

PRELUDIO CARRANCISTA

Fueron los sonorenses liderados por el hombre de Huatabampo los que instauraron el régimen bonapartista en 1920. Pero antes, el gobierno encabezado por el viejo caudillo coahuilense Carranza ya había preparado en gran medida muchas de las condiciones que aquéllos desarrollarían. El “rey viejo”, con su terquedad burguesa demostró evidentemente que la salida “democrática”, civil, parlamentaria y liberal estaba negada en el México que acababa de experimentar el vendaval de 1910-17. Los años de Carranza como presidente, 1916-1920, son interesantes como preludio del régimen bonapartista hecho y derecho de los sonorenses.

Desde el principio mismo el carrancismo aspiró al fortalecimiento del estado sin tapujos. El viejo oligarca de Cuatro Ciénegas sacó a

⁶⁵ Juan Molinar Horcasitas quien se percató de la convergencia de las interpretaciones sobre el bonapartismo expuestas por Pereyra y por nosotros, no hiló lo suficientemente fino como para apreciar también las diferencias igualmente palpables y esenciales. Véase su interesante ensayo “Escuelas e interpretaciones del sistema político mexicano”, *Revista mexicana de sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, abril-junio de 1993. En el apéndice que sigue a continuación hacemos una profundización teórica sobre la cuestión de la “autonomía relativa” del estado con respecto a las clases sociales, obviamente en especial con respecto a la burguesía.

⁶⁶ Por ejemplo José Woldenberg, hoy flamante presidente del Instituto Federal Electoral (IFE) escribió un libro en que describió una concepción del estado mexicano muy cercana a la aquí expuesta. Véase Mario Huacuja y José Woldenberg, *Estado y lucha política en el México actual*, México, Ediciones El Caballito, 1976.

relucir su genealogía de hombre del antiguo régimen y con su experiencia de “Primer Jefe de la Revolución” el resultado fue un engendro autoritario en el que se daban las condiciones más aberrantes. El régimen se declaraba agrarista con la famosa ley de enero de 1916, pero su “agrarismo” controlado y moderado no escondía apenas el afán restauracionista que lo invadía desde la primera magistratura. Era el propio “Primer Jefe” quien abogaba para que las haciendas expropiadas o simplemente tomadas por los campesinos volvieran a sus antiguos dueños. El movimiento obrero comenzó a despertar a la política precisamente en esos años carrancistas y el gobierno a pesar de su aparente tolerancia recurrió a la represión brutal con motivo de la huelga general de la ciudad de México en 1916 que llevó a 86,000 obreros a parar la ciudad dejándola sin luz, agua, tranvías, teléfonos, coches, boticas y peluquerías. Carranza revivió la Ley Juárez de 1862 y restableció la pena de muerte para quienes suspendieran el trabajo en las empresas públicas, clausurando de paso la Casa del Obrero Mundial y deportando en masa a los líderes obreros. Incluso en la política exterior el curso del gobierno era contraproducente. A pesar de que su política de neutralidad con respecto al conflicto bélico no representaba un verdadero reto para Estados Unidos, lo distanciaba y predisponía con Washington, que nunca fue en realidad muy favorable al viejo caudillo.

Para Knight Carranza inauguró muy pronto el molde posrevolucionario tradicional y fue el símbolo mismo de “la revolución hecha gobierno”. Su fuerza la habría sacado de su “paternidad” porfirista marcada con la impronta de su participación destacada en la lucha armada que lo habría hecho “el hijo más exacto, quintaesencial” del proceso revolucionario”. Y siguiendo con su interpretación Knight reivindica el modelo tocquevilliano de la revolución mexicana contra el leninista:

[...] la revolución mexicana se consumió virtualmente antes de que la internacionalización de la revolución tuviera lugar; fue la última de las “grandes revoluciones” que, siguiendo un modelo tocquevilliano más que leninista, permanecieron esencialmente nacionales, no produjeron un patrón ideológico o un partido de vanguardia y, ante todo, *servieron para*

*reforzar más que para subvertir muchas de las características del viejo régimen que derrumbó.*⁶⁷

Knight no quiere, se niega a ver lo que tiene enfrente. Ciertamente no fue leninista. Era imposible que lo fuera. Pero ¿cómo no apreciar los innumerables síndromes de su situación bonapartista, de la inestabilidad permanente que aún sin “internacionalizarse” llevaría a Carranza a Tlaxcalaltongo y que se prolongaría veinte años todavía? Y cómo no contestarle a Knight ¿acaso la etapa cardenista que se abriría casi dos décadas después no sería la demostración tardía pero igualmente palpable de que la revolución mexicana acabó también por “internacionalizarse”? Y ¿cómo no sonreír ante la ingenuidad desplegada por el sabio profesor de Cambridge cuando considera que la mexicana “no subvirtió al viejo régimen que derrumbó” creyendo encontrar aquí el nudo de la diferencia entre el modelos “tocquevilliano” y el leninista? ¿Acaso la revolución bolchevique, en su burocratización hipertrofiada, no superó con creces al zarismo? ¿Acaso el stalinismo, seguramente para Knight tan “hijo quintaesencial” de la revolución rusa como el carrancismo de la mexicana, no acabó promoviendo la restauración del capitalismo? Se puede percatar en lo anterior que la limitación fundamental de Knight se da cuando intenta interpretar los hechos que investiga tan cuidadosa y meticulosamente a la luz del gran escenario de la historia universal en el cual no basta la lupa del historiador para comprender sus tramas sino que es necesaria una *Weltanschauung* totalizadora y dialéctica que le permita orientarse al observador-participante en el bosque sin perderse entre los arboles.

El gobierno de Carranza sería transitorio, el pasaje para la instauración del régimen de los sonorenses y sería así igualmente anunciador de sus fraudes electorales, de su manipulación de la prensa, de su liberalismo democrático de fachada, de su socialismo caricaturesco, de su “populismo” vergonzante, de una reforma agraria enana y del clientelismo y la corrupción de los sectores sindicales.

Pero Knight, a pesar de sus orejeras ideológicas que le impiden reconocer lo evidente, parado como está firmemente en su empirismo inglés no puede dejar de apuntar uno tras otro los rasgos de ese leviatán

⁶⁷ Knight, *The Mexican Revolution*, op. cit., vol, II, p.497. Cursivas añadidas.

bonapartista que comenzaba levántares. Va señalando una a una las características que van forjando el nuevo estado (el “*Statebuilding*”) con su neta vocación autoritaria, represiva y, al mismo tiempo, necesariamente, portador de una política modernizadora y hasta negociadora emanada de la cumbre. Como el Kuomintang que surgía contemporáneamente en la nación más poblada del planeta, el régimen mexicano también aspiraba a hacer de un país agrario, semicolonial, atrasado y convulsionado una nación moderna, próspera y digna de ocupar un lugar respetado en el concierto de las naciones. “El genio especial de los carrancistas residió en su habilidad para ponerle las riendas a una revolución, aunque ésta ya estaba cansada y quebrada, para orientarla hacia fines antitéticos, neoporfirianos”.⁶⁸

El programa era “eclectico e inconsistente”. El pragmatismo norteño se comenzaba a imponer a todo el país. La “máquina carrancista” llama Knight al aparato que comenzaba a gestarse desde la capital y extendía sus brazos por todo el país. Carranza se aprovechaba del cansancio popular pero no logró nunca su apoyo entusiasta. Pero con bríos y fuerza inaudita impulsaba los mecanismos de la maquinaria para engranar a ella a todos los estados de la nación.

La “revolución” entendida por estos secretarios y comisarios militares comenzó a ejercer sus derechos de primogenitura. Por dondequiera deambulaban y se movilizaban los oficiales revolucionarios, sus soldados y su cortejo de servidores. Los coahuilenses y sonorenses eran la fracción dominante en el gobierno carrancista y de 1915 a 1920 se expandieron por todo el país como procónsules del régimen. Castro en Oaxaca, Alvarado en Yucatán, González en Morelos, Murguía y Treviño en Chihuahua, Diéguez en Jalisco, y el otro Castro, Cesáreo, en Puebla.⁶⁹ Si la revolución no había prendido, los norteños la llevaban desde afuera y desde arriba, en especial esto fue lo que hicieron en la vasta región del sureste, desde la aislada Chiapas hasta la pacífica península de Yucatán.⁷⁰

⁶⁸ *Ibid.* p.498.

⁶⁹ *Ibid.* p.442.

⁷⁰ Precisamente Gilbert Joseph titula “revolución desde afuera” a su libro sobre el periodo en Yucatán. *Revolución desde afuera*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. Por su

¿Por qué cayó tan fácilmente Carranza? A pesar de sus acervos, el carrancismo estaba parado en el borde de un precipicio político y todo lo que hacía en vez de impedir su desplome lo empujaba decididamente al vacío. Su gobierno se mantuvo en conflicto permanente con la población y en lugar de hacer uso de los amplios capitales a su disposición como el “Primer Jefe” revolucionario, Carranza acabó confrontado con todos: con los campesinos, en primer lugar, quienes jamás perdonarían ni olvidarían el asesinato de Zapata ordenado por él. Con los obreros que precisamente comenzaban a despertar rápida y explosivamente a la acción política los confrontó brutalmente como dijimos, declarando la pena de muerte contra los huelguistas de la ciudad de México de julio de 1916. En su periodo comenzaron a surgir las primeras organizaciones sindicales. La Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), la primera confederación sindical nacional en la historia del país, se fundó en 1918 y en 1919 tenía más de 100 mil afiliados —Luis Napoleón Morones se jactaba de 400 mil, lo cual era exageradísimo—. Por su parte, los sindicatos católicos, también recién fundados, reconocían más de 10 mil miembros; la Confederación General de los Trabajadores (CGT), de tendencia anarquista, también surgió un poco más tarde en esta época (1921), así como un Partido Laborista promovido por la CROM. También en 1919 se fundó el partido comunista. Las luchas obreras comienzan a irrumpir en la escena y estallan huelgas en toda la república, los obreros reclaman no sólo el respeto sino la aplicación de las nuevas leyes favorables a sus intereses. En fin, los propios sectores revolucionarios, en especial, los militares, se van alejando cada vez más del viejo presidente.

La nominación anticlimática de un perfecto desconocido para sucederlo fue sólo la gota que derramó un vaso ya bastante grande y pleno de descontento y cólera populares. El triunfo de Obregón fue realmente fácil y rápido. Se apoyaba y encabezaba una enorme oleada nacional que estaba en contra de una restauración porfirista tan cínica y

parte, Thomas Benjamin en su espléndido libro sobre Chiapas explica las extrañas combinaciones tan poco revolucionarias que tuvieron las intervenciones burocráticas militares en los años de Carranza, Obregón y Calles en una sociedad atrasada, estancada y absolutamente dominada por los criollos y mestizos que se aupaban sobre una mayoría popular, en especial sobre su parte más pobre y marginada, la indígena.

aceleradamente. Obregón y sus colegas sonorenses y aliados en toda la república aprenderían bien la lección. El régimen bonapartista que irrumpe ya con todos sus atributos en 1920 ya no olvidaría que la revolución mexicana ciertamente no proletaria, ni menos socialista, si había, sin embargo, cambiado por completo las condiciones de la escena política y por tanto del comportamiento de las masas en ella y aunque su entrada a “la arena política la hacían en forma encadenada, desarmada muy vulnerable” (Knight) lo hacían para ya no abandonarla y, por tanto, para bien o para mal, había que contar con ellas. Obregón comprendió esta lección y la grabó con pulso firme en la memoria y en la experiencia del aparato gubernamental que surgía como uno de sus acervos cruciales

LOS TRES LARGOS LUSTROS SONORENSES

“No tengo compromiso de ninguna índole ni dentro ni afuera del país”, declaró Obregón desde la frontera en Nogales, Sonora cuando hizo pública su candidatura presidencial en 1919. Igualmente no prometió ninguna cosa, ni consideraba necesario reivindicar un programa pues eso sería simplemente incurrir en “la prosa rimada”, para él buena para nada.⁷¹

Desde el mismo momento que lanzó el reto a Carranza hasta que se consumó el golpe de estado contra el viejo presidente pasando por todas las vicisitudes que llevaron a la victoria a los caudillos norteños es visible y patente el carácter de la astuta política que seguiría. Aceptó el apoyo de todos pero no se comprometió con nadie. “La carrera del caudillo” fue fulminante y el espejo mismo del éxito. Se adhirieron a él todos los que se habían sentido agraviados por Carranza, lo que significaba una gran parte de los sectores sociales: ex zapatistas, ex villistas, el movimiento obrero emergente y capas burguesas representadas principalmente, aunque no sólo, por el Partido Liberal

⁷¹ Aarón Saenz hace la descripción apasionada de su amigo y caudillo y muestra el grado de caudillismo acrisolado del sonorenses. En otra ocasión declaró: “Yo me proclamo como candidato a la Presidencia de la República de mis propias pistolas, sin compromisos de partidos, ni ofrecimientos previos de un programa. Mis antecedentes de soldado de la Revolución son suficiente garantía que sabré procurar el bienestar del pueblo y la felicidad de la patria. El que quiera, que me siga”. “Álvaro Obregón”, en *Historia mexicana*, vol. X, núm. 2, octubre-diciembre de 1960, p. 226.

Constitucionalista y el Partido Cooperatista. Estos últimos le dieron los cuadros necesarios para que ocuparan los puestos del estado, incluidas las curules de las cámaras. También una parte del ejército se alió con él o simplemente se mantuvo neutral como fue el caso de Pablo González, quien, carrancista convencido, se sintió grandemente agraviado cuando no fue escogido por Carranza para sustituirlo.

Pero Obregón no podía arriesgarse a permitir el destierro de Carranza. Como presidente depuesto, a pesar de su impopularidad, podría significar un importante obstáculo para él. Por eso aceptó el riesgo de cargar con su cadáver. "La Revolución estaba encima de las personas y el que era revolucionario se colocaba más allá de cualquier contingencia incluyendo un magnicidio. El amplio apoyo popular le dio al obregonismo una base fundamental que minó toda reclamación legitimista proveniente de los herederos de Carranza. La suerte estaba echada. Un solo caudillo debería gobernar para que, paradójicamente, el país fuera fortaleciendo sus instituciones".⁷² Como los bonapartistas franceses, el mexicano también recibió su bautizo en las jornadas de un golpe de estado y desde su origen está manchado con sangre derramada por sus propios antiguos aliados.

Los quince años que separan la victoria de Obregón del ascenso de Cárdenas al poder representan una fase decisiva de la historia del poder posrevolucionario. Incluyen íntegra la década de los años veinte con su terrible cúspide en 1929. Pero paradójicamente han sido poco investigados en comparación con las dos décadas que la flanquean. Posiblemente sea esta mayor atracción que tienen las dos décadas sobresalientes del siglo XX mexicano (la de los años revolucionarios y la de los años treinta que incluye el sexenio cardenista) lo que explique tal desatención.

Con los gobierno sonorenses se va definiendo el tipo de estado que va surgiendo de las contradicciones posrevolucionarias.

⁷² Alvaro Matute, *La carrera del caudillo, Historia de la Revolución Mexicana, 1917-1924*, El Colegio de México, 1988, p. 179. Una sabrosísima crónica de los años sonorenses es la de John W. F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución Mexicana (1919-1936)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Dulles entre ironías y burlas señala que le interesa relatar el destino de los tres caudillos sonorenses. el cual culminó en los tres violentamente.

La burguesía nacional se encontraba en una situación que era la clásica de una alianza de conveniencia. En general el nuevo régimen no era visto como “suyo” por los sectores burgueses nacionales. Los ejemplos del Partido Liberal Constitucionalista y el de Vasconcelos son significativos. Ambas corrientes fueron aliadas del régimen en su surgimiento (Vasconcelos le dio el lustre de su Secretaría de Educación Pública) e igualmente ambas acabaron enfrentándole: el PLC con motivo de la sublevación delahuertista de 1923 y Vasconcelos fue el primer y muy exitoso retador (aunque reprimido) del partido oficial durante las elecciones presidenciales de 1929.

Pero a nivel nacional y económico el régimen, tanto desde su centro nacional como en los más importantes estados en los que comenzaba a ejercer influencia determinante, buscaba integrar a sus políticas e incluso a sus familias a los viejos grupos burgueses sobrevivientes. Un ejemplo conspicuo por la importancia del estado en el proceso revolucionario es el de Chihuahua. Después de la derrota de Villa, primero los carrancistas y continuando los sonorenses, todos impusieron una política de conciliación con los viejas y “persistentes” oligarquías regionales que incluso significó la reintegración de la familia que había sido el símbolo mismo del porfirismo en el estado, la del gran hacendado Terrazas. Los nuevos grupos gobernantes chihuahuenses devolvieron a la familia muchos recursos que había perdido durante el, periodo villista, le dieron todas las facilidades para que volvieran a recuperar su poderío económico en la industria y el comercio e incluso después se le permitió volver a poseer grandes extensiones de tierra. A cambio, la familia Terrazas se comenzó a unir a través de matrimonios con los detentadores del poder político.¹³

Los sectores más fuertes de la burguesía industrial como el de Nuevo León, no cedieron terreno ante el nuevo poder y lucharon palmo a palmo para mantener su dominio económico y para influir sobre el anterior. Fueron las jornadas en la ciudad de Monterrey entre 1918 y 1923 las experiencias fundadoras de las relaciones que se forjarían entre esos sectores de grandes capitalistas y el nuevo régimen. Para los

¹³ La investigación detallada de Mark Wasserman es inapelable al respecto *Persistent Oligarchs: Elites and Politics in Chihuahua, Mexico, 1919-1940*, Durham, Duke University Press, 1993.

empresarios regiomontanos la prueba fue crucial y salieron airoso de ella.

Monterrey era la única ciudad del país en la que era notoria la influencia de la industria como la principal actividad económica. Tenía una población de 113 mil habitantes de los cuales 12 mil eran trabajadores de la industria, o sea más del diez por ciento del total. El grupo capitalista principal era el de la Fundidora de Hierro y Acero con Adolfo Prieto a la cabeza.

El despertar político vertiginoso de la clase obrera se expresó en 1918 con motivo de una huelga en Fundidora que provocó movilizaciones como nunca antes había presenciado la ciudad. Se fundaron nuevas organizaciones proletarias, en especial sindicatos independientes y en 1920, justo durante la campaña de Obregón, estalló nuevamente una dura huelga en la Fundidora. También para el caudillo ésta iba a ser una importante prueba.

Prieto y sus asesores consideraron que era el momento de hacer la primera gran prueba de fuerza con el gobierno post-revolucionario. Se trasladaron a la ciudad de México para entablar negociaciones directas con el poder federal, de hecho desconociendo la autoridad de las autoridades estatales. Se negaron terminantemente a reconocer cualquier instancia obrera independiente. La huelga se fue quedando aislada debido a que la dirección de la CROM estaba ya comprometida con Obregón a desempeñar un rol como parte del nuevo gobierno. La patronal no cedía y el gobierno acabó por aceptar la mayoría de sus condiciones. Los empresarios se sintieron muy fortalecidos y continuaron su estrategia de minar a los sindicatos promoviendo los llamados "sindicatos amarillos". En 1922 se vuelve a presentar una situación parecida pero en esta ocasión con dimensiones mayores pues la huelga que estalló abarcó a todos los trabajadores de las empresas siderúrgicas de la ciudad, alrededor de cinco mil. Se repitió también la postura intransigente de la patronal, el aislamiento obrero y la conciliación final del gobierno que impuso a los trabajadores otra solución que retomaba lo fundamental de la propuesta de la patronal. A cambio, el gobierno abría la carrera política a los líderes principales, algunos de los cuales se convirtieron en diputados y funcionarios. El

esquema de la negociación y la cooptación se comenzaba a aplicar con éxito.⁷⁴

Con la burguesía del país norteño las relaciones serían siempre más truculentas. Obregón no fue reconocido inmediatamente y debió pagar el precio de un acomodamiento a muchas exigencias imperialistas --incluso de enmiendas de la Constitución-- para recibir después de muchas negociaciones el reconocimiento final en 1923. Para Washington era ya un hecho consumado que había que contar en adelante con el nuevo gobierno revolucionario como interlocutor clave en México. No fue de su agrado pero debió aquilatar debidamente la situación que aparecía como irreversible.

Por ejemplo, el problema de la deuda fue tratado hábilmente por Obregón después por su sucesor Calles. Se reconocía la misma pero se exigía la apertura de créditos internacionales que ayudaran a pagarla y a sacar al país de sus dificultades financieras. Así, el nuevo gobierno también ponía en práctica el nuevo tipo de “dependencia negociada” que se impondría como el modelo seguir en el futuro.

En lo que respecta al otro gran problema que afectaba decididamente las relaciones de los dos gobiernos, el de las compañías petroleras imperialistas, aquí los sonorenses hicieron acopio de una gran dosis de paciencia que en la época final callista se convirtió en franca capitulación que pondría el escenario principal para la gran gesta cardenista.

LA PRIMERA GRAN CRISIS

Las balas que abatieron a Obregón en el restaurante campestre de San Ángel anunciaron estrepitosamente la primera gran crisis del bonapartismo emergente. Fue una crisis crucial y permitió una nueva superación que los acercaría a la envidiada estabilidad que lograría por completo una década más tarde.

⁷⁴Oscar Flores Torres, “Empresas, revolución y conflictos laborales en Monterrey. La industria metalúrgica (1920-1923)”, *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*, San Nicolás de los Garza, N.L., Facultad de Filosofía y Letras, UANL, número 9, 1994.

Calles, a pesar de su talento, no había podido emanciparse de la tutela del caudillo sonorenses y debió asumir el papel de celestina en la operación de su reelección de 1928 que sellaría el destino de ambos definitivamente.

La crisis se venía perfilando a partir de la segunda parte del gobierno de Calles cuando estalló la guerra cristera. Grandes sectores del campesinado del centro-oeste del país, encabezados por grupos de la jerarquía católica e incluso acompañados de algunos terratenientes pescadores a río revuelto, expresaron su descontento ante el estancamiento de una reforma agraria que sólo había experimentado un primer y no muy fuerte impulso durante el gobierno de Obregón. Las presiones exteriores también se hacían sentir y Calles, a pesar de sus iniciativas iniciales antimperialistas, había terminado por ceder prácticamente en todo ante las exigencias de los monopolios petroleros extranjeros.⁷⁵

Sin embargo pudo remontar el difícil trance que ante numerosos grupos lo señalaba como el responsable intelectual del asesinato de Obregón y finalmente acabó convirtiéndose en su heredero, el nuevo "Jefe Máximo" de la revolución. El momento de la crisis de 1928-29 es el del surgimiento del partido oficial, el partido del estado que permitió solucionar el acuciante problema del vacío del viejo caudillo y las numerosas pugnas a que dio lugar en el seno del gobierno y en general de las corrientes posrevolucionarias. Con perspicacia Calles se percató de que aspirar a llenar el hueco personalmente contribuiría a crear nuevas sospechas que refrendarían la idea de su culpabilidad y decide mejor pactar con los obregonistas flexibles una transición "institucional" de la crisis, proponiéndoles la fundación del Partido Nacional Revolucionario.

Por supuesto, su nuevo papel de árbitro de la situación no se dio sin estiras-y-aflojas en los cuales el grupo que salió más perjudicado por su política antiobregonista radical fue el de la CROM cuyo dirigente Morones debió renunciar como secretario de Industria y Comercio.

⁷⁵ Lorenzo Meyer ha escrito la relación e interpretación todavía insuperable del conflicto petrolero durante la gestación y consolidación del régimen bonapartista. *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*. El Colegio de México, 1972.

También del lado obregonista hubo perdedores de la situación creada con el nuevo pacto. Fueron los militares recalcitrantes encabezados por el general Escobar que llevaron sus diferencias hasta la insurrección contra el gobierno, el cual rápidamente la sofocó.

Esta rebelión escobarista además será el pretexto para continuar con la purga de generales levantiscos ambiciosos que el sistema venía realizando desde el gobierno de Obregón. La tendencia al adelgazamiento se puede apreciar en las siguientes elocuentes cifras: en 1916 el ejército constitucionalista contaba con una tropa de 200 mil hombres y con 50 mil oficiales de los cuales cinco mil eran generales; ya para 1929, antes de la purga de ese año, el peinado era considerable y había ya sólo 70 mil soldados y 14 mil oficiales. La nueva disminución dejaría al ejército con sólo 55 mil soldados y 10 mil oficiales. La domesticación y subordinación de la jerarquía militar anunciaban los cambios vertiginosos que se producían en el personal del estado. Los militares comenzaban a ser menos importantes y eran reemplazados por civiles y profesionales de la política y la administración. En la cumbre ya no había el ramillete de generales que se disputaban la presidencia. Sólo había quedado, después de tantas purgas, unos cuantos en la antesala del poder central, entre los cuales destacaba cuatro, dos de los cuales lograron la meta de ser presidentes: Lázaro Cárdenas, Abelardo Rodríguez, Joaquín Amaro y Saturnino Cedillo.⁷⁶

El giro de 1928-29 coincidió estrictamente con la crisis económica del último año y precipitó las transformaciones ya palpables en el sistema de dominación. El periodo del "maximato" fue de una transición entre el caudillismo tradicional y el surgimiento de una fuerza burocrática cada vez más poderosa que, sin eliminar al caudillo, buscaba someterlo a sus intereses. La camarilla en el poder sabía y promovía la idea de que un caudillo como Obregón era difícil que volviera a irrumpir. Se iniciaba así la transición del caudillaje personalizado al del caudillismo del aparato impersonal: la formación

⁷⁶ Luis Medina Peña, *op. cit.*, p.42 *passim*.

del partido de estado fue el momento del surgimiento de la nueva variante del bonapartismo, el estructural.⁷⁷

Plutarco Elías Calles constituyó el partido político del grupo gobernante para asegurar la continuidad de su dominio. Dicho partido (Partido Nacional Revolucionario inicialmente, Partido de la Revolución Mexicana después y Partido Revolucionario Institucional, en la actualidad) cohesionó a los grupos políticos y militares, a los representantes de las nuevas capas burguesas y pequeño burguesas, que se impusieron a los ejércitos campesinos. [...] Más tarde, ya durante la administración de Lázaro Cárdenas, se integró en el PRM a las más importantes organizaciones de trabajadores urbanos y rurales, conformando un aparato político peculiar, que no siendo un organismo manejado por la burguesía ha servido a sus propósitos, impulsando y asegurando el desarrollo del sistema.⁷⁸

La fórmula modernizada del sistema bonapartista se venía preparando con la creciente burocratización del aparato administrativo y económico del estado. Con Calles principalmente la reconstrucción económica abrió al estado nuevos espacios para su intervención. El resultado fue que se comenzó a perfilar otro tipo de personal estatal que fue desplazando a los viejos cuadros heredados de la dictadura y a los militares salidos de los campos de batalla. Este nuevo personal era más joven, más educado, proveniente de las ciudades, en especial de la capital de la república y con grandes ambiciones políticas. Al comenzar los años treinta son ya los ocupantes mayoritarios de los puestos principales y en los años cardenistas se convertirán en los protagonistas centrales de aparato gubernamental que acompañara a su jefe en las

⁷⁷ Explicamos con amplitud este concepto en Manuel Aguilar Mora, "Estado y revolución en el proceso mexicano", *Interpretaciones de la revolución mexicana*, México, Nueva Imagen, 1979, p. 127 *passim* y *El bonapartismo mexicano*, vol. I, *op. cit.*, pp. 33-34.

⁷⁸ Alejandro Gálvez Cancino, "El papel de las burocracias en los bonapartismos: el caso de México", en Rafael Pérez Miranda y Ettore A. Albertoni, *Clase política y élites políticas*, UAM-Plaza y Valdés, 1987, pp. 200-1.

jornadas de esos años.⁷⁹ El nuevo estado posrevolucionario adquiriría cada vez más los rasgos de un estado activo, interventor y promotor que signaban la época: protegiendo al mercado interno, favoreciendo el desarrollo de la burguesía nacional y mediando entre los diversos antagonistas sociales.⁸⁰

Esta burocracia encontrará en Cárdenas un dirigente idóneo. Lo apoyará como candidato presidencial y después en su confrontación con Calles. El PNR surgido de una alianza de caudillos regionales, arbitrados por el caudillo máximo, no fue una mera suma de sus partes. Gestó y forjó un aparato centralizado que fue expandiéndose al nivel nacional hasta abarcar todo el país para ponerlo a la hora del Zócalo. En esta empresa el partido oficial iba a ser un instrumento formidable.

La burocracia fue acotando los límites del caudillaje no institucionalizado ejercido por Calles hasta 1935 oponiéndose a veces abiertamente a algunas de sus decisiones importantes. Abogó porque el partido oficial designara a los candidatos para las elecciones populares; impulsó una política agraria más radical y centralizada que la impulsada por los sonorenses; logró repeler el decreto que les concedía derechos legales a los terratenientes; se inclinó poderosamente por hacer concesiones a la clase obrera para mejor integrarla al partido; obligó a Ortiz Rubio a la renuncia eliminando a un títere de Calles: incluso el general sonorense Abelardo Rodríguez ordenó a sus secretarios a no consultar con Calles; en 1933 la dirección del PNR instauró la afiliación individual y empezó a socavar fuertemente los poderíos regionalistas; abrió el partido a la afiliación campesina y obrera; apoyó a Cárdenas

⁷⁹ Luis González los llama "los 300 cachorros de la revolución", preclaros y precoces miembros de lo que define como "la generación de 1915", o sea, los nacidos en la última década del siglo XIX y los primeros años del nuevo siglo. Eran los licenciados, ingenieros, militares convertidos en burócratas, o simplemente políticos de talento que acompañaron al "epónimo del sexenio" en su turbulento gobierno. *Los artífices del cardenismo, op. cit.*, p.97 *passim*.

⁸⁰ Helio Jaguaribe define como "neobismarckismo" el tipo de política que que iban adoptando los gobiernos latinoamericanos en esos años de crisis. Ver su libro *Desarrollo económico y desarrollo político en América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, pp.253 y 877.

como presidente del partido y después como su candidato a la presidencia.⁸¹

EL PROLETARIADO SIN CABEZA

Si los caudillos sonorenses tenían una filosofía, ésa era el pragmatismo típico de los rancheros norteros. O sea una expresión directa de la *Weltanschauung* típicamente burguesa y modernizante prevaleciente en el país nortero y libremente extendida en las sierras y valles, en los campos y ciudades de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.⁸² Para Obregón, pero sobre todo después para Calles, “modernizar” al país sería la prioridad esencial de sus gobiernos y, ciertamente, quien decía modernizar en esos tiempos de principios del siglo XX era sinónimo de “industrializar”. Este pragmatismo de profundo carácter burgués marcó a todos los grupos revolucionarios de la época, fueran liberales, bonapartistas e incluso socialistas (por ejemplo, la primera época del stalinismo del PC de la URSS).

Pero la industrialización requiere una clase obrera y en el México de 1920 esta clase obrera era al mismo tiempo reducida, pero por completo despertada y avivada por los nuevos tiempos revolucionarios. De repente se convirtió en una clase clave para el proyecto modernizador del bonapartismo sonorenses cuyo control y encauzamiento por tanto, era vital para la sobrevivencia del régimen. Este hecho, simple y escueto, es suficiente para entender la diferencia fundamental entre la dictadura porfirista y el nuevo gobierno posrevolucionario; ruptura que unida a otros rasgos definidores del bonapartismo mexicano (como su relación especial con el campesinado) hace vanas e ilusorias las comparaciones que lo identifican sin más con el porfiriato. Identificación que se fundamenta en la supuesta igualdad de sus impulsos “modernizantes”. Sí, ciertamente esos impulsos son similares, pero cuán enormes fueron también las diferencias en los métodos y formas que pusieron en práctica los dos autoritarismos. El porfirismo jamás se apoyó en un proletariado (muy reducido, por otra

⁸¹ Carlos Sevilla, “El bonapartismo en México”, *op. cit.*, p.199. También Alejandro Gálvez, “El papel de las burocracias en los bonapartismos”, *op. cit.*, p.193 *passim*.

⁸² Barry Carr, “Las peculiaridades del norte mexicano. Ensayo de interpretación”, *Historia mexicana*, vol. 22, nú. 3, 1973.

parte, en esa época); en cambio, desde su inicio, el bonapartismo mexicano encontró en el control de la clase obrera uno de sus pilares fundamentales.

El enfoque toquevilliano de algunos analistas de la revolución mexicana inclinado a apreciar los periodos de larga duración puede ser útil para explicaciones muy generales, pero se estrella ante la concreción del análisis político preciso que exige mayor concreción. François Xavier Guerra es uno de sus más señalados partidarios cuando en su análisis de los vínculos entre el antiguo régimen y la revolución enfatiza los elementos de continuidad con respecto a los de ruptura. Para él:

El México de Díaz se vincula con la prosperidad de la Nueva España de los últimos años y echa las bases de una economía moderna y diversificada. Las tasas de crecimiento económico que va a conocer durante esos años no serán de nuevo logrados sino hasta los años cuarenta. El México porfiriano se coloca en el umbral del despegue económico en que se había quedado la Nueva España, frenada en su impulso por las guerras de Independencia.⁸³

Ciertamente estos hechos económicos de “larga duración” inciden en una interpretación global de lo sucedido en la revolución, pero si no se enfatizan las aún más importantes rupturas, la explicación quedará mutilada.

En la política práctica, el nuevo proyecto modernizador de los caudillos sonorenses, tenía muy poco que ver con el del porfirato. Y, repetimos, aquí la presencia y el papel desempeñado por la clase obrera será definitivo para determinar esa diferencia radical.

Aunque al final del periodo porfirista aparecieron concentraciones de obreros importantes en algunos centros fabriles textiles (en Orizaba, por ejemplo) y mineros (Cananea, como caso conspicuo), el capitalismo mexicano no entró en su etapa industrial sino hasta después de la revolución. Los tres centros urbanos principales del país, la ciudad de

⁸³ *Le Mexique. De l'Ancien Régime à la Révolution*, t. 2, París, L'Harmattan -Publication de la Sorbonne, 1985, p. 313.

México, Guadalajara y Monterrey, eran centros básicamente comerciales y la rama manufacturera estaba representada ante todo por un conjunto de artesanos.

El proletariado industrial comenzó a surgir en ciertos núcleos bien localizados. En la capital regiomontana se instalan los primeros hornos metalúrgicos a fines del siglo XIX y en 1904 ya es una pujante industria siderúrgica que experimenta una inyección de capitales importante que la moderniza con sus grandes altos hornos. Es la industria textil la que agrupaba a la mayoría de ese proletariado, desparramado sin embargo en las fábricas de varios estados: Veracruz, Puebla, Jalisco y el Distrito Federal principalmente. En 1904 había ya 55 mil obreros textiles. También comenzaban a surgir con dinamismo otras industrias como las del papel y la cerveza.⁸⁴

Pero el impacto del capital imperialista como el factor determinante del proceso industrializador o, con más precisión, del proceso de integración de la economía mexicana al mercado internacional, fue evidente en el crecimiento formidable de dos ramas vitales de la estructura económica porfirista: la industria minera y los ferrocarriles. La explotación y exportación de materias primas, no sólo minerales sino agrícolas (las plantaciones tropicales del sur y del sureste principalmente) fue la base del desarrollo capitalista de la dictadura. El hecho elocuente que ratifica lo anterior fue el surgimiento explosivo de la red ferrocarrilera que ataba a México con Estados Unidos: en 1880 había en el país 650 kilómetros de vías férreas, cuando estalló la revolución, la cifra había ascendido a 24,000 kilómetros.⁸⁵

La situación del centro urbano más importante, la capital de la república fue en este respecto determinante. No hubo un desarrollo industrial intenso y concentrado en el centro del país. "El estancamiento y no la expansión económica de la ciudad de México, parecen haber sido la tendencia dominante durante varias décadas del siglo XIX".⁸⁶

⁸⁴ Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México (1850-1930)*, UNAM, 1975, p. 25.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁸⁶ Carlos Illades, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, UAM-Ixtapalapa-El Colegio de México, 1996, p. 203.

La concentración de la producción (en especial industrial) fue muy baja y su alcance difícilmente rebasó a los estrechos límites del mercado local. Esta situación del artesanado capitalino, a pesar del notable desarrollo que logró, impidió que desempeñara un papel político mayor, pues nunca se transformó realmente en un proletariado moderno.

También estas características explicarían la ausencia de partidos obreros con su ideología socialista, así como la permanencia de los vínculos de los artesanos con las tradiciones liberales y sus consecuencias anarquistas. Esto explica igualmente la adhesión a los ideales juaristas y republicanos en general que Díaz pudo aprovechar y manipular hasta muy entrada su dictadura.⁸⁷

Por eso la tradición radical obrera mexicana se desarrolló a partir de la intervención dentro del proletariado insurgente, en especial en las provincias mineras nortefías y en las regiones textiles de Veracruz y Puebla, de los liberales extremos, convertidos en el proceso revolucionario en anarquistas y cuya expresión más acabada fue, por supuesto, la corriente encabezada por Ricardo Flores Magón. Así mismo, la estructura capitalista dispersa en un mar agrario y la carencia de un centro industrial urbano de importancia decisiva a nivel nacional explican los extraordinarios problemas del partido magonista cuyas capacidades de intervención fueron desbordadas por la complejidad y la dimensión de las fuerzas sociales desatadas por la revolución. En 1912 el grupo magonista ya estaba marginado del proceso central que definiría el curso de la revolución.⁸⁸

La marginación magonista fue también la expresión de la ausencia de un protagonismo independiente de la clase obrera en el proceso revolucionario. Pero si la clase obrera no impactó a la revolución, ésta

⁸⁷ *Ibid.*, p. 204.

⁸⁸ Armando Bartra ha explicado detalladamente los problemas confrontados por el magonismo en diferentes trabajos, por ejemplo, véase "La revolución mexicana de 1910 en la perspectiva del magonismo" en Adolfo Gilly et al, *Interpretaciones de la revolución mexicana*, *op. cit.*

tuvo una influencia decisiva en aquélla.⁸⁹ De 1910 a 1920, de Madero a Obregón hay una transformación colosal de la clase obrera mexicana que la convierte, a pesar de su reducido número, en un factor clave de la lucha política y social nacional.

Durante la revolución a los tres sectores proletarios principales mencionados (mineros, ferrocarrileros y textiles), se agregó el petrolero que surgió en medio de la revolución misma. Fue al sector textil al que le tocó hacer el papel de avanzada de las luchas políticas proletarias. En 1911 estos obreros hicieron la primera huelga general contra Madero que también fue la primera huelga general de la historia mexicana. En 1912 se firmó con estos obreros textiles el primer contrato colectivo entre patrones y trabajadores. Con la Casa del Obrero fundada en 1912 (que se transformaría en la Casa del Obrero Mundial en 1913) surgen también por primera vez los grupos sindicales propiamente dichos y desde el principio se armarán para participar en la revolución. Hemos ya señalado que durante la presidencia de Carranza estalló una huelga general en la ciudad de México en 1916. Y se fundó dos años más tarde la primera confederación sindical nacional, la CROM. Así mismo surgió en 1919 el partido comunista. Para 1920 la presencia obrera en las fábricas y también en la escena política es ya decisiva para determinar con el apoyo poderoso de la CROM el éxito del golpe mortal de Obregón contra Carranza. Así, después de la revolución el proletariado surge como una fuerza viva y reconocida a nivel nacional, iniciándose la historia moderna del movimiento obrero mexicano.

Pero no se inició bajo los mejores auspicios. Muy por el contrario. Desde su inició el movimiento obrero va a ser presa fácil de los sectores burgueses revolucionarios en el poder. En 1915-16 los dirigentes anarquistas de la Casa del Obrero Mundial (COM) consideraron muy astuta su alianza con Carranza y Obregón para luchar contra Zapata y Villa. Sus Batallones rojos pasaron a la historia como el contraejemplo más conspicuo de cómo minar la unión obrero-campesina. Luis Napoleón Morones, uno de los dirigentes de la COM ante la bancarrota

⁸⁹ Entre otros autores que sacan esta conclusión podemos citar a Alan Knight, "The Working Class and the Mexican Revolution c. 1900-1920" en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, núm. 16, 1984.

evidente de la táctica de “la acción directa” pregonada por los anarquistas en esos años, saca una conclusión completamente diferente, pero también igualmente errónea. Esta práctica conducirá al mismo resultado, mantener subordinado al movimiento obrero a la burguesía y a su estado.

Con la esperanza de convertir al movimiento obrero en una fuerza política e industrial el grupo Acción, liderado por Morones, se convierte en el núcleo fundador y organizador de la CROM en 1918, orientándola desde un principio a la forja de pactos sin término fijo con los caudillos políticos “a cuya completa disposición fue colocado el movimiento sindical. Quizás esto parecía ser la solución más consecuente en vista de la limitación del desarrollo económico de México, pero también significó el pago de un alto precio, es decir, la hipoteca de la autonomía y la capacidad para defenderse a largo plazo por parte del movimiento organizado de la clase trabajadora.”⁹⁰

Como se dijo, fue con Obregón cuando se inició formalmente la puesta en práctica de la alianza entre el estado y el movimiento obrero. Esta alianza había sido preparada de cierta manera por el célebre artículo 123 de la Constitución de 1917 que legislaba en favor de mejores condiciones de trabajo y relaciones laborales (obrero-patronales) menos injustas e inequitativas.

El joven movimiento obrero que surgía, ideológica y políticamente desarmado, fue un sujeto de dominación sin resistencias importantes en estos niveles. El espectacular crecimiento de la CROM es una de las demostraciones más impresionantes del poderío logrado por esta Confederación con el apoyo gubernamental. Según sus propias cifras de 1920 a 1929 su crecimiento fue de la siguiente manera:

⁹⁰ Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, Ediciones Era, 1981, p. 181. Este es uno de los mejores libros sobre la historia de las primeras décadas clave del movimiento obrero mexicano. También Jorge Basurto analiza detalladamente este periodo en su libro mencionado *El proletariado industrial en México (1850-1930)*”.

<i>Años</i>	<i>Miembros</i>
1920	50,000
1921	150,000
1922	400,000
1923	800,000
1924	1,200,000
1925	1,500,000
1926	?
1927	1,862,000
1928	2,000,000 ⁹¹

Estas cifras oficiales reflejan una inflación del crecimiento cromista. Carr apunta que la razón de ese abultamiento de las cifras se debe a dos causas: en primer lugar que los propios dirigentes de la CROM aceptaban que más de la mitad de sus cifras correspondían a peones y campesinos y, en segundo lugar, se exageraba el crecimiento industrial mismo. Según él una cifra más adecuada para 1928 sería 600,000 de miembros, o sea, menos de la tercera parte de las cifras oficiales, desglosadas así: 500 mil obreros y 100 mil campesinos. De todos modos eran cifras importantes.

Luis N. Morones y los líderes del núcleo dirigente no sólo se aliaron al gobierno de los sonorenses sino que internacionalmente tomaron como modelo sindical, político y organizativo a la American Federation of Labor (AFL) dirigida por el notorio magnate sindical Samuel Gompers. Pero los discípulos superaron rápidamente al maestro y Gompers fue utilizado como instrumento de presión del gobierno mexicano a través de la dirección cromista, sobre la Casa Blanca. Este papel de intermediario entre el Zócalo y la poderosa fuerza política de la AFL en Estados Unidos elevó aún más la importancia de Morones y los suyos ante los ojos de Obregón y, sobre todo de Calles.

La CROM se convirtió en el sindicato nacional por antonomasia, contando con múltiples recursos, la mayoría proveniente de

⁹¹ Barry Carr, *op. cit.*, pp. 83, 158.

prerrogativas del gobierno y con importantes puestos de sus líderes en el gobierno.⁹²

La dirección de la CROM se dotó de un brazo político y creó el Partido Laborista, con el cual apoyaban a los caudillos sonorenses y éstos a cambio les ofrecían participación gubernamental. Con Obregón los líderes cromistas accedieron a puestos medios y, a pesar del pacto hecho en 1920 con él con motivo del golpe contra Carranza, el presidente manco no les cumplió con lo prometido, particularmente las secretarías de agricultura y de industria, comercio y trabajo. Pero con Calles se recuperaron con creces, convirtiéndose Morones en el hombre más poderoso del gobierno después del presidente, en tanto secretario de Industria, Comercio y Trabajo.

El papel preponderante de Morones se explicaba porque Calles, a diferencia de Obregón, tenía menos fuerza en el seno del ejército, lo cual se había apreciado palpablemente en 1923 cuando la mayoría de los generales se rebelaron con De La Huerta repudiando la decisión impositivista de Obregón. En esa ocasión, además de las filas militares leales, los defensores más fieles del gobierno fueron las brigadas armadas de la CROM y los grupos campesinos también armados por ella y por otras asociaciones políticas.

Después, durante la guerra contra los campesinos cristeros insurrectos, Morones y su CROM fueron otro baluarte clave para la victoria gubernamental.⁹³ En síntesis, en 1927, en plena etapa candente de decisión sobre la sucesión presidencial de Calles, Morones era obviamente uno de los tapados más influyentes.

Así la dirección de la CROM estuvo en el centro de la primera gran crisis del régimen bonapartista recién instaurado. Las repercusiones de estos acontecimientos fueron enormes para el movimiento obrero. Morones y los otros cromistas en el gobierno

⁹² Carr cita casos detallados en los archivos gubernamentales en los que se registra el monto de dinero que se entregaba a los sindicatos de la CROM para los gastos de sus congresos, de sus oficinas sindicales, de la construcción de sus edificios y otros más. Carr, *op. cit.*, p. 134.

⁹³ Sólo en Puebla fueron reclutados 10 mil obreros cromistas y otros destacamentos proletarios importantes al ejército federal se formaron en Chihuahua, Durango, Nuevo León, San Luis Potosí, Aguascalientes y Veracruz. Barry Carr, *op. cit.*, p. 153.

tuvieron que renunciar ante los enardecidos obregonistas que los culpaban de ser los autores intelectuales del magnicidio de Obregón. En el Congreso sus diputados y senadores quedaron igualmente a la defensiva y ni la poderosa influencia de Calles pudo ser capaz de impedir el desmoronamiento de la CROM pues él mismo debía cuidarse de que no se le involucrara en el magnicidio.

Cuando estalló la crisis económica de 1929, el grueso del movimiento obrero se encontraba dividido y reprimido, confundido y en plena retirada, cuando mucho lamiendo sus heridas y preparando su recuperación. Los grupos independientes que habían formado la CGT en 1921, anarquistas y comunistas, opusieron una heroica resistencia a los métodos represivos y gangsteriles de la CROM,⁹⁴ pero su lucha fue muy desigual.⁹⁵

La renuncia de Morones del gabinete callista inició la decadencia de la CROM y su participación en la fundación del partido oficial, el PNR, fue marginal. Los obregonistas (Aarón Sáenz, Luis L. León, Emilio Portes Gil, etcétera) obligan a Calles a distanciarse del moronismo pero los métodos inaugurados por estos líderes sindicales van a ser copiados por el nuevo partido: afiliación forzosa de los empleados gubernamentales, deducciones directas de las cuotas y un profundo anticomunismo y antianarquismo, expresión antiobrera de su sindicalismo gangsteril y amarillo. En síntesis, el machote cromista impuesto por Obregón y, sobre todo por Calles, al movimiento obrero sería aplicado en las nuevas circunstancias por el recién nacido PNR.

Ante la enorme crisis sindical de esos años, le tocó al partido comunista (PCM) emprender el proyecto de renovación de la organización obrera. En 1928 su dirección se lanza a la construcción de

⁹⁴ Con el apoyo descarado del gobierno la CROM hostilizaba a los trabajadores que se oponían y se agrupaban en la CGT. Una represión célebre que acabó en una matanza de obreros fue la cometida contra el personal de La Hormiga en San Ángel, Distrito Federal, en 1922. El agente represor directo fue Celestino Gasca gobernador cromista de la ciudad de México. Otros sindicatos más poderosos que resistieron el pulpo cromista fueron el de ferrocarrileros y el de los tranviarios.

⁹⁵ Valentín Campa escribe en su autobiografía el clima represivo a que se enfrentaban los obreros y revolucionarios durante el callismo. Véase *Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano*, tercera edición, México, Fondo de Cultura Popular, 1987, p. 50.

la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) con la estrategia de unir a las fuerzas independientes y a los sectores que se desprendían de la CROM. Los comunistas eran una minoría, pero agrupaban a una gran parte de los mejores militantes revolucionarios obreros y con sectores de la CGT (de la cual habían sido expulsados) eran la única fuerza capaz de coordinar y dirigir al ascenso obrero que se comenzó a vislumbrar a principios de los años treinta.⁹⁶

La política del PCM era la de un partido obrero revolucionario cruzado por tendencias que se desarrollaban en un cuadro organizativo relativamente democrático. El proceso de burocratización stalinista apenas empezaba y no se haría efectivo del todo sino hasta la década de los treinta. Había en su política una mezcla bizarra de ruda independencia combativa proletaria con el más craso oportunismo, incluso electoral (por ejemplo, en 1928 apoyó la reelección de Obregón). Su trabajo campesino era importante y durante la rebelión del general Escobar contra el gobierno de Portes Gil en 1929 fueron famosas las brigadas campesinas armadas dirigidas por comunistas que combatieron a los rebeldes. Uno de esos dirigentes, Guadalupe Rodríguez, interviniendo en Durango, una vez derrotada la insurrección escobarista, fue detenido por el gobierno y fusilado. El callismo temía un desbordamiento por la izquierda de los comunistas que pudiera crecer como bola de nieve en la difícil situación que se produjo en la época posterior al asesinato de Obregón.⁹⁷

El giro represivo del callismo se amplió e intensificó a partir de 1928 incluyendo directamente a los sectores obreros más militantes. Se dieron fusilamientos, cárceles, destierros a las islas Marías y todo tipo

⁹⁶ Alejandro Gálvez Cancino hace un análisis detallado del surgimiento de la CSUM en su ensayo "El movimiento obrero mexicano, los comunistas y Julio Antonio Mella" en *Viento del Sur*, núm. 9, primavera de 1997.

⁹⁷ Todas las organizaciones obreras y populares cromistas e independientes, incluso el PCM en su primera época, buscaban el apoyo de los caudillos políticos. En especial, fue el caso de los gobernadores como Adalberto Tejeda de Veracruz, Francisco Múgica de Michoacán y José Guadalupe Zuno y Margarito Romero de Jalisco. Alejandro Galvez cita una declaración de Rafael Carrillo, secretario general comunista en 1926, en la cual se refería al trabajo de Davil Alfaro Siqueiros como organizador de la Federación Minera de Jalisco, la cual no hubiera podido fundarse sin el apoyo de los dos gobernadores del estado mencionados. "El movimiento obrero mexicano, los comunistas y Julio Antonio Mella", *op. cit.*, p.65.

de medidas para impedir la reorganización del movimiento popular, en especial de su vertiente proletaria.

Al mismo tiempo, sus proyectos modernizadores necesitaban de un estatuto legal que reglamentara las relaciones obrero-patronales que el artículo 123 exigía. Por tanto, los presidentes Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez avanzaron un nuevo trecho en la empresa que se había iniciado desde el gobierno maderista para darle a las relaciones obrero-patronales el marco más adecuado para la instauración de las nuevas relaciones laborales que demandaba una situación en la que el movimiento obrero había logrado una presencia política que era imposible ocultar.

Es notable como durante treinta años, empezando con Madero y culminando con Cárdenas, los gobiernos revolucionarios con una persistencia que superó todos los obstáculos, lograron finalmente encuadrar al movimiento obrero dentro de un estatuto legal en que el estado, por supuesto, acabó siendo un arbitro claramente parcial. Fue la rama textil, la industria más desarrollada, la que escogieron dichos gobiernos para a partir de ella forjar los instrumentos legales para reglamentar las relaciones laborales. Para que Cárdenas llegara a la conclusión surgida de la convención obrero-patronal que duró dos años (1937-1939), fueron necesarios los triunfos políticos decisivos de esa década. A cambio de concesiones sociales (de las cuales el seguro social, implantado en los años cuarenta, fue una de las más conspicuas) y cierto margen de libertad en las fábricas, los obreros hipotecaron su independencia política. Ya desde la aprobación de la Ley Federal del Trabajo se veía venir arrolladoramente ese triunfo estatal. El contrato-ley que se acordó en la convención de 1937-1939 con la industria textil fue el punto final para el arbitraje y control del gobierno.

El "contrato ley" solucionó el problema de que la industria pasara a ser sujeto de jurisdicción federal, y así, en caso necesario, el ejército podía intervenir para hacer cumplir los

deseos del gobierno: petroleros en 1948, ferrocarrileros en 1958 [sic] y la Universidad en 1968.⁹⁸

Mientras tanto el derrumbe cromista continuaba y de la central se separó un importante sector sindical del Distrito Federal encabezado por uno de sus más prominentes dirigentes, Vicente Lombardo Toledano aliado con otro grupo de jóvenes líderes entre los cuales estaban Fidel Velázquez, Jesús Yurén, Salvador Sánchez Madariaga y sus amigos. Fundan la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOM) en 1933.

1933, un año decisivo al nivel mundial por la llegada de Hitler al poder en Alemania y también al nivel nacional por la designación de Lázaro Cárdenas como el candidato del PNR. Para entonces ya abundaban los síntomas de una nueva situación del movimiento proletario mexicano provocada, entre otras causas por una clara recuperación económica y una exacerbación de los conflictos políticos. El impulso renovador que representaba Cárdenas para los ajustes y reajustes en la cúpula del poder no fue al principio correctamente interpretado por los líderes comunistas y lombardistas. De acuerdo a las interpretaciones stalinistas entonces prevalecientes, expresadas en la teoría del llamado “tercer periodo” cuya consecuencia fue un curso ultrasectario impuesto a todas las secciones de la Tercera Internacional, todo reformismo (socialdemócrata o nacionalista) era una forma de fascismo, el llamado “socialfascismo”. Así, para los stalinistas, Cárdenas, discípulo de Calles, era una expresión directa de la reacción derechista imperante durante los cinco años anteriores. El giro brusco de 1934-35 los tomó por sorpresa. Sería bajo la batuta de Moscú que ellos mismos harían su propio giro de 180 grados.

Este error de apreciación del papel de Cárdenas, cuya conducta en gran medida se explicaba por su comprensión de la situación potencialmente explosiva del movimiento obrero, sería un factor crucial que determinaría la gran capacidad del nuevo presidente para intervenir y aprovechar para sus fines al movimiento obrero renovado y

⁹⁸ Jeffrey Bortz, “Relaciones laborales en la industria textil del algodón: la convención obrero-patronal de 1937-1939” en Marcos Tonatiuh Águila M. y Alberto Enriquez Perea (coordinadores), *Perspectivas sobre el cardenismo*, UAM- Azcapozalco, 1996, p. 122.

reorganizado que surgió en esos años. A mediados de 1935, precisamente el choque cardenista con Calles, quien seguía comportándose como el Jefe Máximo, se produjo con motivo de la oleada de huelgas desatada paralelamente a la llegada al poder del nuevo presidente. Cárdenas, con una habilidad política de gran estadista, se montó en esas movilizaciones para asestar un golpe definitivo a Calles, quien inmediatamente fue exilado, clausurándose así de manera tajante la larga etapa de los años de la dinastía sonorensis.

El Comité de Defensa Proletaria –integrado principalmente por la CSUM y la CGOM– organizado en el momento mismo en que las amenazas represivas de Calles al movimiento obrero se desplegaban en los medios de comunicación se constituyó en el centro de la nueva organización sindical nacional que surgió, con todo el apoyo del gobierno de Cárdenas, meses más tarde en febrero de 1936, la Confederación de Trabajadores de México (CTM).

La política obrera durante el sexenio cardenista, a diferencia de lo ocurrido en los años veinte, ha sido muy bien estudiada e investigada por numerosos autores. Los reflectores de la crítica han concentrado su atención en esos años espectaculares en los que el protagonismo masivo ocupó el centro de la escena y se decidió el rumbo del país de manera definitiva para el resto del siglo.⁹⁹

Sobre las fechas fundamentales de estos tiempos proletarios nacionales se ha escrito en forma abundante: la fundación de la CTM, su primera gran crisis en el IV Consejo Nacional de abril de 1937, la unificación definida bajo la tutela lombardista-velazquista de julio de 1937, las nacionalizaciones ferrocarrilera y petrolera, las administraciones obreras y el “frente popular mexicano”.

⁹⁹ Entre los numerosos estudios sobre el movimiento obrero durante el cardenismo queremos destacar el de Arturo Anguiano (*El Estado y la política obrera en el cardenismo*, Ediciones Era, 1975) que a pesar de que su investigación y redacción datan de la década de los años sesenta y principios de los setenta, sigue siendo el más completo y su enfoque crítico marxista lo dota de una profundidad muy difícil de encontrar en los estudios monográficos tradicionales del movimiento obrero. También digno de mención es el libro de Jorge Basurto, *Cárdenas y el poder sindical*, Ediciones Era, 1983. También puede consultarse Samuel León e Ignacio Marván, *En el cardenismo (1934-1940). La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI Editores-UNAM, 1985.

La tragedia (no es posible llamarla de otra manera) de la CTM desde su surgimiento se puede sintetizar así: fue la gran posibilidad proletaria mutilada. Y, también, la evidencia es abrumadora sobre la principal responsabilidad de esa tragedia: el movimiento político y sindical stalinista.

El ritmo histórico de la oleada ascendente de las masas trabajadoras se expresó en el incremento exponencial de las huelgas: mientras en el periodo de 1925-1934 el promedio de huelgas por año fue de 41 con una participación promedio de huelguistas de 4 mil huelguistas, en el sexenio cardenista las cifras correspondientes fueron: 478 y 61 mil.¹⁰⁰

Coincidió este ascenso con la gran movilización popular antifascista en Europa, con sus picos del frente popular victorioso en Francia en 1936 y la insurrección de Franco que provocó la respuesta revolucionaria de las masas españolas el mismo año, pero obviamente, coincidió también con el periodo culminante de la consolidación totalitaria de la dictadura de Stalin, precisamente ocurrida en ese cuatrienio soviético negro de 1936-40 en que se extendió sobre el planeta la medianoche del siglo.

El impacto en México también fue formidable. La esperanza y la potencialidad del surgimiento de un poderoso e independiente movimiento obrero aliado naturalmente al campesinado, fueron frustradas en el embrión mismo. Fue un momento histórico en el que la política se irguió como la variable clave y en el que el cruce de los procesos nacionales y mundiales fue determinante. No es un exabrupto afirmar que el destino de México se decidió en Moscú ni tampoco decir que de lo que sucedió en nuestro país dependió el destino de la dictadura stalinista y de la guerra civil española. Parafraseando a Ernest Nölte, era el momento de la guerra civil mundial, preámbulo de la guerra mundial a secas.

Hoy las evidencias son abrumadoras. La extensión de red de dirigentes políticos y sindicales tejida por la Internacional Comunista era literalmente mundial. El año clave fue 1933, con el ascenso de Hitler

¹⁰⁰Manuel Aguilar Mora, *La crisis de la izquierda en México*, op. cit., pp. 35-38.

al poder. Se dio un nuevo cambio de todas las relaciones de fuerza clasista en Europa, continente clave de la lucha de clases mundial en ese momento y en el país europeo clave, a su vez, que era Alemania. Aunque en forma instintiva, la burocracia soviética sintió el peligro. La primera y rápida reacción fue un giro de 180 grados: del sectarismo del socialfascismo se pasó al oportunismo del frentepopulismo. De considerar a la socialdemocracia como la bestia reformista irredenta se cambió a la posición contraria en la que se apreciaba altamente el antifascismo de los burgueses liberales. La burocracia stalinista se lanzó en la búsqueda del antifascismo subestimado en la víspera. Ciertamente en ese giro el papel de los gobiernos y burguesías nacionalistas en los países semicoloniales, como México, sería redimensionado y revaluado. La inauguración de la presidencia cardenista coincidió estrictamente con el momento en que la burocracia soviética buscaba la alianza con las diferentes burguesías como la estrategia más adecuada para enfrentar a Hitler. En el nuevo curso el papel del proletariado pasaba a un segundo plano, como de apoyo y presión dentro de la alianza con la burguesía, pero de ninguna manera desafiándola para quitarle su supremacía en el frente popular. Otra vez fue León Trotsky quien captó primero que nadie el contenido nefasto de la nueva orientación y expresó lúcida e implacablemente sus críticas en sus múltiples ensayos y libros sobre la URSS, Francia, España, Estados Unidos y, por supuesto, México escritos a partir de 1934 hasta su asesinato.

La alianza con Cárdenas no podía ser directa porque las relaciones diplomáticas con la URSS habían sido rotas cuando se apoderó la histeria anticomunista del grupo callista dominante en 1929. Además, Cárdenas no las reanudó en su sexenio con el explícito objetivo de no permitir que identificaran su vía nacionalista (una "tercera vía") con la soviética. La burocracia stalinista recurrió entonces a la visagra de Lombardo y su grupo sindical para aproximarse al gobierno de Cárdenas. Las evidencias son hoy contundentes.

La relación estrecha con Lombardo no se anudó con motivo del viaje de éste a la URSS en 1935, que coincidió con el VI Congreso de la Intersindical Comunista en el que Stalin y Dimitrov plantearon los lineamientos del curso frentepopulista.

Los documentos existentes en los hoy abiertos archivos de la Comintern en Moscú permiten constatar que la burocracia soviética había anudado relaciones con Lombardo y el grupo de Fidel Velázquez desde 1933 y 1934. Seguramente el motivo fue la fundación de la CGOM pues en dichos archivos están documentos que llevan las firmas de esos dirigentes, además de constataciones de ayudas financieras soviéticas importantes para sus trabajos políticos y sindicales, anteriores a 1935, fecha de la realización del mencionado congreso internacional.¹⁰¹

Así, la fundación de la CTM se da bajo la tutela de dos fuerzas vinculadas estrecha y directamente con la línea stalinista: la fuerza encabezada por el PCM, encarnada en la CSUM, y la CGOM. Su diferencia era que una representaba abiertamente a la Internacional Comunista (el PCM era su sección mexicana) y la otra tenía un pie en el movimiento stalinista y otro en el estado mexicano. Para la política internacional del Kremlin, la alianza privilegiada sería con el grupo de Lombardo y Fidel Velázquez por razones de estado. Con ese grupo era más fácil orientarse hacia una alianza política con el gobierno de Cárdenas, como en efecto sucedió. En lo que respecta a este último, fue el ganador completo sin tener que apostar mucho más de lo necesario en esta operación política.

Los casos más célebres en que la burocracia stalinista apoyó a Lombardo y su línea de subordinación total al gobierno mexicano fueron los del IV Consejo Nacional de la CTM en abril de 1937 y el de la política del “frente popular mexicano” un poco más tarde en ese mismo año.

La dirección comunista de Laborde y Campa en los años treinta no estaba todavía completamente stalinizada y mantenía, no con mucha firmeza, como se vio finalmente, posiciones independientes. Cuando la pandilla gangsteril de Velázquez comenzó a imponer sus métodos antidemocráticos, el grupo comunista, muy fuerte todavía, protestó y amenazó con dividir a la CTM con motivo del conflicto que se presentó

¹⁰¹ Así lo afirma el historiador Enrique Arriola Wong en una entrevista concedida a Oscar Enrique Ornelas, *El Financiero*, 20-21 de febrero de 1996 y en una plática personal con el autor el 10 de julio de 1997.

en el IV Consejo Nacional en el que Velázquez se opuso a la elección democrática de Miguel Ángel Velasco, comunista, al puesto de secretario de organización, el cual quería para él mismo. Las fuerzas eran muy parejas pero finalmente se inclinaban del lado de los comunistas pues sus aliados agrupaban a los principales sindicatos industriales como el ferrocarrilero, el electricista y el minero. El apoyo de Lombardo a Velázquez fue decisivo y de él partió la iniciativa para que interviniera la Tercera Internacional y “pusiera en orden” al equipo dirigente del PCM. En una famosa carta en la que expone el rosario de “errores” de este partido (muchos de ellos compartidos por él, como su primera actitud sectaria frente a Cárdenas), reprobando su política como diferente a la planteada por Moscú, defiende a Fidel Velázquez y a sus gángsters como “vivos ejemplos de sindicalistas”.¹⁰²

Se sabe la conclusión. Earl Browder en persona, el cínico dirigente del partido comunista de Estados Unidos y el único americano miembro del Comité Ejecutivo Internacional del Comintern, visitó a México y convenció a Campa y a Laborde de hacer concesiones a Lombardo en aras de “la unidad a toda costa”. Y así comenzó a rodar la famosa consigna que acabó destruyendo el embrión de partido obrero revolucionario que fue en una época el PCM.

Después de esa capitulación lo que seguiría sería explicable. Una tras otra ocasión retrocedió el PCM sin la posibilidad de presentar como alternativa una política revolucionaria independiente.

El lombardismo, una dirección subordinada cada vez más al gobierno cardenista, no podía ser la cabeza de un movimiento obrero independiente. Por eso las grandes gestas de las nacionalizaciones de las empresas imperialistas, en especial de las petroleras en 1938, a pesar de la importancia de la actividad sindical y la fuerza proletaria concentrada en ellas, fundamentos indispensables en donde se apoyó la iniciativa cardenista, no pudieron ser reivindicadas como hazañas de la clase obrera y, en cambio, se convirtieron en formidables acervos del estado bonapartista.

¹⁰² La larga y escandalosa carta está reproducida como un apéndice en el libro autobiográfico mencionado de Valentín Campa.

También esa subordinación fue un factor invaluable para efectuar exitosamente las decisiones estratégicas de Cárdenas con respecto al movimiento campesino y a los trabajadores del estado. Los trabajadores del campo serían el coto reservado a los grupos del PRM, directamente controlados por el gobierno y la CTM debería quedar fuera. Lo mismo pasaría con los trabajadores al servicio del estado quienes fueron colocados en un lugar separado, al margen de sus colegas trabajadores de las empresas privadas (la famosa división del artículo 123 entre apartado A y apartado B).

Finalmente, con motivo de la creación del “frente popular mexicano” el PCM llegó al suicidio político en aras de la “unidad a toda costa” con el gobierno de Cárdenas y el partido oficial, ahora rebautizado con el nombre de Partido de la Revolución Mexicana (PRM). El motivo de esta autoliquidación fue que, a pesar de todas las concesiones, la dirección del PRM se negó a participar en cualquier tipo de frente con el PCM.

En las elecciones de 1937 y con mucho más razón en las de 1940, a pesar de los acuerdos programáticos del congreso de fundación de la CTM, ésta se involucró plenamente como un factor fundamental del manejo corrupto y personalista característico de la política electoral burguesa del PRM y sus líderes se convirtieron rápidamente en los siniestros personajes que habían sido los cromistas antes que ellos, inaugurando la etapa del charrismo sindical que ha plagado y destruido desde entonces al movimiento obrero. Por supuesto, el PCM apoyó a Ávila Camacho y después a Alemán sin tener derecho, sin embargo, a tener candidatos propios y participación legalizada como partido.

El PCM, marginado e impotente, fue arrinconado a un lugar marginal iniciando una trayectoria de decadencia irremediable en la que las rupturas y escisiones fueron su historia hasta su desaparición en 1989 como corriente subordinada a la corriente neocardenista. El stalinismo lo destruyó como instrumento revolucionario de emancipación proletaria y así el movimiento obrero perdió nuevamente la ocasión de dotarse del partido obrero, revolucionario e independiente que necesita para hacer política, incluida la electoral. El proletariado

emergió del sexenio cardenista sin cabeza y siguió siendo el apéndice de la burguesía como célebremente lo expresó José Revueltas:

[...] la participación de los obreros en las elecciones entonces como ahora, es precisamente donde se produce una de las formas en que la clase obrera mexicana se enajena a la burguesía, no porque no debe participar en política electoral, sino porque no participa como clase obrera sino como apéndice “obrero” de la llamada “Revolución hecha gobierno”.¹⁰³

El bonapartismo mexicano se agigantó en el sexenio cardenista. Ante la profundidad continuada desde la revolución mexicana de la heterogeneidad y carencia de independencia política de la abrumadora mayoría de los trabajadores, de los campesinos e incluso de la burguesía no podía ser otro el resultado. Esta situación le permitiría mantener su monólogo político durante prácticamente otros cincuenta años. Hasta que de la sociedad, en su maduración, surgieran rivales que le arrebataran el monopolio del verbo y sobre todo, emergieran movimientos masivos independientes y democráticos que mostraron los atisbos de nuevos senderos. Debieron pasar años, décadas duras y fatigosas, plenas de demagogia y represión para que por fin de los botones de resistencia surgieran los primeros frutos. Pero antes de pasar a esta historia que merece su propio tratamiento que rebasa los límites de la investigación presente, finalicemos adentrándonos en los laberintos del cardenismo, de su interpretación, para comprender su profundo impacto en la historia de la segunda mitad del siglo XX mexicano.

¹⁰³ *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, edición de autor, 1962.

VI. UNA INTERPRETACIÓN DEL CARDENISMO

*Cárdenas, el hombre de las masas,
porque las masas son del hombre.*

Rafael Ramos Pedrueza

INTERPRETACIONES DEL CARDENISMO

Según Luis González "ningún periodo de la vida contemporánea ha fascinado a tal cantidad de historiadores como el de 1935-1940"¹. Así se expresaba en la primera página de su libro sobre *Los días del presidente Cárdenas*, publicado en 1981 dentro de la serie de 23 tomos de la "Historia de la Revolución Mexicana" escrita por académicos de El Colegio de México y la UNAM y que tuvo desde su inicio un éxito resonante de librería. Este tomo fue uno de los que logró mayor celebridad dentro de la extraña colección de libros que extendía, dentro del espíritu oficial más rancio, el proceso "revolucionario mexicano" de Madero a López Mateos. Mas la maestría con que desplegó el garbo de su pluma el historiador michoacano para escribir la crónica del famoso sexenio de los años treinta, con su célebre paisano como protagonista principal, hizo de este volumen un "clásico".

El meticuloso González consideraba que era difícil justificar un libro más sobre el cardenismo. En el meollo de la "breve bibliografía cardenista" que cierra su libro González incluía una lista de cerca de mil libros y folletos y explicitaba claramente que estaba lejos de ser exhaustiva. Y cuando seleccionaba entre ellos a 38 autores y autoras que, aparte del propio general Lázaro Cárdenas con sus *Apuntes*, habían dedicado más de 50 obras al "copioso estudio" del célebre gobierno, se preguntaba si se justificaba otra más. También reconocía que su crónica iba "a contracorriente" de la tendencia prevaleciente en dichos estudios. "Mi libro, decía, es un relato, no una interpretación".²

¹ *Los días del presidente Cárdenas, op. cit.*, p. 3.

² *Ibidem*, p. 4.

Después de 1981 han pasado más de tres lustros en los cuales la fascinación del cardenismo lejos de decrecer sigue atrayendo a numerosas y talentosas plumas. Nuevas crónicas pero ante todo contribuciones para la profundización de las interpretaciones siguen produciéndose sobre ese parteaguas fundamental de nuestra contemporaneidad. Más que agotarse parece que el tema está llegando a dimensiones inéditas en que la crítica se desplegará aún con mayor fuerza.³ E, insistimos, no es para menos dadas las consecuencias que el fenómeno cardenista (hoy en su faceta neocardenista, con el hijo del general como el nuevo aspirante al caudillaje nacional) sigue teniendo en la actualidad.

Pero es el afán toquevilliano más que el historicista el que domina de lejos las diversas y abundantes nuevas contribuciones: el interés primordial de la mayoría de ellas es entender, explicar a Cárdenas y al cardenismo, más que narrar una vez más las épicas efemérides que signaron el sexenio hazañoso.⁴

Ha sido la vertiente marxista de estas interpretaciones la que indudablemente ha marcado con más fuerza las elaboraciones históricas

³ Simplemente en los tres últimos años han aparecido importantes nuevos libros con investigaciones e interpretaciones que dirigen más preguntas a la esfinge cardenista y adelantan innovadoras respuestas. De entre ellos hemos mencionado ya el libro de Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, publicado en 1994, al que hay que agregar el preparado por Marcos Tonatiuh Águila y Alberto Enriquez Perea, *Perspectivas sobre el cardenismo. Ensayos sobre economía, trabajo, política y cultura en los años treinta*, UAM-Iztapalapa, 1996 y el excelente de Raquel Sosa Elizaga, *Los códigos ocultos del cardenismo*, op. cit. También es interesante el libro de homenaje con motivo del centenario del nacimiento del prócer publicado en 1995 por el Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas A.C. *Se llamó Lázaro Cárdenas*. Y se preparan más libros importantes que están a punto de llegar, como los que han anunciado el historiador británico Alan Knight y el prolífico politólogo michoacano Arnaldo Córdova. Sin mencionar los numerosos artículos en revistas y la polémica que se da en la política cotidiana con motivo del auge masivo de la corriente neocardenista representada por el Partido de la Revolución Democrática cuyo principal dirigente y dos veces candidato presidencial y una vez candidato para la gubernatura del Distrito Federal es Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del caudillo michoacano. Así pues la cosecha literaria e histórica cardenista promete seguir siendo muy copiosa.

⁴ "Este libro no es una historia de la Revolución, la que ya fue escrita con suma brillantez para que yo piense en rehacerla; es sólo un estudio sobre esta Revolución". Son las palabras con las que Tocqueville inicia su célebre libro sobre la revolución francesa *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 75.

sobre el cardenismo. Este es el caso, en especial, del vasto continente literario político del movimiento democrático y socialista que se ha producido desde los años treinta, a su vez subsidiario de la otra gran corriente del debate histórico y político sobre la revolución mexicana. Pero aquí, inmediatamente nos confrontamos con la poderosa influencia ejercida por la interpretación unilineal, mecanicista y etapista del proceso revolucionario característica del "marxismo-leninismo" de pura cepa staliniana. Nos referimos a la versión stalinista de la revolución mexicana que hizo suya la mayoría de los sectores de izquierda mexicana.⁵

Fue desde la tribuna más alta de los partidos comunistas, durante el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en 1935, que los dirigentes del Partido Comunista Mexicano (PCM), después de haber sido criticados por la dirección staliniana por su "ultraizquierdismo" ante la llegada al poder de Cárdenas al que identificaron, sin más, con Calles, definirían la nueva estrategia de los comunistas mexicanos. Ésta consistiría, en síntesis, en "poner nuevamente en marcha la revolución democrático burguesa comenzada por Madero en 1910 y traicionada por sus principales líderes".⁶

La izquierda mexicana, con notables excepciones, desde entonces sostuvo ese credo etapista y determinista peculiar del pensamiento

⁵ Michael Löwy ha editado una exhaustiva antología sobre el pensamiento marxista en América Latina tomando como "punto de referencia" el concepto de revolución en los movimientos y partidos marxistas. De lejos la visión predominante en ellos es la unilineal, mecanicista y etapista. En México igualmente y Löwy da ejemplos numerosos, algunos de ellos incluso caricaturescos, como cuando el partido comunista mexicano (PCM) convocaba a votar por Miguel Alemán "como representante más avanzado de la burguesía nacional", visión inmortalizada por Lombardo Toledano con el apodo que puso a éste siniestro y reaccionario personaje, "cachorro de la revolución". *El marxismo en América Latina. (De 1909 a nuestros días)*. Antología. México, Ediciones Era, 1979, pp. 158-187.

⁶ Hernán Laborde, "Intervención en el VII Congreso de la Internacional Comunista", *VII Congreso de la Internacional Comunista*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, 1981, p. 428. Véanse también las interesantes entrevistas de Miguel Ángel Velasco y José Revueltas, miembros con Laborde de la delegación mexicana al mencionado congreso, incluidas en el libro preparado por Arturo Anguiano; Guadalupe Pacheco y Rogelio Vizcaino, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, México, Juan Pablos editor, 1975. Raquel Sosa Elizaga incluye en su libro mencionado una discusión sobre el papel de los comunistas mexicanos en los principios del cardenismo, *op. cit.*, pp. 71-77.

staliniano. Un dogma político, vinculado a la interpretación completamente reformista que la burocracia soviética hizo de la política leninista en la revolución democrática a nivel mundial, se impuso como patrón universal a los partidos comunistas de los países coloniales y semicoloniales.⁷ Este dogma fue adoptado ampliamente por los políticos e intelectuales progresistas y democráticos durante el cardenismo, por supuesto, en especial por los pertenecientes al PCM y a la corriente vinculada con Lombardo Toledano, ambas expresiones peculiares aunque a veces contradictorias del stalinismo en México.⁸

Ejemplos característicos de lo anterior lo constituyen los historiadores José Mancisidor y Rafael Ramos Pedrueza, autores de dos textos sobre la revolución mexicana que fueron muy populares en los años cuarenta y cincuenta y ambos miembros del PCM en los años treinta. El primero caracterizando a la revolución escribió: "La Revolución mexicana fue así una revolución popular burguesa, antifeudal y antimperialista". Por su parte Ramos Pedrueza en su último libro, significativamente titulado: *La lucha de clases a través de la historia de México. Revolución democrática burguesa*, escrito en el auge de los años cardenistas, afirmaba contundente: "El cardenismo acelera el ritmo de la revolución democrático-burguesa".⁹

Las conmociones políticas e ideológicas golpearon al dogma pero éste se demostró resistente al paso de los años y las décadas. Ello es palpable en una gran mayoría de obras producidas tan tarde como en los años setenta, más de tres décadas después del fin del sexenio cardenista. Ideólogos y académicos marxistas independientes o no del PCM y el lombardismo lo aceptaban en forma tácita o explícita. Por ejemplo, en

⁷ Trotsky escribió un vasto acervo de literatura criticando la (mal)interpretación stalinista de la estrategia leninista en la revolución democrática. Destacan sus clásicos libros de *La Internacional Comunista después de Lenin* y *La revolución permanente*. Peter Gang y Reimut Reiche escribieron un pequeño estudio sobre las vicisitudes de la teoría marxista de la revolución en general en los países semicoloniales. Véase *Modelos de la revolución colonial*, M, México, Siglo XXI, 1970.

⁸ Hemos explicado ampliamente con detalle esta peculiar evolución del stalinismo en México en nuestro libro sobre *La crisis de la izquierda en México*, op. cit.

⁹ José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre, *Tres socialistas frente a la Revolución mexicana*, México, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 1994, pp. 166, 348.

pleno 1977, Arnaldo Córdova y Enrique Semo, seguían sosteniendo, el primero que la mexicana había sido "una revolución burguesa clásica" implicando en el proceso, por supuesto, al cardenismo y el segundo que "el último momento revolucionario de la burguesía fue hace cuarenta años, en el periodo de 1935-40".¹⁰ Incluso el preciso y riguroso economista Sergio de la Peña llegó a correlacionar directamente los acontecimientos cardenistas con "la conclusión de la acumulación originaria", abriéndose así con la "revolución burguesa de la etapa cardenista" el periodo del capitalismo industrial.¹¹ En síntesis, estos autores seguían manteniendo su pensamiento sociopolítico en el lecho de Procusto de los dogmas del "marxismo-leninismo" staliniano.

En su ambicioso pero abortado ensayo de análisis de "las interpretaciones del cardenismo", González Ibarra¹² hace una síntesis de algunas de las mejores investigaciones sobre este proceso. Su enfoque privilegia las interpretaciones marxistas y al destacar algunos de los temas centrales de estas obras surgen las cuestiones clave de la autonomía relativa del estado, la ausencia de una burguesía madura, la tónica popular indudable que permeó al sexenio militante, los enfrentamientos con el imperialismo y la oportunidad histórica que se abrió al pueblo mexicano que, sin embargo, finalmente culminó en el parto de los montes de la candidatura del mediocre y conservador Manuel Ávila Camacho. A través de sus páginas son investigados Anatol Shulgovski, Arnaldo Córdova, Sergio de la Peña, Adolfo Gilly, Nora Hamilton, Jorge Basurto, Octavio Ianni, Carlos Pereyra, Arturo Anguiano, Lorenzo Meyer, entre otros. Pero sus propias conclusiones no añaden una jota a la recensión sintética expuesta en sus páginas. Una simple lectura basta para percatarse del enfoque estrecho y limitativo del reseñador así como el de la mayoría de los autores reseñados. Es el método unilineal, mecánico y empobrecedor de considerar al cardenismo con las anteojeras del marxismo vulgarizado

¹⁰ Ambos lo expresaron así en un ciclo de conferencias precisamente titulado "Interpretaciones de la Revolución Mexicana" realizado en la UNAM en el año mencionado y después publicadas con el mismo título por la editorial Nueva Imagen en 1979. Adolfo Gilly et al, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, pp. 55 ss y p. 140.

¹¹ *Trabajadores y sociedad en el siglo XX, en La clase obrera en la historia de México*, t.4, México, Siglo XXI Editores, 1984, p. 99.

¹² *Interpretaciones del cardenismo*, México, UAM, 1988.

que a pie juntillas siempre insistió que en México en 1910 se abrió un proceso parecido al que se había dado más de cien años antes en Francia. Toda la originalidad y riqueza del proceso revolucionario mexicano eran encapsuladas por esa vertiente teórica etapista en la fórmula omnipotente de "la etapa democrática burguesa de la revolución" que con Cárdenas supuestamente habría llegado a su cúspide.¹³

La crítica a estos enfoques empobrecedores se inició desde los años sesenta pero ha sido la debacie del stalinismo durante y ante todo después de la perestroika de Gorbachov la que ha permitido darle jaque mate a estas interpretaciones mecánicas y no dialécticas de la teoría marxista de la revolución.

LA PROFUNDA RAÍZ DE LA HISTORIA

La revolución volvió a cargar la tradición nacionalista que la dictadura porfirista había dilapidado. Reanudaba el ciclo de recuperación nacional que había quedado inacabado dos veces consecutivas en el siglo XIX. Primero con la guerra de independencia culminada después del levantamiento plebeyo dirigido por los caudillos forjadores de la nación, los curas Miguel Hidalgo y José María Morelos. Sobre sus huesos, sus verdugos con Iturbide a la cabeza, inaugurarían el nuevo país independiente.

"Nuestra santa revolución", como llamó Morelos a la lucha por la independencia, era el último episodio de un largo y complicado proceso de formación del nacionalismo mexicano (y en general *americano*, como usualmente se autodenominaban a fines en el siglo XVIII y principios del XIX todos los criollos nacionalistas de las colonias americanas para diferenciarse de los colonizadores europeos tanto de España y Portugal como de Inglaterra, Francia u Holanda). La conciencia criolla de la diferencia entre América y Europa se desarrolla hasta forjar un antagonismo político e ideológico entre criollos y peninsulares en Nueva España y en los demás territorios del imperio

¹³ Anatol Shulgovsky es el único de los historiadores de matriz staliniana de la muestra de González Ibarra que reconoce que en ciertos momentos el estado burgués había sido "rebasado" en la etapa cardenista. *México en la encrucijada de su historia*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1968, p. 21.

español. “Esta diferenciación que presupone el criollo no es sino consecuencia de una concepción *nacionalista* en América”.¹⁴ El nacionalismo entonces se inventó y surgió originalmente en América, en las trece colonias inglesas, en los inmensos espacios de las colonias españolas y, en menor medida, en Brasil, la colonia portuguesa del nuevo mundo. La gesta independentista iniciada en Boston en 1776, continuada en 1805 con la rebelión de los esclavos que permitió el nacimiento de la primera república negra en Haití y culminada con la independencia de la mayoría de las colonias americanas de España en 1810-21, influyó y a su vez fue influida por el proceso casi paralelo de la revolución francesa que, por haber tenido lugar en uno de los dos países dominantes de Europa y cada vez más del mundo (el otro era Inglaterra), dio una dimensión universal al concepto y a la práctica de la nación, el proceso inédito del surgimiento de nuevos espacios sociales y económicos en América como respuesta y resistencia al colonialismo de las grandes monarquías europeas, las cuales eran grandes estados absolutistas, pero todavía no repúblicas burguesas. El nacionalismo hundió así su raíz profunda inicialmente en el suelo americano.¹⁵ El nacionalismo mexicano fue así una ramificación de la conciencia de grupo, de comunidad, de “nación”, americana. En el principio del proceso independentista la necesidad de dar un nombre a la nueva realidad que surgía barajó varias propuestas antes de decidirse por

¹⁴ Así lo dice en cursivas Francisco López Cámara en su precursor libro del estudio de la conciencia nacional en México cuya primera edición fue publicada en 1954. *La génesis de la conciencia liberal en México*, UNAM, 4a. edición, 1988, p. 117.

¹⁵ “Fue parte de mi plan original enfatizar los orígenes del nacionalismo en el nuevo mundo. Consideraba que un provincialismo inconsciente había desvirtuado y distorsionado durante mucho tiempo la teorización sobre esta cuestión. Los académicos europeos acostumbrados al engruimiento de que todo lo importante en el mundo moderno se originó en Europa, demasiado fácilmente tomarían “la segunda generación” del nacionalismo etnolingüístico (húngaro, checo, griego, polaco, etc.) como el punto de partida de su modelo”. Así se expresa contundente Benedict Anderson en su innovador y espléndido libro, sin duda uno de los más originales escritos en los últimos años sobre el tema: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and the Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres, Verso, 1991.

“México”. Algunos de los nombres considerados fueron América Septentrional, América Mexicana y Anáhuac.¹⁶

Dentro de esa corriente ideológica nacionalista de los criollos novohispanos, fue desarrollándose y radicalizándose un sector popular, más rebelde que el de los altos círculos. A diferencia de éstos que sólo querían un cambio político en el cual ellos sustituirían a la casta española, los sectores más radicales cercanos a la masa plebeya (incluidos algunos grupos indígenas) buscaban destruir el coloniaje y construir un nuevo país. Estas dos vertientes surgidas en el criollismo se enfrentarían después durante la guerra de independencia y posteriormente en la nueva nación. Fueron los antecedentes de los partidos conservador y liberal cuyas luchas determinaron el destino de las primeras décadas de la historia de México. El liberal se forjara en la dramática lucha de los primeros insurgentes (Hidalgo, Morelos, Guerrero, etc.) y el conservador en los grupos criollos nacionalistas más pudientes (Iturbide, Santa Anna entre los más destacados).¹⁷

A "nuestra santa revolución" siguió la hazaña de la Reforma encarnada en el nuevo caudillo nacional del siglo pasado, Juárez. Fue la respuesta de las fuerzas nacionales más audaces ante la catástrofe en la que hundió el partido conservador al país, con la pérdida de la mitad de su territorio en el trayecto. Pero tampoco con el liberalismo radical pudo el país erguirse sobre sus propios cimientos y el porfiriato, de nuevo, sumió a México en otra profunda crisis que lo transformó en una de las naciones americanas más dependientes de Washington, capital del país que, de guía y hermano mayor, se convirtió, a fines del siglo XIX, en la potencia extranjera imperialista más poderosa de la región.

Madero convoca a la revolución a un país sediento de redención. En la lucha que se desencadenó el pueblo experimentó un verdadero renacimiento a través de una movilización masiva que abarcó a la mayoría de la población y, ante todo, encontró su raíz en lo más

¹⁶ Josefina Zoraida Vázquez, "El nacionalismo mexicano", *Crónica Legislativa*, México, nueva época, núm. 7, febrero-marzo de 1996, p. 17. Por cierto, esta historiadora comparte el tradicional punto de vista según el cual el nacionalismo es un fenómeno originalmente europeo. "El concepto de nacionalismo se aplicó primero al caso del surgimiento de las "naciones" europeas en proceso de conformar Estados modernos".

¹⁷ López Cámara, *ibid.*, p. 213.

profundo de las serranías, los desiertos y los miles de pueblos desparramados en el inmenso territorio nacional. Estamos ante un caso en que el convocante y su convocatoria fueron rebasados con creces por los convocados en una dialéctica entre masas y dirección que permaneció, excepto para un reducido sector de vanguardia, como un secreto sellado durante los mismos acontecimientos.

Las creencias persistentes, el atraso de una formación social predominantemente rural todavía, con altísimos niveles de analfabetismo y la añeja y más que secular tradición nacionalista, pesaron mucho en el proceso de 1910-19. La penetración capitalista fue el detonador de la nueva revolución pero la inserción en el mercado imperialista a fines del siglo XIX y principios del XX no fue suficiente para hacer del país "la nación moderna" que querían los científicos porfiristas y los nostálgicos liberales juaristas por igual.¹⁸ Como señaló Womack al inicio de su célebre libro sobre Zapata, la revolución la harían en gran parte campesinos que no querían salir del pasado. Y así, muchos de ellos portando de nuevo, como los plebeyos que había convocado Hidalgo, los estandartes con la virgen de Guadalupe, se rebelaron encabezados por caudillos como Zapata y Villa.¹⁹

El atraso social y económico todavía notable no había permitido el surgimiento y embarnecimiento de las clases urbanas portadoras de los nuevos evangelios modernizantes. La burguesía, en especial, era una clase muy dividida internamente, con un gran sector actuando como simple socio de los imperialistas extranjeros, carente por completo de la garra y la fuerza necesaria para erigirse como "un caudillo de la nación".

Estaban dadas las condiciones para el surgimiento de otro tipo de caudillos. Los mesías político-religiosos y las cruzadas nacionalista-religiosas se volvían a poner a la orden del día. "Después de Madero el pueblo mexicano ha creído ver en el Quetzalcóatl-Cárdenas la nueva encarnación del mesías indio venido del fondo de las edades y que, ave

¹⁸ Para Lafaye el nuevo cierre del siglo encuentra a una Latinoamérica no muy diferente de la de hace cien años: "La rigidez de las ideologías, la inercia de las mentalidades y la escasa movilidad social pesan más en el día de hoy que el incremento masivo de las inversiones". *Mesías, cruzadas, utopías*, op. cit. p. 25.

¹⁹ "Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar, por eso mismo, hicieron una revolución". *Zapata y la Revolución Mexicana*, op.cit. p. xi.

fénix, renace a cada Sol de las cenizas del precedente. Como la aspiración a la justicia, Quetzalcóatl es imperecedero. [...] México es, a la vez que un espacio sagrado, el país de "los hijos de Guadalupe" y, en el tiempo, una tensión nostálgica hacia el paraíso perdido de Quetzalcóatl, mito flotante pronto a posarse sobre el elegido".²⁰

La investigación de Lafaye sobre el guadalupanismo nos muestra que el nacionalismo, la conciencia nacional criolla fue surgiendo de la propia ideología religiosa, de una interpretación peculiar del catolicismo novohispano sincréticamente vinculado con resabios o más que resabios de concepciones religiosas prehispánicas. Por tanto, este origen explica la permanencia en el seno de las masas populares de la combinación peculiar del nacionalismo con el guadalupanismo.

Esta conclusión tiene muchos corolarios. Pero aquí nos interesa enfatizar en especial uno. Desde el grito de Dolores con Hidalgo y después con el liderazgo de Morelos, el factor religioso ha penetrado sincréticamente en muchas de las personalidades centrales de la política. Ciertamente destacan los grandes caudillos del siglo XIX y algunos de los revolucionarios del XX. Los presidentes bonapartistas posrevolucionarios son sus lejanos herederos. La forja del presidencialismo mexicano tiene elementos y antecedentes más allá de sus moldes políticos y constitucionales de 1917 y 1857. Sus orígenes van más allá de los orígenes de la nación.²¹

²⁰ *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 437. Lafaye señala que la fórmula para el surgimiento de los mesías político-religiosos, sin generalizar de modo universal, sería la combinación de cierta tradición cultural con una estructura político-económica: "La conjunción entre una religión mesiánica —cristianismo o islamismo, derivados ambos del mesianismo judaico— y un desequilibrio socioeconómico de la sociedad —asociado con una situación neocolonial en la mayoría de los casos— favorece la aparición de mesías político-religiosos y de cruzadas nacional religiosas". *Mesías, cruzadas, utopías*, op. cit., p. 20. Fernando Benítez ha usado también después la misma figura prehispánica para definir a Cárdenas: "Especie de Quetzalcóatl, era el esperado, el que pudo haber devuelto a México su antigua grandeza". *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, III. *El Cardenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 13.

²¹ José María Calderón ha escrito un libro que rastrea los orígenes del presidencialismo moderno hasta la Constitución de 1857. Sería necesario completar esta investigación rastreándolos hasta la propia independencia e incluso más allá. *Los orígenes del presidencialismo en México*, México, Editorial El Caballito, 1972.

DINÁMICA DEL BONAPARTISMO POPULISTA

El bonapartismo *sui generis* es una aproximación marxista posible a esta compleja panorámica sociopolítica, al sintetizar en su concepto el vasto y rico contenido político que le dieron Marx y Engels con las peculiaridades de México, que pueden ser ampliadas a los procesos parecidos de otros países de América Latina: los casos de Getulio Vargas, Juan D. Perón, Juan Velasco Alvarado, Omar Torrijos y los rasgos comunes que definen a tantos otros caudillos latinoamericanos que, sin embargo, también son tan distintos entre sí como Fidel Castro y Alberto Fujimori.

Consideramos que el enfoque de Trotsky abre una perspectiva, con vetas muy ricas para explorar. Con la apreciación de la peculiaridad del proceso bonapartista encarnado por Cárdenas, Trotsky comenzaba a desbrozar un camino lleno de posibilidades. En plena década de los años treinta y en un momento crucial para la puja mundial entre las fuerzas capitalistas y las fuerzas anticapitalistas y antimperialistas, Trotsky apreció en el gobierno de Cárdenas la potencialidad de una superación de la lucha del pueblo mexicano; contrastaba los acontecimientos del México de Cárdenas con lo que sucedía en la URSS en pleno proceso de stalinización con la enorme cauda de crímenes que ello implicó contra el pueblo soviético. El "socialismo" stalinista no tenía ninguna autoridad política ni moral ante el gobierno cardenista y ante el pueblo de México. Ciertamente, en el choque con los imperialistas también Cárdenas llevaba la ventaja del progresismo histórico. Como hemos ya mencionado, Trotsky llega a considerar en un momento dado al gobierno de Cárdenas como "el único gobierno valiente y honesto" del planeta.

La peculiaridad del bonapartismo cardenista se erigía claramente como una posibilidad para el pueblo mexicano, pero una posibilidad a conquistar con fuerzas y métodos revolucionarios y condicionada a la correlación de fuerzas tanto internas como externas. Para Trotsky era evidente que las fuerzas stalinistas incrustadas en el gobierno cardenista y con una influencia abrumadora en el movimiento popular, en especial en el movimiento obrero, no auguraban nada bueno para el momento de la sucesión del presidente. Lejos de "acabar la tarea de Zapata" el grupo

staliniano y paraestaliniano en el gobierno de Cárdenas y en diversas organizaciones de influencia masiva apoyarían la industrialización capitalista. Igualmente la dirección lombardista de la CTM colaboraría aún más estrechamente con la administración siguiente en el arrojamiento de la clase obrera al ceder el paso al grupo de gangsters encabezados por Fidel Velázquez.

Y el escenario internacional no era menos crucial, de hecho sería el que determinaría con más fuerza la evolución de la peculiaridad mexicana. Y ese escenario se degradó brusca y precipitadamente contra las fuerzas y objetivos socialistas y revolucionarios precisamente en el año que llegó Trotsky a México: continuación de los procesos de Moscú iniciados a fines de 1936; aplastamiento de la insurrección obrera en Cataluña por las tropas republicanas en mayo de 1937, seguido del asesinato de Andrés Nin y sus compañeros por la policía stalinista; total control reformista, con apoyo del poderoso partido stalinista, del prometedor proceso abierto en Francia con el triunfo electoral del "frente popular"; furibundo rearme de Hitler y claras señales de una nueva guerra mundial en el horizonte. De hecho, en gran medida, la expropiación petrolera pudo ser exitosa en 1938 porque el gobierno cardenista actuó consecuentemente a partir de la adecuada comprensión de esta situación mundial de rivalidades interimperialistas crecientes, más que apoyándose en una coyuntura mundial favorable para la lucha revolucionaria.²²

Al nivel interno eso se constató inmediatamente después de la expropiación petrolera. La situación cambió drásticamente. En 1939 el panorama del mundo era por completo adverso a una solución revolucionaria de la sucesión presidencial de Cárdenas. La nominación oficial de la candidatura de Ávila Camacho se daría un poco más de un

²² "¿Por qué fue posible que el gobierno mexicano realizara, por lo menos hasta ahora, exitosamente la *expropiación* petrolera? Ante todo, gracias al antagonismo entre Inglaterra y Estados Unidos. No había el temor de una intervención activa y rápida por parte de Inglaterra. Pero esto es lo de menos. El gobierno mexicano también consideró poco posible la intervención militar de su vecino norteño cuando se decretó la expropiación. ¿En qué se basaban sus cálculos al respecto? En la actual orientación de la Casa Blanca: su política del "Nuevo Trato" en los asuntos internos tiene su contrapartida en la política del "Buen Vecino" al nivel exterior". *Writings of Leon Trotsky, (1938-39), op. cit., p. 156.*

mes después del estallido de la segunda guerra mundial en septiembre de dicho año. De la "utopía pragmática" cardenista sólo quedaría en 1939 el pragmatismo impuesto por las relaciones de fuerza en la cúpula burocrática. La decisión, como era de esperarse, a la postre resultó en detrimento de los intereses del pueblo mexicano.

La mirada previsor de Trotsky entendía que un país como México, vecino directo de la mayor potencia imperialista, con una burguesía débil y traidora, que venía luchando de muy atrás por conquistar el lugar que le correspondía en el concierto de las naciones, no podía ya realizar su "revolución democrática burguesa" a la europea. Para él lo peculiar de Cárdenas era precisamente esa capacidad demostrada de ir más allá de lo que habían ido otros líderes burgueses o pequeño burgueses de otros tantos países semicoloniales. La comparación con Chiang Kaishek venía con naturalidad y también favorecía por completo al caudillo mexicano.

Otro gran marxista, éste latinoamericano, ya había comprendido bien la peculiaridad del gobierno mexicano en los años veinte, no pudiendo seguir su análisis debido a su precoz muerte en 1930. Por supuesto se trata de Mariátegui, el amauta peruano, que dejó algunos de los textos más profundos sobre el maximato callista escritos en el mismo momento histórico. Refiriéndose a los gobiernos de Portes Gil y Ortiz Rubio y a la apología que de ellos hacía Froylán Manjarrez como pertenecientes a "un estado regulador" más allá de las clases sociales Mariátegui replicaba:

El Estado de clase es condenado en nombre del Estado superior a los intereses de las clases, conciliador y arbitro, según los casos, de esos intereses. Eminentemente pequeñoburguesa no es raro que esta idea, afirmada por el fascismo en el proceso de una acción inequívoca e inconfundiblemente contrarrevolucionaria, aparezca ahora incorporada en el régimen político surgido de una marejada revolucionaria. Los pequeño burgueses de todo el mundo se parecen.²³

²³ Citado en Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, op. cit. p. 398. Gilly comenta a continuación que esta polémica fructífera que Mariátegui inició con los ideólogos del estado mexicano podría haber continuado y dado lugar a fértiles desarrollos posteriores, pero que

Mariátegui se refería aquí al momento cúlpe del maximato callista de donde surgiría, tres años después, el candidato presidencial del Partido Nacional Revolucionario (la versión mexicana del Kuomintang chino) para el sexenio de 1934-40. El anticomunismo, el antiobrerismo y la pesada represión anticampesina encubierta en la lucha contra los cristeros que mostraron el feroz y sanguinario rostro del callismo más que justificaban las líneas anteriores. Mariátegui ya no vio al sexenio cardenista, pero con seguridad no le hubieran escapado sus rasgos progresistas, muchos de ellos que lo acercaban a la experiencia socialista en general, e incluso a la soviética en particular.²⁴ ¿Cuál podría ser la característica que bruscamente permitía que un régimen pudiera identificarse con el totalitarismo fascista y después con algunos aspectos de la experiencia soviética? Obviamente eran los rasgos bonapartistas compartidos por el régimen mexicano tanto con el totalitarismo fascista como con el stalinista.

Pero el cardenismo se encontraba en la cúspide de un país que no era imperialista como Alemania e Italia y su bonapartismo, de origen revolucionario como el soviético, no era la expresión de una contrarrevolución burocrática sangrienta dirigida contra las conquistas socialistas de un proletariado destrozado y en plena retirada como era la encabezada por Stalin. He allí la peculiaridad, la especificidad que

este proceso fue interrumpido tanto por la precoz muerte del pensador peruano como por la stalinización de la mayoría de la intelectualidad de izquierda latinoamericana que mandó al índice rojo sus brillantes e innovadores escritos. Pero precisamente aquí es la ocasión para señalar una falla notable y lamentable del libro de Gilly la cual consiste en la total ausencia que hay en sus quinientas páginas de una referencia a la caracterización del cardenismo que hizo Trotsky. Extraña omisión de un autor que hace de Trotsky, con justa razón, uno de los principales beneficiarios y, en cierta forma, hasta protagonistas de "la utopía cardenista" La trayectoria ideológica gilliana permite asegurar que ha hecho una omisión deliberada, contradiciendo así su propio exhorto a entrar en una polémica fructífera con los atisbos premonitorios de Mariátegui sobre el estado mexicano posrevolucionario, magistralmente continuados, en forma independiente y autónoma, por el exilado más famoso del sexenio cardenista.

²⁴Para Lorenzo Meyer el cardenismo fue un "tipo específico de sistema autoritario" en el cual "el socialismo mexicano" se desarrolló como nunca antes. Lorenzo Meyer et al, *Lecturas de política mexicana*, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, p. 21.

Trotsky plasmó en el latinismo *sui generis* que añadió a su definición para hacer precisa su caracterización.

Esa peculiaridad resalta cuando se aprecia la raigambre popular tan profunda de muchos de los caudillos mexicanos. Ramos Pedrueza acuñó una efigie literaria notable de Cárdenas cuando lo describió como "el hombre de las masas, porque las masas son del hombre".²⁵ ¿Acaso es posible encontrar tal descripción en cualquiera de los caudillos bonapartistas europeos? Incluso Hegel que vio en Napoleón Bonaparte al "Espíritu Universal a caballo" habría rechazado dicha apreciación tan terrenal y populista para su emperador. Pero en Cárdenas esas frases definen con precisión su caudillaje, su misión nacional consustancial por excelencia: defender la soberanía y el territorio del país.²⁶ Si se quiere encontrar un rasgo común definidor que por arriba de tantos otros motivos ambiguos y contradictorios se mantiene siempre firme y entero, ineludible y en verdad con elementos indudables de utopía, sin dificultad señalaríamos el nacionalismo a veces ligado a las masas y siempre como posición oficial.²⁷ Y algo similar puede decirse de la identificación masiva nacional (con fuertes tintes proletarios) de vastos sectores del pueblo argentino con Perón y, por supuesto, con la figura mitificada, aún en vida, de Evita.

Desde su inicio la revolución encarna en los caudillos populares decisivos, fundamentales, espectaculares y en algunos casos majestuosos. Madero los encabeza y la infamia del crimen que lo vuelve mártir unifica a la nación que se levanta como un solo hombre contra el usurpador Huerta. Su martirio eleva a Madero más allá de sus errores,

²⁵ *Tres socialistas ante la Revolución mexicana*, op. cit., p. 376.

²⁶ "Estos militares [Cárdenas y Múgica] no son capitalistas, ni patronos, ni políticos de los patronos, y además se consideran mexicanos depositarios del deber de defender el territorio y la soberanía nacionales". *El cardenismo, una utopía mexicana*, op. cit., p. 231

²⁷ "La fuerza de masas de un nacionalismo que no era concepción ideológica estrecha, ni discurso, sino experiencia práctica y razón de la historia, se constituyó en el elemento central de la continuidad espacial, política y cultural de los mexicanos en un tiempo en el que la vorágine internacional amenazaba con devorarlo todo. Fue esta experiencia la que determinó que, frente a la tentación de alineamientos riesgosos, México optara por aproximarse al que garantizó [o sea a Cárdenas] respeto a la soberanía, hasta donde eso era posible en el escenario de una guerra mundial". Raquel Sosa, *Los códigos ocultos del cardenismo*, op. cit., p. 525.

de sus limitaciones e incluso traiciones (que sólo apreciaron los magonistas y zapatistas en su momento), colocándolo por arriba de la mecánica de la lucha de clases que con sus contradicciones lo había triturado sin remedio. Su lugar queda inscrito, con su sangre derramada, como el del gran convocante e iniciador audaz en la memoria de la inmensa mayoría popular.

Después del presidente mártir viene la tormenta de la guerra civil y en ella se yerguen como hombres de las masas, identificados con ellas hasta el tuétano muchos líderes, siendo Villa y Zapata los personajes epítomes por excelencia de esa epopeya masiva. Pero ambos caudillos no tenían la mínima posibilidad de convertirse en dirigentes bonapartistas pues su base plebeya y regional, su semianalfabetismo, la directa relación con sus tierras y sus hombres, los vetaba ante la burguesía. Aunque el líder bonapartista disgusta a la burguesía, debe tolerarlo pero ¿cómo tolerar a Zapata o a Villa? La veta del bonapartismo no estaba en estos grandes caudillos populares revolucionarios, como no la estaba en Robespierre, ni en Lenin y Trotsky, ni en Guevara, ni en ningún revolucionario consecuente con el objetivo central de la revolución social, la emancipación de las masas oprimidas, la emancipación de los trabajadores.

Carranza fracasó rápidamente en su intento por desempeñar el papel del hombre fuerte posrevolucionario. Será Obregón quien realmente iniciará la estirpe del bonapartismo mexicano. Pero los sonorenses eran demasiado burgueses, a pesar de su demagogia y su cinismo, o tal vez por eso mismo. Obregón, sin duda el dotado de genio de la dupla sonorenses que constituyé con Calles, no llegó nunca a calar a fondo en la entraña del alma popular. Después del asesinato de San Ángel el régimen en un primer momento encuentra en Calles un estadista a la altura de la crisis pero que en el proceso de acumulación de poder se fue convirtiendo en un déspota que tensó al máximo la lucha de clases encaminándose a un callejón sin salida que anunciaba otra guerra civil.

A principios de los años treinta en México se habían conjuntado las condiciones perfectas para que surgiera el nuevo líder carismático. El aparato burocrático de un régimen bonapartista en plena evolución lo

necesitaba para consolidar su dominio sobre el país, para recuperar una economía que se encontraba todavía convalesciente después de la tremenda crisis de 1929-33, para apaciguar a las clases populares impacientes que se preparaban a nuevos asaltos al cielo ante la tardanza de la realización de las promesas revolucionarias, para dar seguridad a la burguesía todavía asustada que se replegaba con la reacción y para navegar entre los imperialismos que se desgarraban en pugnas exacerbadas tanto interna como externamente, permitiendo un margen de maniobra a las naciones dominadas.

El significado de la hazaña de Cárdenas fue el de entender y saber desempeñar ese papel de caudillo de la nación que la situación exigía. Pero para hacerlo debió haber sido el hombre del sistema respetuoso de sus reglas, o sea, un hombre de estado que cinceló una trayectoria contradictoria iniciada con su adhesión a la causa revolucionaria y continuada con su participación en las filas de los caudillos sonorenses. Obregón, pero en especial Calles, ejercieron una profunda influencia sobre él, la cual lo llevó a combatir a los yaquis en Sonora y a Villa en otras regiones. Después con su alineamiento disciplinado al Jefe Máximo,²⁴ escalando la pirámide que de general lo fue elevando a las alturas del poder como gobernador de Michoacán, secretario de gobernación, jefe del ejército, presidente del partido oficial y finalmente candidato presidencial de este último. Ciertamente su identificación con las masas fue poderosa durante su sexenio, pero fue una identificación desde arriba, desde el poder. El bonapartismo es un fenómeno estatal, no revolucionario.

Esa naturaleza política explica la "ideología cardenista", la cual, a excepción del elemento nacionalista que la atraviesa como hilo rojo, es una abigarrada combinación de elementos que resultan en un producto

²⁴ En su meticolosa lectura de los diarios de Cárdenas, Arnaldo Córdova nos recuerda la veneración de discípulo que el joven general michoacano le profesaba al caudillo de Guaymas, citando una carta en la que, con motivo de la crisis provocada por el asesinato de Obregón, le convoca a que permanezca en la presidencia durante otros dos años y reconociéndolo como el jefe incuestionable de las filas revolucionarias. *La Revolución en crisis. Las aventuras del maximato*, México, Cal y Arena, 1995, pp. 423-424.

ambiguo²⁹, sin los tajos del deslinde conceptual característicos de los discursos teóricos socialistas marxistas e incluso de los dogmas liberales. Su "utopía era pragmática", un socialismo sin raíz proletaria, en fin, reivindicaba "un socialismo que no lo era".³⁰ Estas definiciones de Gilly quien, indudablemente, ha profundizado más sobre el complejo problema del "socialismo cardenista", son acuerpadas en tres grandes ideas que según él constituyen sus pilares: 1) El núcleo cardenista (con Cárdenas y Múgica a la cabeza) y sus ideólogos y políticos (Jara, Silva Herzog, García Téllez entre otros pocos) estaban convencidos que la revolución mexicana era parte y estaba determinada por el proceso revolucionario mundial (la revolución española era la prueba definitiva y su derrota selló en gran medida el destino del cardenismo); 2) Eran estatistas. el gobierno y el estado debían dirigir el proceso al socialismo, apoyados por las masas populares que actuarían bajo su tutela en la realización de una serie de medidas audaces (reforma agraria, expropiación petrolera, administración obrera de los ferrocarriles, educación socialista, política exterior activa contra el fascismo, en especial apoyando a la república española), efectuadas de manera empírica, sin una concepción global que enfrentara a la otra globalidad, a la de la dinámica del capital; y, 3) Perteneían a una generación latinoamericana surgida, en especial, desde Bolivia hasta el norte, que compartían esos mismos ideales del socialismo, radicalmente distintos a la cristalización dogmática del comunismo stalinista."

Pero en el fondo estaba, permeándolo todo, el nacionalismo, la defensa de la soberanía nacional, la reivindicación en plena época callista de "México para los mexicanos" que muchos creían hecha realidad diez años más tarde en la patria cardenista. Así, en ese cajón de sastre que suele ser la ideología de los caudillos, lo único constante e invariable es el nacionalismo. Esa vocación por necesidad encarnaría en el estado posrevolucionario y con Calles se encamina, incluso, por primera vez con fuerza para darle un contenido "modernizador", "desarrollista" se diría más tarde, a ese nacionalismo cuasi totalitario.

²⁹ Tzvi Medin llega a esta conclusión en el estudio de *La ideología y la praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI, 1972.

³⁰ *El cardenismo, una utopía mexicana*, op. cit., pp. 414-415, 467.

³¹ *Ibid.* p. 415.

"El elemento fundamental de los años callistas es el proyecto desarrollista y la inseparable construcción del estado nacionalista".³² La fórmula de "estado más desarrollo" como la fundamental de la revolución mexicana la continuaría Cárdenas en las nuevas condiciones del despertar de masas de la década de los años treinta. En este aspecto la continuidad entre el callismo y el cardenismo es indudable, pero es que ambos expresan una corriente aun más profunda.³³

Por ejemplo, en lo que respecta a una de las prácticas en donde la "modernización" burguesa se había desplegado con más cinismo en los años sonorenses, en especial durante el callismo, el ejercicio de la corrupción, no existen los testimonios abundantes que impugnen a Cárdenas como su promotor ni como un beneficiario directo de ella. Sin embargo, fueron los mismos callistas quienes acusaron de corrupto al gobierno de Cárdenas. Ciertamente ellos conocían bien de lo que hablaban a pesar del enorme resentimiento que guardaban con el cardenismo. La continuidad se mantenía en las corrientes subterráneas (y a veces incluso en la superficie) del régimen sólo esperando el momento adecuado, que pronto vendría, en los años cuarenta, para hacer nuevamente abierta erupción.³⁴

Pero con Cárdenas el nacionalismo, sin embargo, se ideologiza y expande masivamente. El estado logra plenamente una identificación masiva. "Revolución nacional y estatal de cabo a rabo".³⁵

³² Jean Meyer, *Estado y sociedad con Calles. Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928*, El Colegio de México, 1977, p. 334.

³³ "El cardenismo culminó, no sustituyó, como siempre se ha imaginado, la obra del maximato. No son dos polos opuestos, sino una y la misma cosa". *La Revolución en crisis*, *op. cit.*, p. 13.

³⁴ "Cárdenas estaba corrompido, como otros. Siempre esperamos que cuando un hombre ha sido un buen revolucionario, no se enriquezca". Así se expresaba Ernest Gruening tan tarde como en 1969. Él era un político norteamericano cercanísimo a los presidentes Obregón y Calles, autor de un famoso libro, *Mexico and its heritage*. Sus opiniones reflejaban sin duda las de los círculos callistas. Ernest Gruening, *Experiencias y comentarios sobre el México post-revolucionario*, entrevista con Eugenia Meyer, Instituto de Antropología e Historia, 1970. p. 32.

³⁵ Jean Meyer, *op. cit.*, p. 340.

LA IMPOSICIÓN BONAPARTISTA INSTITUCIONAL

El fin del gobierno cardenista es a la vez la solución de sus enigmas ("los códigos ocultos" de acuerdo a Raquel Sosa se hacen aparentes para quien los quiera ver) y la culminación del proceso de edificación del edificio burocrático estatal. El vasto capital político encarnado en el estado bonapartista surgido de la revolución de tan peculiar modo será el acervo nacional que les permitirá a las clases dominantes nacional y extranjera mantener una casi perfecta estabilidad a partir de entonces, dorada estabilidad que durará por otras tres décadas y será la base del "milagro mexicano". Ninguna burguesía latinoamericana y muy pocas de otras partes del mundo lograría tal hazaña.

La expropiación petrolera representó la cúspide del radicalismo cardenista que provocó una reacción que dio un renovado impulso a la reorganización de las fuerzas contrarias a su política. La situación internacional incidió decisivamente como se pudo apreciar claramente con la medida del gobierno de dar refugio a los miles de republicanos españoles que huían de su país después de la victoria de Franco. Inmediatamente con su llegada resurgieron los grupos fascistas que había sido prácticamente eliminados de la escena política al principio del sexenio.³⁶

Los grupos burgueses se organizaban para encarar la ofensiva "socialista" de Cárdenas. Los jefes agrarios temerosos de la continuación del curso de la reforma agraria, también se organizaron y presionaron a nivel estatal a sus respectivos gobernadores, en especial en el norte, para que ejercieran la poderosa influencia política que tenían todavía en esos años y así a partir de fines de 1937 el ritmo afiebrado de la distribución de tierras se detuvo sensiblemente. Pero esa presión no se iba a hacer sentir sólo dentro del aparato oficial sino también fuera de él.

Por su parte la burguesía industrial había experimentado un notable auge durante los últimos tres años del sexenio el cual anunciaba

³⁶"Con el triunfo de Franco se hicieron públicas las actividades de la Falange Española en México. Los nacionalistas y anticomunistas se unieron a sus celebraciones. [...] Lo que no habían podido hacer en años con su programa lo lograron temporalmente gracias a la desgracia de la República española." Raquel Sosa, *op. cit.* p. 454.

el nuevo ritmo de los tiempos que se desarrollaría poderosamente en las siguientes dos décadas. El crecimiento económico se disparó y el núcleo fundamental de esta clase entonces indisputadamente con sede en la capital regiomontana, muy resentida con Cárdenas, se preparaba a aprovechar la coyuntura de la sucesión para cobrarle sus cuentas.³⁷

Dentro del gobierno dichas fuerzas fueron aglutinándose en forma tempranera alrededor del secretario de la defensa, el general moderado Manuel Ávila Camacho, desde fines de 1938.³⁸ La "precampaña" de las fuerzas favorables a su candidatura era un alud ya imposible de parar tan pronto como a principios de 1939.

Fuera del aparato oficial la oposición burguesa creció también en forma abrupta y espectacular. La figura aglutinante fue la de otro general, el demagógico y controvertido Juan Andreu Almazán. Igualmente en 1939 se fundó el Partido de Acción Nacional cuyo dirigente máximo, Manuel Gómez Morín, era un conspicuo banquero. La figura alrededor de la cual se aglutinarian estas fuerzas fue la de otro general, el controvertido y demagógico Juan Andreu Almazán. Por su parte la Casa Blanca vigilaba de cerca los acontecimientos y no se comportaba neutralmente con los grupos opositores, aunque se cuidaba por mantener abierta y aceitada su relación diplomática con el gobierno.

La fuerza que fue tomando la candidatura de Almazán en los dos años finales del cardenismo fue la demostración palpable de las

³⁷ "La oligarquía agraria [...] manejaba sutil y calladamente la agitación en favor de Ávila Camacho. [...] En el periodo de Cárdenas la producción manufacturera creció al extraordinario ritmo anual promedio de 8.6% (ritmo incluso ligeramente superior al que este mismo sector comportó en la favorable coyuntura económica de la segunda guerra mundial). [...] este rápido proceso de industrialización llevó aparejado un notable incremento de la fuerza económica y social de los grupos industriales, tanto de los que ya estaban formados como de los que surgían bajo el impulso del capital manufacturero norteamericano". Ariel José Contreras, *México 1940: industrialización y crisis política*, México, Siglo XXI Editores, 1977, pp. 21, 52. Este libro contiene una buena crónica y un análisis social y económico detallado de los acontecimientos políticos de los dos últimos años del sexenio cardenista.

³⁸ "Desde algún tiempo atrás, pero particularmente desde ese año de 1938, diferentes corrientes y fuerzas sociales se organizaron para hacer frente común al *bonapartismo cardenista*". A continuación Ariel José Contreras señala que desde 1937 se habían fundado la Confederación de la Clase Media y la Confederación Patronal de la República Mexicana. *Ibid.* pp. 17-18, subrayados nuestros.

contradicciones que, a pesar de todo, habían quedado irresueltas durante las jornadas de los años treinta. A las cuales, por supuesto, se agregaban las nuevas y fuertes contradicciones gestadas en el propio sexenio. En un primer momento Almazán contó inclusive con el apoyo del grupo Monterrey, el cual sólo se lo retiró cuando recibió tanto de Cárdenas, pero sobre todo de Ávila Camacho, las requeridas seguridades.³⁹

Almazán no era Vasconcelos. Carecía por completo de la fuerza romántica y el talento literario que hicieron del último un opositor célebre, cuyas denuncias son todavía leídas y comentadas. Almazán era un prosaico burgués que no arriesgó nada cuando llegó la hora de pelear contra los métodos de aplanadora burocrática ya desde entonces puestos en práctica en las elecciones bonapartistas. Sin embargo, a pesar de que no es muy conocido, logró levantar una poderosa movilización a su favor ante todo en las ciudades importantes. Amplios sectores de las clases medias y, en especial de los trabajadores (ferrocarrileros, electricistas, petroleros y de otros sectores insatisfechos con los métodos de la CTM, identificada con Cárdenas y el partido oficial). El día de las elecciones su demostración de fuerza fue de tal contundencia que impresionó hasta al mismo Cárdenas.⁴⁰ Y en 1940 aparecía con evidencia la plena madurez de la mecánica del aparato gubernamental ya aceitado y provisto de las organizaciones de masas corporativizadas, en especial la CTM, actuando con la impunidad que lo haría célebre a partir de entonces. Ya en 1929, en su debut electoral, la maquinaria electoral oficialista había actuado con el apoyo y los recursos que el grupo dirigente en el poder puso a su disposición. Ante la oposición vasconcelista la represión y el miedo se impusieron sin mayores problemas posteriores. En 1940 la máquina electoral había crecido y madurado. Sus fuerzas eran mucho más poderosas y el fraude, en

³⁹ Ariel José Contreras, *op. cit.* pp.24-25.

⁴⁰ Según Ariel José Contreras en un primer momento Cárdenas, al apreciar las tendencias de la votación en los centros urbanos, creyó que Almazán había triunfado. Pero García Téllez, el secretario de Gobernación en forma pertinente le contestó que no sería ese voto urbano sino el del campesinado el que definiría al ganador y, obviamente, favorecería al candidato de la burocracia oficial. *Op. cit.* p. 195.

consecuencia, fue gigantesco" Se inició así el fatídico precedente que las elecciones priistas seguirían a continuación hasta la sciedad pues "ninguna elección [anterior] había sido tan sangrienta".⁴²

Ávila Camacho no era precisamente un líder carismático. Era el anticlimax no sólo político sino personal de Cárdenas. De hecho todo el material literario conocido indica que no fue su candidato y que sólo después de la derrota temprana de la precandidatura de su favorito, Francisco Múgica, se inclinó ante el hecho consumado de la candidatura del general poblano. La pugna entre Ávila Camacho y Múgica fue una demostración evidente de la tendencia conciliadora y negociadora que se imponía en el aparato oficial en contra de la posible profundización del curso de los primeros años del sexenio. El núcleo duro cardenista fue derrotado en toda la línea por la inercia de la burocracia bonapartista henchida de poderío y recursos. Ávila Camacho era el candidato de la continuidad pero no estrictamente del cardenismo radical y populista sino de la institucionalidad del aparato oficial. El moméntum e inercia burocráticos se imponían y el hecho era palpable ya desde entonces para los observadores inteligentes como lo muestra la autora de un libro publicado en 1940 con el significativo título de *México busca un hombre*:

La burocracia se convirtió en gobierno; y no es la dictadura del proletariado, sino de los empleados oficiales y los líderes, la

⁴¹ Esta es la conclusión que sacó en su análisis de las elecciones de 1940 el historiador Albert L. Michaels, "Las elecciones de 1940", *Historia mexicana*, vol. xxi, núm. 1, julio-septiembre de 1971, p. 133.

⁴² *Los días del presidente Cárdenas*, op. cit., p.304. De hecho ya antes de 1940 el gobierno de Cárdenas había puesto en práctica o tolerado fraudes y grandes "irregularidades" electorales. En pleno auge radical del sexenio, en 1936, con motivo de las elecciones a la gubernatura de Puebla, el candidato Gilberto Bosques fue, según todas las evidencias, el triunfador en las urnas y a pesar de su amistosa cercanía con Cárdenas y las demostraciones de apoyo que realizó (miles de poblanos se trasladaron a la ciudad de México en su apoyo), el presidente se inclinó por el candidato de los caciques del estado, Maximino Avila Camacho, hermano del futuro presidente de la república. Alberto Enriquez Perea, "Gilberto Bosques, "Revolucionario de siempre. La disputa por la gubernatura [sic] de Puebla en 1936", en Marcos Tonatiuh Águila y Alberto Enriquez Perea, *Perspectivas sobre el cardenismo*, op. cit., pp. 169-226.

que ha tomado el control de la economía nacional y el destino de los trabajadores, tanto del campo como de la ciudad.⁴³

La experiencia de Múgica que fue sepultado literalmente por la avalancha burocrática orquestada desde los aparatos oficiales y partidarios hizo patente la ausencia de democracia, de las más elementales normas de una vida interna sana y libre en el seno de las filas bonapartistas. Múgica, asqueado ciertamente por la ofensiva política de la que era víctima, se retiró de la contienda mucho antes de la fecha en que se efectuaría el congreso del Partido de la Revolución Mexicana. Algunos de sus partidarios, incluso, llegaron a considerar que Cárdenas había traicionado a su "mejor amigo".⁴⁴

Esta ausencia de democracia interna en el partido oficial era la otra cara de la antidemocracia de los comicios electorales, o sea de la tradición del fraude electoral consustancial al sistema bonapartista, que no se había inventado en 1940 y que, como hemos visto en el caso de las elecciones a la gubernatura de Puebla en 1936, el gobierno de Cárdenas practicó o toleró en elecciones estatales anteriores a las presidenciales de ese año. Los comentarios sobre esta realidad se convirtieron en parte de la vida cotidiana, cristalizando en el cinismo y la apatía ciudadana, los cuales a su vez refuerzan las tendencias antidemocráticas tan profundamente enraizadas en el sistema bonapartista. *Excélsior*, por ejemplo, días después de la renuncia de Múgica comentaba medio festiva, medio cínicamente: "el general don Francisco Múgica no había creído que nuestra democracia estaba en los huesos hasta que le tocó bailar con su esqueleto".⁴⁵

Y es que, después, de todo el sistema seguía teniendo su pieza clave en el ejército. Cárdenas dominó, porque lo conocía a fondo, el

⁴³ La autora es Concha de Villareal y la cita Ariel José Contreras, *op. cit.* p. 25.

⁴⁴ *Ibid.* p. 67 *passim*. En la patética explicación de su renuncia Múgica aludía a "los parásitos del continuismo adheridos al régimen" que dominaban al PRM y que "habían impuesto métodos de corrupción detestables y transacciones deplorables", logrando hacer triunfar "un proceso imposicionista y reaccionario". Quedaban así frente a frente solas en "la palestra dos fuerzas con una misma tendencia de ambigua conciliación". Sin embargo Múgica se reintegró rápidamente al gobierno de Cárdenas y así le tocó vigilar las elecciones de 1940 en calidad de jefe militar de la zona correspondiente a Michoacán.

⁴⁵ Citado por José Ariel Contreras, *op. cit.* p. 69.

arte de manejar al ejército, o sea a sus generales y a su oficialidad.“ Cambiando y rotando periódicamente a los jefes de zona militar, manteniéndolos informados y constantemente ocupados en el control de un país en el que la violencia agraria se mantuvo permanente durante todo el sexenio y siempre cerca del presidente y no bajando su importancia primordial en el presupuesto,” Cárdenas supo gobernar y manejar al ejército astuta y magistralmente como pocos presidentes lo habían hecho antes que él y dándoles el ejemplo a los que lo sucedieron. Su meta era que el ejército se convirtiera en garante institucional del *status quo* y abandonara su papel de principal protagonista del escenario de la política. Decía ya como ex presidente: “Antes apoyaré a un mal gobierno durante un período legal, que a una revolución para establecer un buen gobierno”.”

AUSENCIA DE ALTERNATIVA

El impacto de la degradación de la situación internacional y el estallido de la guerra mundial golpeó de lleno a las fuerzas populares y sembró en ellas aun mayor división y confusión. En el movimiento obrero la pesada carga burocrática creada con la combinación de los métodos rudos y gangsteriles del grupo de "los cinco lobitos" de Fidel Velázquez y la línea lombardista firmemente aliada con el aparato stalinista internacional,⁴⁶ fue abrumadora. Para Lombardo, figura clave de la coalición de fuerzas sindicales oficiales, la línea a seguir a rajatabla era la unidad de "todas las fuerzas democráticas y revolucionarias". Aunque en 1940 el pacto Hitler-Stalin seguía vigente, podemos admitir que Lombardo era más previsor que muchos de sus más torpes colegas

⁴⁶ Frank Tannenbaum cita un comentario de Cárdenas según el cual el ejército era el apoyo fundamental del régimen revolucionario. Él quería que su reforma política eliminara ese dato de la historia mexicana, plena de pretorianismo prepotente. "Lázaro Cárdenas" en *Historia mexicana*, vol X, núm. 2, octubre-diciembre de 1960, p. 333..

⁴⁷ "He señalado también que el gasto en Defensa superó con mucho a los presupuestos dedicados a educación, agricultura, inversiones y comunicaciones, reconocidos por todos los investigadores del período como los más importantes de la historia contemporánea". Raquel Sosa Elizaga, *op. cit.* p. 526.

⁴⁸ Citado por Frank Tannenbaum, *op. cit.* p. 333.

⁴⁹Nos hemos referido con más detalle a esta alianza entre los stalinistas y el grupo lombardista-velazquista en el subcapítulo final "El proletariado sin cabeza" del capítulo V anterior.

stalinistas y estaba convencido que la guerra entre la Alemania nazi y la URSS sería inevitable, como en efecto estallaría en 1941, y permitiría cuadrar la ecuación entre "revolucionarios" y "antifascistas" para forjar la "unidad a toda costa" con el gobierno de Ávila Camacho, como, también, en efecto, sucedió. Esta "unidad" a la staliniana, que se dio dividiendo por completo a la clase obrera y a las fuerzas populares en general, como muy bien se pudo apreciar en los comicios electorales presidenciales de 1940, fue, según Lombardo, una demostración de "madurez" y no de "infantilismo". Sin embargo fue la que preparó el camino para el alemanismo y todo lo que vino después.⁵⁰ Decía él recordando retrospectivamente esas fechas: "Yo hablaba de unir las fuerzas decisivas de México, y eso no era oportunismo, era una realidad. Llevar la revolución más adelante ¿De qué modo? ¿Hasta dónde? ¿Frente a la segunda guerra mundial? Eso es un infantilismo".⁵¹

La CTM rápidamente se convirtió en la organización de acarreo de masas para los mítines oficialistas y su aparato burocrático se unió al gubernamental en la labor de represión de las fuerzas de oposición. Su papel sindical se redujo al peticionismo economicista para lograr mejorías salariales y otras demandas de los trabajadores pero como condición para negociaciones corruptas de los líderes en beneficio de sus carreras políticas y para lograr su enriquecimiento personal. Los botones que despuntaron en su surgimiento como fuerza política de concientización e independencia de clase no alcanzaron a florecer y rápidamente la CTM fue convertida en una organización de apoyo y subordinada a la política estatal de regimentación autoritaria de las

⁵⁰ Víctor Manuel Durand llamó a esta estrategia la de "la ruptura de la nación" y la analiza detalladamente tal y como fue desarrollándose contra el movimiento popular en los años cuarenta y principios de los cincuenta. *La ruptura de la nación*, UNAM, 1986.

⁵¹ Así se expresaba más de veinte años después de estos acontecimientos en una entrevista concedida a James Wilkie y a Edna Monzón de Wilkie y recogida en un interesante libro junto con otras entrevistas a personajes clave de esa época como Manuel Gómez Morin, Jesús Silva Herzog, Marte R. Gómez entre otros. *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, 1969, p. 335.

masas como la definió Trotsky en el escrito póstumo mencionado sobre *Los sindicatos en la época de la decadencia del imperialismo*.³²

Por su parte el PCM, en lugar de ser el partido obrero revolucionario encargado de vincularse a las masas promoviendo su organización independiente y democrática y de plantear leal y correctamente al proletariado las tareas del periodo, también acabó siendo un aparato subordinado a la política de la burocracia soviética y de esta forma resultó ser igualmente un apoyo del bonapartismo mexicano. Su sumisión al grupo stalinista del Kremlin terminó convirtiéndolo en un mero instrumento de la policía política stalinista (la tristemente célebre GPU, después NKVD y finalmente KGB) que lo utilizó para conseguir uno de sus principales objetivos en esos años: lograr a trancas y barrancas la liquidación, léase asesinato, de León Trotsky. Su dirección se vio involucrada en el primer y fallido intento de asesinato del líder bolchevique perpetrado en mayo de 1940. Tan ignominioso papel sería uno de los factores históricos que precipitó su larga y truculenta crisis que lo llevaría para siempre a una esquina marginada de la política mexicana. "Los comunistas mexicanos habían sido arrastrados a cometer un crimen tres veces trágico: habían matado al padre, habían matado al hermano y, sobre todo, habían matado al huésped. De esa tragedia, aunque no lo hayan sabido, nunca se liberaron".³³

³² El libro ya mencionado de Arturo Anguiano es la mejor investigación de la transformación de la CTM de una organización sindical de lucha en un monstruoso aparato burocrático. *El Estado y la política obrera del cardenismo*, op. cit.

³³ Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, op. cit. 458. Los testimonios de este crimen son abundantísimos. Desde 1971 nosotros hicimos el análisis histórico concreto de los acontecimientos centrales que determinaron ésta que fue la "prematura crisis de un partido stalinista" en México. Véase Manuel Aguilar Mora, *La crisis de la izquierda*, op. cit. Recientemente de la propia ex Unión Soviética han venido editándose libros que han ratificado lo que decíamos hace treinta años en México y con nosotros, a una escala internacional mucho más amplia, destacadísimos historiadores comprometidos con el marxismo revolucionario, muy especialmente Isaac Deutscher, Ernest Mandel y Pierre Broué. Uno de los historiadores rusos que más ha contribuido a mostrar detalladamente la vasta cacería internacional que la GPU emprendió para liquidar a Trotsky es Dimitri Volkogonov quien en su calidad de director encargado de preparar la apertura de los archivos del estado soviético y de la Internacional Comunista ha escrito abundantemente sobre el particular en las biografías que ha publicado sobre Stalin, Lenin y Trotsky. Véase en

Sólo días después del asesinato de Trotsky, sabiéndose ya por las investigaciones policíacas el papel jugado por la dirección del PCM en la empresa asesina, Cárdenas se dirigió "a los trabajadores del país" y la denunció nacionalmente acusando a sus miembros ni más ni menos que de "traidores a la patria".⁵⁴

Los vericuetos históricos se expresarían de nuevo más en la tumultuosa despedida que las masas mexicanas le dieron a un héroe revolucionario de un país tan distinto al suyo. El sentimiento insondable del pueblo mostró una vez más sus misterios.

En una inusitada demostración, unas 200 mil personas, en buena parte campesinos, asistieron al paso del cortejo fúnebre de Trotsky en la ciudad de México. Esta última y melancólica manifestación de masas del sexenio cardenista por la muerte de un exiliado extranjero de un país lejano desafía todavía las explicaciones. Testimonios de algunos militantes comunistas de aquella época dicen que, llevados por un impulso interior irresistible, también ellos fueron al sepelio. Testimonios de otros, en especial algunos jóvenes intelectuales de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, dicen que esperaron a la puerta del hospital la noticia de la muerte y, una vez confirmada, fueron a festejar en la cantina.⁵⁵

El trágico desenlace de la estancia de tres años y medio de Trotsky en México se tejía irremisiblemente con la historia de este otro

especial su libro sobre este último *Trotsky. The Eternal Revolutionary*, Nueva York, The Free Press, 1995.

⁵⁴ En su *Mensaje a los trabajadores del país* publicado el 29 de agosto Cárdenas decía: "[...] en el caso de los comunistas [...] si éstos han considerado de utilidad a sus intereses abandonar el terreno de cooperación con los trabajadores [...] organizando asaltos a mano armada en unión de elementos mexicanos y extranjeros, y realizando atentados que deshonran a la civilización y que ponen en duda la capacidad del gobierno y del pueblo de México para mantener en la capital misma de la República un estado de seguridad y tranquilidad para los ciudadanos que en ella residen, estos elementos han cometido el delito de traición a la patria, han prostituido sus doctrinas de redención y progreso proletarios [...] cometiendo un crimen que la historia censurar como deshonoroso para quien lo haya inspirado y nefasto para quienes lo realizaron y cooperaron a su efectividad". Citado en Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, op. cit., pp. 461-462.

⁵⁵ Adolfo Gilly, *ibid.*, p. 458

desenlace no menos trágico que se daba en esos mismos días. Con su muerte, Trotsky seguía revelando el carácter de fuerzas decisivas que moldeaban el destino del país.

Trotsky había sido consciente de que a pesar de sus esfuerzos por permanecer con el perfil más bajo posible, su misma personalidad lo involucraba en la política mexicana. Por eso impuso una estricta disciplina a sus partidarios y les pidió que no lo obligaran a intervenir en sus acciones en la política de México. Pero sus mismos enemigos lo involucraban a pesar de todo. Fue acusado de influir a la “tendencia de izquierda” del cardenismo encabezada por el secretario de Comunicaciones y Transportes, Francisco Múgica.

Trotsky consideró que en la situación de la sucesión de Cárdenas los marxistas revolucionarios no tenían candidatos. Ni Ávila Camacho, ni Juan Andreu Almazán los representaban y la clase obrera no estaba organizada y constituida como fuerza independiente para reivindicar su propia alternativa de clase.³⁶

Ciertamente Trotsky veía sus días contados en el país. No sólo porque sentía que el cerco que la policía stalinista se estrechaba a su alrededor (y el atentado de mayo de 1940 fue una advertencia demasiado ominosa); sino también porque la victoria de cualquiera de los dos candidatos principales a la presidencia no le prometía nada bueno. Ambos le eran hostiles y los dos por igual era casi seguro que no refrendarían la noble actitud hospitalaria de Cárdenas.³⁷

³⁶ En un editorial de la revista *Clave* escrito por él en enero de 1939 decía: “Nuestra revista no tomará parte en la campaña presidencial electoral. Por supuesto, esto no se debe a prejuicios anarquistas contra la participación electoral. [...] No, Estamos en favor de la más completa participación de los obreros en política. Pero estamos en favor de la participación *independiente* [es Trotsky quien subraya]... En México, en el momento actual, no hay un partido obrero, ni un sindicato que esté en proceso de desarrollar esa política independiente y de clase y que pueda lanzar un candidato independiente. Bajo estas condiciones, nuestro único curso de acción posible es limitarnos a la propaganda marxista y a la preparación del futuro partido independiente del proletariado mexicano”, *Writings (1938-1939)*, New York, Pathfinder, 1974, p. 176.

³⁷ “Los dos principales candidatos, Manuel Avila Camacho y Héctor [sic] Almazán habían declarado públicamente sus intenciones de expulsar a Trotsky. Claramente los días de Trotsky en México estaban contados”. Dana Reed y Bill Chase, “Los rugidos de un león”,

La tragedia de la revolución mexicana era también la de Trotsky, como lo habían sido la de la soviética, de la alemana y la española. No por razones personales, como repetía frecuentemente, sino por la dinámica y el resultado de las fuerzas de la historia, de sus luchas concretas y cotidianas. 1940 iba a ser otro sombrío año de esa "medianoche del siglo" que ya presenciaba una guerra mortífera que sólo en un año más se convertiría en la primera guerra realmente planetaria de la historia. El representante político más conspicuo de la revolución permanente mundial no podía quedar al margen de este torbellinesco periodo sin salir mal librado. Y así fue.

Una revolución socialista era la única forma de impedir el giro a la derecha que representó Ávila Camacho. Pero los ingredientes para ella, hemos visto, brillaban por su ausencia. Por el camino de las negociaciones se había avanzado hasta el mismo límite en que un paso más allá rompería el difícil y precario equilibrio forjado por el presidente itinerante. Para las fuerzas revolucionarias tocaba la hora de la audacia, del asalto al cielo. Al no efectuarse esa prueba de fuerzas decisiva, las otras fuerzas seguirían avanzando para desandar lo andado y volver a establecer las condiciones plenamente favorables para los capitalistas nacionales y extranjeros. "Se puede decir que el reformismo se había agotado, ir más allá de lo alcanzado significaba entrar en un proceso cercano a la Revolución Socialista, lo cual no era el objetivo de ninguna de las fuerzas sociales."³ El episodio siguiente fortalecería a las fuerzas reaccionarias y hundiría al país en un mar de corrupción burguesa y burocrática, apatía y desmoralización populares que permitieron "el milagro mexicano" en las décadas siguientes.

Reforma, México, 25 de agosto de 1996. Este texto es parte de una investigación en curso de la vida de Trotsky en México.

³ Víctor Manuel Durand, *op. cit.* p. 51. Durand que ha escrito algunas de las mejores páginas sobre este período final del cardenismo y su continuación, el sexenio avilacamachista, nos sorprende por el tratamiento que hace del punto de vista de Trotsky y sus partidarios, al que caracteriza como "sectario" e "irrealista". Lo irónico es que ellos partían de la misma constatación que hace Durand en la cita. Y en el resto del libro despliega una crítica de la política reformista abyecta de Lombardo Toledano y del partido comunista que bien podrían compartir con él los trotskistas. Su tropezo sólo se puede explicar por una influencia stalinista no del todo jaqueada.

CARDENAS, "EL HOMBRE DEL DESTINO"

Colocados a la distancia de más de medio siglo de los días del cardenismo original, conociendo las consecuencias nefastas de su parto de los montes (su sucesión a través del mediocre pero reaccionario Ávila Camacho) no es posible ya confundir ese momento trágico mexicano.

La ambigüedad con la que la ideología priista ha inundado las mentes de millones de mexicanos quiere hacernos creer en "un hombre del destino", en el forjador del "México moderno". Ciertamente hay una dosis de verdad en esa interpretación. La sucesión avilacamachista era una apuesta a la estabilidad y al freno a un curso revolucionario más profundo. Estudios serios y documentados avalan por completo la concepción de que las reformas cardenistas acabaron convertidas en los cimientos firmes del dinámico y estable capitalismo que se desplegó en México de 1940 a 1982, más de cuatro décadas en las que la burguesía mexicana cosechó los frutos de hazañas y luchas ajenas, en gran medida debido a la solución final que selló el sexenio clave de la historia posrevolucionaria." Pero para el priismo estas verdades son hechos consumados impermeables a la crítica.

Para una visión crítica, la fascinación que sigue ejerciendo el cardenismo original y sus ambigüedades en amplios sectores populares está íntimamente vinculada al hecho que el momento cardenista de los años treinta fue una de esas coyunturas en la que todo puede ser posible. En el sexenio cardenista la revolución mexicana recuperaba un segundo aliento poderoso y el proletariado era ya un protagonista central de la escena de la lucha de clases, muy diversa a su situación durante 1910-19. Pero no pudo independizarse de la tutela estatal y además tuvo que soportar la nueva plaga burocrática stalinista. Cárdenas veía al movimiento obrero con simpatía pero su objetivo no era liderarlo revolucionaria e independientemente sino subordinarlo a los intereses del estado del cual era su máximo representante. Aquí salen sobrando

" Octavio Ianni escribió un breve pero devastador libro que con argumento tras argumento muestra con objetividad como las grandes reformas cardenistas pusieron todos los elementos para el desarrollo del capitalismo en México. *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, México, Ediciones Era, 1977.

las exaltaciones de buena fe sobre la personalidad de Lázaro Cárdenas y el juicio político marxista, fundado en las graníticas categorías clasistas, acaba siendo inapelable. Cárdenas más que liberador y emancipador fue el talentoso y sensible hombre de estado que sorteó un temporal muy duro sin naufragar.

Y ante los enanos bonapartes sexenales que lo siguieron, Cárdenas quedó fijo en la imaginación popular nacional como un gigante en el cual se proyectaban todos los matices de las fuerzas desde las liberales hasta las radicales; las democráticas "sin adjetivos" hasta las socialistas revolucionarias. Sus hazañas fueron contemporáneas de otras grandes gestas de la humanidad. Es contemporáneo de muchos "grandes" del siglo. Sus reflejos los aprecian los diversos analistas en las personalidades más contradictorias. William Townsend, uno de sus pocos biógrafos, lo compara con Gandhi, el líder hindú, posiblemente el más famoso pacifista del siglo.⁶⁰ En cambio Hobsbawm va al otro extremo y lo compara con uno de los más conspicuos dictadores del siglo, el sanguinario Stalin.⁶¹

El enigma de Cárdenas, sin embargo, tiene sus códigos y algunos no son tan ocultos. Uno de ellos se encuentra en su misión como hombre de estado. Fue un estatista convencido, aunque reconoció mejor que sus antecesores y también que sus sucesores, la necesidad del apoyo masivo al estado que se construía como uno de los resultados más importantes de la revolución. Por eso fue terco en el respeto a la institucionalidad. Precisamente su rompimiento con Calles se da, en gran medida, por la soberbia del sonoreense de no respetar al "Presidente

⁶⁰ *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, México, Editorial Grijalbo, 1959.

⁶¹ "Pero nuestro juicio de la revolución rusa de 1917 o de la revolución mexicana de 1911 sería en realidad muy diferente si no hubieran sido seguidas por los períodos de Stalin y Cárdenas, o por alguna fase equivalente que hubiera traducido la potencialidad revolucionaria en realidad posrevolucionaria". E.J. Hobsbawm, "Revolution" en Roy Porter y Mikulás Teich, *Revolution in History*. Cambridge University Press, 1986, p.30. Ciertamente hay convergencias en ambos personajes pero las diferencias acaban siendo mayores. Así, Hobsbawm, no tiene en consideración que Stalin encabezó una feroz y sangrienta contrarrevolución que amplió descomunalmente la brecha entre los dominados y los dominadores (la burocracia soviética). En cambio Cárdenas hizo todo lo posible por impedir que los antagonismos se hicieran más amplios y profundos y desactivó todos los conflictos que hubieran podido hacer estallar una guerra civil.

de la República". Cárdenas al asumir la presidencia será consecuente y se transforma verdaderamente del discípulo y admirador del "Jefe Máximo de la Revolución" en el representante electo y efectivo del pueblo mexicano. No hay que olvidar que a pesar de su admiración y disciplina ante Calles no estuvo de acuerdo en la forma (precisamente por su no respeto a las "formas") en que éste trató a Ortiz Rubio, obligándolo a renunciar. Son innumerables los testimonios y los análisis sobre este respeto cardenista casi fetichista a la institucionalidad.

Por eso fue un constructor y culminador de la obra estatal que se venía haciendo a partir de Carranza. Córdova termina su libro del maximato callista refiriéndose a Cárdenas con las siguientes palabras: "realizó lo decisivo, acabó de edificar un Estado que hasta entonces seguía siendo sólo una expectativa"⁶². Y Martínez Assad, como otros tantos historiadores más que han estudiado el cardenismo a fondo, repite lo que todos ellos han dicho una y otra vez. "El general Lázaro Cárdenas puede considerarse como el cimentador de la institucionalización que ha permitido a México una amplia estabilidad política".⁶³ Cárdenas fue, entonces, un fundador e institucionalizador del "estado de derecho" burgués que con él logró una consolidación fundametal.

Pero este gran institucionalizador no dudó en el momento preciso en defender medidas más radicales. Y como ex presidente, viendo seguramente con tristeza hacia donde conducían sus sucesores al país, no dejó de atisbar en el panorama internacional las nuevas luchas que avanzaran los ideales de liberación y autodeterminación de los pueblos, incluido del suyo. No abandonó sino que mantuvo firme y radicalmente una postura antimperialista. Firme en su defensa de los pueblos oprimidos, demostrada en su gobierno con el rechazo a los ataques imperialistas a España y Abisinia y en su reprobación política a la ocupación soviética a Finlandia, como ex presidente no bajó la guardia. En 1954 encabezó la manifestación de protesta en la ciudad de México contra la invasión de Castillo Armas, organizada por la CIA, a

⁶² *La Revolución en crisis, op. cit.* p. 492.

⁶³ Carlos Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 13.

Guatemala que significó el derrumbe del gobierno reformista de Jacobo Arbenz y la instauración de una de las más largas noches de opresión y crimen de la historia latinoamericana. Dió, sin titubear, todo su apoyo a los revolucionarios cubanos del movimiento 26 de julio cuando durante su estancia en México preparatoria de la invasión a Cuba fueron detenidos por la policía y estuvieron a punto de ser deportados. Fue la intervención de Cárdenas la que impidió tal medida y fue tan crucial que Fidel Castro llega a considerarla como "una contribución decisiva para el triunfo de la revolución cubana".⁶⁴

¿Cómo definir políticamente a esta enigmática figura? Arnaldo Córdova corectamente le enmienda la plana al biógrafo Townsend contradiciendo su opinión de que Cárdenas era un demócrata. Era un revolucionario, juzga él.⁶⁵ Pero ¿qué tipo de revolucionario? Córdova nos deja al respecto sin respuesta. ¿Un revolucionario sin adjetivos? ¿Burgués? ¿Socialista? Ciertamente tampoco fue un liberal⁶⁶ e incluso su populismo no tenía nada de doctrinario que lo pudiera acercar a los narodniks rusos del siglo pasado.

Aunque definir a una personalidad de esta envergadura es desafiar una complejidad que se resiste a una operación empobrecedora y las etiquetas a veces confunden más de lo que aclaran, tampoco podemos aceptar una absoluta irreductibilidad que lo ponga fuera del escenario histórico. Cárdenas fue, antes que nada, un nacionalista y ciertamente revolucionario, con inclinaciones socialistas no desarrolladas por completo. Además se puede afirmar sin duda que perteneció a la estirpe estatista, lo que lo emparenta con la corriente histórica jacobina y, por supuesto, bonapartista. Estas "etiquetas" no son para sustituir el análisis concreto de la exuberante personalidad del general, sino más bien instrumentos para acercarse a él.

También hay en él elementos de utopismo, pero de una utopía sencilla, surgida de los terruños mexicanos. Gilly habla de ella como

⁶⁴ Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A.C., *Se llamo Lázaro Cárdenas*, México, Editorial Grijalbo, 1995, p. 69.

⁶⁵ *La revolución en crisis*, op. cit. p. 456.

⁶⁶ Benítez afirma que "no fue un liberal ni un populista, menos un bonapartista y por supuesto tampoco fascista". *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, op. cit. p. 8.

"un socialismo que no lo era". Y Benítez considera al general como "el último utopista mexicano".⁶⁷ Su utopía era básicamente agraria, campesina e incluso ranchera. No le interesaba la ciudad, a la que incluso consideraba como una fuente de maldad humana. Su ideal era una nación gobernada por todos los habitantes, incluidos los de los más pequeños pueblos y villas, liberados de la tutela de los hacendados y caciques. Al ser los dueños de su tierra lo serían también de su país. No hay en él el menor atisbo del concepto del socialismo como resultante del desarrollo de la tecnología y en general de las fuerzas productivas en el capitalismo. Por eso es muy justa la afirmación de Tannenbaum que señaló que "algo hay en Cárdenas del antiguo demócrata jeffersoniano".⁶⁸ Era más que lógico que tal utopía se estrellaría, haciéndose añicos, ante la aplanadora del desarrollo capitalista. Así, ante el desvanecimiento irremediable del elemento utópico de su pensamiento, lo que fue quedando fue su pragmatismo político, más aún cuando mantuvo su adhesión fiel, si no incondicional, al estado mexicano y a las instituciones en general. Cárdenas murió sin haber roto con el PRI, con el cual, sin embargo, tuvo numerosas diferencias en varias ocasiones importante: en 1952, con motivo de la sucesión de Miguel Alemán, cuando apoyó no muy por abajo de la mesa a Henríquez Guzmán; en 1960-61 con el presidente López Mateos con motivo de la política repressiva antiobrera y su alianza con el imperialismo yanqui que seguía su gobierno. Pero fue seguramente la tragedia de Tlatelolco la que significó la total clausura de su utopía. Él no rompió jamás abiertamente con el PRI. Pero sería su hijo quien, en condiciones totalmente diferentes, en plena decadencia del priismo, efectuaría una ruptura que detonó la crisis terminal en la que se debate hoy el régimen de "la revolución mexicana".

Haciendo un rápido y por necesidad reductor balance podríamos concluir que Cárdenas representa una de las figuras más imponentes del radicalismo nacionalista mexicano que se mantuvo en el umbral, sin cruzarlo enteramente, de una posición socialista y anticapitalista y que mantuvo una postura favorable hacia los más pobres, oprimidos y

⁶⁷ "Cárdenas era también el último de los grandes utopistas mexicanos". *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, *op. cit.* p. 13.

⁶⁸ "Lázaro Cárdenas", *op. cit.* p. 336

explotados pero siempre de modo paternalista, “desde arriba”, sin impulsar, por tanto, su organización democrática e independiente “desde abajo”.

Cien años después de su nacimiento Cárdenas sigue siendo elogiado por tirios y troyanos. “La patria tricolor cardenista” sigue siendo una de las pocas entrañables traducciones de la “suave patria” lópezvelardiana. Como vimos, sobre él derraman elogios los revolucionarios más probados, como Fidel Castro. Pero también muchos funcionarios reaccionarios priistas siguen considerándolo dentro de su panteón de héroes. Intelectuales de derecha como Krauze y de la izquierda como Luis Javier Garrido, pasando por los del centro como Carlos Fuentes y Pablo González Casanova, todos tienen palabras dignas y positivas sobre él y su obra. Políticos ex stalinistas como Martínez Verdugo, Pablo Gómez, Jorge Carrión o Gerardo Unzueta se expresan prácticamente igual que los diversos representantes de las posiciones antiestalinistas en los medios democráticos. Poetas, filósofos, mexicanos y de origen español, como Homero Aridjis, Ramón Xirau y Adolfo Sánchez Vázquez al unísono reconocen a uno de “nuestros grandes”.⁶⁹

Aunque su especificidad mexicana es fascinante, por las mismas luces y sombras que hacen de México un país con una de las mayores sociodiversidades planetarias, su cepa no es sólo nacional. Lázaro Cárdenas se vincula directamente con la estirpe de caudillos latinoamericanos que han sido ungidos por sus pueblos como guías proféticos de su historia en un continente que es al mismo tiempo subdesarrollado económicamente pero superabundante en tradiciones y prácticas políticas del más diverso signo. El cardenismo no es sólo un fenómeno social y político. El cardenismo fue también en su momento, con irradiaciones que siguen definiendo y operando en nuestra actualidad candente, un movimiento ideológico nacionalista o, más propiamente hablando, un proceso de comunión nacional de las clases populares mexicanas, una “utopía mexicana” en las palabras de Gilly.⁷⁰

⁶⁹ Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A.C., *Se llamo Lázaro Cárdenas*, México, Editorial Grijalbo, 1995, *passim*.

⁷⁰ *El cardenismo, una utopía mexicana*, *op. cit.*, Fernando Benítez desde un punto de vista completamente diferente intentó también comprender sin dogmatismos la naturaleza del

Esta realidad del caudillismo latinoamericano que encuentra en nuestro país una de sus confirmaciones más contundentes no ha sido abordada con la profundidad adecuada por la mayoría de los exponentes del pensamiento social democrático y progresista, en breve, de la izquierda, durante décadas enclaustrada principalmente en el dogma staliniano. Han sido ante todo analistas no marxistas e incluso claramente antimarxistas quienes han trabajado con más esmero este aspecto crucial de la vida política latinoamericana, incluida la mexicana. Hemos ya mencionado la importante investigación de Jaques Lafaye, historiador francés, discípulo de Braudel y Bataillon. Sus análisis detallados sobre "la formación de la conciencia nacional" en México han avanzado aun más en el proceso de comprensión de la historia y la política del surgimiento de la nacionalidad mexicana. Para él el fenómeno del caudillismo está inserto en el tejido social de las sociedades iberoamericanas y está lejos de desaparecer del subcontinente. Los vientos señalan que "nuevos líderes carismáticos" serán necesarios para encabezar las próximas hazañas así como lo hicieron en el pasado:

A la corta o a la larga, tiene que triunfar el cambio. Con el tiempo, pero sólo con mucho tiempo, tras varias generaciones de hombres, América Latina llegar a sanar de su *overdose* (en acertada expresión de Albert Hirschman) de carismas religioso-políticos. Pero ¿quién va a guiar a América Latina por la senda resbaladiza de su destino?; ¿quién va a llegar a superar el cortocircuito actual?; ¿la casta militar o la casta de los licenciados?; ¿la Iglesia o el Partido? En todo caso, nuevos líderes carismáticos harán su papel y tendrán su hora como la han tenido en anteriores decenios Getulio Vargas y Juan Perón, Lázaro Cárdenas y Fidel Castro. La historia no se

cardenismo, llegando incluso al recurso de utilizar la famosa figura de Maquiavelo sobre "los profetas armados" considerando a Cárdenas como uno de ellos, siguiendo así el modelo de Deutscher en su célebre trilogía biográfica de Trotsky, haciendo incluso la ampliación de la misma fórmula al aplicársela al ex presidente Cárdenas, otro "profeta desarmado", según él. *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, III. El cardenismo, op. cit.*, p. 15. ¿No habría sido el Cárdenas de los últimos años también un *profeta desterrado* en su propio país? La historia con su infinita pasión irónica habría forjado ciertas similitudes entre el destino de Cárdenas y el de su más famoso refugiado.

repite, es cierto, pero el pasado tampoco se borra en un día, ni en cien años.⁷¹

Esta visión y práctica de la política latinoamericana de clara raigambre ibérica, combinada con la herencia prehispánica en los países con poblaciones indígenas, produce lo que Lafaye llama "la anarquía en la imaginación religiosa". Desde los recónditos pueblos de las sierras hasta las grandes ciudades de las mesetas, pasando por los centros neurálgicos de los litorales, las poblaciones de los países latinoamericanos han sido educadas prioritariamente no en las tradiciones racionalistas y críticas de la ilustración o la reforma protestante, sino dentro de los cánones más dogmáticos del catolicismo que en forma sincrética se han cimentado con las costumbres y mitos regionales específicos, muchos de ellos de origen prehispánico. Ante esta realidad, salen sobrando los conceptos rígidos de la categorización rudimentaria del marxismo vulgar. Resultan, han resultado estériles. Aquí las tradiciones de un pueblo deben combinarse en un todo social, en un solo universo histórico que interprete con profundidad el fenómeno del caudillismo latinoamericano, el cual es el fundamento psicológico y social del bonapartismo *sui generis*.

Mas Cárdenas y el cardenismo fueron también la expresión mexicana de una dinámica mundial de la lucha de clases que en la década crucial de los años treinta alcanzó una gran intensidad. A escala internacional se efectuaban grandes cambios que surgieron unos como resultado de revoluciones triunfantes y otros a pesar de fracasos estrepitosos del movimiento revolucionario. Pero todos estos acontecimientos se mezclaban en el crisol avasallador de una pugna interimperialista que culminó al final de la década en el estallido de la guerra más destructiva hasta la fecha. Fue, para hablar con los conceptos de moda en este fin de siglo, un periodo en el cual el país dio un paso, ciertamente contradictorio y a veces hasta anacrónico, pero fundamental hacia la modernidad. Sus protagonistas fueron las expresiones mexicanas de "las generaciones jacobinas planetarias" que se colocan siempre en la vanguardia en los momentos decisivos de las

⁷¹ *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 p.25.

luchas de sus pueblos. Pero como sus pares en los demás países y en experiencias históricas parecidas, acaban siendo víctimas del proceso que encabezaron. Aunque no eran marxistas y su "socialismo" desafiaba las doctrinas, el destino de Cárdenas y su círculo cercano se parece mucho al proceso más vasto de la transformación de las dirigencias revolucionarias de origen comunista y definitivamente proletario. "Cuando las revoluciones de este siglo fueron comunistas, los jacobinos se llamaron comunistas. Pero los comunistas no siempre siguieron siendo comunistas. Cuando conservaron el poder, quienes lo mantuvieron en sus manos se convirtieron en termidoreanos, bonapartistas y ahora se han vuelto burgueses de pies a cabeza. La mayoría de los verdaderos jacobinos acabaron como víctimas, purgados por sus antiguos camaradas".⁷²

La hazaña mexicana de los años treinta quedó así prendida dentro de la conciencia popular como un momento culminante de la historia nacional en el combate por su libertad, su soberanía y autodeterminación. Después del vendaval revolucionario el estado que decía representarlo no se consolidó de inmediato y para llegar a la culminación cardenista debió atravesar por sinuosidades y empantanamientos que en ocasiones abrieron aperturas y oportunidades para un pueblo en el que la lava revolucionaria no se había petrificado.

Hemos tratado de mostrar que aquí no son suficientes los conceptos lineales para comprender esa efeméride. Para el espíritu crítico, así como para el revolucionario, estas fechas se identifican con momentos de experiencia totalizadora. La imaginación en el campo social es tan importante para el delineamiento de las perspectivas como lo es para el obrero, el campesino o el intelectual para concebir su trabajo, su vida, sus anhelos. Con Cárdenas la imaginación popular concibió (y amplios sectores populares lo siguen haciendo) un momento en el que de repente se alumbró "una inmensidad de horizontes y posibilidades".⁷³ Así pues, la experiencia poética, vuelve a cruzarse en el

⁷² Manuel Riesco, "Honour and Eternal Glory to the Jacobins", *New Left Review*, Londres, núm. 212, julio-agosto, 1995, p. 66.

⁷³ Son las palabras con las que define J. M. Le Clézio la oportunidad histórica abierta con la revolución mexicana. "La Revolución Mexicana, nacida del entusiasmo de Madero y de la indignación popular, muere en el transcurso de los años veinte en el caudillismo

camino de la empresa cerebral por excelencia que es la del análisis social. Y como el único "laboratorio" de la humanidad es su propia historia, recurre a ella para buscar respuestas a su futuro, no sólo para inventarlo sino también para soñarlo."

Pero prioritariamente el objetivo que hemos perseguido es el de reconocer una lección que creemos aun más decisiva, y por cierto más complicada. La de que de ninguna manera basta con aprender del pasado para forjar el futuro. Para inventar y forjar el futuro es necesaria una imaginación inédita. Aprender de los antecesores, de los métodos que emplearon para hacer su historia y de esa forma también nosotros poder confrontarnos con seguridad y audacia ante la página en blanco de nuestro porvenir que será escrito por nuestra voluntad, pasión e inteligencia. No es cierto que nuestro destino sea repetir el pasado. Sólo en la forja del único futuro que merecemos, el que forjemos en una empresa en que no seamos prisioneros de ese pasado, seremos dueños de nuestro verdadero destino.

revolucionario, la sucesión de césares y asesinatos. Venustiano Carranza, muerto en Tlaxcalaltongo por la facción armada favorable a Obregón; Obregón finiquitado por el fanático Toral en Coyoacán [sic] al día siguiente de su reelección; poderes y contrapoderes buscan repartirse los restos de la edad de oro de la revolución, mientras caen los verdaderos revolucionarios, Felipe Carrillo Puerto, Francisco Villa, Emiliano Zapata, asesinados por aquellos mismos a los que ayudaron adueñarse de la tierra. Calles, sobre todo, hombre de toda ambigüedad, el Jefe Máximo de la Revolución, que en nombre de la Constitución de 1917 hunde al México rural en la más sangrienta y cruel de las guerras de castas. El poder central, ateo y anticlerical, contra los campesinos de Michoacán, Jalisco y Nayarit." *Diego y Frida*, México, Editorial Diana, 1995, p. 58.

⁷⁴ "Sin poesía del pasado no puede haber sueño del futuro". Michael Löwy, *On Changing the World*, *op. cit.* p. 111.

UNA CONCLUSIÓN QUE NO ES TAL

No se puede concluir esta caracterización política porque la vida misma de la actual crisis del sistema político es el crisol en donde se confirman o derrumban las teorías sobre el mismo. La tesis del bonapartismo *sui generis*, creemos, se ha demostrado capaz de resistir muchas pruebas. Sin embargo, ciertamente los acontecimientos que definen y definirán las perspectivas de la crisis del sistema político tradicional y su cambio radical por otro sistema (no necesariamente democrático, como acostumbra a suponer la abrumadora mayoría de los teóricos de la transición), serán los que den los argumentos contundentes finales que zanjarán en la práctica política definitivamente esta cuestión sobre la corrección o no de cualquier teoría, incluida la del bonapartismo *sui generis*.

Las características del régimen de la revolución mexicana son adecuadas por completo con el modelo de bonapartismo tal y como Hal Draper las sintetiza en su amplia investigación. Modernización social emprendida "desde arriba", aceptación de la burguesía a intercambiar derechos políticos por garantías de estabilidad y expansión económicas, oposición e incluso represión de algunos sectores burgueses por parte del estado en aras de llevar a cabo las tareas del conjunto de la sociedad y, finalmente, reconocimiento de que el bonapartismo es una forma de estado que no depende de las cualidades del dictador en el poder. (Véase arriba pp. 194-195).

La concepción atisbada por Trotsky del bonapartismo *sui generis* se inscribió en el amplio continente político de la teoría marxista del estado pero se adecuaba a las peculiaridades de los países económicamente dependientes y políticamente neocoloniales. La intervención y penetración del imperialismo en los países del "tercer mundo" define una presencia externa poderosísima que determina mucho de lo que pasa en ellos.

Este enfoque de Trotsky, enfatizando la autonomía relativa del estado (que el bonapartismo encarna por excelencia) en los países coloniales fue posteriormente profundizado por teóricos y analistas marxistas contemporáneos. Ruy Mauro Marini, para citar a uno de los

más destacados llegó a considerar como "una ley general" ese proceso de fortalecimiento del estado en las condiciones de los países dependientes, exagerando un poco desde nuestro punto de vista:

Una de las características de la sociedad dependiente es el considerable grado de autonomía relativa que goza allí el Estado. En lo fundamental, ello se deriva de una ley general de la sociedad capitalista, según la cual la autonomía relativa del Estado está en razón inversa de la capacidad de la burguesía para llevar a cabo su dominación de clase. Un Estado capitalista fuerte es siempre la contrapartida de una burguesía débil.⁷⁵

El régimen bonapartista *sui generis* mexicano fue encarnando (petrificándose) en una burocracia⁷⁶ cada vez más poderosa de matriz militar pero rápidamente tecnificada ante las necesidades de recurrir a los medios más avanzados de gobernar que le imponían tanto la presión imperialista como la de las masas. En el caso mexicano los rasgos nacionalistas han sido fundamentales por la experiencia histórica traumatizante de tener que coexistir directamente a lo largo de más de tres mil kilómetros de frontera con el imperialismo más poderoso y cuyos zarpazos están marcados en forma indeleble tanto en el mapa mismo de esa frontera norte como en la conciencia popular.

También hay un amplio consenso entre los analistas tanto marxistas como de otras escuelas de pensamiento en considerar como "un régimen autoritario" al bonapartismo mexicano. Jean Meyer incluso quiso solucionar la cuadratura del círculo definiendo al callismo como "despotismo democrático".⁷⁷ Su antidemocratismo se fue convirtiendo

⁷⁵ "Estado y crisis en Brasil", *Cuadernos políticos*, México, núm. 13, julio-septiembre de 1977, p. 76.

⁷⁶ Esta es una de las conclusiones más incontrovertibles compartidas por la abrumadora mayoría de los analistas del sistema político mexicano. Juan Felipe Leal en su libro cuyo título no deja dudas, *La burguesía y el Estado* (México, El Caballito, 1972), es contundente cuando afirma: "la única fuerza política que podía instrumentar la reestructuración de un Estado nacional en México: la burocracia político-militar". p. 178. Carlos Sevilla basa en gran medida en la burocracia su análisis del bonapartismo, "El Bonapartismo en México", *op. cit.*

⁷⁷ Jean Meyer, *op. cit.* p. 329.

en un anacronismo precisamente en los años ochenta cuando en el mundo entero se desplegaba una "oleada democratizadora" que acabó desmoronando no pocas dictaduras, incluso las más férreamente burocratizadas como la soviética. Pero entonces ¿qué pasaba con la de México?

Y esto nos regresa a la introducción. ¿Cuál es el secreto de la longevidad de esta dictadura *sui generis*, tan a la mexicana que casi algunos priistas (y no sólo los llamados dinosaurios) la ven como un verdadero "orgullo nacional"? En la respuesta a la pregunta, en primer lugar se plantea la cuestión de si estamos ante el mismo régimen de la "revolución hecha gobierno" o se trata de otro animal.

Después de más de setenta años de instaurado "el régimen de la revolución mexicana" es lógico que algunos se pregunten si tal régimen sigue hoy en pie. Sin embargo, en general, la respuesta afirmativa es la más favorecida. La mayoría de los analistas consideran que el PRI-gobierno es la criatura envejecida hasta la caricatura de dicho régimen. (Y la senilidad de Fidel Velázquez es materia de infinidad de ídems y bromas que hacen infinitas variaciones sobre la senilidad del propio sistema). Lorenzo Meyer llegó a escribir sobre "la irrealidad" que ha alcanzado el sistema:

[...] la creciente conciencia de la ilegitimidad de un arreglo que ha permitido que desde 1917 los altos asuntos del Estado sean monopolio de un pequeño grupo que ha derivado de ello grandes dividendos personales, y que mediante represión y cooptación, corrupción y un juego electoral sucio y desigual, ha impedido que México experimente los beneficios de *la alternancia en el poder* única forma como los ciudadanos pueden controlar realmente a sus gobernantes.¹⁴

Para otros el régimen bonapartista surgido de la revolución cedió su lugar a otro. Son los casos de Carlos Pereyra y de Octavio Rodríguez Araujo. Sobre el primero discutiremos ampliamente en el apéndice que sigue a continuación; en lo que respecta a Rodríguez Araujo, él consideró que a partir del gobierno de Echeverría se ha dado:

¹⁴ "El sistema ya alcanzó la irrealidad", *Reforma*, 13 de octubre de 1994. Cursivas nuestras.

[un] fortalecimiento de la burguesía nacional e internacional que han venido actuando en México, [por tanto] su condición bonapartista ha comenzado a deteriorarse hasta desaparecer como forma *predominante* y convertirse en un Estado capitalista típico que pierde el dominio político frente a la burguesía como clase, pierde apoyo consensual de las masas en favor de una política de control con fuerte tendencia a ser mantenido con medidas coercitivas y frente al imperialismo pierde capacidad de negociación.”

Señala que el nuevo régimen todavía está "indefinido, no caracterizado, pero que tiene mucho de semejanza a un régimen socialdemócrata de nuevo tipo".⁷⁹

Pero una realidad más terca muestra que el régimen bonapartista no ha desaparecido. Y esta constatación no sólo se hace en la academia. También lo hacen los políticos en activo, incluso algunos pocos priistas que avanzan por los meandros de la teorización. Muchos de ellos reconocen que el régimen de "la revolución hecha gobierno" sigue en pie, aunque ciertamente reconocen que necesita un tratamiento de profundas reformas ante su incontestable crisis. Eliseo Mendoza Berrueto escribió un amplísimo ensayo sobre los orígenes y el desarrollo de este "sistema imperfecto", haciéndole eco a la célebre definición de Vargas Llosa: "a Lázaro Cárdenas bien podríamos catalogar como el fundador del presidencialismo contemporáneo".⁸⁰

El ex presidente José López Portillo es más ambicioso como se podría deducir de su vanidad que, a pesar de los inmensos descalabros que deben afrontar los césares mexicanos en su retiro, sigue siendo infinita. Él, sin el menor titubeo, dice que los gobiernos revolucionarios terminaron con su sexenio. "Fuí el último presidente de la revolución", ha dicho, ha escrito y ha repetido innumerables veces.⁸¹

⁷⁹ Octavio Rodríguez Araujo, *op. cit.* pp. 242-243. Cursivas en el original.

⁸⁰ *Ibid.* p. 47.

⁸¹ *El presidencialismo mexicano. Génesis de un sistema imperfecto*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 90

⁸² La ocasión más reciente ha sido con motivo de la publicación de su último libro autobiográfico titulado *Umbrales. Proceso*, 11 de marzo de 1997.

Ciertamente los acontecimientos de los años ochenta y noventa mostraron hasta la saciedad que el presidencialismo estaba lejos de haber muerto y que precisamente la formidable autonomía del estado bonapartista mexicano fue capaz de realizar en menos de una década el cambio radical del proyecto capitalista tradicional ("sustitución de importaciones") e integrar al país brutalmente en la "globalidad del neoliberalismo". Lo que en otros países latinoamericanos significó reajustes y puestas en pie de nuevos sistemas de gobierno, de diversos partidos y la aparición de personajes de los más variados orígenes e ideologías en la cúpula del poder, en México lo hizo un mismo régimen con la constelación del personal político tradicional. La misma vieja camarilla "nacionalista" reciclada ha seguido en el poder, ahora vestida con los atuendos tecnocráticos y asumiendo fielmente su papel de aprovechada y obediente discípula de los centros financieros internacionales. El bonapartismo viró por completo hacia las fuerzas imperialistas.

La crisis del sistema fue también la crisis de su teoría. Ante las contradicciones exacerbadas se erigió a la contradicción como la explicación misma. Miguel Basañez se saltó aquí todos los obstáculos de coherencia teórica y capituló sin remedio ante la avalancha de contradicciones que confunde a muchos de los que intentan encontrar la dinámica interna del estado bonapartista. A Basañez, que se enredó en ellas, no le quedó más remedio que caracterizarlo de...*¡contradictorio!*

La actitud contradictoria del Estado mexicano es presentada por Córdova, Sirvent, Leal y Zermeño. Todos ellos señalan la debilidad de las clases sociales y niegan, por lo tanto, cualquier posibilidad de subordinar al Estado ya sea a una élite económica o a las masas [...] el control de las masas y la confrontación con la élite económica son ambas expresiones iguales de la naturaleza del Estado mexicano.

En suma, el Estado mexicano parece sostener una relación contradictoria con la sociedad, lo cual puede ser explicado por razones estructurales del Estado (origen popular y compromiso con un desarrollo económico capitalista) más que en términos

de compromisos de clase. Esto es, un capitalismo popular más que un capitalismo burgués, lo que ya resulta contradictorio.⁸³

¿Cuál es ese “capitalismo popular”? ¿En el que la clase obrera no es despojada de la plusvalía? ¿En el que los capitalistas y obreros por igual se coordinan democráticamente en el gobierno? Pero ¿cómo? ¿Qué animal es éste que desafía las definiciones tradicionales?

Pero esta incoherencia no es excepcional. Sergio Zermeño, autor de uno de los balances críticos más profundos y devastadores del curso neoliberal de Salinas y Zedillo, adopta esta definición en su libro más reciente sobre “la sociedad derrotada”.

Pero así como gracias a este nacionalismo reciclado o nacionalismo industrialista, las dos grandes lógicas del México postcardenista (el populismo nacionalista y el desarrollismo) pudieron coexistir permitiendo que el Estado permaneciera como el agente central o hegemónico a pesar de la lógica democrática-ciudadana (antiestatista) y sin que se pusiera en riesgo “el tesoro de masa estatal”. De aquí que muchos analistas hayan calificado al Estado de esta etapa como un “Estado contradictorio”.⁸⁴

Sólo la concepción del bonapartismo *sui generis* permite integrar en una totalidad coherente y congruente los rasgos eminentemente contradictorios de un estado parado sobre tal número de antagonismos de clases y naciones. Una camarilla en el poder, modernizadora, heredera de un capital de “masa estatal”, que maniobra y manipula su relación con los poderes financieros internacionales, manteniendo una relación privilegiada (de sometimiento privilegiado) con la Casa Blanca. La pareja clave del desarrollismo y el populismo, concebidos desde los años treinta (y de hecho desde el gobierno de Calles), como la fórmula del bonapartismo, magistralmente cincelada en el sexenio cardenista, ha sido hasta ahora el acervo político fundamental del PRI-gobierno, realizándose la dosificación de ambos ingredientes de acuerdo con las

⁸³ *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1990*, México, Siglo XXI, 8a. edición aumentada, 1990, pp. 28, 61-62. Cursivas nuestras por supuesto.

⁸⁴ *La sociedad derrotada*, México, Siglo XXI, 1996, p. 69.

necesidades del régimen, determinadas por el nivel y profundidad de la lucha social. Ciertamente el curso neoliberal iniciado en 1982, que ha satanizado al populismo como el mal mayor, ha restringido pero no abolido su uso. El programa de Solidaridad, las promesas de Colosio que le costaron la vida y el curso zigzagueante del actual gobierno zedillista que, no obstante la crisis, mantiene un gigantesco aparato electoral en donde ha permitido enormes privilegios para la oposición registrada, son testimonios de que en la práctica los métodos populistas siguen siendo un acervo importante del modo de gobernar de la camarilla del Zócalo-Los Pinos.

La globalización neoliberal no transforma al estado de un modo cualitativo. Lo adecua a sus intereses, a sus nuevas estrategias económicas, a sus formas de negociación y manipulación sociales. El neoliberalismo no implica “un gran viraje” en la estructuración del estado. Analizando el impulso del neoliberalismo en Europa, Bruno Jobert nos muestra que más allá del maniqueísmo natural del debate ideológico y la retórica política, las ideas neoliberales están muy lejos de haber ocasionado cambios profundos en las instituciones o en la cultura política. Según él “los vectores de cambio de los modelos de referencia de las políticas públicas son menos las nuevas élites que las antiguas, las que buscan a menudo con éxito eternizar su influencia aunque tengan que modificar sus orientaciones. En la mayoría de los casos los promotores del neoliberalismo son arrepentidos, iluminados por la gracia del nuevo verbo: el ideólogo del thatcherismo, sir Keith Joseph, así como los profesores italianos o los economistas del Estado francés. habían abogado todos en favor de una vigorosa conducción del desarrollo por parte del Estado antes de descubrir sus fallas y las virtudes dinamizantes del mercado”.”

Los equipos tecnocráticos que han dominado los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo salieron del PRI, muchos de ellos de sus camarillas más añejas. Igualmente, el curso neoliberal no significó una disminución del papel

” “El cambio neoliberal en Europa. Ideas y recetas en las prácticas fundamentales. El regreso de la política” en Mario Alejandro Carrillo, Ernesto Soto Reyes y Juan Reyes del Campillo (coordinadores), *Neoliberalismo y transformación del estado contemporáneo*, UAM-Xochimilco, 1995, pp. 33-34.

del estado en la economía (aunque tomó nuevas formas) y aún menos la reducción de su autoritarismo y antidemocracia.⁴⁶

A partir de los años setenta y sobre todo de los ochenta la cuestión de “la transición democrática” ha ocupado el lugar que antes tenía la discusión del análisis del régimen.⁴⁷ Pero este cambio no ha tenido nada de espontáneo y puramente “teórico”. Financiados por el régimen han surgido divesas institutos de “la transición”, con múltiples publicaciones y foros para politólogos, sociólogos, economistas y académicos en general que se ocupan ante todo de “los escenarios posibles” de la tal transición que se incuba en un vientre de elefante. Como corolario se han descuidado otros problemas, así como la indispensable crítica a las espinosas cuestiones como las de la militarización, las de la manipulación y cooptación por medio de los clásicos cañonazos millonarios de grupos y partidos, la de la creciente elitización de la educación pública, el desmantelamiento de la seguridad social con carácter solidario, entre tantos otros temas fundamentales.

La misma evolución de la crisis va resolviendo los enigmas teóricos. Con motivo de los comicios del 6 de julio de 1997, la más reciente fecha a eslabonar con la larga trayectoria de fechas que señalan la decadencia del régimen bonapartista, protagonistas estelares e

⁴⁶ Andrea Revueltas, analizando el impacto neoliberal en México, llega a conclusiones parecidas: las reformas económicas y sociales de la última década no condujeron a una modernización de corte liberal, entre el modelo estatal anterior a 1982 y el posterior a ese año se observan elementos que permanecen aunque existen nuevos que implican ruptura (como la apertura comercial). El dirigismo del estado en la economía permaneció, la intervención se da en forma diferente (ya no centraliza empresas sino las privatiza) pero continúa imponiendo rígidas políticas fiscales y financieras; la política de “pactos” se ha impuesto recurriendo a las viejas estructuras del estado pos-revolucionario, en las cuales las cúpulas empresariales y sindicales negocian sin consultar a las bases, el populismo tradicional se ha convertido en “neopopulismo” (v.gr. el programa de Solidaridad salinista). “Las Reformas del Estado en México: el viraje neoliberal, límites y consecuencias” en *ibid.*, pp. 65-67.

⁴⁷ “De hecho, tal parece que, con muy pocas excepciones, el debate académico sobre el carácter democrático o autoritario del sistema se dió por terminado, para centrarse en los problemas de la transición del autoritarismo a la democracia”. Juan Molinar Horcacas, “Escuelas de interpretación del sistema político mexicano”, *op. cit.* p. 49. De hecho Juan Molinar no sólo se dedicó a debatir problemas teóricos, sino que se sumergió del todo en la política electoral siendo escogido por la Secretaría de Gobernación como uno de los consejeros del Instituto Federal Electoral en el periodo de 1994-1996.

intelectuales y periodistas “orgánicos”, en fin, diversas personalidades, declararon, de acuerdo a los resultados electorales importantes de ese día que ahora sí el cambio del sistema político en México era un hecho.

El presidente Zedillo no tardó en declarar en los mismos momentos en que los resultados preparatorios anunciaban una derrota como nunca antes había sufrido el PRI en la Cámara de diputados (logrando menos del 42.2 por ciento requerido para poder beneficiarse de la “cláusula de gobernabilidad” que le diera la mayoría absoluta) que lo convierte, por primera vez, en un partido que deberá negociar, como la primera mayoría, con los demás partidos para sacar adelante cualquier proyecto de ley y el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas, candidato del PRD a la jefatura de gobierno del Distrito Federal, que tales acontecimientos desmentían rotundamente que el PRI siguiera siendo considerado como el partido de estado.

Días después, el 21 de julio, toda la prensa nacional destacó en las primeras planas las declaraciones del mismo Zedillo admitiendo sobre la posibilidad de que para el año 2000 el candidato presidencial triunfador no sea del PRI.

Por su parte, los dirigentes de la oposición, muy especialmente los perredistas, coincidieron con el presidente Zedillo en el anuncio de una nueva era política anunciada con la derrota del PRI. Muñoz Ledo, uno de los tres o cuatro estrategias clave del PRD, está convencido que el nuevo Congreso de la Unión, con la Cámara de Diputados integrada abrumadoramente con tres fuerzas bastante equilibradas (aunque el PRI sigue siendo la primera minoría) y una de senadores en la que el PRI perdió la mayoría calificada requerida para hacer cambios constitucionales, es un primer baluarte para jaquear al presidencialismo autoritario. Según él para el 2000 se anuncia un “semipresidencialismo” con un jefe de estado y otro de gobierno, “como en Europa”.

Los intelectuales “orgánicos” no se quedaron atrás. Uno de los más conspicuos por su cercanía a los grupos del poder (incluido el de Televisa), Enrique Krauze, escribió y anunció por televisión el mismo 6 de julio que los mexicanos amaneceríamos el 7 de julio en un nuevo

⁴⁴ Entrevista concedida a Francisco Garfias Antolin, *Excélsior*, 23 de julio de 1997.

país, en donde, por fin, la democracia electoral se habría institucionalizado. No casualmente, poco antes de esta nueva fecha hito, fue publicado su más reciente libro en que culmina la serie de "biografías del poder" enfocando a los sucesores de Lázaro Cárdenas, desde Ávila Camacho hasta Salinas de Gortari, representantes de lo que él define como "la presidencia imperial".⁸⁹ En su libro, usando el método de interpretación histórico que parte de la psicología de las grandes personalidades políticas, en especial, por supuesto, de "los presidentes imperiales" termina considerando que la nueva psicología dominante en los círculos más altos del gobierno de fines del siglo XX es la convicción de que efectivamente es necesaria "la transición a la democracia". Como se aprecia, sus argumentos no son muy fuertes y más bien expresan precisamente las ideas centrales que orienta la política del gobierno de Zedillo. De nuevo el intelectual en este caso se yergue como justificador más que como crítico del poder.

Ernesto Zedillo, para todo el coro de unanimidad política e intelectual que se ha desatado a partir del 6 de julio de 1997, sería el presidente forjador de lo que algunos círculos, incluso de la "oposición parlamentaria", llaman "la transición pactada" o sea, la alternancia partidaria en el poder de los tres partidos principales, que inauguraría un "nuevo sistema tripartidario".

En este torbellino ideológico y propagandístico yace, sin duda, un hecho evidente. Todos los actores políticos e intelectuales inmersos de una u otra manera en él rastreaban los orígenes del sistema que está muriendo a la década cardenista e incluso más allá. Es decir, para ellos es evidente que el sistema de dominación imperante se había mantenido en pie más de seis décadas con cambios más o menos importantes que no afectaron, sin embargo, sus fundamentos mismos. Así, descalificaban tajantemente las ambiguas filigranas teóricas sobre el carácter y consecuencias del cardenismo que sólo expresan una impotencia en la comprensión de este proceso político, directamente

⁸⁹ *Las presidencias imperiales. Ascenso y caída del sistema político mexicano*. México, Tusquets Editores, 1997.

vinculada a la confusión cada vez más extendida reinante en numerosos círculos intelectuales.⁹⁰

Pero, no obstante la oleada propagandística posterior al 6 de julio de 1997 e incluso por supuesto, los deseos sinceros de millones de mexicanos que votaron contra el PRI ese día, el bonapartismo mexicano ha sobrevivido a muchas elecciones (las ha convertido, de hecho, desde su inicio en parte consustancial de su dominación, en una suerte de plebiscitos permanentes). Es demasiado temprano para anunciar que “un nuevo México surgió con el amanecer político” del 7 de julio de 1997. El presidencialismo, la pieza maestra fundamental del sistema, sigue en pie. Con el impresionante poderío de la rama ejecutiva que controla las finanzas nacionales (y por tanto, su vínculo con el imperialismo), el ejército y el enorme aparato burocrático a su disposición. Además, el poder judicial todavía está subordinado sustancialmente al poder ejecutivo y, en lo que respecta al nuevo poder legislativo, los partidos de oposición “registrados” lo serán cada vez menos en la medida en que compartan parcelas secundarias de poder y sean inmersos en el torrente de corrupción típico del estado mexicano. No hay todavía en México el enraizamiento partidario suficiente en las clases sociales para que los partidos puedan ser independientes del poder político, encarnado por antonomasia en la presidencia bonapartista.

Consideramos así, inconclusa aún la trayectoria del bonapartismo mexicano y se puede afirmar, por tanto, que en estos años umbrales del siglo XXI el pueblo mexicano al parecer otra vez saludará un nuevo siglo con una dictadura sobre su cuerpo nacional. Como cuando se inició el siglo XIX bajo la dictadura de la metrópoli española, como cuando se inició el siglo XX bajo la dictadura del porfiriato. Sólo habría

⁹⁰ Por ejemplo, Ilán Semo, sin duda uno de los más agudos estudiosos de la política y sociedad mexicanas, sin embargo llega a decir que: “Desde su origen, Cárdenas y el cardenismo, son un misterio”. Aunque un poco más adelante se contradiga y afirme que: “El programa de Cárdenas se propuso modificar esta estrategia: no hacer de la estabilidad política un tema exclusivo de la política, sino traducirla en una propuesta que la homologara con la transformación de la naturaleza del Estado”. “El cardenismo revisado: la tercera vía y otras utopías inciertas”, *Revista mexicana de sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, núm. 2, abril-junio de 1993, pp. 199-214.

que añadir que, en la actualidad, se gesta desde hace años un poderoso movimiento revolucionario que, también como en el caso del proceso de independencia contra la monarquía española y la revolución de 1910 contra la dictadura de Porfirio Díaz, acabará derribando al priato bonapartista.

Las lecciones de la historia nos han enseñado que es imposible predecir con precisión los estallidos de insurgencia populares, pero igualmente nos enseñan que cuando un pueblo se decide a liberarse no hay poder en el mundo que lo detenga. Esta es la esperanza granítica que fundamenta nuestro impulso hacia el futuro y que nos da la conciencia indispensable para verlo con optimismo.

VII. CONCLUSIONES

México es uno de los países en que se están produciendo enormes cambios políticos en estos años finales de siglo XX. El sistema de dominación política tradicional surgido de la revolución mexicana se encuentra en su crisis terminal. El naufragio de uno de los regímenes más estables de América Latina es una historia de primera plana cotidiana en los medios de comunicación nacionales y extranjeros.

En el texto nos hemos propuesto explicar las razones de la longevidad extraordinaria del sistema en crisis, así como de la complejidad de esta última. Están ellas en sus orígenes revolucionarios y en su auge y consolidación bonapartistas de los años treinta. Como se aprecia esta labor teórica y política incide directamente en la actualidad candente de los conflictos que signan estos convulsos años de fin de siglo mexicano. La condición que reviste de actualidad evidente a los análisis sobre el estado mexicano y sus expresiones gubernamentales hace de la empresa de investigación de la crisis política nacional, una labor plena de dificultades pues se despliega en un terreno movedizo en que los acontecimientos mismos son los que suministrarán la prueba final de su acierto o la descalificación de sus planteamientos.

Por supuesto, en tanto esfuerzo serio y fundamentado, consideramos que la crisis terminal del sistema político tradicional mexicano está confirmando nuestras tesis. Sin embargo, toda empresa científica, y aún con más rigor en la ciencia política, está siempre sujeta a su comprobación práctica y ésta, en el caso que nos ocupa, depende literalmente de las luchas de los próximos días, meses y años.

Por eso hemos escogido en nuestro texto un método de exposición frontal, necesariamente polémico, para fundamentar lo mejor posible sus planteamientos principales.

Nuestra opción evidente y confesa por la teoría política de Marx nos ha llevado inevitablemente a un esclarecimiento general teórico. No creemos habernos excedido en la explicación y la justificación de esta decisión teórica. Hace menos de una década que se derrumbó el muro

de Berlín y hace sólo seis años que cayó el carcomido aparato burocrático soviético, matriz y núcleo duro al mismo tiempo del stalinismo. Estos dos acontecimientos han definido no sólo la actual década en la que ocurrieron, sino indudablemente son hitos definitorios de todo el siglo XX. Estas son razones más que suficientes para exigir que las propuestas analíticas y las perspectivas del marxismo se reivindicquen con toda la profundidad y la seriedad que amerita el momento crucial por el que atravesamos. Se deben recuperar los elementos del pensamiento y la praxis marxistas por abajo del enorme apilamiento de basura ideológica y política de los manuales y los crímenes stalinistas que inundaron y ahogaron durante décadas al movimiento obrero y revolucionario internacionales.

Para un texto cuyo objetivo no era específicamente la investigación de la historia de la teoría marxista del estado, ciertamente nos hemos extendido en la discusión de sus fundamentos. Pero ello era necesario ante el hecho que hoy en amplios círculos intelectuales, incluidos académicos, se descarta sin más al marxismo como disciplina científica. Y, en verdad, hay algo de cierto en esta idea de que el marxismo no es exactamente “una ciencia”. En efecto, el marxismo no es una “ciencia” en el sentido tradicional que tiene el concepto *science*, con fuertes influencias y determinaciones del positivismo francés y el empirismo anglosajón.

O, más bien, el marxismo es otro tipo de ciencia, un tipo de ciencia que incluye la crítica incluso del papel de la ciencia como se entiende y practica en la academia y, también, de los científicos, esto es, de los hombres y las mujeres cada vez más numerosos que ejercen “actividades científicas” sujetas y determinadas por la ideología dominante.

De lo anterior se desprende que nuestro objetivo no es exactamente colocar al marxismo en el quirófano de la ciencia, sino al revés, hacer un análisis marxista del quehacer científico (en nuestro caso el relativo a la interpretación del estado).

Nuestra investigación nos llevó a exponer sintéticamente la teoría del estado en Marx y Engels, polemizando al mismo tiempo con ciertas interpretaciones teóricas que falsifican o malinterpretan sus conceptos.

El filo polémico en la exposición del marxismo es inevitable debido a que él, como dijimos, no es sólo una ciencia o no se concibe como ciencia tradicional. En lo que respecta a la ciencia del estado, el marxismo proclama que su meta es abolirlo, destruirlo en tanto instrumento clasista de la explotación. Aquí los linderos científicos son desbordados en aras de los objetivos revolucionarios que para el marxismo son tan fundamentales como las exigencias y el rigor analíticos.

A continuación hemos expuesto lo más completamente posible dentro de los límites de un texto que no sólo se ocupa de esa teoría sino de su interpretación en México, la concepción del bonapartismo en Marx y en Engels. En la medida en que avanzamos en esta exposición nuevamente surgió con evidencia la actualidad de su concepto de bonapartismo para apreciar los pantanosos terrenos de la política estatal capitalista. El bonapartismo es la expresión más sintética, al nivel estatal, de la naturaleza conflictiva de la sociedad burguesa en los momentos en que las clases principales llegan a momentos de difícil equilibrio en su lucha., experimentan reflujos en sus combates y se conforman en penetrar lo más acomodaticiamente posible en la rutina del mercantilismo imperante. El bonapartismo, aunque autoritario, gobierna con manga ancha para la burguesía y al pueblo le ofrece la alternativa de ilusionarse con los progresos tanto populistas como del automatismo del mercado.

En Francia y Prusia, Marx y Engels analizaron detalladamente el comportamiento del estado, cada vez más determinado por los objetivos capitalistas, de esos países. Sus estudios sobre el particular se extienden por un periodo de casi cuarenta años. Su visión y explicación de la dinámica de las clases, de sus equipos políticos, de la conducta de sus líderes y caudillos y de su resonancia internacional proporcionaron elementos teóricos inapreciables a sus seguidores para el análisis del estado en el siglo XX.

Los dos capítulos finales están dedicados a desplegar una interpretación del bonapartismo mexicano basado en el concepto de bonapartismo *sui generis* acuñado por León Trotsky para definir el tipo

de régimen que se desplegó ante sus ojos durante los últimos tres años de vida transcurridos en nuestro país.

Nuestro interés se centró en dos objetivos. En primer lugar realizando una interpretación de la revolución mexicana y del surgimiento y desarrollo del gobierno posrevolucionario a partir de 1917-1920, y, en segundo lugar, enfocando e interpretando el sexenio cardenista. La definición de Trotsky se desprende de la teoría del bonapartismo de Marx y Engels e intenta explicar el carácter de los gobiernos burgueses modernizadores e impulsores de una “revolución desde arriba” que adoptan posiciones autoritarias y dictatoriales y que abren un amplio camino al desarrollo capitalista dinámico y poderoso.

Pero Trotsky apreció en el cardenismo un factor peculiar, *sui generis* lo llamó él, que representa la diferencia específica entre el tipo de bonapartismo anterior y el de países dependientes y semicoloniales bajo la tutela del imperialismo. Su especificidad está en su búsqueda, en condiciones excepcionales, como las vividas en México en las décadas de los años treinta, de apoyo masivo, popular. Cárdenas pasó a la historia de México y América Latina como el prototipo del gobierno nacionalista que cultivó ese apoyo masivo para asestar golpes al imperialismo que hubieran sido inimaginables en condiciones normales

Esa peculiaridad bonapartista en los países subdesarrollados como México en los años treinta es superada rápidamente y se opera el viraje siguiente, éste más típico y frecuente, hacia el imán imperialista. El gobierno bonapartista da la espalda al pueblo y se convertirá cada vez más en el instrumento descarado de la penetración imperialista. La “burguesía nacional” surge como lo que nunca dejó de ser, la socia subordinada de un contubernio en el que los grandes magnates financieros e industriales tanto imperialistas como de origen nacional, convertidos en cosmopolitas, son los auténticos ganadores. La globalización convierte al estado “nacional” en una agencia más, aunque vital, del dominio del capital a escala mundial. Los elementos bonapartistas clásicos de alejamiento y superposición de los intereses estatales con respecto a las clases nacionales se fortalecen y predominan.

A partir de 1940, el régimen bonapartista consolidado y perfeccionado durante el sexenio cardenista logró mantenerse enhiesto, superando con facilidad todos los obstáculos durante el medio siglo siguiente. Ha sido en la última década, a partir de 1988, cuando la crisis que comenzó a vislumbrarse desde 1968, se desató con virulencia. En 1994 se puede fechar el inicio del capítulo final en el cual estamos y cuyo desenlace es el tema de debate más polémico en estos momentos en todo el país.

Dos grandes vertientes confluyen en el proceso de transformación del viejo y anacrónico sistema de dominación bonapartista. Las dos son todavía procesos cuyas fuerzas se equilibran por la parálisis que por más de cinco décadas provocó el sistema dictatorial sobre las formaciones políticas y sociales nacionales. Por parte de la burguesía ha sido evidente su dificultad para involucrarse de lleno en el proceso de preparación de una alternativa a la crisis del PRI-gobierno. El PAN, un partido privilegiado con el apoyo de grupos burgueses de larga prosapia conservadora, en especial entre la burguesía nortefña, cuando la ocasión se le presentó durante el régimen de Salinas de Gortari se integró a los designios del presidencialismo del modo más tradicional. De esa manera gastó rápidamente su posibilidad de presentarse como una alternativa a nivel nacional.

Por su parte, la escisión priista encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, transformada después en el PRD, debió esperar diez años para convencer y obligar al régimen a aceptarla dentro del "sistema de partidos" que se intenta crear para lograr "la transición pactada", tal y como la definió inmejorablemente Muñoz Ledo durante el periodo en que se desempeñó como dirigente nacional de este partido..

Las elecciones de 1997 se yerguen como un nuevo hito en esa trayectoria de crisis del régimen. El partido de estado perdió por primera vez la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y dos nuevos e importantes estados le fueron arrebatados por el PAN, Nuevo León, sede del centro financiero más importante del país, y Querétaro. Pero, en especial, la victoria de Cárdenas, candidato del PRD a la

jefatura de gobierno del Distrito Federal, ha representado un golpe severísimo al sistema político dominante.

La integración con plenos derechos del PRD al sistema de partidos es la solución natural de la decisión de la dirección de este partido de no alargar más su colocación como una alternativa rebelde y no de gobierno. Se selló en las pláticas entre los tres “partidos registrados” y la Secretaría de Gobernación con motivo de la nueva ley electoral, “la definitiva” según Zedillo, que fue aprobada, con enmiendas menores, en 1996. Esta ley dió al PAN y al PRD un monto de recursos financieros que les permitieron competir en forma menos desequilibrada con el partido oficial en 1997. Después de 1988 y 1994, en 1997 era muy arriesgado recurrir a un fraude masivo para imponer a los candidatos priistas, en especial en el Distrito Federal. Los resultados del 6 de julio de 1997, elogiados por un coro casi unánime de intelectuales, periodistas, artistas y locutores, serían según la opinión del *establishment* que reflejan, el inicio de una nueva época, la de “la institucionalidad democrática”.

Por supuesto, la otra vertiente que ha incidido en los resultados de 1997 es la que viene de abajo, de la movilización masiva y la protesta popular. A partir de la devaluación del peso de diciembre de 1994 y la crisis económica que desató, el gobierno de Zedillo, durante los primeros dos años y medio de su mandato, ha sido asediado por una oleada cada vez más amplia y profunda de descontento popular. Además de la lucha de EZLN y el empantanamiento de sus pláticas con el gobierno, en 1995 surgió otra insurgencia guerrillera en Guerrero encabezada por el Ejército Popular Revolucionario (EPR). Durante los tres 1º de mayo del sexenio zedillista, las calles no sólo de la ciudad de México, sino de una gran mayoría de ciudades del país han sido para las manifestaciones multitudinarias de protestas independientes de las masas trabajadoras, pues los grupos sindicales oficiales del Congreso del Trabajo, en especial, la CTM, decidieron cancelar su tradicional desfile del día internacional de los trabajadores. En la ciudad de México se ha roto durante esos dos años y medio los récords de movilizaciones, efectuándose movilizaciones de maestros democráticos, huelguistas del transporte público, tianguistas callejeros, colonos proletarios, grupos

estudiantiles, marchas solidarias con los campesinos e indígenas de Chiapas, Oaxaca y Guerrero, desfiles de artistas e intelectuales y una multitud de actos más que son la prueba evidente de una ciudad convulsionada. En los estados de la república destacan las crisis del sur y el sureste con Chiapas y Guerrero como los casos ejemplares. Y en el resto del país, con mayor o menor fuerza se aprecia igualmente un avance del descontento y la movilización populares.

Por eso los resultados del 6 de julio de 1997 son para el régimen un amortiguador indispensable para canalizar esta oleada de descontento popular. Para ello ha contado con la estrecha colaboración del gobierno de Clinton y los demás gobiernos latinoamericanos, quienes están muy interesados en impedir que en México se presente una situación de agitación y movilización populares que contagiaría a todo el subcontinente latinoamericano. Los círculos imperialistas, a través de sus medios de comunicación internacionales han saludado como una operación exitosa los comicios electorales de 1997 y felicitaron a Zedillo como el forjador de “la nueva democracia mexicana”.

Ante esta situación tan contradictoria, la conclusión no puede ser otra que la de considerar abiertas las posibilidades del desenlace final que se producirá en el crisol de luchas vivas de todo tipo: políticas e ideológicas, económicas y estatales, militares y guerrilleras, callejeras y parlamentarias. Un régimen tan profundamente enraizado en el humus sociopolítico nacional ha dejado una huella muy difícil de borrar en su tejido social. Su decadencia y crisis final están cimbrando a todo el tinglado sociopolítico. La operación para sustituirlo con un régimen parlamentario tiene muchos riesgos pues los elementos para ella están ausentes o cuando menos todavía no maduran.

Los principales partidos son aún asociaciones nucleadas alrededor de grupos y camarillas con resonancia regional y muy poca nacional. El caudillismo no ha desaparecido ni mucho menos. El ejército está siendo llamado con más frecuencia a participar en la política y eso tiene ya un precio para el proceso de “transición democrática” en resumen, no es fácil el parto de una “república parlamentaria” del vientre de una dictadura tan enraizada y poderosa.

Por otro lado, las alternativas nacionales populares están surgiendo apenas como proyectos iniciales y el embrión del partido o partidos de los trabajadores, instrumento clave para la formación de un gobierno obrero-campesino no se percibe como un proceso que avance en el panorama nacional. Sin embargo, el impulso de rebeldía de las masas es poderoso y encuentra ya amplios y ricos potenciales de desarrollo en la presente crisis que desorganiza y debilita las formas del control tradicional.

Aquí termina la labor de análisis político para dar paso a la actividad revolucionaria directamente comprometida con las condiciones históricas presentes con el fin de forjar una alternativa realmente democrática, nacional y popular, para nosotros inconcebible fuera de los cauces socialistas de los objetivos de los trabajadores, que permita a México superar cualitativamente su actual trágica situación. O sea, hemos llegado al espacio en que la ciencia política se convierte en praxis política; y ella requiere otros ámbitos e instrumentos para su despliegue. De acuerdo a los objetivos de la presente tesis ha llegado el momento de ponerle punto final.

VIII. APÉNDICE

IMPLICACIONES POLÍTICAS DEL DEBATE TEÓRICO SOBRE LA AUTONOMÍA DEL ESTADO

El debate teórico más importante sobre el estado mexicano y, más concretamente sobre su expresión bonapartista, giró en torno a un concepto clave de la teoría marxista, la cuestión de la autonomía relativa de la esfera política con respecto a la economía, y en especial la otra relación clave del estado con respecto a las clases sociales.

Las interpretaciones reformistas tanto las de origen stalinista (cuya expresión más acabada fue la teoría del capitalismo monopolista de estado) como las prevalecientes en los sectores intelectuales universitario acentuaban dicha autonomía. La formulación que dieron de esta concepción de la autonomía estatal del bonapartismo no incluía, más que excepcionalmente y siempre por motivos polémicos más que por principios políticos e ideológicos, una nítida y explícita caracterización clasista que los fundadores y mejores exponentes del marxismo siempre han enfatizado. La expresión bonapartista para Marx y sus sucesores era la de un estado burgués, sin ambigüedades al respecto. Más tarde, como se ha visto arriba, para Trotsky el síndrome bonapartista se expresaría en el seno de otro tipo de estado, no burgués, "obrero" según su terminología. De esta manera, si la definición clasista no se hacía tajantemente se dejaba intacta una ambigüedad fundamental que les abría la puerta a interpretaciones políticas de claro matiz reformista.¹

¹ La polémica sobre la autonomía estatal obligaba a buscar un conjunto de argumentaciones que la pusieran dentro del contexto social global, para sacarla de una mera discusión de los "aparatos" o los discursos ideológicos, en la cuales cayó sin remedio la vertiente reformista. Por ello los que buscaban la ancla que vinculara la "autonomía estatal" con la realidad de la sociedad clasista se orientaron hacia la política viva de las fuerzas sociales, en especial de los sectores de trabajadores. "La réplica al reformismo se desarrolla nuevamente en dos planos. En el primer plano sobresale el esfuerzo por estudiar la historia de la sociedad civil... así como el intento por construir ortodoxamente *una teoría política del estado mexicano* [la del bonapartismo]". Barreda Marín, *op. cit.*, pp. 57-58. *Cursivas nuestras*. El debate explícito

El estado se convertía en el terreno de acción por antonomasia en el cual se podría lograr una supuesta reorientación de su política en favor de los intereses populares, a condición de que el personal humano cambiara en favor de una perspectiva “progresista y nacionalista”. Buscando huir, según algunos de los exponentes de esta versión de la autonomía estatal, de una concepción mecánica que planteaba al estado como mero instrumento de la(s) clase(s) dominante(s) se caía en el eclecticismo, trampolín de todos los oportunismos.

UN CASO EJEMPLAR

Carlos Pereyra, uno de los principales teóricos de la corriente de maestros e intelectuales universitarios radicalizados por los acontecimientos del 1968 y que tuvo un considerable impacto en dicho medio intelectual, incurrió en este eclecticismo. Su elaboración sobre la naturaleza del estado mexicano es sin duda una de las más matizadas y profundas, apuntando correctamente muchos hechos y tendencias. Pero en su desarrollo es detectable un curso en el cual reivindica una peculiar concepción del bonapartismo mexicano, más cercana a una interpretación muy suya de Gramsci que de la de Marx y Trotsky. Desde el inicio de su teorización sobre el estado mexicano en 1974 se aprecian las ambigüedades que lo llevarían, entre otras causas, a convertirse en uno de los teóricos principales del gradualismo reformista:

Pocas veces un Estado había sido capaz de presentarse con tal aceptabilidad como una institución ‘por encima de las clases’. Esta forma peculiar de bonapartismo se fundaba en una política populista, es decir, en una forma de dominación cuya especificidad radica en la amplitud para satisfacer las necesidades inmediatas de amplios sectores populares, facilitando su manipulación y subordinación... Apoyado el Estado mexicano en la amplia base social que el populismo

con las dos vertientes del reformismo la estalinista y la cultivada en los medios universitarios está presente en numerosas páginas de *El bonapartismo mexicano, I. Ascenso y decadencia*, *op. cit.*, véase en especial el primer capítulo, pp. 70-80 y también el último capítulo del segundo volumen del mismo libro, pp. 181-188. Véase arriba en el capítulo IV la evolución del concepto del bonapartismo en Trotsky.

puso a su disposición, obtuvo un considerable grado de autonomía relativa en relación con las diferentes fracciones de la burguesía y un importante margen de maniobra política para contener a éstas dentro de límites adecuados para el funcionamiento del sistema.²

Sin duda éste fue su mejor ensayo sobre el tema, titulado *Los límites del reformismo*, escrito, como se dijo, en 1974 y representó el momento más alto de la comprensión del bonapartismo por Pereyra. Es palpable en el texto la poderosa influencia de la crisis iniciada en 1968 que el gobierno de Echeverría no sólo no logró amenguar sino que heredó profundizada a su sucesor. En él son manejadas y explicadas las contradicciones numerosas y crecientes que señalaban el inicio de la larga (¡cuán larga y truculenta ha sido, ahora, post facto, lo podemos constatar!) crisis del régimen. Pero incluso en este ensayo Pereyra no define categóricamente al régimen de Cárdenas y al de sus sucesores como burgués, servidor fundamentalmente de las clases poseedoras. A lo más que llega es a la siguiente mención de la "influencia" clasista:

Si el Estado sigue jugando un papel decisivo en el proceso de desarrollo del capitalismo en México, si la intervención en la esfera política ha continuado teniendo efectos directamente favorables para lo que suele de modo confuso denominarse "iniciativa privada", si es posible constatar una considerable integración y complementaridad histórica entre el grupo

²Carlos Pereyra, "México: los límites del reformismo", *Cuadernos Políticos*, Ediciones Era, número 1, julio-septiembre de 1974, p. 59. Hemos decidido seleccionar como ejemplar al grupo encabezado por Rolando Cordera, Carlos Pereyra y Arnaldo Córdova, que en cierto momento de los años setenta incluso tomó la forma de un grupo con nombre y todo (se denominaron Movimiento de Acción Política), por el impacto que tuvo en amplios sectores de la intelectualidad, especialmente universitaria de San Ángel pero no sólo en ella. Del MAP surgió en los años ochenta un sector fundamental de los "intelectuales orgánicos" que se integraron a los gobiernos neoliberales de De la Madrid y Salinas de Gortari, agrupados alrededor de la revista *Nexus*, dirigida por Héctor Aguilar Camín, quien se convirtió en la figura predominante de este grupo debido, entre otras cosas también de importancia, a su estrecha amistad con Carlos Salinas de Gortari. Un estudio crítico detallado de las implicaciones de este grupo lo hace Miguel Ángel Rivera Ríos en su ensayo "Una concepción reformista del capitalismo, el Estado y la lucha de clases en el México actual. (Comentario crítico a México hoy)", en *Teoría y política*, núm. 1, Juan Pablos Editor, México, abril-junio de 1980.

gobernante y la clase dominante...¿por qué la política nacional ha estado marcada en el último tiempo por las contradicciones secundarias entre Estado y burguesía?³

La “autonomía relativa” del estado venía al rescate. Pero para Pereyra la fuente de esta idea era una interpretación muy suya de Gramsci más que las concepciones de Marx y mucho menos de Trotsky.⁴ La colocación del “grupo gobernante”, la camarilla hegemónica del estado, en la formulación de su teoría del Estado mexicano era la clave para una definición ambigua de éste. Dicho grupo era “influido”, pero no constituía un “instrumento” de la clase capitalista.

Si bien el Estado mantiene autonomía relativa, no parece haber duda de que el capital monopolista, apoyado en la política oficial estimulante antes mencionada, ha terminado por consolidarse como fracción dominante, con la consiguiente disminución de dicha autonomía.⁵

Para él es incomprensible que la “autonomía relativa” del grupo gobernante sea, precisamente, con respecto a todas las clases sociales, pero en especial con respecto a la dominante o dominantes. Dicha autonomía estatal flexibiliza hasta hacer irreconocibles los determinantes amarres clasistas múltiples del “grupo gobernante” con la clase dominante, pero sin destruirlos. El estado gesta así camadas tras camadas de sectores de tal clase, vigila por sus intereses, mantiene el control populista o represivo de la población explotada y oprimida para permitir el buen funcionamiento del sistema.

En sus escritos posteriores Pereyra mostraría hasta la saciedad que su caracterización del estado posrevolucionario lo alejaría de la del bonapartismo —cuya mención explícita no vuelve aparecer en sus ensayos importantes—⁶ y lo haría caer en un eclecticismo total, lógica

³ *Ibid.* p. 65. Cursivas nuestras.

⁴ Carlos Pereyra, “Gramsci: Estado y sociedad civil”, *Cuadernos Políticos*, Ediciones Era, núm. 21, julio-septiembre de 1979.

⁵ Carlos Pereyra, “México: los límites...”, *op. cit.* p.65.

⁶ Por eso el estudio que realiza Juan Molinar Horcasitas sobre las “escuelas de interpretación del sistema política mexicano”, importante sin duda por el afán de síntesis tan ambicioso que lo anima, no logra profundizar más allá de categorizaciones muy amplias que a veces no dan

derivación de una práctica fundamentalmente reformista que reivindicó como la adecuada y favorable para la izquierda mexicana. Entre numerosos textos que podríamos citar véase el siguiente en el cual Pereyra explícitamente concibe al estado mexicano como el terreno de convergencias sociales multclasistas, fuerzas con un peso igualmente decisivo en la resultante final. Según él la fuerza capitalista monopolista no ha podido imponer todavía su hegemonía: “el programa excluyente [sic] no ha podido desenvolviere en plenitud por las trabas que le representa un Estado con base de masas [resic].” Y a continuación agregaba: “Si es insostenible la concepción instrumentalista que ve en el Estado un aparato de la burguesía, todavía más endeble resulta el enfoque inverso, igualmente instrumentalista que lo ve como un aparato de los explotados.”⁷ Un estado que no es burgués ni es de los explotados, que anda por los aires.

LA APOLOGÍA DEL ESTADO

La concepción de la autonomía se expandió en el seno de la intelectualidad universitaria.⁸ De hecho, no sólo entre los intelectuales

el cuadro completo de las diversas posturas teóricas y ante todo políticas de los autores en discusión. Eso es lo que sucede en la comparación directa, hecha sin la menor sutileza, que hace de la concepción del bonapartismo de Pereyra y de la nuestra. Molinar Horcasitas no señala que de hecho Pereyra, salvo en su clave artículo sobre los límites del reformismo, jamás vuelve a ser explícito sobre la categoría del bonapartismo y tampoco le interesa en su ensayo mostrar las consecuencias tan diferentes (de hecho contrastadas por completo) que sacamos los dos de nuestras concepciones del estado bonapartista. Juan Molinar Horcasitas, “Escuelas de interpretación del sistema político mexicano”, *Revista mexicana de sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, abril-junio de 1993, págs. 34-56.

⁷ Carlos Pereyra, “Proyecto Nacional: Estado y sociedad civil”, *Unomásuno*, Sábado, suplemento cultural, 13 de agosto de 1981.

⁸ Rolando Cordera y Carlos Tello escribieron en la bisagra entre la década de los años setenta y los ochenta un libro que fue un especie de manifiesto de ciertos sectores intelectuales nacionalistas, *México, la disputa por la nación, perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1981. A pesar del grandilocuente título, de lo que se trataba en realidad era de la disputa de puestos burocráticos en el gobierno, tanto por parte de la capa de funcionarios e intelectuales pertenecientes a la corriente con la que se identificaban los dos autores, como por parte específicamente de estos dos últimos. Rolando Cordera desde entonces evolucionó en la forma más aberrante de acuerdo a las ideas de su libro, pero lógica de acuerdo a su visión de la autonomía de la política, léase del oportunismo más descarado. Fue diputado del Partido Socialista Unificado de México en 1982-85 y después brincó al lado de los gobiernos neoliberales de De la Madrid y sobre todo

nacionales se hizo popular esta idea del estado como factor autónomo del acontecer social.

Del cuidadoso tratamiento del tema por Pereyra que, como apreciamos, no le impide caer en claras inconsecuencias, a la explícita renuncia de la concepción clasista del estado mexicano, no hay más que un paso. Varios lo dieron entre ellos el autor de uno de los análisis más completos del movimiento estudiantil-popular de 1968 quien debió confrontarse a la esfinge leviatánica del Zócalo por primera vez desafiada seria y profundamente en ese año histórico. Sergio Zermeno tuvo que ir a los orígenes y esplendores mismos del estado posrevolucionario para encontrar la clave de lo sucedido en 1968. Detecta el síndrome bonapartista que él llama populista e igualmente constata la diferencia radical entre el enraizamiento y longevidad de la forma de dominación mexicana con los populismos coyunturales de los demás países de América Latina. Dice él: “[El mexicano es] un Estado fuerte ante una sociedad civil endeble y [corresponde] a la concreción de un tipo de organización social que nosotros hemos denominado como un populismo estructural”.⁹

Ante la vastedad del desafío teórico y político representado por la forma de estado más estable y longeva de Latinoamérica, Zermeno de plano no sólo recurre a la simple autonomía estatal, sino la redobla:

de Salinas de Gortari, cambiando por completo sus objetivos económicos, pero escalando exitosamente en las empujadas cuestras del oficialismo priista. Fue un alto funcionario de Programa Nacional de Solidaridad durante el gobierno de Salinas de Gortari. Es directivo de la revista *Nexus* y de su programa televisivo. Por supuesto, sigue siendo profesor universitario en la UNAM. Carlos Tello por su parte sigue siendo hoy lo que nunca ha dejado de ser, un funcionario de categoría media en la jerarquía burocrática, en el sexenio de Salinas le tocó ser embajador de Portugal después de haber llegado brevemente a la cumbre como director del Banco de México durante los tres meses finales del gobierno de López Portillo. Actualmente es el director general de Instituto Nacional Indigenista.

⁹Sergio Zermeno, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Siglo XXI Editores, 1978, pág. 278. Nótese la similitud terminológica aunque no política con el concepto que prácticamente en los mismos días acuñábamos nosotros de "bonapartismo estructural" con motivo de una conferencia sobre la revolución mexicana impartida en 1977. Véase Manuel Aguilar Mora, "Estado y revolución en el proceso mexicano", en Adolfo Gilly, et al, *Interpretaciones de la revolución mexicana*, Editorial Nueva Imagen, 1979, que reúne las conferencias del ciclo del mismo nombre efectuado en la Facultad de Economía, UNAM, en mayo de 1977.

El estado populista estructural, en el afán por preservar su fortaleza, a menudo se vuelve el adversario a corto plazo de todos los sectores integrados (de los beneficios del sistema que el Estado preserva), y su acción hacia las masas no deja de aparecer como un acto de manipulación, de demagogia, de control paternalista y autoritario, etc. Pero precisamente porque aquí el Estado no responde a una sola lógica, sino que es el garante de dos mundos desarticulados, porque de la conservación de esta unidad depende su existencia en tanto élite dirigente, se nos presenta con una redoblada autonomía frente a los intereses y proyectos particulares de las fuerzas sociales.¹⁰

Esta “autonomía redoblada” concluiría de modo natural en la tajante negación del origen y la determinación clasista del estado: “ni en su origen, ni en su momento actual el Estado populista-estructural puede ser considerado como un instrumento de las clases poseedoras”.¹¹

Aunque no fuera su meta deliberada esta interpretación histórica y política del “Estado de la Revolución Mexicana”, por supuesto con mayúsculas, conducía inevitablemente a la apología más o menos abierta del mismo. Ese paso lo daría otro influyente autor en estos círculos intelectuales y universitarios. Nos referimos a Arnaldo Córdova quien se convierte de historiador de la revolución mexicana en el panegirista desmesurado de su resultado político fundamental.

La historia mexicana del siglo XX es [...] antes que nada la historia de cómo se construye un verdadero poder político sobre los hombros de esos gigantes de todo los tiempos que son las masas populares.¹²

La historia como hazaña, no de la libertad y menos de la esperanza, sino de la razón de estado. Para Córdova la identificación del estado post-revolucionario con los ideales la revolución es obvia y aunque insiste en varias ocasiones en el supuesto carácter de clase

¹⁰ *Ibid.* pág. 323. Cursivas nuestras.

¹¹ *Loc. cit.*

¹² Arnaldo Córdova, *La revolución y el Estado en México*, Ediciones Era, México, pág. 20.

burgués del régimen,¹³ en la práctica y textualmente su concepción totalizadora del estado llega a niveles delirantes que lo conducen a identificarlo al mismo tiempo con la propia sociedad y con un estado de los trabajadores:

El Estado era la sociedad en tanto cuanto se debía a las masas populares, a los trabajadores [...] Las masas trabajadoras creen en ese Estado; lo sienten suyo y lo han hecho suyo sin reservas cada vez que ese mismo Estado se ha declarado en peligro y apela al consenso de las masas populares [...] Difícilmente podrá encontrarse otro Estado en el que las masas del pueblo crean tanto y en que tengan fincadas tantas esperanzas.¹⁴

El estado se convierte en un mito: “Tan cierto es que el mito hace a la historia como que la historia hace al mito”.¹⁵ Claro que Córdova puede decir –y de hecho lo dice en varios momentos– que esa es “la realidad” objetiva, que no se disfraza o encubre de lo que serían nuestros deseos. Pero la operación ideológica que permea todo su trabajo teórico no puede sino conducir a aceptar esa realidad enajenada como la única. En Córdova no existe la “política de masas”, como a él le gusta decir, independiente de dicho estado. Fatalmente lo que no ha sido hecho con el o a su alrededor, bajo su tutela y control ha fracasado y fracasa hasta la fecha. El curso democrático e independiente de masas es un proyecto condenado a la marginación política.

Este potenciamiento de la autonomía estatal nos acerca por una parte a la teoría y la historia del totalitarismo, en especial a la de su vertiente stalinista, la cual expresó y justificó apologeticamente por igual la hipertrofia estatal soviética, de sus satélites de Europa oriental y de las repúblicas populares de China, Corea y Vietnam (la cuestión del

¹³ *Ibid.* pág. 15, *passim*. Pero lo que es más grotesco de parte de este apologista del estado de la revolución mexicana es que en su crítica a la concepción de la forma estatal bonapartista nos atribuye a Trotsky y a quienes aceptamos su concepción precisamente esa carencia de rigor suya en la definición exacta y constante del carácter de clase del estado mexicano. Ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Véase su crítica en *ibid.* págs. 46 ss y nuestra réplica en Manuel Aguilar Mora, “Estado y revolución en el proceso mexicano”, *op. cit.* págs. 130 ss.

¹⁴ *Ibid.* págs. 22.

¹⁵ *Loc. cit.*

castrismo cubano no se puede diluir simplemente en una concepción simplista de "un stalinismo o gulag caribeño"). Córdova expresa de modo contradictorio la influencia del stalinismo en los medios intelectuales mexicanos a la que nos referíamos arriba, una influencia muy mediada y matizada por su erudición así como por una hostilidad política abierta a todas las concepciones de la izquierda mexicana que considera como competidoras de la suya, pero que de todas formas está presente en sus escritos.¹⁶

En segundo lugar, la tendencia a apreciar desmesuradamente el papel del estado en la historia de México, tensando exageradamente la de por sí pesada influencia bonapartista en la política y la sociedad mexicanas a partir de la revolución mexicana, tiene otra fuente, ésta más específicamente intelectual, relacionada con las modas de la academia. Nos referimos a la poderosa influencia que ejerció el pensamiento estructuralista en las ciencias sociales en América Latina.

En el campo del marxismo esta influencia se hizo sentir, por cierto no de manera casual, en el seno de los intelectuales de los partidos comunistas estalinizados, cuyo ejemplo más famoso es el del filósofo Louis Althusser. Tampoco por azar Carlos Pereyra expresó en su obra el impacto duradero que le produjo el contacto con el teórico francés cuando estaba en los momentos cúspide de su celebridad e influencia,

¹⁶ Para él "en la política mexicana, lo que *existe es lo que está organizado*". Las cursivas son del autor y están incluidas en un texto en que específicamente desarrolla su crítica a la izquierda mexicana, la cual, según él, ha carecido de una "línea de masas". *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*. Serie Popular Era, México, pp. 40-41. Adelante, él continúa, "formalmente el sistema mexicano no es un sistema de partido único, pero el monopolio que el partido oficial detenta de las organizaciones de masas hace que, en los hechos, virtualmente prive el sistema de partido único", *loc. cit.*. La democracia es considerada "como un lujo que sólo las grandes potencias capitalistas se han podido dar", (p. 117). La izquierda mexicana al carecer de esa "política de masas" ha sido irrelevante, a excepción del periodo cardenista. Pero en su análisis de este último no se percata para nada de la traición estratégica de los sectores stalinistas del PCM y la CTM (incluido Lombardo Toledano y sus seguidores con Fidel Velázquez a la cabeza, en esos años aliados de los stalinistas e incluso financiados por los burócratas soviéticos) que permitió entregar atada de pies y manos a la clase obrera mexicana al carro arrasador del gobierno cardenista, equivocación fatal, y como dijimos con visos de traición histórica en donde se encuentran los orígenes del cáncer del charrismo sindical. Ver el capítulo V la parte dedicada a la interpretación de Trotsky del bonapartismo mexicano.

precisamente en los años anteriores a 1968, los decisivos de la formación intelectual del entonces joven estudiante de filosofía.

La influencia de esta corriente estructuralista en Pereyra es manifiesta en su principal libro dedicado a la explicación más amplia del proceso histórico y el cual lleva el desorientador título de *El sujeto de la historia* (Alianza Universidad, Madrid, 1983) pues en verdad se debería llamar *El antisujeto o el objeto de la historia*. En sus casi trescientas densas y austeras páginas uno y único es el *leit-motiv* del autor: el rechazo, la negación vehemente del sujeto (ya sea como clase, partido, individualidad e ideas) en la historia, el ahogo despiadado de toda subjetividad histórica en la omnipotente y caudalosa corriente de la objetividad y la reafirmación hasta el cansancio de que lo aparente, lo que parece obvio desde que Marx lo planteó, que “son los hombres los que hacen la historia”, es sólo el velo que esconde a los verdaderos agentes históricos: las estructuras sociales.

Para este riguroso estructuralista con ropaje marxista, la ausencia tajante de una definición clasista del bonapartismo mexicano era más que explicable. Actuar de otro modo era “voluntarismo”, “izquierdismo”, “intencionalismo”, por supuesto, “subjetivismo”. Mejor era evaluar a esa “poderosa estructura estatal” dentro de toda su complejidad y no arriesgarse a definirla “burguesa”, “proletaria” o lo que fuera.

Pero también las ideas tienen su propia lógica, “relativamente autónoma” de la economía y la política. El pensamiento estructuralista floreció en otros campos, no sólo entre en los marxistas. Por ejemplo, en la rama de la historia comparada muy popular en las universidades americanas. Y las conclusiones, sin embargo, son similares en los dos ámbitos, demostrándose que partiendo de ciertas premisas, sin importar la postura política o ideológica, la lógica de las ideas consecuentemente desarrollada conduce a los mismos resultados.

Theda Sckocpol es una *scholar* del *establishment* universitario liberal del este de Estados Unidos. Con los recursos enormes de los historiadores e investigadores sociales de este país, Sckocpol ha realizado una investigación meticulosa e impresionante comparando en tres revoluciones (la francesa del siglo XVIII y la rusa y la china del

siglo XX) el rol del estado de manera metahistórica, metaclasista, metapartidista e, incluso, metahumana. Lleva así a su más extrema conclusión la apología estructuralista del estado.

¿Su objetivo? Demostrar que las mencionadas tres revoluciones se produjeron fundamentalmente por la quiebra de los estados de los correspondientes *anciens régimes* y que el principal resultado de las mismas fue la construcción de nuevos y poderosos estados revolucionarios. Su concepción del estado es que éste no solamente es el escenario en que se desarrollan las luchas socioeconómicas de las diversas fuerzas, sino que es también protagonista, juez y parte, del drama histórico que se da en su seno. Con todas las palabras lo dice del modo siguiente: “Sólo podremos encontrar un sentido a las sociorrevoluciones si tomamos seriamente al Estado como macroestructura”.¹⁷

Sólo realizando este potenciamiento gigantesco, de dimensiones metahistóricas, del papel del estado se puede analizar la dinámica de los estados de tres revoluciones que se dieron con un siglo de diferencia en el caso de la francesa y rusa y siglo y medio en el caso de la francesa y la china, sin tomar en cuenta su carácter de clase (para Skocpol es del todo secundario que la primera de las revoluciones se realizó durante los albores del capitalismo, al cual impulsó hacia su apogeo desplegándose con todo esplendor durante el siglo XIX y las otras dos del siglo XX con el fin explícito de construir el socialismo), sin considerar el calibre de sus direcciones, partidos y dirigentes y, en el caso de la soviética y china, sin comprender en absoluto su gigantesca degeneración burocrática, expresada ante todo en el stalinismo pero también en el maoísmo.

Seguramente para la Skocpol habrá sido motivo de gran confusión la debacle de la ex URSS y todavía hoy se estará preguntando qué sucedió con la “macroestructura” estatal soviética que cayó tan ignominiosamente ante los embates de las presiones de la reconstrucción capitalista, en especial las de su entorno imperialista. Posiblemente podrá reconsiderar que cuando tajante afirmaba que “el

¹⁷ Theda Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p.61.

marxismo clásico no trata al Estado como una estructura autónoma”¹⁸, se equivocaba y que no sólo era correcta la concepción marxista de la autonomía estatal relativa sino es la única que explica tanto la fuerza y dinámica de la hipertrofia burocrática característica de todos los estados sean capitalistas o no durante este siglo, como su vulnerabilidad extrema ya sea ante el poder de las masas en ascenso, o ante la poderosa hegemonía mundial del capital imperialista transnacional.¹⁹

LA TEORÍA DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

La otra vertiente política afluyente de la gran corriente ideológica estatista contemporánea proviene de los partidos comunistas. Su adhesión a las concepciones emanadas del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) la hacían un componente de las fuerzas e influencias internacionales aliadas o subordinadas de la ex burocracia soviética. La teoría económica y política que acuñaron los ideólogos stalinistas y sus sucesores fue la del “capitalismo monopolista de estado”.

En México los ideólogos y dirigentes del PCM reivindicaron hasta su desaparición organizativa hasta 1982 la mencionada teoría. Igualmente lo hicieron numerosos líderes y cuadros de las formaciones que le sucedieron, el Partido Socialista Unificado de México y el Partido Mexicano Socialista hasta su disolución final en 1989 en el Partido de la Revolución Democrática. Pero la influencia de esa teoría no se limitó a los espacios directamente controlados o subsidiarios del ex PCM; también irradió a sectores de intelectuales y militantes fuera de sus filas y esfera de influencia. Ese fue el caso de la tendencia agrupada en la revista *Estrategia* (publicada a partir de los años setenta y que dejó de publicarse a raíz del derrumbamiento del muro de Berlín y los subsiguientes muros stalinistas), cuyo principal vocero fue Alonso

¹⁸ *Ibid.* pág. 56.

¹⁹ Perry Anderson dedica todo un interesante capítulo, el segundo, de su libro *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1986, a una crítica incisiva del estructuralismo y post-estructuralismo francés, mostrando los delirios de estos “objetivistas” que terminan en el más completo idealismo subjetivista como es el caso de Jacques Derrida. Dice Anderson: “pues si las estructuras existen por sí solas en un mundo fuera del alcance de los sujetos ¿qué es lo que asegura su objetividad? Nunca el alto estructuralismo fue tan estrepitoso como cuando anunció el fin del hombre”. p. 80.

Aguilar Monteverde. La prolífica pluma de este último autor expresa perfectamente una de las características de los exponentes de esta concepción. El caudal literario sobre el capital monopolista de estado fue enorme, pero en su abrumadora mayoría se trataba de textos “ideológicos” más que de exposiciones con aspiraciones de rigor teórico. La razón de ello es que era una teoría cortada de antemano para fundamentar la estrategia de la burocracia soviética (y la de los países subordinados a ella), consistente en justificar que “la principal contradicción” del mundo contemporáneo era entre “los campos mundiales del capitalismo y del socialismo”, la cual operaba como motor principal de la descomposición del capitalismo internacional sometido a la cada vez mayor presión de la “competitividad y productividad” entre los dos sistemas que llevaría al gran día en que la productividad media del trabajo (o el nivel de vida, o la producción per cápita) del “campo socialista” superaría la del “campo capitalista” y entonces los pueblos de los países de occidente se convertirían al socialismo bajo la influencia de ese logro.²⁰

El origen ideológico del capitalismo monopolista de estado es la teoría del “socialismo en un solo país” con la cual Stalin, como jefe y vocero de la surgiente burocracia soviética, realizó un cambio radical en la política soviética con relación a la imperante durante el periodo bolchevique de Lenin y Trotsky. De la propuesta estratégica en favor de la revolución mundial en la cual el estado soviético era una pieza más (por muy importante que fuera) se pasó a la subordinación de la lucha de clases de los países capitalistas a las necesidades de la “construcción del socialismo” en la URSS, delgada cubierta que apenas

²⁰ Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, pp. 497-498. A continuación nos basamos en la crítica mandeliana expuesta en estas páginas y siguientes, correspondientes a la sección final del capítulo XVI dedicado a “la ideología en la época del capitalismo tardío” para la exposición de este apartado. Igualmente hemos usado con mucho provecho la crítica rigurosa a esta teoría hecha en México por Carlos Maya Ambia en su libro *Ilusiones y agonía de los nietos (teóricos) de Lenin*, Siglo XXI Editores y Universidad Autónoma de Sinaloa, 1994. El único reparo importante que haríamos al trabajo de Maya es el de no vincular en ningún momento del texto la expresión teórica del capitalismo monopolista de estado con las necesidades políticas de la burocracia soviética en particular y la influencia stalinista en general. El equívoco da la apariencia de que se trata de una teoría surgida por razones meramente ideológicas y académicas, pues no se rastrea jamás sus raíces en la política concreta de la ex Unión Soviética y de los demás países bajo su influencia..

escondía los intereses de una burocracia cada vez más reaccionaria y privilegiada.

Los stalinistas recogieron y adaptaron escolásticamente una fórmula de Lenin usada durante la primera guerra mundial para caracterizar la economía de guerra de los países beligerantes, en especial de Alemania. Pero después no hay traza de ella en sus escritos posteriores y jamás la usó en los documentos programáticos del PCUS o de la Internacional Comunista.

Pero, obviamente, la crítica a esta teoría del capitalismo monopolista de estado no es sólo terminológica. Va al contenido mismo de sus premisas, desarrollo y conclusiones. La relación de la crítica integral de esta teoría desborda por completo nuestros fines, para los cuales basta con señalar los procesos vinculados con la estructura estatal cuya “autonomía relativa” esta teoría lleva a niveles estratosféricos.²¹

Para enfocar con más detalle la cuestión del estado en la teoría del capitalismo monopolista de estado débese plantear de antemano la falta de consistencia teórica desplegada fehacientemente por los expositores de la misma. Los soviéticos destacaron por su incoherencia pero los demás no iban a la zaga. Una de las facetas más evidentes en que se palpa esta inconsistencia es en su concepción del estado con los capitalistas, en especial con su sector monopolista. Por una parte la teoría señala la importancia creciente de la intervención y programación estatales, impulsadas por los monopolios, en la economía; pero, al mismo tiempo, se postula la posibilidad de que “las fuerzas democráticas arranquen el estado de las manos de los monopolios”. Hay un eclecticismo evidente que combina el reduccionismo economicista con una concepción de la “autonomía relativa” que convierte al estado en un mero instrumento para uso del personal humano que lo ocupe y lo administre. Por eso la meta final de esta concepción es profundamente moderada y gradualista: consiste en una estrategia de ocupación de los

²¹ Una crítica específicamente económica se desarrolla en los libros citados en la nota anterior. El libro de Maya incluye una amplia bibliografía especializada del tema que abarca un abanico importante de sus expresiones literarias soviéticas, alemanas (de la ex República Democrática Alemana), francesas, italianas y mexicanas.

escalones de la jerarquía estatal hasta alcanzar la cúspide... “para arrancar la administración de la economía las palancas de la regulación estatal, de las manos de los monopolios y, después que éstas hayan sido transformadas, usarlas contra los monopolios”. (??i)²²

¡El estado como un simple sartén en el que se puede guisar la receta deseada por aquel que pueda agarrar su mango!

El concepto del capital monopolista de estado “simplifica la complejidad de las relaciones entre las diferentes fracciones de la burguesía” al postular que el estado se convierte en el mero instrumento de los monopolios. “Por otra parte se supone que la burguesía monopolista constituye un bloque unitario, pasando por alto que si bien hay casos de franca alianza entre diferentes grupos monopolistas nacionales y transnacionales, también existen situaciones de divergencia e incluso de contraposición de intereses, lo que influye sobre el tipo de desarrollo capitalista del país en cuestión”.²³

El esfuerzo de los teóricos mexicanos que estuvieron vinculados al PCM (como Enrique Semo) o independientes (como Alonso Aguilar y Arturo Guillén) por aclimatar en nuestro país la teoría en cuestión no fueron muy exitosos. En los exponentes europeos del capitalismo monopolista de estado está claro que se trata de una concepción aplicable a la economía de los países capitalistas avanzados, imperialistas. En su crítica a los esfuerzos de estos exponentes mexicanos, Maya Ambía afirma que el esfuerzo desplegado por ellos no logra encontrar una explicación adecuada del funcionamiento de las categorías del modelo a la economía mexicana.²⁴

En la esfera más directamente vincula a nuestro tema, Alonso Aguilar intentó demostrar con una argumentación marcadamente economicista que en nuestro país “la burguesía no sólo manda, sino gobierna”.²⁵ El eclecticismo de sus mentores soviéticos y alemanes es

²² Es lo que afirma “el teórico soviético” Victor Cheprakov, citado por Ernest Mandel, *op. cit.*, p. 500 ss.

²³ Carlos Maya Ambía, *op. cit.*, p. 185.

²⁴ Véase el capítulo 7, titulado “Adaptaciones poco felices: la teoría del CME en México”, en Carlos Maya Ambía, *op. cit.*

²⁵ *Estado, capitalismo y clase en el poder en México*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1983, pp. 85-177.

característico también en él. En su polémica albanesa con la teoría del bonapartismo mexicano, al que sólo alcanza a sugerir con una referencia oblicua a “un tipo especial o *sui generis* de Estado” (recuérdese la fórmula trotskista del bonapartismo *sui generis*), sostiene que el estado mexicano está ocupado por burgueses y “ricos” que sirven a pie juntillas a la clase burguesa. Según él el listado de casi mil nombres de funcionarios gubernamentales colocados en los diferentes sectores, financiero, industrial y propiamente político del estado mexicano sería una demostración abrumadora de que la clase burguesa mexicana, además de dominante, sería también gobernante.

Pero en toda su argumentación insiste en el estribillo de por un lado “esto” y por otro lado “aquello”. Por ejemplo: “El que la burguesía, además de clase dominante, sea clase gobernante, no significa desde luego que todos los burgueses tengan directamente algo que hacer en el aparato del Estado ni que todo el personal burocrático sea burgués. Así como no ver a la burguesía por ningún lado es sospechoso, verla en todas partes sería inaceptable y erróneo”.²⁶

Su objetivo es recurrir a una elemental sociología del grupo dirigente para tratar de demostrar lo evidente: “Nuestra afirmación intenta solamente establecer que la dirección del aparato estatal no está en manos del pueblo ni tampoco de una burocracia política cuyo contenido de clase sea fundamentalmente no burgués”.²⁷ Para él resulta por completo incomprensible la articulación específica entre la esfera estatal y el espacio económico directamente vinculado a la producción capitalista. El hecho de que la vieja nobleza inglesa, los *junkers* prusianos o los arribistas pequeñoburgueses y lumpens franceses del segundo imperio napoleónico se aburguesaran, enriqueciéndose al aprovechar sus posiciones en el estado, no los hacía menos diferentes de la clase burguesa en su conjunto. Lo que la teoría del bonapartismo plantea no es que si la clase burguesa no gobierna ni ocupa directamente los controles fundamentales del estado, ese “vacío” en el *capitalismo* pueda ser llenado por el pueblo. Significa ni más ni menos, que la *burguesía en su conjunto* (no ochocientos, mil o incluso diez mil

²⁶ *Ibid.*, p. 139.

²⁷ *Loc. cit.*

burgueses particulares), es decir, una clase social extendida a nivel nacional, no ejerce la labor política de gobernar desde el municipio más pequeño hasta los niveles federales. Una *democracia burguesa*, como la historia lo ha mostrado en el caso de los países anglosajones y otros se da cuando la burguesía como clase acuerpa partidos políticos, los influye y determina, compiten entre ellos y son capaces de alternarse verdaderamente en el poder, permitiendo que equipos *diferentes* (de miles de representantes de regiones geográficas y de sectores particulares de la burguesía) hagan uso del poder, para su beneficio, pero también para garantizar el funcionamiento del conjunto del sistema.

En México, la camarilla priista que ha detentado el poder desde el surgimiento del sistema bonapartista en los años veinte, por supuesto que es una camarilla burguesa y enriquecida como pocas en América Latina y en el mundo. Es claro igualmente que, como dice Aguilar Monteverde, “el peso de la oligarquía tiende a ser decisivo y cada vez mayor en el aparato estatal”. Pero lo que tampoco puede negarse es que con Calles y con Ávila Camacho, con Cárdenas y Echeverría, con Alemán y López Portillo, o con Díaz Ordaz y Salinas *el grupo en el poder con las riendas de éste directa y firmemente en sus manos se ha autoperpetuado, despótica y antidemocráticamente, sin permitir que ningún otro grupo o fuerza del sistema, por muy poderosos que sean, comparta con ella espacios importantes y decisivos de la cúpula estatal*. Es hasta el actual gobierno de Zedillo cuando, por primera vez en siete décadas, se vislumbra un pacto político, no sin espasmos y contradicciones constantes, en el cual la camarilla gobernante tradicional, desgastada, dividida, decadente, está siendo obligada a hacer concesiones importantes a la oposición burguesa con miras a mantenerse en el poder.²⁸

Alonso Aguilar, de dientes para afuera, rinde tributo a la “autonomía relativa del estado”, pero en la práctica adopta una actitud absolutamente incoherente ante ella. Por una parte considera que la

²⁸El proyecto de la presente investigación es de llegar hasta la crisis del estado bonapartista en los años noventa para demostrar cómo una razón fundamental de ella es precisamente las fisuras y rupturas de dicha camarilla gobernante..

subordinación del estado es prácticamente total a la burguesía y, por otra parte, su adhesión a la teoría del capitalismo monopolista de estado, lo lleva a reivindicar no un programa anticapitalista, clasista y socialista con reivindicaciones transitorias que permitan a las masas trabajadores del campo y la ciudad agruparse en una lucha democrática e independiente que necesariamente lleva la dinámica de confrontación al poder existente, sino un programa “anti-monopolista”, gradualista y reformista que sólo aspira a un recambio del personal estatal para lograr que los nuevos hombres y mujeres que lleguen al aparato gubernamental (no se dice exactamente con qué estrategia de poder) cambien el rumbo del país.

Ante las transformaciones colosales de la última década no queda mucho de la teoría del capital monopolista de estado. Por supuesto ha fracasado su concepción de la “competencia pacífica de los campos mundiales”. La contundente victoria norteamericana ha abierto al imperialismo sendas anchas y profundas por las que intentará “restaurar el capitalismo” en la ex Unión Soviética y los otros países que estaban sometidos a su tutela. En lo que respecta a los países capitalistas, el estado se ha demostrado lo que siempre ha sido, una institución clave para el funcionamiento de ese modo de producción específico que necesita para su funcionamiento la existencia de fetiches, falsas conciencias y aparatos de coerción. La “autonomía relativa” del estado capitalista jamás será tan amplia como para que equipos anticapitalistas puedan ocupar sus aparatos, sin destruirlos, para imponer una política “antimonopólica”, no digamos anticapitalista y socialista.

BIBLIOGRAFÍA

Águila M., Marcos Tonatiuh y Enriquez Perea, Alberto (coordinadores), *Perspectivas sobre el cardenismo. Ensayos sobre economía, trabajo, política y cultura en los años treinta*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1974.

Aguilar Monteverde, Alonso, *Estado, capitalismo y clase en el poder en México*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1983.

Aguilar Mora, Jorge, *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana*, México, Ediciones Era, 1990

Aguilar Mora, Manuel, *La crisis de la izquierda en México. Orígenes y desarrollo*, México, Juan Pablos Editor, 1978.

“Estado y revolución en el proceso mexicano”, incluido en Adolfo Gilly et al, *Interpretaciones de la revolución mexicana*, México, Nueva Imagen, 1979.

El bonapartismo mexicano, I. Ascenso y decadencia, México, Juan Pablos Editor, 1982.

El bonapartismo mexicano, II. Crisis y petróleo, México, Juan Pablos Editor, 1982.

Crisis y esperanza. México más allá de 1984, México. Juan Pablos Editor, 1984.

Huellas del porvenir, 1968-1988, México Juan Pablos Editor, 1989.

“Marx y México. Cuestión nacional y protoimperialismo en América Latina”, en *La batalla*, México, número 4, junio-julio de 1983.

“Revolución francesa, el amanecer de nuestra contemporaneidad” en *La batalla*, México, número 22, julio-agosto de 1989.

- “Ernest Mandel”, *Memoria*, México, diciembre de 1995.
- Aguilar Mora, Manuel y Schoijet, Mauricio (compiladores), *La revolución mexicana contra el PRI*, México, Ediciones Fontamara, 1991.
- Ai Camp, Roderic, *La política en México*, México, Siglo XXI, Editores, 1995.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities*, Nueva York, Verso, 1996. Traducción en español, *Comunidades imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Anderson, Perry, *El estado absolutista*, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1986.
- Andrews, Gregg, “Robert Haberman, Socialist Ideology and the Politics of National Reconstruction in Mexico, 1920-25”, *Mexicans Studies/Estudios mexicanos*, Berkeley, California, vol. 6, núm. 2, Summer, 1990.
- Anguiano, Arturo, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, México, Ediciones Era, 1975.
- Anguiano, Arturo; Pacheco, Guadalupe; y Vizcaino, Rogelio, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, México, Juan Pablos Editor, 1985.
- Aricó, José, *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial, 1982.
- Arriola, Wong Enrique, Entrevista con Oscar Enrique Ornelas, *El Financiero*, sección cultural, 20-21 de febrero de 1995.
- Avilés Fabila, René, *El solitario de palacio*, publicada por primera vez en Argentina en 1970.
- Barreda Marín, Andrés, *Aportes de la crítica de la economía política a la investigación económica en México 1970-1990*, tesis de maestría en sociología. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1993.

- Bartra, Armando, *Los hijos de Zapata*, México, Ediciones Era, 1986.
- Bartra, Roger, *Las redes imaginarias del poder*, México, Editorial Océano, 1996.
- Basañez, Miguel, *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*, Octava edición aumentada, México, Siglo XXI Editores, 1990.
- Bassols, Narciso, *El pensamiento político de Álvaro Obregón*, México, Editorial El Caballito, 1976.
- Basurto, Jorge, *El proletariado industrial en México (1850-1930)*, UNAM, 1975.
- Cárdenas y el poder sindical*, México, Ediciones Era, 1983.
- Bazan, Jean, "Tres revoluciones mexicanas", *Historia Mexicana*, México, vol. 10, núm. 2, octubre-diciembre de 1960.
- Benítez, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. III. El Cardenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Benjamin, Thomas, *Chiapas. Tierra rica, pueblo pobre. Historia política y social*, México, Editorial Grijalbo, 1995.
- Benjamin, Thomas y Wasserman, Mark, (compiladores), *Provinces of Revolution. Essays on Regional Mexican History 1910-1929*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.
- Bensaïd, Daniel, *Moi, la révolution*, París, Gallimard, 1989.
- Walter Benjamin, sentinelle messianique*, París, Plon, 1991.
- Marx l'intempestif. Grandeurs et misères d'une aventure critique (XIX^e-XX^e siècles)*, París, Librairie Arthème Fayard, 1995.
- Bizberg, Ilán, *Estado y sindicalismo en México*, El Colegio de México, 1990.
- Bloch, Ernst, *El principio esperanza*, Tres volúmenes, Madrid, Editorial Aguilar, 1976-1980.
- Bluche, Frederic, *El bonapartismo*, México, Colección Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1984.

- Bobbio, Norberto, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Borge, Tomás, *Los dilemas de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 1992.
- Bourgeois, Bernard, *El pensamiento político de Hegel*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1969.
- Bovero, Michelangelo, "El modelo hegeliano-marxiano" en Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero, *Sociedad y Estado en la filosofía política moderna. El modelo iusnaturalista y el modelo hegeliano-marxiano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Brading, D. A. (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Cadenhead Jr., Ivie, "Flores Magón y el periódico *The Appeal to Reason*", *Historia Mexicana*, vol. XIII, núm. 2, julio-septiembre 1963.
- Calderón, José María, *Los orígenes del presidencialismo en México*, México, El Caballito, 1972.
- Calvez, Jean-Yves, *El pensamiento de Carlos Marx*, Madrid, Taurus Ediciones, 1962.
- Campa, Valentín, *Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano*. México, Ediciones de Cultura Popular, tercera edición corregida y aumentada, 1985.
- Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, Lecturas mexicanas. México, Segunda serie, núm. 48, Secretaría de Educación Pública, 1986.
- Cárdenas, Lázaro, *Apuntes*, 4 vols., México, UNAM, 1972.
- Cárdenas, Nicolás, *La reconstrucción del Estado Mexicano. Los años sonorenses (1920-1935)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 1992.

- Carnoy, Martin, *El Estado y la teoría política*, México, Alianza Editorial, 1993.
- Carpizo, Jorge, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Carr, Barry, "Las peculiaridades del norte mexicano. Ensayo de interpretación". *Historia mexicana*, vol. XXII, núm. 3, enero-mayo, 1973.
- El movimiento obrero y la política en México 1910-1929*, México, Ediciones Era, 1981.
- Carrillo, Mario Alejandro; Soto Reyes, Ernesto y Reyes del Campillo, Juan, (Coordinadores), *Neoliberalismo y transformación del estado contemporáneo*, UAM-Xochimilco, 1995.
- Cassirer, Ernest, *El Mito del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.
- Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., *Se llamó Lázaro Cárdenas*, México, Editorial Grijalbo, 1995.
- Cerejido, Marcelino, "Del caos de los demonios al caos de los biólogos", *Revista Universidad de México*, UNAM, enero de 1996.
- Céspedes, Roberto L., "Surgimiento y consolidación de una dictadura política en Paraguay", *Críticas de la economía política, edición latinoamericana*, México, número 24-25, 1985.
- Clarke, Simon, *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*, Aldershots Hants, Edward Elgar, 1988.
- Cohen, Bernard I., *Revolución en la ciencia*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1989.
- Collier, David (coordinador), *El nuevo autoritarismo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Contreras, Ariel José, *México 1940: industrialización y crisis política. Estado y sociedad civil en las elecciones presidenciales*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

- Cordera, Rolando y Tello, Carlos, *México, la disputa por la nación, perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1981.
- Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, México, Serie Popular Era, 1972.
- La ideología de la revolución mexicana*, México, Ediciones ERA, 1972.
- La política de masas y el futuro de la izquierda en México*. México, Serie Popular Era, 1975.
- En una época de crisis (1928-1934)-La clase obrera en la historia de México*, t. 9, México, Siglo XXI Editores, 1980.
- La política de masas del cardenismo*, México, Ediciones Era, 1981.
- La revolución y el Estado en México*, Ediciones Era, 1988.
- La revolución en crisis. Las aventuras del maximato*, México, Cal y Arena, 1996.
- Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1975.
- El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1975.
- Costa-Amic, Bartomeu, *León Trotsky y Andreu Nin. Dos asesinatos del stalinismo (aclarando la historia)*, México D.F., Cholula, Altres Costa-Amic, 1994.
- Dilthey, Wilhelm, *Hegel y el idealismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, segunda reimpresión, con epílogo de Eugenio Imaz.
- Domínguez Michael, Christopher, "Los marxismos mexicanos: batallas por la tierra baldía", *Nexos*, número, 70, octubre de 1983, p. 25.
- Draper, Hal, *Karl Marx's Theory of Revolution. State and Bureaucracy*, Vol. I. Monthly Review Press, Nueva York-Londres, 1977.

- Karl Marx's Theory of Revolution. The "Dictatorship of the Proletariat"*, Vol. III. Monthly Review Press, Nueva York-Londres, 1986
- Dulles, John W. F., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución Mexicana (1911-1936)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Dunayevskaya, Duna, *Marxismo y libertad*, México, Juan Pablos Editor, 1976.
- Durand, Víctor Manuel, *La ruptura de la nación, Historia del movimiento obrero mexicano desde 1938 hasta 1952*, México, UNAM, 1986.
- Dussel, Enrique, *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, México, Siglo XXI Editores, 1985.
- El último Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1987.
- Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI Editores, 1988.
- Las metáforas teológicas de Marx*, Estella, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1993.
- Echeverría, Bolívar, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM-El Equilibrista, 1995.
- Elster, Jon, *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1992.
- La guerra campesina en Alemania*, Moscú, Editorial Progreso, 1982.
- Evers, Tilman, *El estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI, 1978.
- Finley, Moses I., *El nacimiento de la política*, México, Editorial Grijalbo, 1990.

- Flores Torres, Oscar, "Empresarios, revolución y conflictos laborales en Monterrey. La industria metalúrgica (1920-1923)", *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*. San Nicolás de los Garza, N.L., Facultad de Filosofía y Letras, UANL, número 9, 1994
- Fossaert, Robert, *El mundo del siglo XXI. Una teoría de los sistemas mundiales*, México, Siglo XXI Editores, 1994.
- Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971.
 "La Iliada descalza", liminar a Mariano Azuela, *Los de abajo*, México, Colección Archivo, SEP, 1988.
- Furet, François, *Marx y la Revolución francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Galbraith, John Kenneth, *La sociedad opulenta*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1992.
- Gall, Olivia, *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940*, México, Ediciones Era, 1991.
- Gálvez Cancino, Alejandro, "La era de los bonapartismos en Brasil", *Críticas de la economía política*, México, edición latinoamericana, números 24-25, 1985.
 "El papel de las burocracias en los bonapartismos: el caso de México", en Pérez Miranda, Rafael y Albertoni Ettore A., *Clase política y élites políticas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés, 1987.
 "El movimiento obrero mexicano, los comunistas y Julio Antonio Mella", *Viento del sur*, México, núm. 9 primavera de 1997.
- García Bacca, Juan David, *Presente, pasado y porvenir del marxismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Garzón Bates, Juan, prólogo y anotaciones a W. F. Hegel, *Filosofía del derecho*, México, UNAM, 1975.
- Gilly, Adolfo, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.

- Gilly, Adolfo et al, *Interpretaciones de la revolución mexicana*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979.
- Goldmann, Lucien, *Investigaciones dialécticas*, Caracas, Universidad Central, 1970.
- Marxismo y ciencias humanas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971.
- González, Luis, *Los artifices del cardenismo. Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940*, t.14, El Colegio de México, 1981.
- Los días del presidente Cárdenas. Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940*, t. 15, El Colegio de México, 1981.
- González Casanova, Pablo, *La democracia en Mexico*, México, Ediciones Era, 1964.
- González Ibarra, Juan de Dios, *Interpretaciones del cardenismo*, México, UAM, 1988.
- Gouldner, Alvin, *Los dos marxismos*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, vols. 1 y 2, Edición crítica del Instituto Gramsci, a cargo de Valentino Gerratama, México, Ediciones Era, 1981.
- Escritos políticos (1917-1933)*, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- Gruening, Ernest, *Experiencias y comentarios sobre el México post-revolucionario*, (entrevista) por Eugenia Meyer, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970.
- Guérin, Daniel, *La lutte de classes pendant la première république*, París, Gallimard, 1968.
- Guerra, Francois-Xavier, *México, el antiguo régimen y la revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1989
- Habermas, Jürgen, *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus Ediciones, 1984.
- Hanffstengel, Renata von, y Tercero, Cecilia, *México, el exilio bien temperado*, México, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicano, A. C., 1995.

- Henrich, Dieter, *Hegel en su contexto*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990.
- Hobsbawm, Eric, *A History of the World 1914-1991*, Nueva York, Pantheon Books, 1994.
- Holloway, John, "La rosa roja de Nissan", en Bonefeld, Werner y Holloway, John (coordinadores), *¿Un Nuevo Estado? Debate sobre la reestructuración del Estado y el Capital*, México, Editorial Cambio XXI, 1994.
- Holloway, John y Picciotto, Sol, "El capital, las crisis y el Estado" en Víctor M. Moncayo y Fernando Rojas (compiladores), *Crisis permanente del Estado capitalista. Estado y economía*, Bogotá, Sociedad de Ediciones Internacionales, 1980.
- Horcasitas, Juan Manuel, "Escuelas de interpretación del sistema político mexicano", *Revista mexicana de sociología*, UNAM, año LV, núm. 2, abril-junio, 1993.
- Huacuja, Mario y Woldenberg, José, *Estado y lucha de clases en el México actual*, México, El Caballito, 1976.
- Ianni, Octavio, *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, México, Ediciones Era, 1977.
- Illades, Carlos, *Hacia la República del Trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México*. UAM-Iztapalapa/El Colegio de México, 1996.
- Jessop, Bob, "Teorías recientes sobre el Estado capitalista" en *Críticas de la economía política, edición latinoamericana*, México, número 16-17, julio-diciembre, 1980.
- Johnson, Paul, *Intellectuals*, Perennial Library, Harper & Row Publishers, Nueva York, 1986.
- Joseph, Gilbert, *Revolución desde afuera*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Joseph, Gilbert M. y Nugent, Daniel (eds.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durhan, Duke University Press, 1991.

- Juanes, Jorge, *Hegel o la divinización del Estado*, Querétaro, Qro., Joan Boldó y Climent Editores, 1989.
- Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México*, dos tomos, México, Ediciones Era, 1982
- Knight, Alan, *The Mexican Revolution*, dos vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- U.S.-Mexican Relations, 1910-1940, An Interpretation*, San Diego, Center of U.S.-Mexican Studies, University of California, 1987.
- "The Working Class and the Mexican Revolution, c. 1900-1920", *Journal of Latin American Studies*, Londres, número 16, 1984.
- "La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista o simplemente «una gran rebelión»?", *Cuadernos Políticos*, México, número 48, octubre-diciembre de 1986.
- "Interpreting the Mexican Revolution", *Texas Papers on Mexico*, Austin, University of Texas, número 88:02, 1988.
- "Cardenism: Juggernaut or Jalopy?", *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, vol. 26, primera parte, febrero de 1994.
- Krader, Lawrence, *Formation of the State*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall Inc., 1968.
- "El Estado en la teoría y en la historia", *Críticas de la economía política, edición latinoamericana*, México, número 16-17, julio-diciembre, 1980.
- "Historia y significado del modo asiático de producción" en Universidad Iberoamericana (compiladora), *Historia, antropología y política. Homenaje a Ángel Palerm*, t. I, México, Alianza Editorial Mexicana, 1980.
- "Evolución, revolución y Estado" en *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx* (2), Barcelona, Bruguera, 1980.
- Transcripción, anotaciones e introducción de *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, Madrid, Siglo XXI de España, S. A. y Editorial Pablo Iglesias, 1988.

Krauze, Enrique, *Lázaro Cárdenas. General misionero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano, México, Tousquets Editores, 1997.

Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

Mesías, cruzadas y utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Le Clézio, J. M. G., *Diego y Frida*, México, Editorial Diana, 1993.

Leal, Juan Felipe, *La burguesía y el Estado*, México, El Caballito, 1972.

Lenin, V.I., *El marxismo y el Estado*, Moscú, Editorial Progreso, 1973.

El Estado y la revolución, Barcelona, Planeta-Agostini, 1992.

Acotaciones a la correspondencia entre Marx y Engels, 1844-1883, Barcelona, Grijalbo, 1976.

León, Luis L., "El presidente Calles", *Historia mexicana*, vol X, núm. 2, octubre-diciembre de 1960.

León, Samuel y Marbán, Ignacio, *En el cardenismo (1934-1940). La clase obrera en la historia de México*. T. 10, México, Siglo XXI Editores-UNAM, 1982.

López Cámara, Francisco, *La génesis de la conciencia liberal en México*, UNAM, cuarta edición, 1988.

Löwy, Michael, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

Dialectique et révolution, París, Anthropos, 1973.

¿Qué es la sociología del conocimiento?, México, Ediciones Fontamara, 1991.

On Changing the World. Essays in Political Philosophy, From Karl Marx to Walter Benjamin, Humanities Press, New Jersey, London, 1993.

El cristianismo de los pobres. Marxismo y teología de la liberación, México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 1994.

Macpherson, C. B., *Democratic Theory*, Oxford University Press, 1973.

Maguire, John, *Marx y su teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Maitan, Livio, "México, su revolución, su régimen político y su ubicación en el capitalismo mundial", publicado en la revista *Críticas de la economía política, edición latinoamericana*, números 24-25, Ediciones El Caballito, 1985.

Mancisidor, José; Ramos Pedrueza, Rafael y Teja Zabre, Alfonso, *Tres socialistas frente a la Revolución Mexicana*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

Mandel, Ernest, *La formación del pensamiento económico de Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1968.

Tratado de economía marxista, dos tomos, México, Ediciones Era, 1969.

El capitalismo tardío, México, Ediciones Era, 1979.

León Trotski: Antología, México, Siglo XXI Editores, 1983.

El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx, México, Siglo XXI Editores, 1985.

Las ondas largas del capitalismo, Siglo XXI Editores, España, 1986.

¿A dónde va la URSS de Gorbachov?, México, Ediciones, Fontamara, 1991.

El significado de la Segunda Guerra Mundial, México, Ediciones Hispánicas, 1991.

El poder y el dinero. Contribución a la teoría de la posible extinción del estado, México, Siglo XXI Editores, 1994.

"Crisis socialista y renovación del marxismo", *Inprecor para América Latina*, México, número 52, abril de 1996.

- Marcos, Patricio E.: Peschard, Jacqueline y Vázquez, Carmen, "El presidencialismo mexicano como fábula política", *Estudios políticos*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, núms. 3-4, septiembre-diciembre 1975.
- Marini, Ruy Mauro, "Estado y crisis en Brasil", *Cuadernos políticos*, México, núm. 13, julio-septiembre de 1977.
- Markovits, Francine, *Marx en el jardín de Epicuro*, Barcelona, Editorial Madrágora, 1975.
- Martínez Assad, Carlos, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Martínez Miguelez, Miguel, *El paradigma emergente. Hacia una nueva teoría de la racionalidad científica*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1993.
- Marx, Carlos, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1964
- El capital*, tres tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Herr Vogt* [El señor Vogt], Juan Pablos Editor, 1979.
- Escritos de juventud*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- El capital*, tres libros en ocho volúmenes, México, Siglo XXI Editores, 1984.
- La cuestión judía y otros escritos*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1993.
- Marx, Carlos y Engels, Federico, *Correspondence 1846-1895 A selection with commentary and notes*, New York, International Publishers, 1938.
- La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1961.
- La sagrada familia y otros escritos*, México, Grigalbo, 1967.
- Obras escogidas en tres tomos*, Moscú, Editorial Progreso, 1971.

Materiales para la historia de América Latina, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973.

Mason Hart, John, *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

Matute, Álvaro, *La carrera del caudillo, Historia de la Revolución Mexicana*, 1917-1924, t.8, El Colegio de México, 1988.

Maya Ambía, Carlos, *Ilusiones y agonía de los nietos (teóricos) de Lenin*, Siglo XXI Editores y Universidad Autónoma de Sinaloa, 1994.

McClellan, David, *Marx y los jóvenes hegelianos*, Barcelona, Martínez de la Roca, 1976.

Medin, Tzvi, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI Editores, 1981.

Medina Peña, Luis, *Hacia el nuevo Estado. México. 1920-1993*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Melloti, Umberto, *Marx y el tercer mundo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

Mendoza Berrueto, Eliseo, *El presidencialismo mexicano. Génesis de un sistema imperfecto*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Meyer, Jean, *Estado y sociedad con Calles. Historia de la Revolución mexicana*, t. 9, El Colegio de México, 1978.

Meyer, Lorenzo, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, El Colegio de México, 1972.

“El sistema ya alcanzó la irrealidad”, *Reforma*, 13 de octubre de 1994.

Michael, Albert, “Cárdenas y la lucha por la independencia económica de México”, *Historia mexicana*, vol. XVIII, julio-septiembre de 1968.

“Las elecciones de 1940”, *Historia mexicana*, vol. XXI, núm. 1, julio-septiembre de 1971.

- Miliband, Ralph, *El Estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1970.
- Miliband, Ralph, et al, *Debates sobre el Estado capitalista*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.
- Miller, David, (compilador), *Popper. Escritos selectos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Mills, Wright, *La élite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Molinar Horcasitas, Juan, "Escuelas de interpretación del sistema político mexicano", *Revista mexicana de sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, abril-junio de 1993.
- Nolte, Ernst. *La guerra civil europea. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Novack, George (selección y notas), *La era de la revolución permanente. Antología de escritos de León Trotsky*, México, Juan Pablos Editor, 1977.
- "In Defense of Engels", en *Polemics in Marxist Philosophy*, New York, Pathfinder, 1979. Existe una versión abreviada en español en *Nueva política*, México, núm. 10, 1978.
- Olea, Manuel Alfonso, *Alienación, historia de una palabra*, UNAM, segunda edición, 1988.
- Oliver Costilla, Lucio Fernando, *Estudio crítico de las concepciones sobre el Estado capitalista en Friedrich Engels y Karl Marx*, tesis de doctorado en sociología, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1992.
- Partido Revolucionario Institucional, *Lázaro Cárdenas*, México, Comisión Nacional Editora, 1976.
- Paz, Octavio, *Postdata*, México, Siglo XXI Editores, 1971.
- El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*, México, Joaquín Mortiz, tercera edición, 1979.
- Pequeña crónica de grandes acontecimientos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

- Pereyra, Carlos, "México: los límites del reformismo", *Cuadernos Políticos*, Ediciones Era, número 1, julio-septiembre de 1974.
- "Gramsci: Estado y sociedad civil", *Cuadernos Políticos*, Ediciones Era, núm. 21, julio-septiembre de 1979.
- "Proyecto Nacional: Estado y sociedad civil", *Unomásuno*, *Sábado*, suplemento cultural, 13 de agosto de 1981.
- El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1983.
- Pérez-Díaz, Víctor M., *State Bureaucracy and Civil Society. A Critical Discussion of the Political Theory of Karl Marx*, The Macmillan Press Ltd, Hong Kong, 1978, pp. 88-89.
- Pineda Gómez, Francisco, *La irrupción zapatista. 1911*, México, Ediciones Era, 1997.
- Poliakov, León, *La emancipación y la reacción racista-Historia del antisemitismo*, t. IV, Buenos Aires, Proyectos Editoriales, 1969.
- Porter, Roy y Teish, Mikulás, *Revolution in History*, Cambridge University Press, 1986.
- Portillo, Santiago, *Una sociedad en armas*, El Colegio de México, 1995.
- Poulantzas, Nicos, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI Editores, 1969.
- Prieto, Fernando, *El pensamiento político de Hegel*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, 1983.
- Prigogine, Ylia, "Prólogo" a Coveney, Peter y Highfield, Oger, *La flecha del tiempo. La organización del desorden*. Barcelona, Plaza & Janés Editores.
- Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México, Edición de autor, 1962.
- Riesco, Manuel, "Honour and Eternal Glory to the Jacobins", *New Left Review*, Londres, núm. 212, julio-agosto de 1993.
- Rivera Ríos, Miguel Ángel, "Una concepción reformista del capitalismo, el Estado y la lucha de clases en el México actual.

- (Comentario crítico a *México hoy*)”, en *Teoría y política*, núm. 1, México, Juan Pablos Editor, abril-junio de 1980.
- Rodríguez Araujo, Octavio, *La reforma política y los partidos políticos*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Roux, Rhina, *Marx y el problema del Estado, (1864-1875)*, tesis de maestría en sociología, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1991.
- Rúa, Pedro Juan, *Bolívar ante Marx y otros ensayos*, San Juan, Ediciones Huracán Inc., 1978.
- Rubel, Maximilien, *Marx devant le bonapartisme*, Paris-La Haya, Mouton & Co., 1960.
- “El Estado visto por Karl Marx” en *Críticas de economía política. Edición Latinoamericana*, México, número 16-17, julio-diciembre, 1980.
- “Marx penseur de la Revolution française”, *Histoire et Sociétés. Economies et Sociétés. Études de Marxologie*, Paris, número 26, 1987.
- Ruíz, Ramón Eduardo, *La gran rebelión, 1905-1924*, México, Ediciones Era, 1984.
- Sacristán, Manuel, *Karl Marx como sociólogo de la ciencia*, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1983.
- Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales*, t. I, Barcelona, Icaria, 1983.
- Papeles de filosofía. Panfletos y materiales*, t. II, Barcelona, Icaria, 1984.
- Sáinz, Aarón, “Álvaro Obregón”, *Historia mexicana*, vol. X, núm. 2, octubre-diciembre, 1960.
- Sckocpol, Theda, *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Semo, Enrique, *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México, Ediciones Era, 1978.

- Semo, Ilán, "El cardenismo revisado: la tercera vía y otras utopías inciertas", *Revista mexicana de sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, abril-junio de 1963.
- Sevilla, Carlos, "El bonapartismo en México. Surgimiento y consolidación", *Revista de Administración Pública*, México, Instituto Nacional de Administración Pública, número 52, octubre-diciembre de 1982.
- Shanin, Teodor, (edición y presentación), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Editorial Revolución, 1980.
- La clase incómoda*, Madrid, Alianza Editorial Universidad, 1989.
- Shulgovsky, Anatol, *México en la encrucijada de su historia*, México, Fondo de Cultura Popular, 1968.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la revolución mexicana*, dos vols., Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Solé, Jordi et al, *El marxismo y el Estado*, Barcelona, Editorial Avance, 1977.
- Sosa Elizaga, Raquel, *Los códigos ocultos del cardenismo, Un estudio de la violencia política, el cambio social y la continuidad institucional*, UNAM-Plaza y Valdés Editores, 1996.
- Tamayo, Sergio, *The 20 Mexican Octobers. A Study of Citizenship and Social Movements*. Tesis de doctorado presentada en la Universidad de Texas, Austin, 1994.
- Tannenbaum, Frank, "Lázaro Cárdenas", *Historia mexicana*, vol X. núm. 2, octubre-diciembre de 1960.
- Therborn, Göran, *¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979
- Tibol, Raquel, *Diego Rivera, arte y política*, México, Editorial Grijalbo, 1979
- Touwnsend, William, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, México, Editorial Grijalbo, 4a, edición, 1976.

Trotsky, León, *La revolución traicionada*, Barcelona, Ediciones Fontamara, 1974.

Escritos sobre México, México, Ediciones de Cultura Obrera, 1974.

Historia de la revolución rusa, t. 2, capítulo V, “Kerensky y Kornilov. Elementos de bonapartismo en la revolución rusa”, México, Juan Pablos Editor, 1976.

Writings (1937-38), New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1976.

Writings (1938-39), New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1973.

Writings (1939-40), New York, Pathfinder Press Inc., segunda edición, 1973.

Tutino, John, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986.

Vázquez, Josefina Zoraida, “El nacionalismo mexicano”, *Crónica legislativa*, México, Nueva época, núm. 7 febrero-marzo de 1996.

Veraza, Jorge, “El capital disfrazado. Crítica a la visión heideggeriana de la modernidad”, *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, núm. 140, abril-junio de 1990.

Volkogonov, Dmitri, *Trotsky. The Eternal Revolutionary*, New York, The Free Press, 1996.

Volpi, Mauro, “El bonapartismo: historia, análisis y teoría”, *Críticas de la economía política, edición latinoamericana*, México, número 24-25, 1985.

Vos Obeso, Rafaela, “El bonapartismo de Perón”, *Críticas de la economía política, edición latinoamericana*, México, número 24-25, 1985.

- Wasserman, Mark, *Persistent Oligarchs: Elites and Politics in Mexico: 1910-1940*, Durham, Duke University Press, 1993. Hay versión castellana publicada por la Editorial Grijalbo.
- Wilkie, James W. y Monzón de Wilkie, Edna, *México visto en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969.
- Wittfogel, Karl A., *El despotismo asiático*, Madrid, Editorial Guadarrama, 1967.
- “El papel de Ángel Palerm en la difusión del evolucionismo en Mesoamérica y en el mundo” en Universidad Iberoamericana (compiladora), *Historia, antropología y política. Homenaje a Ángel Palerm*, t. I, México, Alianza Editorial Mexicana, 1980.
- Wolf, Eric, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Xirau, Ramón, *Dos poetas y lo sagrado*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1980.
- Zermeño, Sergio, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI Editores, 1978.
- La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin del siglo XX*, México, Siglo XXI Editores, 1996.